

# La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas

Construyendo la equidad y la ciudadanía

Gisela Espinosa Damián  
Libni Iracema Dircio Chautla  
Martha Sánchez Néstor  
**Coordinadoras**



Colección Teoría y Análisis



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



LA COORDINADORA GUERRERENSE  
DE MUJERES INDÍGENAS  
CONSTRUYENDO LA EQUIDAD Y LA CIUDADANÍA

Diseño de portada: Jimena Azpeitia Espinosa

Primera edición: 9 de agosto de 2010

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana  
UAM-Xochimilco  
Calzada del Hueso 1100  
Col. Villa Quietud, Coyoacán 04960, México, DF

Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas, AC.  
Avenida Alemán 9, interior 5, P.A.  
Col. Centro, 39000, Chilpancingo, Guerrero, México  
Telefono (747 47) 23530 [www.cgmia.org.mx]

Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer  
Av. Masaryk 29, piso 7, Col. Polanco,  
11570 México, DF

Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza  
Hilario Pérez de León 80, Col. Niños Héroe de Chapultepec  
03440 México, DF

Foro Internacional de Mujeres Indígenas  
121 W. 27th Street 301, Nueva York 10001

mc editores  
Selva 53-204, Col. Insurgentes Cuicuilco  
04530 Ciudad de México, tel. (55) 5665 7163

ISBN: 978-607-477-322-4

ISBN de la colección Teoría y análisis: 978-970-31-0929-6

Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico

# La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas

## Construyendo la equidad y la ciudadanía

Ángela Domitila Rosendo Hidalgo, Brígida Chautla Ramos,  
Delfina Benito Lucrecio, Enemesia Morales Pablo,  
Epifania Villegas Maximiliano, Estela Pineda Navarrete,  
Felicitas Martínez Solano, Felipa Riqueño Sánchez,  
Hermelinda Tiburcio Cayetano, Juana Martínez Marín,  
Karina Ochoa Muñoz, Margarita Nemecio Nemesio,  
Rosalba Díaz Vázquez y Ubali Guerrero González

COORDINADORAS

Gisela Espinosa Damián  
Libni Iracema Dircio Chautla  
Martha Sánchez Néstor





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
Rector general, Enrique Fernández Fassnacht  
Secretaria general, Iris Santacruz Fabila

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
UNIDAD XOCHIMILCO  
Rector, Salvador Vega y León  
Secretaria de la Unidad, Hilda Rosario Dávila Ibáñez

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES  
Director, Alberto Padilla Arias  
Secretario académico, Jorge Alsina Valdés y Capote  
Jefe de la Sección de Publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

#### CONSEJO EDITORIAL

José Luis Cepeda Dovala (presidente) / Ramón Alvarado Jiménez  
Roberto Constantino Toto / Sofía de la Mora Campos  
Arturo Gálvez Medrano / Fernando Sancén Contreras

#### COMITÉ EDITORIAL

José Flores Salgado (presidente) / Francisco Luciano Concheiro Bórquez  
Lidia Fernández Rivas / Anna Ma. Fernández Poncela  
Adriana García Gutiérrez / Graciela Lechuga Solís / Diego Lizarazo Arias  
Jaime Sebastián Osorio Urbina / Celia Pacheco Reyes  
Alberto Isaac Pierdant Rodríguez / Raquel Rosales Montañez

#### ASISTENCIA EDITORIAL

Yaritza López Báez / Varinia Cortés Rodríguez

## Índice

Presentación .....	9
<i>Martha Sánchez Néstor</i>	
<i>Libni Iracema Dircio Chautla</i>	
Introducción .....	13
<i>Gisela Espinosa Damián</i>	

### PRIMERA PARTE

#### La historia

Por un mundo de libertades y derechos: La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas .....	31
<i>Gisela Espinosa Damián</i>	
Sembrando desafíos. Experiencias organizativas de mujeres indígenas en Guerrero .....	131
<i>Karina Ochoa Muñoz</i>	

### SEGUNDA PARTE

#### Testimonios de vida y de participación social

Trece voces .....	167
<i>Gisela Espinosa Damián</i>	
Tenemos que hablar, liberar los pensamientos .....	171
<i>Martha Sánchez Néstor</i>	
Todas las mujeres como una sola .....	203
<i>Libni Iracema Dircio Chautla</i>	

Nunca pensé que iba a volar .....	229
<i>Felicitas Martínez Solano</i>	
Liberarse del miedo .....	257
<i>Hermelinda Tiburcio Cayetano</i>	
Esto no se acaba aquí .....	273
<i>Enemesia Morales Pablo</i>	
Hablamos de derechos .....	289
<i>Delfina Benito Lucrecio</i>	
<i>Enemesia Morales Pablo</i>	
Nunca es tarde cuando una quiere .....	315
<i>Epifania Villegas Maximiliano</i>	
¡Cómo que no soy nada! .....	327
<i>Juana Martínez Marín</i>	
Mi primer logro: saberme defender .....	339
<i>Estela Pineda Navarrete</i>	
Cuando volví no era la misma .....	351
<i>Felipa Riqueño Sánchez</i>	
Lo que me estuve perdiendo .....	365
<i>Ángela Domitila Rosendo Hidalgo</i>	
Queremos participar y queremos el reconocimiento .....	381
<i>Uballi Guerrero González</i>	
Háblame en castilla .....	391
<i>Brígida Chautla Ramos</i>	

#### TERCERA PARTE

#### Los logros, los retos

Un balance .....	413
<i>Martha Sánchez Néstor</i>	
<i>Libni Iracema Dircio Chautla</i>	
SIGLAS, GLOSARIO Y FRASES ABREVIADAS .....	425



## Agradecimientos

En primer lugar a las compañeras que con su trabajo han hecho posible la presencia y la historia misma de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Sin ellas, sin su lucha, este libro simplemente no existiría. Doble agradecimiento a quienes además confiaron en nosotras para contarnos su vida y sus ideas sobre el quehacer de la Coordinadora.

Al equipo que participó en las entrevistas y la elaboración del libro: Karina Ochoa, Rosalba Díaz y Margarita Nemecio, las tres aportaron valiosa información, hipótesis e ideas surgidas de su relación con procesos y organizaciones sociales de Guerrero. Aunque por cuestiones laborales no todas pudieron escribir en la misma medida, las tres enriquecieron el análisis que ofrece este libro.

A quienes realizaron la discreta y relevante tarea de transcribir entrevistas: Flor Bonilla Martínez, Esther Guadalupe Muñoz Cervantes, Juan Manuel Aurrecochea Hernández, Alij Anaya Aquetza y Prisca Martínez Esparza.

A Carmen Vázquez Cea un agradecimiento especial, pues capturó cuidadosamente la corrección ortográfica y de puntuación que hicimos a los testimonios.

Al Comité Editorial de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Xochimilco, porque sus observaciones y sugerencias contribuyeron a mejorar este texto.

También agradecemos a Miguel Ángel Hinojosa por su cuidadosa lectura y por todas las gestiones para lograr la coedición del libro.

Al Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM); a la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco; al Foro Internacional de Mujeres Indígenas y al Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (Gimtrap), queremos agradecerles su interés en la obra y su apoyo financiero y editorial, sin el cual este libro no habría sido posible.

*Libni Iracema Dircio Chautla*  
*Gisela Espinosa Damián*  
*Martha Sánchez Néstor*

## Presentación

Estas páginas contienen algunas historias que pudimos plasmar; se ven nuestras alegrías, esfuerzos, logros, problemas y sueños. Nuestra experiencia transcurre más velozmente que la elaboración de un libro; hay historias que no pudieron escribirse ahora y que también nos han dejado satisfacciones y amargos pasajes; vivencias que son retadoras pero que también dan aliento prolongado a nuestro andar, a nuestros caminares.

Para quienes conformamos la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas ha sido muy importante generar, desde las comunidades, procesos de organización y participación. Que las mujeres indígenas sean capaces de presentar por ellas mismas, sus rostros, voces y pensamientos. También ha sido importante dejar huella, así de sencillo y práctico. Es algo así como dejar una herencia para que las nuevas generaciones tengan herramientas y tomen las que les sirvan.

Cuando andas por un camino, el más alejado y solo que te toque cruzar en algún momento de tu vida, puedes mirar los árboles, el cielo, y también voltear a ver la tierra sagrada. Aunque muchas huellas se han borrado, quizá sea posible distinguir los caminos que trazaron otras personas, unos pasos van, otros vienen, unos llegaron a buen sitio, otros se perdieron sin llegar a un destino claro.

Entonces sonrías y sabes que no estás sola, que no eres la primera que cruza ese campo, que habrá que decidir la ruta. Caminas y así también dejas tus huellas, si las registras con palabra escrita, quizá otros ojos las descubran.

Nosotras hemos caminado “fortaleciendo raíces, haciendo historia, tejiendo nuestro desarrollo”, como dice nuestro lema. Nosotras, como parte de los pueblos indígenas de Guerrero, el mixteco, el tlapaneco, el amuzgo y el nahua, dejamos hace mucho tiempo el silencio, estamos quitando las espinas que atravesaron nuestra piel, hemos cortado el velo que impusieron sobre nuestros ojos, pintamos de vivos colores nuestras voces.

Nos dedicamos a sembrar conciencia y derechos, nos reconocemos como mujeres de raíces, con valor y coraje para salir de la sumisión. Resistimos desde nuestros pueblos, en nuestras montañas, en nuestros hogares, en las asambleas de las comunidades, en las organizaciones sociales, ante los gobernantes, en todos los espacios tratamos de liberar nuestras voces y nuestro aliento, de adueñarnos de nuestros cuerpos. No ha sido fácil.

Por eso queremos que la huella de nuestra experiencia se recoja y se exprese en palabras; para hacer realidad esta aspiración decidimos buscar apoyo y elegimos a Gisela Espinosa Damián, con quien hemos andado parte de nuestro camino; a Karina Ochoa, con quien tenemos varios vínculos y realidades; a Rosalba Díaz Vázquez y a Margarita Nemecio Nemesio, mujeres valiosas todas, con quienes emprendimos el proyecto de escribir un libro. Ahora lo hemos logrado.

Libni Iracema Dircio Chautla y yo emprendimos el proceso con ellas y aportamos nuestras ideas. Desde el principio visualizamos que la historia de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas debía hacerse con y desde las voces de las mujeres que la conforman; no queríamos un documento frío, sino uno vivo y

cálido, que lograra recuperar la mirada, la voz y la emoción de las mujeres que participan en la Coordinadora. Nos faltaban recursos económicos para hacer un libro de este tipo, pues implicó viajes, grabaciones, transcripciones, gastos, energía y tiempo –tiempo que robamos a las muchas actividades de cada una. Pero no nos quejamos porque teníamos lo más preciado, el recurso humano, personas decididas y comprometidas a caminar conjuntamente este trecho.

Recordar la historia, la breve historia de la Coordinadora desde nuestras experiencias personales, nos permitió ver que hemos regado la semilla de nuevas formas de ser y mirarse mujer e indígena sin olvidar o negar nuestras raíces, podemos ver que nuestro rostro cambia como la madre tierra, se arrecia como el aire. Así hemos construido nuestra fuerza, ahora queremos conservarla y sembrarla con palabras.

Sabemos que el camino no es para andar solas ni sólo para nosotras, por eso fuimos invitando a muchas mujeres a emprender juntas el viaje; hemos aprendido cuándo correr, cómo usar los troncos del camino para descansar y no para tropezarnos. Tenemos claro que enfrentamos a distintos adversarios, no sólo el gobierno, los caciques, los políticos y los líderes machistas; también enfrentamos al sistema racista, a una política global que quiere uniformar la vida, nuestra forma de ser, hacer y crecer; una propuesta que no reconoce el derecho de la gente y de los pueblos a ser distintos, a tener su cultura propia. Hay mujeres que también se oponen a que las cosas cambien, quizá las angustie enfrentar la oposición de la gente que quieren y respetan, porque así son las cosas, a pesar de que compartimos las luchas y objetivos de los movimientos indígenas, no siempre tenemos el respaldo de nuestros compañeros, pero sabemos que nuestros anhelos sólo serán realidad si logramos que todo mundo comprenda que tenemos derechos y

libertades, que no por ser mujeres somos menos ni tenemos que estar sometidas.

La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas se ha forjado con el saber, la energía, el tiempo y los esfuerzos de muchas mujeres; en el tramo recorrido, juntas hemos aprendido, juntas nos hemos alegrado con los avances, hemos compartido las tristezas o frustraciones cuando las cosas no resultan como queremos. Sólo juntas nos damos valor para seguir. En este tránsito tan rico, también están presentes distintas opiniones sobre cómo caminar, la mayoría de las veces logramos los consensos, pero también hay ocasiones en que la discordancia ha llevado a que algunas compañeras que iniciaron el proyecto con nosotras se separen, tomen otro rumbo aunque los objetivos sean los mismos.

En el camino andado hay huellas de los avances, pero también se notan las pausas, los conflictos, las separaciones, las alianzas no concluidas, las relaciones no tejidas. Así ha sido nuestra historia. Antes éramos invisibles y no nos dábamos cuenta, nadie nos miraba y no nos preocupábamos; ahora nos ven pero se niegan a escucharnos; nos escuchan pero se niegan a respetarnos; nos reconocen, pero se niegan a valorarnos. Ahora en Guerrero los tiempos políticos han cambiado y en esa transformación se han recrudecido las políticas racistas y excluyentes, las que no reconocen la diversidad cultural de los pueblos y de las mujeres.

Quienes integramos la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas estamos empeñadas en no dejarla secar, queremos verla florecer y dar frutos, queremos seguir cultivando el pensamiento y la acción para que participen cada vez más mujeres indígenas y que la vida de todas nosotras cambie para bien.

*Martha Sánchez Néstor*  
*Libni Iracema Dircio Chautla*

Febrero de 2010

## Introducción

¿Qué motivos, qué voluntades, qué procesos confluyen para que surja una coordinadora de mujeres indígenas en Guerrero?, ¿quiénes la promueven?, ¿cuáles son sus problemas y sus aspiraciones?, ¿cuáles sus acciones, sus logros y sus retos?

Para las y los mexicanos no es novedad oír decir que Guerrero es uno de los estados más pobres del país; desafortunadamente, tampoco sorprende escuchar que los pueblos indígenas se hallan en peores condiciones de vida que el resto de los mexicanos y de los guerrerenses; y por desgracia también es lugar común afirmar que las mujeres indígenas son pobres entre los pobres, discriminadas entre los discriminados, invisibles entre los negados, sometidas entre los subordinados. Imágenes de mujeres débiles, tímidas, humildes y vulnerables se asocian a aquellas descripciones; y sí, en muchos casos las imágenes se sustentan en realidades. Pero no todas las indígenas responden al estereotipo, y justo las que se rebelan contra el sometimiento y la injusticia, generan procesos trascendentes para ellas y abren perspectivas de cambio en la vida de muchas más mujeres.

¿Ha escuchado usted decir que hay mujeres indígenas guerrerenses que están organizándose?, ¿que luchan?, ¿que alzan la voz?, ¿que se defienden?, ¿que salen de sus casas y pueblos?, ¿que impulsan

proyectos innovadores y cambios culturales profundos?, ¿que son escuchadas en distintas latitudes?, ¿que están construyendo otras ciudadanías y otros mundos para ellas y sus pueblos? ¿Cómo?, ¿aún no sabe nada de estas mujeres?

Las páginas del presente libro permitirán a las y los lectores aproximarse a una historia viva de organización y de lucha encabezada por un grupo de mujeres que pertenecen a los cuatro pueblos indígenas más grandes de Guerrero: el nahua, el amuzgo, el mixteco y el tlapaneco. Tiene usted la oportunidad de conocer que en este estado, la experiencia y la conciencia de las indígenas sobre su triple opresión, está dando lugar a procesos que apuntan a una triple emancipación en los que, de modo simultáneo, se intentan transformar las injusticias de clase, la discriminación étnica y la subordinación e inequidad de género que por siglos han sufrido las indígenas.

En el impulso creador de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas (CGMI) está presente el cuestionamiento a la pobreza y las dificultades de la subsistencia, el rechazo a la discriminación étnica y de género, la desnaturalización de la violencia y de la subordinación de las mujeres; todo ello ha llevado a muchas indígenas a salir de casa, a dejar un rato a la familia, a apartarse de los cánones tradicionales de la comunidad a la vez que defienden las “buenas costumbres”.

No sólo las mueve la percepción de la injusticia: al lado de la indignación se hallan las ilusiones, los sueños, el deseo, las ganas de que las cosas cambien para bien; que sus ideas y problemas, su voz, sus derechos y sus proyectos sean considerados por el movimiento indígena y también por las instituciones públicas. A las mujeres de la CGMI no sólo las motiva el sufrimiento, también las alienta el coraje y la convicción de crear un mundo donde la felicidad tenga cabida, en el que se destierre la violencia y la desigualdad; donde no haya



mujeres indígenas excluidas y humilladas; en el que ellas, sus hijas y sus hijos, sus compañeros, puedan desplegar sus capacidades. Que nadie quede fuera o silenciado por ser indígena o por ser mujer.

Nuevos imaginarios y nuevas prácticas sociales van modificando las vidas personales y las identidades de las protagonistas y, mediante su acción colectiva e individual, desestabilizan las jerarquías y el papel tradicional de varones y mujeres en sus familias y en sus comunidades, erosionan la cultura sexista, cuelean la equidad de género en las estructuras organizativas y proyectos del movimiento rural e indígena, en las prácticas y representaciones sociales de sus pueblos.

¡Arman el caos! Caos indispensable para crear un nuevo orden, pues si nada se desordena nada podrá modificarse. La inestabilidad que genera la CGMI despierta simpatía y esperanza, pero también causa miedo y molestia. ¿Cómo será el mundo si estas mujeres se resisten a ser como antes?, ¿en qué sitio quedarán los varones, los ancianos?, ¿qué ejemplo darán a los niños y las niñas?, ¿quién tendrá la autoridad si ellas también deciden?

Crece la incertidumbre, tanto en las instituciones públicas y en quienes detentan el poder –que de pronto no dan crédito a que ellas, las últimas, las resignadas, las invisibles, se atrevan a exigir, a denunciar, a proponer, a existir– como en aquellos con los que comparten las penurias diarias y que a la vez las subordinan: sus parejas, sus progenitores, sus suegras, la gente de las comunidades, los compañeros del movimiento indígena. Ahí también arman el caos: ¿cómo que las mujeres hablan?, ¿cómo que van a salir solas de casa?, ¿por qué fueron a otro pueblo, a la capital? ¡A otro país!, ¿por qué ya no quieren sólo hacer la comida?, ¿quién les dijo que tienen derecho a decidir sobre su cuerpo, que pueden decir si quieren o no más hijos, que nadie puede golpearlas?, ¿por qué se les ocurre ocupar cargos?, ¿cómo que ya son dirigentes, que tienen

representación social, que hacen gestiones y que son interlocutoras ante instituciones públicas? Entre el cambio y la resistencia al cambio van transformando profundamente la cultura y la vida de ellas y de sus comunidades.

Su participación en organizaciones sociales mixtas, su vida en familia, su pertenencia al pueblo, en una palabra: el arraigo, permite que sus pensamientos y acciones incidan en la cotidianidad de múltiples espacios. No sólo trabajan por y para ellas, sino en proyectos de cambio de más amplio espectro; interactúan con sus compañeros de lucha, con sus paisanos, con sus familiares. La multiplicidad de relaciones y planos en los que transcurre su vida y su quehacer político las obliga a salvar simultáneamente obstáculos “internos” y “externos”, a enfrentar con razones y acciones al sexismo naturalizado en todos los espacios de la sociedad mexicana, incluidos los pueblos originarios. Ante ello, ofrecen una mirada crítica; analizan su posición social, sus relaciones y experiencias; argumentan derechos; abogan porque la equidad, la libertad, la justicia y el respeto a las mujeres forme parte de la vida cotidiana, de la cultura indígena y de la cultura mexicana.

En Guerrero, donde la organización popular tiene una larga trayectoria, donde las respuestas campesinas e indígenas ante el poder caciquil y el poder formal institucionalizado, incluyen una amplia gama de experiencias organizativas y métodos de lucha, la CGMI aparece como un núcleo novedoso y joven –empezó a ver la luz pública apenas en 2004– pero pujante y creativo.

La Coordinadora es una convergencia de líderes y activistas que participan en diversas organizaciones y proyectos sociales de Guerrero. Casi todas tenían experiencias previas de participación en organizaciones mixtas. En el seno de esas instancias empezó a surgir y a multiplicarse la idea de juntarse y actuar como mujeres, idea fortalecida por los debates y la movilización indígena y de

mujeres indígenas que trajo consigo el alzamiento zapatista de 1994. En el último lustro del siglo XX, la insumisión de las mujeres de los pueblos originarios se observa en todo México, pero en Guerrero ha tenido especial vitalidad, amplitud y continuidad. Hoy, la CGMI es la única coordinadora estatal de mujeres indígenas del país, pese a que a mediados de la década de 1990 otras entidades tenían más historia y organización de mujeres indígenas.

La red de relaciones de la CGMI, así como la inserción de sus integrantes en diversas organizaciones sociales, espacios geográficos y áreas de acción social y política, dimensiona su marco de interacción. Y es desde ahí que las indígenas guerrerenses van construyendo su proyecto y sus perspectivas de cambio, a la vez que enriquecen las tradiciones de los movimientos sociales en los que participan. Aquí destacamos dos: el indígena y el feminista.

Al movimiento indígena le aportan una dimensión de género y la necesidad de mirar críticamente las culturas de los pueblos originarios en cuanto al lugar y al trato que tienen las mujeres; con ello, amplían el marco de la autonomía, de los derechos indígenas y de la utopía de los “otros mundos posibles” por los que aboga este movimiento. Al feminismo le aporta una dimensión étnica y de clase, y le hace evidente la especificidad de los problemas y reivindicaciones de género en el medio indígena, así como la presencia de una actriz social hasta hace poco ignorada, lo cual obliga a este movimiento a revisar críticamente su proyecto político y a reconocer su diversidad interna. La voz de la CGMI, coincidente y disidente, suena fuerte en ambos espacios. Converge pero critica, aprende viejas lecciones pero crea nuevos discursos.

El *feminismo indígena* que aquí se cuece, desde los márgenes sociales donde prevalecen todos los rezagos y las desigualdades, muestra que las identidades de género no excluyen su participación en el movimiento indígena mixto ni sus identidades de clase; así, la

defensa de sus derechos como mujeres no está reñida con su lucha por derechos sociales, derechos colectivos y reconocimiento de las culturas de sus pueblos. También muestra que su participación en el movimiento indígena mixto y sus identidades étnicas y de clase, no excluyen el diálogo ni los procesos de identificación con mujeres de otras latitudes y grupos sociales: redes de mujeres indígenas que se extienden más allá de su estado; organismos civiles feministas, académicas y servidoras públicas que apoyan sus procesos. De todas estas relaciones –a veces conflictivas– se nutre el discurso y las perspectivas de cambio de la CGMI. En este sentido, si bien la Coordinadora enfatiza sus identidades étnicas y de género, la reconstrucción de su experiencia nos permite observar que sus pertenencias políticas son múltiples, como múltiples son sus frentes de lucha y diversas sus alianzas políticas.

Sopesar la riqueza de la experiencia y valorar la importancia de su difusión escrita, condujo a Libni Iracema Dircio Chautla y a Martha Sánchez Néstor, dos de las principales dirigentes de la Coordinadora, a proponer este libro. Motivaron a sus compañeras y propiciaron el consenso en torno a la idea, propusieron recuperar, desde la voz de las protagonistas, la diversidad de experiencias y formas de acción de la Coordinadora; definieron la lista de posibles entrevistadas, facilitaron los contactos, revisaron la transcripción de los testimonios, escribieron la presentación y el texto con que cierra el libro; gestionaron recursos para publicar la obra.

Tuve el honor de ser llamada para apoyar esta tarea y creí oportuno invitar a compañeras que tienen investigación y/o trabajo en el estado de Guerrero desde hace varios años: Rosalba Díaz Vázquez, Margarita Nemecio Nemesio y Karina Ochoa Muñoz, maestras en desarrollo rural por la UAM-Xochimilco, quienes aportaron valiosas ideas y realizaron entrevistas.

Por la forma en que se hace el estudio y el libro, podemos hablar de una investigación “de colabor”, en la que el planteamiento del problema, el desarrollo de la pesquisa, la elaboración de los productos, y la devolución de resultados se realizan en conjunto.<sup>1</sup> Aquí se ha roto la tajante dicotomía y jerarquía entre el “sujeto” que supuestamente investiga y genera conocimiento, y el “objeto” que supuestamente es investigado y sólo aporta datos, para crear una relación más horizontal y dialógica en la generación de conocimientos. La orientación del estudio, la reflexión y el aprendizaje han sido conjuntos. Colaboración entre academia y política facilitada por el proceso social que nos convoca.

Para mí, a la importancia política y al reto que implica una investigación en colaboración, se sumó el interés por contribuir a crear una memoria histórica de los movimientos protagonizados por mujeres, especialmente de aquellos que transmiten su experiencia de boca en boca, dependiendo de los espacios y las rutas de acción de las protagonistas. Escribir la historia permitirá que hoy o años más tarde, personas que quizá no conozcan directamente a la Coordinadora, sepan y se apropien de lo que a contrapelo construyen las indígenas. Que el olvido no sepulte esta historia.

El libro también abona un debate académico-político que involucra tanto al movimiento indígena como al movimiento feminista y sus analistas: por un lado, he constatado que una vez que las mujeres indígenas toman conciencia –como ocurre a mujeres de otros grupos sociales–, se parten el alma para lograr que su movimiento mixto asuma sus problemas, reivindicaciones, derechos y proyectos de

<sup>1</sup> En *Saberes en diálogos. Alianza entre mujeres indígenas y académicas en la construcción de conocimientos* (en prensa), Lina Rosa Berrio y Ángela Ixkic Duarte Bastian, desarrollan ampliamente esta idea, y señalan que sólo en contadas ocasiones es posible, debido a la discordancia de prioridades, tiempos y ritmos de investigadores, activistas y organizaciones sociales.

género; ser reconocidas en su especificidad implica navegar a contracorriente. Por otro lado, pese a los profundos cambios en las relaciones de género que proponen, el movimiento feminista con raíces en las urbes –la vertiente más reconocida y fuerte del feminismo en México–, no advierte la naturaleza subversiva y feminista de sus procesos; ubicándolos comúnmente en el “movimiento amplio de mujeres” que lucha por “demandas prácticas de género” (no por los intereses estratégicos del movimiento);<sup>2</sup> lo cual los coloca al margen del feminismo y dificulta la solidaridad y las alianzas, tan vitales para fortalecer a este joven movimiento. También aquí navegan a contracorriente.

La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas se halla en la frontera política del movimiento feminista y del movimiento indígena. Quizá ni uno ni otro movimiento perciben que la periferia es el centro, justo porque en los márgenes se condensan todos los problemas, las exclusiones, la discriminación triplicada por la etnia, el género y la clase, agravada por el lugar de residencia y por las jerarquías internas de los movimientos libertarios. Quizá tampoco se percibe con claridad que ni el proyecto político del movimiento indígena es pleno si deja fuera, pospone o mantiene al margen los asuntos de género; ni el movimiento feminista logrará consenso y fuerza si considera que los problemas y reivindicaciones de las mujeres indígenas son marginales o externos a la agenda feminista.

Apuntar hacia la construcción de un *movimiento indígena con perspectiva de género*, no sólo favorecería a las mujeres de los pueblos originarios sino a los pueblos mismos y al movimiento mixto; abrir

<sup>2</sup> Para ampliar este punto se puede revisar la “Introducción” de Gisela Espinosa, *Cuatro vertientes del feminismo en México. Diversidad de rutas y cruce de caminos*, UAM-Xochimilco, México, 2009.

espacio a un *feminismo diverso*,<sup>3</sup> en el que las mujeres de las clases subalternas se alimenten de la experiencia de sus antecesoras, pero diseñen sus propias rutas, sus discursos, sus proyectos de cambio; no sólo fortalecería a las indígenas sino a todo el movimiento feminista.

Y es que el feminismo incluye todos los procesos en los que, mujeres organizadas bajo cualquier modalidad y en cualquier espacio, asumen explícitamente una postura crítica ante la subordinación, la injusticia, la desigualdad o la discriminación de género; cuestionan la cultura sexista y el poder que las oprime por ser mujeres; y se proponen deconstruir estas relaciones para dar lugar a otras más igualitarias, justas y libres en todos los espacios de la vida social. En esta perspectiva, las luchas feministas pueden articularse a organizaciones mixtas y a reivindicaciones sociales, políticas, ambientales, culturales, económicas, etcétera; no son luchas abocadas exclusivamente a reivindicaciones de mujeres y para mujeres.<sup>4</sup>

Si coincidimos en esta idea, entonces la experiencia de la CGMI es parte de una vertiente feminista que surge en contextos culturales, políticos e históricos específicos, distintos a los que dieron origen al feminismo urbano que tan larga trayectoria tiene en México. Abrirse a la igualdad en lo diverso rompe con una noción monolítica

<sup>3</sup> Aída Hernández plantea que las luchas de las mujeres de los pueblos indios son un “puente entre un movimiento indígena que se niega a reconocer su sexismo y un movimiento feminista que se rehusa a reconocer su etnocentrismo” y que estas luchas ofrecen una crítica tanto al sexismo de las organizaciones indígenas como al etnocentrismo del feminismo urbano hegemónico. Con base en esta crítica propone la construcción de un *feminismo de la diversidad*. “Entre el etnocentrismo feminista y el esencialismo étnico. Las mujeres indígenas y sus demandas de género”, *Debate feminista*, año 12, vol. 24, México, 2001.

<sup>4</sup> El concepto sobre feminismo que aquí se asume, es retomado de Chantal Mouffe, “Feminismo, ciudadanía y política democrática radical”, *Debate feminista*, núm. 7, México, 1993, p. 21.

del feminismo, a la vez que debilita la reiterada resistencia de movimientos sociales y del movimiento indígena a aceptar al feminismo, por sentirlo ensimismado, ajeno a otras realidades y poco comprometido con proyectos de cambio social más amplios e incluyentes.

La CGMI es su historia, es su práctica y es su visión de futuro; es su pasado colectivo y la historia particular de sus integrantes. Abanico de experiencias y sueños que confluyen en un nuevo espacio y en un tiempo reciente: el Guerrero indígena de la Coordinadora. Recurrir a la reconstrucción histórica de su proceso significa rehacer la memoria de su identidad, de su quehacer político y develar la naturaleza de su proyecto transformador; es apuntalar su resistencia y sus aspiraciones emancipadoras, más aún en este caso pues –como dice Bonfil–,<sup>5</sup> los pueblos indígenas, como todos los pueblos colonizados, saben que la suya es una historia oculta, clandestina, negada, pero la negación es peor si de mujeres indígenas se trata. Recuperar su historia es una forma de afirmar su presencia y su palabra en el movimiento indígena, en la lucha social, en la historia misma.

El uso de la tradición oral ha sido clave para armar la historia colectiva y mostrar la riqueza de un proceso en curso que se desarrolla en múltiples regiones y comunidades de Guerrero. No sólo fue petición de Libni Iracema Dircio y de Martha Sánchez, sino recurso metodológico ineludible, pues prácticamente no hay fuentes escritas sobre la CGMI, ¿cómo analizar sucesos, reflexiones, propuestas,

<sup>5</sup> Guillermo Bonfil Batalla argumenta que “la memoria histórica es consustancial a la identidad étnica y a su expresión política: la etnicidad”; en Carlos Pereyra *et al.*, *Historia para qué*, Siglo XXI Editores, México, 1993, p. 238. Asumir el argumento implica adoptar un enfoque histórico en el análisis, pues creemos que la existencia y perspectivas políticas de la CGMI, sólo son comprensibles en la trama de los movimientos sociales en que participan sus integrantes, tanto en los más próximos y locales, como en aquellos con los que se relacionan en un mundo globalizado, no únicamente por las grandes corporaciones, sino desde los propios movimientos sociales.



acciones que sólo están en la memoria de las protagonistas? La memoria viva es la fuente principal.

La historia oral –dice Jorge Aceves–<sup>6</sup> permite tomar en cuenta a sujetos sociales “invisibles” para la historiografía convencional –en este caso mujeres indígenas de Guerrero–; centrar el análisis en su visión y versión de la historia, destacar el ámbito subjetivo de su experiencia. En la historia oral se pueden conjugar los testimonios sobre la vida de la persona, las historias de vida, con la investigación basada en la tradición oral que echa mano, a su vez, de otras metodologías.

En este libro, las fuentes orales han dado lugar a dos tipos de textos: por un lado, los testimonios de trece mujeres indígenas que a la vez que hablan de sí, dan cuenta de momentos y procesos significativos de la CGMI. Por otro, dos artículos que entrelazan la interpretación y el análisis de quien los escribe, con fragmentos de los testimonios individuales; en ellos se reconstruye la historia colectiva. Nosotras –como Martha Sánchez y Libni Iracema Dircio– tampoco queríamos “un texto frío sino uno vivo y cálido”, que recuperara la subjetividad de las mujeres y que a la vez fuera el relato analítico de un proceso que hasta hoy no se había escrito.

Enfrentamos dificultades metodológicas, pues si bien las dirigentes de la CGMI tienen una perspectiva panorámica de la historia colectiva, la experiencia de la mayoría de sus integrantes transcurre en espacios y tiempos discontinuos, en localidades, en procesos diversos donde interactúan con distintos actores. Los eventos amplios y los espacios de capacitación que organiza la Coordinadora, permiten la confluencia y el reconocimiento mutuos; ahí, el discurso

<sup>6</sup> Jorge E. Aceves Lozano abunda sobre las posibilidades y retos del uso de fuentes orales en la reconstrucción de procesos como éste. “Un enfoque metodológico de las historias de vida”, en Graciela Garay (coord.), *Cuéntame tu vida*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997.

se concentra y se crea, se tejen y afianzan relaciones que rebasan lo particular y local, se intensifica la apropiación y construcción colectiva del proyecto. Pero no es posible vivir en el evento y en última instancia nada tendría sentido si no repercutiera en procesos locales, inevitablemente dispersos y descentralizados, que son los que dan arraigo y fuerza al proyecto de la Coordinadora. Sí, pero ¿cómo “armar” un rompecabezas hecho a tantas manos y en tiempos y espacios tan diversos? Las articulaciones, los puentes, la interpretación y análisis que aparece en los dos artículos de la primera parte, “La historia”, muestran el plus y el riesgo de quien convierte la historia oral en historia escrita.

La diversidad de voces que aparecen en este libro le dan un carácter polifónico. Lo personal y lo colectivo se mezclan en los artículos y en los testimonios personales; todas evidencian cómo se va construyendo un “nosotras”, una identidad colectiva que se afianza en la práctica común y en la memoria colectiva; es eso lo que da lugar a un relato común de su pasado y a un proyecto compartido que se llama Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.<sup>7</sup>

El libro está organizado en tres partes: “La historia”, “Testimonios de vida y de participación social” y “Los logros, los retos”.

La primera parte comprende dos artículos. En “Por un mundo de libertades y derechos: la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas”, Gisela Espinosa Damián analiza el proceso organizativo de la CGMI, rastrea las genealogías políticas de sus integrantes, revela la diversidad de experiencias y visiones que se funden en este proyecto colectivo, los procesos que favorecen la emergencia de las

<sup>7</sup> Rafael Pérez Taylor dice que “la memoria se convierte en colectiva, al pasar de los saberes individuales a los sociales, a los que la colectividad considera como suyos, al significar lo que fue el pasado trasponiéndolo en el presente, de acuerdo con las necesidades de éste”. *Entre la tradición y la modernidad: antropología de la memoria colectiva*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1996, p. 12.

mujeres indígenas como actrices sociales en Guerrero; reflexiona en el cómo, la defensa de los derechos de sus pueblos y de ellas como mujeres, el deseo y la lucha por liberar sus pensamientos, sus movimientos, sus acciones, han sido decisivas en la construcción de sus identidades y del curso político de la CGMI, pero también para la vida de las mujeres que la integran y para la construcción de una ciudadanía femenina indígena que enfrenta obstáculos en muchos planos, y que no obstante, también en todos ellos va abriendo espacios y logrando saldos positivos.

En “Sembrando desafíos. Experiencias organizativas de mujeres indígenas en Guerrero”, Karina Ochoa Muñoz reflexiona sobre los aportes que tanto las luchas por la distribución de la riqueza como las de carácter cultural e identitario hacen al proceso de visibilización de las mujeres indígenas en el ámbito estatal, en cuyo cruce de caminos confluyen diversas tradiciones y experiencias políticas y organizativas. La autora reconoce que estos dos tipos de luchas, “lejos de ser expresiones excluyentes, forman parte de una historia común que cobra sentido en el dinamismo de la propia organización indígena y campesina”. Por medio de la voz de las actoras, explora la génesis, los contenidos y el sentido de la experiencia organizativa de la CGMI, la cual representa hoy un referente básico para muchas mujeres indígenas guerrerenses.

La segunda parte, “Testimonios de vida y de participación social”, presenta las trece entrevistas a líderes o activistas de la Coordinadora. Los títulos de sus textos son expresiones tomadas de sus testimonios y dan cuenta del sentir de sus integrantes: “Tenemos que hablar, liberar los pensamientos”, “Todas las mujeres como una sola”, “Nunca pensé que iba a volar”, “Liberarse del miedo”, “Esto no se acaba aquí”, “Hablamos de derechos”, “Nunca es tarde cuando una quiere”, “¡Cómo que no soy nada!”, “Mi primer logro: saberme defender”, “Cuando volví no era la misma”, “Lo que me estuve

perdiendo”, “Queremos participar y queremos el reconocimiento”, y “Háblame en castilla”. Frases sueltas, destellos, pequeñas pistas de la práctica y el imaginario de la CGMI; en los testimonios hay un cúmulo de experiencias y motivaciones que llevaron a las protagonistas a participar en movimientos sociales y de mujeres indígenas, a modificar sus previsibles trayectorias de vida. Desde esas voces tan diversas se podrán calibrar los problemas, logros y retos, los pequeños grandes pasos que van haciendo la historia personal y colectiva de la Coordinadora.

Las trece historias no sólo muestran la diversidad de pertenencias étnicas y regionales, sino que ponen al descubierto las genealogías y experiencias políticas que confluyen en la Coordinadora. Así, la amuzga Martha Sánchez Néstor inicia su participación social en el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena (“500 Años”) y luego en la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA), organizaciones mixtas con presencia en todas las regiones indígenas de Guerrero; Libni Iracema Dircio Chautla es una joven nahua que dio sus primeros pasos en la *Titekititoki Tajome Sihuame*, surgida en la Sociedad de Solidaridad Social Zanzekan Tinemi, organización mixta de productores nahuas que se desarrolla en la zona Centro; la tlapaneca Felicitas Martínez Solano se inicia en “500 Años”, pero luego se inserta en la Policía Comunitaria de San Luis Acatlán, experiencia de procuración de justicia impulsada “desde abajo”, en las regiones Costa Chica y Montaña; Hermelinda Tiburcio Cayetano es mixteca y viene de Rancho Nuevo de la Democracia, fuerte movimiento social y político de la Costa Chica Montaña; Enemesia Morales Pablo es amuzga y comienza promoviendo la organización de artesanas a la vez que se vincula al Partido de la Revolución Democrática (PRD); Delfina Benito Lucrecio es mixteca y también estaba vinculada al PRD antes de participar en la Coordinadora; la tlapaneca Epifania Villegas Maximiliano participó

en la Policía Comunitaria de San Luis Acatlán; Juana Martínez Marín, mixteca de la Costa Chica, ha participado en la ANIPA y en el PRD; Estela Pineda Navarrete conjugó su participación en el Consejo de la Nación Amuzga *Ñe' cwii ñ'oom* y en una cooperativa de artesanas; Felipa Riqueño Sánchez, habita en la zona nahua del Centro, aunque ya no habla esta lengua, inició su participación social en la *Titekkitoki Tajome Sihuame*; Ángela Domitila Rosendo Hidalgo participó en “500 Años” y en proyectos productivos financiados por Fondos Regionales; Ubali Guerrero González tenía vínculos con el Partido Revolucionario de los Trabajadores y participó activamente en el movimiento contra la construcción de la presa de San Juan Tetelcingo, en el Alto Balsas; y Brígida Chautla Ramos se inició en la Zanzekan, fue fundadora de la *Titekkitoki* y de la Noche *Sihuame Zan Ze Tajome*.

Teniendo orígenes étnicos, geográficos y políticos tan diversos, convergen en la Coordinadora al construir y compartir su perspectiva de género y de cambio social, pero ésta se carga de contenidos precisos según el contexto donde cada una vive y despliega su acción. La diversidad de raíces y de espacios donde actúan las integrantes de la Coordinadora, muestra los procesos sociopolíticos en los que han construido y construyen sus identidades y su proyecto.

En la Tercera Parte, “Los logros, los retos”, el libro cierra con “Un balance”, en el que Martha Sánchez Néstor y Libni Iracema Dircio Chautla hacen un alto en el camino para mirar, a vuelo de pájaro, la experiencia de la Coordinadora, reconocer sus avances y perspectivas, puntualizar sus desafíos y mirar hacia adelante.

Un libro elaborado a tantas voces y manos tiene la pretensión de hacer sentir el malestar y la rebeldía, la vitalidad del Guerrero profundo, más profundo aún si hablamos de sus mujeres indígenas.

*Gisela Espinosa Damián*  
Febrero de 2010



PRIMERA PARTE  
La historia





# Por un mundo de libertades y derechos

## La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas

*Gisela Espinosa Damián\**

### El entorno

Las mujeres que hablan, y de las que habla este libro, viven en uno de los tres estados con más altos índices de marginalidad del país (Conapo, 2006). Son los municipios y comunidades indígenas los que más contribuyen a este triste indicador;<sup>1</sup> justo ahí habitan las protagonistas del libro. Ellas pertenecen a los pueblos indígenas más importantes de Guerrero: el nahua, el mixteco, el tlapaneco y el amuzgo.<sup>2</sup>

\* Profesora-investigadora en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco [giselae@correo.xoc.uam.mx].

<sup>1</sup> El caso extremo es Metlatónoc: ubicado en la Montaña de Guerrero y habitado por población mixteca y tlapaneca; era el municipio más pobre del país. En años recientes se dividió, el área que quedó en Metlatónoc fue apoyada con todo tipo de recursos públicos para sacarlo del lugar en que se hallaba; en cambio, el área separada de Metlatónoc, Cochoapa el Grande, es ahora el municipio más pobre del país. He aquí su descripción: su población vive en localidades de menos de 2 500 habitantes, 87% de las familias vive con dos salarios mínimos o menos (del orden de los 220 dólares al mes), 76% de la población de 15 años o más es analfabeta, 88% no terminó la primaria. En cuanto a las viviendas, 94% carece de drenaje y sanitario, 60% no cuenta con energía eléctrica ni agua entubada, 95% tiene piso de tierra, 83% tiene algún grado de hacinamiento (Conapo, 2006).

<sup>2</sup> En Guerrero también hay población popoluca y zapoteca en pequeño número, así como habitantes afromexicanos.

En 2005 la población indígena guerrerense representaba 14% del total estatal y ascendía a 383 427 personas. Por la importancia numérica de sus pueblos indígenas, Guerrero ocupa el sexto lugar del país (INEGI, 2007). Casi un tercio de esta población es monolingüe, pero en las mujeres indígenas ese indicador se eleva al 40%, lo cual evidencia que ellas conservan más las lenguas indígenas, pero a la vez muestra su desventaja en un estado y un país donde la mayoría habla español; también son ellas las que tienen los mayores índices de analfabetismo: su 40% deja ver el enorme rezago educativo, pues en México este indicador es de 8.4%. Las desigualdades que conjugan condición socioeconómica, étnica y de género no acaban ahí: el estado tiene el índice más elevado de México de hablantes de lengua indígena sin instrucción (48.7%), pero en las mujeres indígenas este problema alcanza el 57% (INEGI, 2006).

Otras cifras ilustran la imagen del rezago: por ejemplo, sólo 37.9% de las viviendas indígenas del estado cuenta con agua entubada (la media nacional es de 63.6%); casi 60% de las viviendas indígenas carece de drenaje conectado a la red pública (la media nacional es de 21.3%). En cuanto a energía eléctrica hay menos disparidades, pues 82.9% cuenta con ella, mientras que en el país el porcentaje es de 95%. En la cocina –prioritariamente espacio femenino– también hay problemas: en 62.8% de las viviendas indígenas de México se usa leña como combustible (en el país, 82% de los hogares usa gas) (INEGI, 2006). Estas cifras no sólo son alarmantes signos de marginación social, sino de las dificultades que enfrentan las mujeres indígenas para cumplir su papel reproductivo: elaborar alimentos, mantener limpio el hogar, conservar la salud de la familia y la propia. Ser mujer indígena en Guerrero significa mucho trabajo y desgaste personal.

En acceso a servicios de salud hay desventajas muy marcadas: en el 2000, 94.6% de la población indígena de Guerrero no era

derechohabiente ni tenía algún tipo de seguridad social (INEGI, 2006), razón por la cual depende del sistema de salud oficial y de su propio bolsillo en caso de enfermedad. En 2005 las autoridades presumían que 17.1% de la población indígena ya tenía “seguro popular” (INEGI, 2007); sin embargo, las usuarias indígenas de este seguro reportan tremendas carencias en personal médico, equipo, medicamentos, materiales de curación y, para agravar el problema, trato discriminatorio hacia ellas y sus familiares. El 17% de las violaciones a los derechos humanos a indígenas, documentadas y denunciadas por el Centro de Derechos Humanos Tlachinollan, afectan el derecho a la salud, entre ellas, la negación del servicio de salud, negligencia médica y esterilización forzada (Sipaz, 2008).

Algunas cifras ilustran los graves problemas de salud: la esperanza de vida de las mujeres es 1.7 años menos que la media nacional; desde hace años, el estado ocupa el primero o segundo lugar en mortalidad materna (prácticamente duplica la media nacional), y es en las zonas indígenas donde más decesos maternos ocurren (Berrio y Reyes, 2008); la tasa estatal de mortalidad infantil es de 22.5 menores de un año por cada mil nacidos vivos, 29% más alta que la media nacional (INEGI, 2007); y es Chilapa, municipio nahua del centro del estado, donde el problema se agrava (Sipaz, 2008). La feminización y ruralización del VIH-Sida empieza a sentirse en zonas indígenas, especialmente en los municipios de alta intensidad migratoria, donde la pobreza, la ignorancia en relación con la pandemia y las deficiencias en el sistema de salud hacen más vulnerables a las mujeres. La tasa de fecundidad de las indígenas guerrerenses es mayor que en el país: 2.42 contra 2.10 hijos por mujer, respectivamente (Berrio y Reyes), diferencia que se asocia, más que a un ideal reproductivo alto, a escaso conocimiento y acceso a métodos anticonceptivos y servicios adecuados de planificación familiar. Todo ello agudizado por los bajos recursos económicos de

la población indígena, imposibilitada para suplir las deficiencias del sector salud.

La subsistencia y reproducción de las familias y comunidades indígenas de Guerrero depende, en parte, de los ingresos que genera la unidad doméstica: el cultivo de la parcela, la producción del solar, la elaboración de artesanía; en otra parte, de las transferencias de programas oficiales como el Programa de Apoyos directos al Campo (Procampo), que apoya con una cuota anual por hectárea de 963 pesos (alrededor de 70 dólares), y “Oportunidades”, que otorga bimestralmente apoyo alimentario, becas para niños, niñas y jóvenes que estudien y apoyo económico por cada adulto mayor; y, finalmente, de las remesas del trabajo migrante, que constituyen una fuente indispensable de ingresos para estas familias.

En la unidad doméstica indígena el maíz sigue siendo su siembra principal pero no única; según la región de que se trate, se cultiva café o jamaica, se produce miel, se elaboran artesanalmente velas, alfarería, mezcal y productos de palma. La mayoría de las familias, sobre todo las mujeres y los niños, cultivan algunas hortalizas, plantas medicinales y árboles frutales en sus solares, desarrollan la ganadería de traspatio, aves y cerdos. Las mujeres indígenas también producen artesanías textiles –para algunos pueblos como el amuzgo, esta actividad representa un importante ingreso familiar.

Las fuentes de subsistencia son diversificadas, pese a ello, la población indígena del estado se ubica entre los grupos más pobres del país, pues la combinación del autoconsumo y la venta de sus productos, los ingresos que en dinero o en especie generan las actividades productivas son insuficientes para garantizar una vida digna.

En la población económicamente activa (PEA) guerrerense participa el 42% de las y los indígenas de 12 años o más; sólo 25.5% del total de la PEA indígena está constituida por mujeres, y de ellas,

20% trabaja sin percibir ingresos; las que sí los perciben ganan menos de la mitad que los varones, aunque el número de horas que reportan trabajar sólo es 10% menor a las trabajadas por ellos (INEGI, 2006). El trabajo doméstico femenino sigue siendo invisible en las cuentas nacionales.

En Guerrero la población aumenta en menor medida que en el país: en los quinquenios 1995-2000 y 2000-2005, la población mexicana crecía a una tasa media anual de 1.6% y 1%, respectivamente; pero en Guerrero sólo lo hizo en 1.3% y 0.2% (INEGI, 2007). La razón de ello no radica tanto en menores tasas de natalidad, sino en que las dificultades para encontrar empleo e ingreso dignos, propician que muchas de las personas emigren. En los pueblos indígenas de Guerrero, los índices de feminidad expresan con nitidez ese fenómeno: por cada 100 varones hay 107 mujeres, y es que aun cuando las mujeres también salen de sus comunidades, es más frecuente e intensa la migración masculina. Entre 1995 y 2000 Guerrero perdió 21 488 pobladores indígenas, lo que coloca al estado en el segundo lugar del país (INEGI, 2006). Hay migración interna e internacional, temporal y definitiva, los destinos se hallan prioritariamente en el Pacífico Norte y, en menor medida, en Estados Unidos.

La migración indígena implica desgarramientos familiares y comunitarios, reacomodos, reorganización y profundos cambios culturales y políticos, transformación de las relaciones y tareas tradicionales de varones y mujeres. Se calcula que 26.3% de los hogares guerrerenses tienen jefatura femenina –es previsible que una buena parte se asocia a migración masculina–, lo cual sobrecarga a las mujeres de trabajo doméstico, amplía sus tareas en la parcela, las somete al estrés de la espera, tanto por saber si sus parejas han llegado con bien a su destino, como por tener en sus manos los dólares o pesos que servirán para la subsistencia. En Guerrero, sobre todo en las zonas indígenas, es muy común que migren parejas y

familias enteras hacia los campos de agricultura moderna ubicados en los estados costeros del Pacífico mexicano. Las condiciones de traslado, las residencias temporales, los salarios y la vida en esos periodos, es sumamente penosa para toda la familia, pero en especial para las mujeres.

Atrás de tantos rezagos y pendientes, de tantas deudas sociales con los pueblos originarios de Guerrero, se halla el incumplimiento o la falta de respeto a sus derechos; pero, como muestran las estadísticas, aunque las penas pesan sobre todos, las mujeres tocan fondo. Veámos cómo, en este contexto, ellas se organizan y desarrollan alternativas propias.

## Las raíces

¿Cómo surgió la idea de una coordinadora de mujeres indígenas en Guerrero? Una de sus principales líderes, Martha Sánchez Néstor, amuzga de Xochistlahuaca, comenta:

[...] un factor importante que genera la inquietud de trabajar desde la identidad de mujeres indígenas [fue] que en 1997, la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas [Conami] invita a mujeres de varias organizaciones de Guerrero a procesos de capacitación sobre derechos indígenas. Esto viene a unir, paradójicamente en la capital [del país] a las mujeres que ya estábamos trabajando de alguna manera en nuestra entidad [...] En ese tiempo veníamos como cinco compañeras a capacitarnos y éramos de distintas regiones: Centro, Costa Chica, Montaña y Norte (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

Como se verá enseguida, la capacitación de la Conami fue el espacio catalizador de procesos que venían de tiempo atrás. Habiendo en Guerrero múltiples expresiones de organización rural,

varias mujeres que luego confluirían en la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígnas (CGMI) venían de procesos contenidos en el *movimiento campesino*,<sup>3</sup> que a su vez formaba parte de los *movimientos populares* de las décadas de 1970 y 1980. En él coexistían grupos con diversas *identidades*<sup>4</sup> étnicas, productivas, regionales, de género;

<sup>3</sup> Luego de la guerrilla y de las luchas agrarias de la década de 1970, en las de 1980 y 1990, en todas las regiones de Guerrero (Costa Grande, Costa Chica, zona Norte, zona Centro, Montaña y Tierra Caliente), surgieron múltiples organizaciones campesinas en torno a proyectos autogestivos: uniones de ejidos, sociedades de solidaridad social, uniones campesinas y consejos comunitarios de abasto, en los que productores de maíz, café, miel, jamaica, ajonjolí, cacahuete, mezcal, productos forestales, de palma; así como grupos de ahorro y préstamo, mujeres en proyectos productivos y consumidores rurales manejando tiendas de abasto o programas de distribución de fertilizante, se volcaron a la lucha por la “apropiación del proceso producto” (autogestión de la producción, la comercialización, el crédito y el abasto rural), para evitar que sus excedentes quedaran en manos de intermediarios, acaparadores, usureros y caciques; o que la ineficiencia y manejo clientelar de programas oficiales les arrancara su autonomía política y productiva. En 1984 las experiencias estatales y nacionales de este tipo se articularon en la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA) y, en el plano estatal, en la Coordinadora de Organizaciones Campesinas del Estado de Guerrero y en la Alianza de Organizaciones Campesinas Autónomas de Guerrero. La tendencia a integrar problemas de carácter social, cultural, ambiental, de género, étnicos y políticos, entre las actividades de estas organizaciones, convirtió la “apropiación del proceso productivo” en una “apropiación de la vida social”. A finales de la década de 1980, el auge de las luchas electorales; y ya en la de 1990 la lucha zapatista y el ascenso del movimiento indígena, politizaron aún más la dinámica de estas agrupaciones, gestaron nuevas identidades y discursos políticos (Bartra, 2000; García, 2000).

<sup>4</sup> La *identidad*, dice Giménez (2002:60), remite a un sentido de pertenencia, al conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos), mediante los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, en un espacio histórico específico y socialmente estructurado. Aquí estaríamos haciendo referencia a una *identidad campesina*, pero ni en el plano individual ni en el colectivo las identidades son rígidas o estáticas; por el contrario, la experiencia implica un proceso constante de enriquecimiento y cambio. Aunque ciertos significados del “yo” o del “nosotros” sean relativamente estables –dice Mouffe (1993:7)–, la relación entre sujetos con discursos diversos producirá cambios identitarios, identidades dinámicas, plásticas y abiertas inevitablemente a la contingencia.

volcados a luchas agrarias, socioeconómicas y políticas diversas. En este campo socialmente heterogéneo, de la década de 1970 hasta principios de la de 1990, las *identidades étnicas* y *de género* estuvieron diluidas en lo *campesino*,<sup>5</sup> pese a que desde siempre participaran indígenas y mujeres en las luchas del campesinado, y a que desde la década de 1980 surgieron las primeras organizaciones de mujeres rurales. Las indígenas nahuas de la zona Centro muestran los albores de este proceso.

Yo empecé a participar por necesidad a partir del 83, en Chilapa, en mi colonia Los Pinos [...] empecé como integrante del comité para la regularización de la tenencia de la tierra [En 1987] me invitaron los de la Zanzekan [Sociedad de Solidaridad Social Zanzekan Tinemi]<sup>6</sup> a entrar como supervisora de Diconsa,<sup>7</sup> porque desde allí, desde el

<sup>5</sup> Queremos destacar que entre los elementos contenidos en las *identidades campesinas* está la relación con la tierra, no sólo valorada como medio de producción para la subsistencia campesina, sino como un espacio que genera pertenencia y arraigo; que alberga la vida, la historia, la cultura, la organización política y social de la gente que la habita. Pero además, las *identidades campesinas* que se construyen en las décadas de 1970 y 1980 –a las que aquí hacemos referencia– también incluyen un sentido de pertenencia a una clase trabajadora y explotada que justo en esas décadas dio grandes batallas por la tierra y contra la extracción de sus excedentes en los mercados rurales. Por ello, las *identidades campesinas* a que hacemos referencia han sido también *identidades de clase*.

<sup>6</sup> La Sociedad de Solidaridad Social (SSS) *Zanzekan Tinemi* (Seguimos estando juntos), opera en los municipios de Ahuacuotzingo, Chilapa, Mártir de Cuilapan y Zitlala, de la región Centro-Montaña del estado de Guerrero. La *Zanzekan* se constituyó en 1990, pero sus antecedentes se ubican en 1980, en la organización regional para el abasto integrada por consumidores rurales de diversas comunidades. A finales de la década de 1980, esta organización empieza a crear otras áreas de actividad: producción y venta de artesanías y cosechas, apoyo a los productores de maíz, reforestación, ahorro y promoción de la organización de las mujeres. Durante la década de 1990, la *Zanzekan* se convierte en una de las organizaciones multiactivas más importantes de Guerrero, con un enfoque de desarrollo sustentable. En su interior, las mujeres crearon su propia figura jurídica, la SSS *Titekitetoke Tajome Sihuame* (Estamos trabajando nosotras las mujeres) (Meza, 2000).

<sup>7</sup> Diconsa era la distribuidora de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares, S.A. (Conasupo), empresa paraestatal que manejaba una red de 20 mil tiendas de abasto



abasto, estaban trabajando en las comunidades. Para entonces me dan la tarea de que impulse la organización de las mujeres de la Zanzekan. No había ni una sola mujer ¡Ni una sola mujer! En las comunidades participaban puros hombres, en las tiendas comunitarias puros hombres. La última palabra y la primera era de ellos (entrevista a Brígida Chautla, 2006).

No fue fácil abrir espacios femeninos dentro de las organizaciones campesinas mixtas, pero en algunas se impulsaron grupos de mujeres, en su mayoría abocados a proyectos productivos y comerciales, aunque también se empezó a incorporar la reflexión sobre sus derechos.

Y entonces, me dieron la tarea de supervisora de Diconsa [...] Era doble trabajo: supervisar el transporte y promover la organización de mujeres [...] Con las compañeras decidimos constituirnos en triple ese [Sociedad de Solidaridad Social] la Titekititoke Tajome Sihame [Las mujeres estamos trabajando], pero eso a los señores obviamente no les gustó. “¿Para qué quieren otra organización si aquí está ésta?”, decían [...] En la Titeki levantamos el trabajo. Desde entonces, empezamos con los derechos humanos y nos involucramos para gestionar molinos de nixtamal y proyectos de abasto que hasta ahorita están trabajando las compañeras (entrevista a Brígida Chautla, 2006).

---

popular. Diconsa impulsaba la participación comunitaria en el manejo de las tiendas, mediante Comités Rurales de Abasto, constituidos por el encargado/a de la tienda local y un comité de vigilancia; las tiendas se surtían de un almacén regional, y también en este nivel había participación social en el Consejo Comunitario de Abasto, integrado por representantes de los Comités locales y personal de la Diconsa. En Chilapa, la organización campesina regional, la Zanzekan Tinemi, comenzó a constituirse desde esta estructura organizativa creada en torno al abasto, pues el Consejo Comunitario se “apropió” del sistema oficial y conjugó el abasto con muchas otras líneas de acción, como la producción agrícola, la distribución de fertilizante, la organización de mujeres y un desarrollo sustentable.

Proyectos como el de los molinos de nixtamal, de producción y venta de artesanías, cultivo de huertos familiares, cría y venta de aves o cerdos, tiendas de abasto popular, grupos de ahorro y préstamo, han sido, desde la década de 1980 y hasta hoy, punto de partida y campo de acción de mujeres indígenas integradas a organizaciones campesinas mixtas. También en el movimiento indígena mixto, la organización de mujeres giró, al inicio, en torno a proyectos productivos. Habla una indígena tlapaneca:

Yo era una joven adolescente, no sabía que había marchas ahí en la capital, con mucha gente. Venían familiares, mis tíos, mis hermanos venían, pero yo no sabía cuál era la demanda en específico de ellos. Ya en “500 Años” comencé a entender. A los tres meses me dijo Martha: “Oye ¿te gustaría participar?, hay un taller en México, es cada dos meses, un curso de derechos sexuales y reproductivos”. “Ta’bien”, le dije. Ahí me dijo un dirigente: “¿Qué aspiras, vas a hacer trabajo de la región o quieres trabajar a un juzgado?”. Le dije: “Lo voy a pensar, necesito hablar con mis papás porque me apoyaron con el cincuenta por ciento”. Y dice: “Ah, Okey”. En 1999, concluí la carrera en derecho y ahí en 2000, a la región. Regresé para organizar a mujeres [...] éramos dos municipios, era Malinaltepec y San Luis Acatlán [...] Yo salí como secretaria de coordinación de una organización que se llama *Mephaa Savi*, Mujeres Indígenas [Mujeres Indígenas Mixtecas y Tlapanecas] Las mujeres formaron un grupo que trabajó en proyectos productivos: sembraban cilantro, rábanos; unas trabajan lo que son gallinas ponedoras, las otras con flores, otras hacían proyectos de aguacate –eran injertos– y unas sembraban jitomate [...] Ya de ahí nos quedamos como Consejo Guerrerense, empezamos a trabajar, a participar en diferentes reuniones (entrevista a Felicitas Martínez, 2008).

La participación social de las indígenas guerrerenses ha estado marcada por el contexto socioeconómico y cultural de sus pueblos y por las experiencias y discursos políticos de sus agrupaciones

mixtas. Al principio, muchas fueron a movilizaciones para exigir infraestructura y servicios públicos, servicios médicos o educativos, recursos económicos para proyectos productivos. Salir de sus casas y pueblos, asistir a reuniones y actos, escuchar la exposición de problemas, reivindicaciones y proyectos y entrar en contacto con nuevos imaginarios sociales las fue involucrando en discursos y acciones que propiciarían el despegue de sus propios procesos organizativos, en principio, muy influenciados por las identidades y proyectos de los movimientos mixtos, campesino e indígena.

La mayoría de los colectivos indígenas femeninos que surgieron en la década de 1990 –si no es que todos–, formularon, para empezar, *proyectos productivos*, de *ahorro*, *préstamo* y *comercialización*, que respondían a problemas percibidos desde las responsabilidades femeninas en espacios rurales indígenas pauperizados, donde falta el dinero, donde el trabajo de las mujeres no se reduce a elaborar alimentos, limpiar el hogar y cuidar a la familia; sino que abarca tareas en la parcela (ellas colaboran en la siembra y labores de cultivo y de cosecha), el traspatio (producen artesanías, cultivan plantas medicinales, frutos y hortalizas y crían especies menores de ganado) y en las tierras comunales (recolectan alimentos y leña o acarrear agua).

El financiamiento oficial a proyectos productivos por parte del Instituto Nacional Indigenista (INI) y luego por la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), financiamiento cuya recuperación constituye Fondos Regionales manejados por asociaciones civiles, ha sido un motor de la organización productiva de las mujeres rurales e indígenas de Guerrero: Mujeres Indígenas Tinochimed Tinejneme; Mujeres de Chilapa Trabajando Juntas; Mujeres en Desarrollo de la Costa Chica de Guerrero; Fondo Regional Indígena Yunculcué, son algunos de ellos. Otra de las estructuras que se constituyen en la década de 1990 y que aglutina a este amplio

movimiento de mujeres organizadas en torno a la producción, el ahorro y el préstamo, es la Asociación de Mujeres Mexicanas Organizadas en Red, la AMMOR; en Guerrero, varias experiencias y núcleos femeninos rurales participaron en su conformación y siguen integradas a esta Red.<sup>8</sup>

El trabajo “doméstico” rural-indígena, mayoritariamente realizado por mujeres, es más amplio y más pesado que el trabajo doméstico urbano, peor aún porque no siempre se cuenta con servicios como electricidad y toma de agua potable en casa, con estufa de gas o electrodomésticos; lo cual intensifica las jornadas femeninas e impide satisfacer dignamente necesidades vitales. No era extraño entonces que la organización colectiva de las indígenas buscara mejorar sus condiciones económicas, de vida y de trabajo. Los programas oficiales para ellas también refuerzan su organización en torno a proyectos productivos, pues en general ignoran que la vida indígena está sufriendo profundos cambios, y que la posición y papel de las mujeres también se modifica y exige nuevas visiones.

<sup>8</sup> La AMMOR tiene presencia en 18 estados del país, está integrada por mujeres indígenas, campesinas, productoras, jornaleras, artesanas; mujeres de escasos recursos y bajos niveles de escolaridad, que se organizan para ahorrar, darse préstamos y realizar proyectos productivos que mejoren su calidad de vida, la de sus familias y comunidades. Sus antecedentes fueron el Área de la Mujer Campesina de la UNORCA y la Coalición de Mujeres Guerrerenses. En 1997, la búsqueda de autonomía y de recursos propios las llevó a constituir la AMMOR con los siguientes objetivos: hacer valer los derechos de las mujeres en las instancias de participación pública; incidir en políticas públicas que impulsen la organización y el desarrollo de las mujeres; promover la reflexión sobre la condición de la mujer en la sociedad rural, y que ésta influya en actividades de mayor trascendencia. La misión de la AMMOR es promover una sociedad rural más equitativa con igualdad de oportunidades, donde las mujeres participen en los ámbitos social, económico, político, ambiental y cultural; en la toma de decisiones en la vida pública y privada; e incidencia en el desarrollo de la política pública con visión de género, ocupando espacios de representación nacional, estatal, regional y local en la esfera económica, política, social, ambiental y cultural (Díaz, 2009a).

En otros casos, las mujeres empiezan en este tipo de proyectos, pero pronto se comprometen en otros con un carácter muy distinto, como el de la Policía Comunitaria de San Luis Acatlán.<sup>9</sup>

No recuerdo qué edad tenía cuando empecé a participar. Fue cuando un muchacho nos dice que hay un proyecto y que van a empezar a trabajar las mujeres [...] De ahí me echaron ojo para presidenta de la “Organización Colectiva de Mujeres Indígenas Tlapanecas” [...] empezamos pues a participar y fuimos perdiendo el miedo [...] Creíamos que no teníamos derecho a decir, que no teníamos derecho a participar [...] De ahí fue cuando me agregué a la “Policía comunitaria” [...] Fue un sacerdote el que inició, pues la comunidad de Pascala [del Oro] sufrió muchos asaltos. Empezó cuando la gente iba a la ciudad de Ayutla y ahí salieron los asaltantes y robaron la camioneta y se robaron tres chamacas que estaban estudiando en Ayutla y que las fueron a violar a medio camino y a la gente la dejaron ahí. Ahí fue cuando la gente empezó a ver cómo le vamos hacer. Como yo tengo hijas y ni Dios lo quiera que les vaya a pasar a mis hijas, entonces, me metí duro con las demás compañeras. Dijimos: “hay que estimar lo

<sup>9</sup> La Policía Comunitaria de la Costa Montaña de Guerrero surgió en 1995 con el propósito de proteger e impartir justicia a los habitantes de 42 comunidades mixtecas y tlapanecas de los municipios de San Luis Acatlán, Malinaltepec y Azoyú quienes, cansados de asaltos, asesinatos y violaciones a mujeres y niñas, y de un sistema de justicia ineficiente y corrupto, decidieron crear un sistema propio de seguridad. Párrocos de Pascala del Oro y el Rincón, del municipio de Malinaltepec; autoridades y asambleas comunitarias; organizaciones regionales como La Luz de la Montaña, la Unión Regional Campesina, la SSS de Café y Maíz, “500 Años” y el Consejo Comunitario de Abasto de la región participaron en el proyecto. Más que castigar, la policía comunitaria procura reeducar mediante trabajo comunitario, reparación del daño y reconciliación; se apoya en la costumbre y en normas inspiradas en el Convenio 169 de la OIT sobre “Pueblos indígenas y Tribales en países Independientes”, en el artículo 39 de la Constitución mexicana –referido a la soberanía nacional y la forma de gobierno–, y en los acuerdos de San Andrés Larráinzar del EZLN con el gobierno federal. Cuenta con más de 500 elementos que no reciben remuneración y que organizan rondas para permanecer 15 días en cada comunidad (Paz Paredes, 2009).

que dice ese sacerdote, hay que iniciar la policía comunitaria" [...] que haiga la policía comunitaria (entrevista a Epifania Villegas, 2007).

El activismo en partidos políticos también se conjugó con proyectos productivos, como revela el siguiente testimonio que viene de la Montaña:

Me inicie en la lucha, se puede decir, para coordinar con mujeres, y eso me nace cuando mi esposo Fructuoso militaba en el PRD [Partido de la Revolución Democrática] y en el 96 lo eligieron como candidato al partido del PRD. Me voy con él en la campaña y es donde me di cuenta que la gente tenía varias necesidades, por eso decidí formar una organización. No sabía ni qué iba a hacer, pero bueno, al fin de cuentas me motivó el salir y ver cómo vivían. Yo no fui pobre, la verdad, la pobreza la viví aquí [...] Y dije: "Pues sí, es necesario salir". Por eso me metí en buscar esas alternativas pero no sabía cómo. Después me dijeron que había que conformarse en una organización, la conformamos con 120 socias [la Sociedad de Solidaridad Social *Axale*] (entrevista a Ángela Domitila Rosendo, 2006).

No fue la única, de las trece entrevistadas, ocho conjugaron la participación social con el activismo en partidos políticos como el PRD y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).

En la lucha contra el fraude electoral y la imposición de gobernantes estuvieron algunas indígenas que luego integrarían la Coordinadora:

La primera vez que participé fue en el año 2000, cuando se levantó la gente para desalojar a esa mujer, Aceadeth Rocha Ramírez.<sup>10</sup> Fue

<sup>10</sup> Aceadeth Rocha Ramírez, fue presidenta municipal por el PRI en Xochistlahuaca, donde tradicionalmente los comisarios y delegados de cada comunidad se elegían en asambleas comunitarias, pero a los pocos días de asumir el cargo, Chade Aceadeth empezó

la primera vez que entré como ciudadana y como mujer, entonces empecé asistir a talleres. Mi primer taller fue en Santa Fe, a un lado de Chilpancingo. De ahí empecé y me gustó. Iba a las marchas, estuve como cualquier persona, estuvimos en plantón aquí en Xochis. En Chilpancingo estuvimos durante todo el tiempo que se llevó a cabo el plantón (entrevista a Estela Pineda, 2007).

También la lucha del Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas,<sup>11</sup> que en 1992 se levantó para impedir que la construcción de la Presa de San Juan Tetelcingo los desplazara de su territorio, daría lugar a la organización de las mujeres.

La lucha del 92 contra la construcción de la presa de San Juan Tetelcingo fue una lucha muy fuerte. Se unieron alrededor de 22 pueblos. Nosotras ahí ya participábamos, no como dirigentes al frente, sino nada más como parte de nuestros pueblos. Fue hasta 1997, cuando analizando y viendo nuestras propias necesidades de mujeres –crédito para nuestras artesanías– y la violación a nuestros derechos humanos, decidimos constituirnos ya legalmente como organización de mujeres, por nuestros proyectos ya más específicos, porque a veces

---

a imponer el sistema de partidos en esta decisión comunitaria, lo cual generó un conflicto, movilizaciones y un plantón frente al palacio municipal de Xochistlahuaca.

<sup>11</sup> En 1990, la Comisión Federal de Electricidad se propuso construir la hidroeléctrica San Juan Tetelcingo, una presa que implicaba el desplazamiento de 40 mil indígenas nahuas de siete municipios de la zona norte de Guerrero. La respuesta social fue beligerante: hombres, mujeres, jóvenes y niños de 22 pueblos nahuas, se organizaron para defender su territorio, sus recursos naturales, su cultura y su derecho a la consulta, amparándose en el Convenio 169 de la OIT. Constituyeron el Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas (CPNAB) para demandar el cese del proyecto y para elaborar un proyecto de desarrollo regional alternativo desde las comunidades. El CPNAB se convirtió en el órgano político que le dio voz, identidad y dirección a esta lucha indígena y logró la solidaridad de organizaciones nacionales e internacionales. En febrero de 1992 se canceló el proyecto hidroeléctrico, el éxito de esta lucha dejó una honda huella en los pueblos nahuas de la región (Cano, 2008).

veíamos que la lucha no satisfacía nuestras necesidades como mujeres. Era tener un espacio propio para discutir, porque casi siempre las reuniones solamente eran de los señores. Y también nosotras, como grupo, también ya queríamos tener un espacio propio [...] Aquí Kinal [Antzetik, AC]<sup>12</sup> y especialmente Nellys,<sup>13</sup> jugó un papel importante [...] Ella se identificaba con el Partido Revolucionario de los Trabajadores [...] y ahí nos conocimos [...] A varias nos invitó a talleres [...] íbamos a formarnos a México sobre el Convenio 169,<sup>14</sup> sobre derechos humanos y otros asuntos en general. Ella fue un gran apoyo para clarificar cuál era nuestro propósito [...] nos dio como el camino que teníamos que seguir, aunque ya estábamos un poco organizadas, ya con los grupos (entrevista a Ubali Guerrero, 2003).

<sup>12</sup> *Kinal Antzetik, AC* ("Tierra de Mujeres") es una asociación civil que surge en Chiapas en 1995 con los objetivos de: fortalecer a organizaciones nacionales y regionales de mujeres indígenas, impulsar sus demandas para que sean incluidas en las legislaciones nacionales y se apliquen en sus comunidades, gestionar recursos financieros para apoyar iniciativas de mujeres indígenas, informar y capacitar a grupos de mujeres indígenas y campesinas. Desde el levantamiento zapatista de 1994, Kinal participó activamente en procesos de discusión, capacitación y organización de mujeres indígenas que contribuyeron, entre otras cosas, a constituir la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas. De ese proceso, que rebasó al estado de Chiapas, surgió la idea de crear una sede en el Distrito Federal, desde donde se apoyó a las indígenas de Guerrero.

<sup>13</sup> Nellys Palomo (†), reconocida feminista de izquierda, activista por los derechos de las mujeres, fundadora de la asociación civil Kinal Antzetik, en Chiapas, en el Distrito Federal y en Guerrero. Acompañó y promovió la organización de mujeres indígenas, y tuvo un importante papel en sus procesos de formación y capacitación en derechos de los pueblos indígenas, derechos humanos, derechos de las mujeres, autoestima, *empoderamiento*, salud sexual y reproductiva. El 9 de junio de 2009 perdió la vida en un accidente doméstico, para entonces había dejado huella en el movimiento de mujeres indígenas, en particular, entre las activistas indígenas de Guerrero, de las que habla este libro.

<sup>14</sup> El gobierno mexicano firmó el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en 1991 y entró en vigor en nuestro país en 1992. Este Convenio es un instrumento internacional que vela por los derechos de los pueblos a ser consultados y a participar directamente en los planes de desarrollo que los afectan o involucran.



Otras promotoras se involucraron en proyectos económicos y sociales articulados a procesos políticos locales y regionales:

Existía un espacio político en la región en donde se coordinaban las organizaciones, su nombre era Convergencia Regional Centro Montaña donde estaba la Titekitoke; una organización de ahorro y préstamo que se llama Matotlanejtikan Tomin; Altépetl Náhuas; el Consejo Comunitario de Abasto –que fue un pilar importante en los inicios de la Zanzekan–; y por supuesto, la triple ese Zanzekan Tinemi [...] Trabajaban la cuestión indígena, proyectos productivos, cultura. Todas estas organizaciones integraban la Convergencia porque vieron [...] que era necesario constituir una APN [Asociación Política Nacional] para la participación política (entrevista a Libni Iracema Dircio, 2005-2006).

Varios de los procesos en los que participaban las mujeres indígenas se cruzan con las numerosas luchas étnicas que surgieron en la coyuntura de los 500 años del “descubrimiento de América”, que los pueblos indígenas de Guerrero, al igual que muchos otros del país y de América Latina, aprovecharon para denunciar la injusticia, las desigualdades sociales y su exclusión de los beneficios del desarrollo, asumiendo sus *identidades étnicas*, en lugar de sumarse a la celebración oficial.<sup>15</sup> El Consejo Guerrerense 500 Años

<sup>15</sup> La construcción de *identidades étnicas* supone la existencia en el planeta de una serie de grupos organizados y con relaciones de poder, que pregonan el sentido de las relaciones y de las acciones entre grupos diferenciados culturalmente; también supone querer pertenecer a un grupo o colectividad, de manera física, simbólica o espiritual (Gutiérrez, 2008:14). En este caso, las *identidades étnicas* a que nos referimos, tienen su raíz en la historia y las culturas de los pueblos originarios de América, en el contexto de una sociedad nacional “homogénea” y, por lo mismo, excluyente para ellos; desde la experiencia y percepción de su posición política subordinada, se afirman las *identidades étnicas* en el plano cultural (afirmación y demanda de reconocimiento a sus lenguas, historia, visión del mundo, del orden social, de género, etcétera) y en el plano político

de Resistencia Indígena, Negra y Popular (CG500ARINP) –en red con movimientos hermanos de América Latina– formó parte de esa lucha y fue uno de sus principales bastiones.<sup>16</sup> Pese a que el discurso político del Consejo no incluía reivindicaciones de género, de su interior surgirían varias de las promotoras de la CGMI. Fue el caso de Martha Sánchez, quien ingresó a “500 Años” como secretaria de la oficina y luego se convertiría en una de las artífices y líderes de la Coordinadora:

Me dijo Martín, un dirigente del Consejo: “Como verás, aquí somos puros hombres y esto es un relajo, queremos que lleves los archivos [...] pero queremos que entres mañana sábado porque el lunes salimos a la marcha a la Ciudad de México [...] Vamos”. Me lo dijo de relajo y yo dije: “Pues ahora me voy”. Venían con las demandas de apoyo al EZLN [Ejército Zapatista de Liberación Nacional] y las demandas de la organización. Nos quedábamos a dormir en las comisarías, y

---

(reivindicación de su derecho a la autodeterminación en su forma *autonomía* sobre su territorio, su organización social y política). Todo ello matizado porque, como dice Mouffe, las identidades están sujetas a la contingencia y al cambio que implica su relación con otros sujetos y grupos sociales.

<sup>16</sup> En Guerrero, desde la década de 1970 hubo organizaciones indígenas promovidas oficialmente o por la izquierda, pero fue hasta 1991 que el Consejo Guerrerense 500 años de Resistencia Indígena, Negra y Popular (“500 Años”), sintetizó años de lucha y permitió elaborar un discurso político novedoso y con otro alcance. Los líderes del Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas participaron activamente en la constitución de “500 Años”. El movimiento indígena que sigue al levantamiento zapatista de 1994, la discusión nacional e internacional sobre autonomía y derechos indígenas, la posibilidad de participar en la política electoral y en funciones de gobierno, condujo a los principales dirigentes de “500 Años” a múltiples eventos y espacios, nacionales e internacionales, a cargos de representación popular, a manejar recursos económicos para obras y a puestos en la burocracia indigenista. La gran capacidad de movilización de “500 Años” fue su fuerza y su debilidad, pues la convirtió en actor político, pero no construyó estructura organizativa ni dio formación a sus integrantes. En 2001 se agudizaron sus problemas internos y se notó su alejamiento de ciertos procesos regionales, luego se desarticuló, aunque varias de las organizaciones locales que le dieron vida siguieran desarrollándose (Sarmiento, 2004).

maquinando los documentos de los comisarios. Estaba yo descubriendo otro mundo [...] Era la locura pero a mí me gustaba, yo leía los documentos, los boletines, me iba de metiche a las reuniones con los funcionarios. Trabajaba de domingo a lunes [...] Fuimos a la Convención de Aguascalientes en la Selva Lacandona. Fue una impresión fuertísima, me dieron ganas de llorar aunque todavía no supiera el contexto de la lucha indígena (Madrid y Aurrecoechea, 2003:330).

Las luchas étnicas locales, a veces reprimidas con violencia extrema, lograron mayor articulación y fuerza en el movimiento que surge para conmemorar los 500 Años, pero a su vez estos procesos se cruzan y refuerzan en 1994, con las intensas movilizaciones indígenas que en México y en América Latina se despliegan luego del alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).<sup>17</sup> Habla una joven mixteca:

<sup>17</sup> El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se presentó públicamente el 1 de enero de 1994 con la toma armada de siete cabeceras municipales de los Altos de Chiapas y la publicación de la *Primera Declaración de la Selva Lacandona* y de la *Ley Revolucionaria de las Mujeres*. Sus demandas centrales: trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz; su lucha por la autonomía y el derecho a gobernar sus territorios, por los derechos de las mujeres; su defensa de las minorías sexuales y su concepción del poder ganó la solidaridad de las izquierdas del país y del mundo y contribuyó a gestar un proyecto altermundista a partir de la idea de que “otro mundo es posible”, “un mundo en el que quepan muchos mundos”. La novedosa estrategia propagandística del zapatismo, los diálogos y negociaciones con representantes del gobierno y de la sociedad civil, el carisma de sus dirigentes, así como la convocatoria a una serie de eventos masivos, estimularon la organización del movimiento indígena y propiciaron un amplio debate nacional sobre autonomía, territorio, cultura, relaciones entre los pueblos indígenas y con la sociedad nacional e internacional, papel de la mujer y los niños, usos y costumbres, sistemas normativos, modelos de desarrollo, derecho a la rebelión, derechos colectivos, etcétera. En 2001, el EZLN encabezó la exitosa *Marcha del Color de la Tierra*, para exigir que se reconociera en la Constitución la Ley de Derechos y Cultura Indígenas elaborada por la Comisión de Concordia y Pacificación (Ley Cocopa), misma que no fue aprobada por el Congreso de la Unión, lo cual produjo la ruptura del diálogo zapatista con el gobierno y con la sociedad política. Desde entonces el EZLN optó por la construcción de la *autonomía de hecho*, en los municipios autónomos.

Comencé mi lucha en Rancho Nuevo de la Democracia<sup>18</sup> [...] Había mucha violencia contra ese municipio, había mucho asesinato de compañeros [...] En la lucha había mujeres pero sólo en la cocina, no en toma de decisiones [...] En una lucha siempre está la mujer ahí, aunque no se vea enfrente, siempre está atrás. Cuando yo llegué no entré así: primero, era la que podía hablar con los funcionarios, hablaba español. Entonces era la traducción, era hacer los papeles. Fui ganando un liderazgo por ese nivel, porque si no también hubiera llegado a la cocina [...] Yo ya estaba en la lucha social y defendiendo el bosque y todo lo de Rancho Nuevo, pero no había una organización estatal que nos respaldara. En una ocasión fui a un encuentro de pueblos indígenas, ahí me invitó Martha Sánchez al Consejo Guerrerense 500 Años. Era un cobijo político para mí y para la gente de Rancho. En aquel entonces estaba la lucha zapatista, era así como una lucha nacional. En Guerrero, el Consejo encabezaba la lucha indígena. Entonces la marcha, cuando el recorrido zapatista y vino Marcos a México. Nosotros fuimos, recibimos los delegados zapatistas cuando vinieron a Guerrero. Entonces fue así como una lucha histórica [...] las reuniones, las marchas, las concentraciones, los encuentros (entrevista a Hermelinda Tiburcio, 2006).

<sup>18</sup> En 1995, ocho comunidades mixtecas instalaron un plantón en el palacio municipal de Tlacoachistlahuaca, exigiendo la elaboración de un plan de desarrollo para la región, la elección democrática de sus representantes comunitarios y la destitución del presidente municipal. La respuesta oficial fue nula. En diciembre de 1995 el movimiento había crecido: 18 comunidades demandaban crear un municipio cuya cabecera se asentaría en la comunidad de Rancho Viejo, en la Montaña, mismo que tomaría el nombre de Rancho Nuevo de la Democracia. Formaron un Consejo Municipal en Rebelión que fungió como gobierno indígena municipal. La respuesta oficial fue violenta y represiva; al cabo de un tiempo, a las demandas iniciales se añadió la de liberar a sus dirigentes presos y esclarecer el asesinato de ocho activistas; a la vez que se construía desde abajo el plan de desarrollo tan negado por los gobernantes. De 1996 a la fecha, el movimiento de Rancho Nuevo de la Democracia centra su lucha en el reconocimiento de su espacio territorial y de las formas de elegir a sus gobernantes; y pugna porque en su municipio, el destino de los recursos federales y estatales se apliquen con base en su plan de desarrollo regional (Rodríguez, 2006).

Como puede advertirse, la genealogía política de las indígenas que promovieron la constitución de la CGMI es diversa, hubo quienes iniciaron su participación en organizaciones campesinas indígenas como la Zanzekan Tinemi; otras, en organizaciones con una clara identidad étnica, como el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena; unas más en beligerantes luchas contra proyectos modernizadores y excluyentes, como la que encabezó el Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas, o por la democracia y los derechos sociales, como la protagonizada por los pueblos mixtecos y amuzgos en el municipio Rancho Nuevo de la Democracia; hubo quienes, desde las organizaciones locales, llegaron a convergencias con la clara intención de participar en la política formal, como la APN de las regiones Centro Montaña; unas más venían de innovadores proyectos de procuración de justicia surgidos desde abajo, como el de la Policía Comunitaria de San Luis Acatlán. Varias conjugaban su participación en dos o más procesos y sumaban a ellos el activismo en partidos políticos como el PRD y el Partido Revolucionario de los Trabajadores.

Prácticamente todas las mujeres indígenas que promovieron la CGMI comenzaron su participación en la década de 1990 –excepto Brígida Chautla que las antecede–; todas se iniciaron en organizaciones mixtas y en una posición de base. Si bien –como veremos más adelante– fueron construyendo sus liderazgos a partir de proyectos con mujeres, todas participaron en procesos sociales y políticos comunitarios o regionales vinculados a redes u organizaciones estatales o nacionales. Los testimonios muestran que sus proyectos políticos conjugaron reflexiones y luchas contra desigualdades *socioeconómicas*, por la *democracia* y la *justicia*, y contra la *discriminación étnica*.

En el periodo que antecede a la CGMI, las que serían sus promotoras no sólo iban afirmando sus *identidades campesinas, de clase* y

*étnicas*, en luchas sociales, políticas y culturales; también se iba incubando una crítica incipiente a las desigualdades de género en las familias, en la vida cotidiana de los pueblos indígenas y en los movimientos sociales, en parte alentada por las dificultades que empezaron a vivir en cada intento por participar y organizarse como mujeres; en parte alentada por los discursos sociales de género que empezaron a difundir organismos de la sociedad civil y agencias financieras gubernamentales o multilaterales con las que ellas tenían contacto.

La complejidad de su *discurso*<sup>19</sup> y la multiplicidad de planos identitarios contenidos en estos colectivos no se reducía –ni siquiera al principio– a la noción productivista que se asocia a los *proyectos productivos*, pues ellas los impulsaron en medio de experiencias, sueños y utopías sociales que desbordaban totalmente el marco económico productivo y las necesidades materiales.

Los testimonios dan fe de que el proceso de las indígenas de Guerrero no sólo tuvo que ver con movimientos locales o estatales, sino con una ola indígena que abarcó al país y al continente americano. Es claro que en la década de 1990 dos coyunturas fortalecieron las identidades y la organización del movimiento indígena: por un lado, la conmemoración de los “500 Años”, por otro, el levantamiento del EZLN. Ambos vendrían a colocar en el centro del debate político los *derechos colectivos de los pueblos indígenas*, la *autonomía* y el *reconocimiento*

<sup>19</sup> Aquí, en lugar de pensar el *discurso* como una simple expresión verbal o escrita con significado, o de establecer una dicotomía entre semántica y práctica social, se retoma la idea de que ciertas formas de enunciación del pensamiento son capaces de materializarse y de marcar el régimen de los objetos y de las prácticas sociales (Foucault, 2002); y a Mouffe y Laclau (1987:122-125), quienes en el *discurso* integran formaciones significativas lingüísticas y no lingüísticas, de modo que las reglas de construcción de sentido operarían en el campo del pensamiento y en el de la acción. Los juegos lingüísticos –dicen– se encadenan con acciones estableciendo secuencias relacionales, y ambos planos constituyen la *práctica discursiva*.

a sus *culturas*. Por primera vez en centurias la lucha no sólo era por reivindicaciones agrarias, socioeconómicas o políticas, sino que se afirmaron sus *identidades étnicas*, posicionando a los pueblos indígenas en un sitio digno como sujetos que no esperan dádivas, sino exigen sus derechos. La consigna: “Todos somos indios”, tan repetida por la izquierda social en la segunda mitad de la década de 1990, revela el terreno ganado.

En plena fase de ascenso del movimiento indígena, se construyeron nuevas convergencias como el Congreso Nacional Indígena (CNI)<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Narra Valladares (2004) que en 1996, en el marco del movimiento indígena que sucede al levantamiento armado del EZLN, cientos de líderes y representantes de los pueblos indígenas de México dieron origen al CNI bajo el lema “Nunca más un México sin Nosotros”. Su antecedente fue el “Diálogo Nacional por la Democracia, la Libertad y la Justicia” de 1994, cuando miles de indígenas del país sesionaron en la Convención Nacional Democrática (CND) para crear consensos sobre la autonomía indígena. En 1995, en la segunda CND, se presentó el *Manifiesto a la Nación. Propuesta de trece organizaciones indias* –entre las que se hallaba el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena–, que incluía la pertinencia de un régimen de autonomía en los niveles comunitario, municipal y/o regional. Surgieron diferencias políticas e ideológicas y se disolvió la CND. Entonces se formó la Convención Nacional Indígena, que sesionó por primera vez en Tlapa, Guerrero, en 1995. Su segunda sesión se realizó en un clima de violencia en Chiapas y en otras regiones indígenas; en ese contexto nació el CNI, como un espacio en el que cientos de organizaciones se manifiestan y articulan su apoyo a la lucha zapatista; además, ha sido un lugar de encuentro y una fuerza política que, junto con el EZLN, colocó la cuestión indígena y la demanda de autonomía en el debate nacional. Entre 1996 y 2006, el CNI realizó cuatro congresos y ocho asambleas nacionales. Ha celebrado múltiples eventos, así como luchas pacíficas para lograr sus demandas. En febrero de 2001, en el marco de la marcha zapatista a la Ciudad de México y de la campaña para que el Congreso de la Unión aprobara la Ley de la Cocopa, el CNI realizó su Tercer Congreso Nacional con 3 500 delegados indígenas, más miles de asistentes que acudieron a Nurio, Michoacán. Lugar del que partieron los 23 comandantes zapatistas y algunos de los representantes indígenas del CNI para hablar en el pleno del Congreso de la Unión. En abril de 2001, el Congreso de la Unión aprobó una Ley Indígena que ignoró la Ley Cocopa, lo cual desalentó al movimiento indígena y lo marginó del escenario político nacional. Desde entonces el CNI desarrolla experiencias autonómicas *de hecho*. En 2005 se adhirió a la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* y a la “Otra Campaña” anunciada por el EZLN (2006), donde existe un claro discurso antineoliberal y antielectoral (véase Valladares, 2004).

y la Asociación Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA)<sup>21</sup> e instancias nacionales a las que se incorporaron prácticamente todas las organizaciones indígenas de Guerrero. Los encuentros, las redes de relación, los discursos políticos que se construyeron en aquel momento, y especialmente la *Ley Revolucionaria de Mujeres* del EZLN –publicada a la vez que la *Primera Declaración de la Selva*, el 2 de enero de 1994–, serían decisivos para modificar las perspectivas de las mujeres indígenas sobre sí mismas y sus organizaciones de mujeres; así como sobre su participación en los movimientos sociales y su papel en los proyectos de cambio social.

### El auge organizativo de las mujeres indígenas

Mujeres indígenas de diversos lugares se sintieron identificadas con las zapatistas que conocían en carne propia lo que significa ser pobre, ser indígena y ser mujer indígena y pobre; que reivindicaban simultáneamente sus *identidades de género*,<sup>22</sup> étnicas y de clase, no para

<sup>21</sup> La ANIPA se constituyó en 1995, en el marco de la discusión de la autonomía de los pueblos indígenas; en 1996 elaboró la iniciativa de decreto para crear “Regiones Autónomas Pluriétnicas”. La ANIPA ha mantenido diferencias con el CNI y el EZLN en torno a los ámbitos de la autonomía, la relación con el gobierno y con los procesos electorales. Entre 1995 y 1998, la ANIPA realizó siete asambleas nacionales. En la séptima, decidió constituirse en Agrupación Política Nacional (APN), con el objeto de participar más activamente en las elecciones. A partir de 2005, la vida de la ANIPA perdió dinamismo y dejó de existir como organización nacional, aunque varios de los procesos locales o estatales que la integraron sigan desarrollándose (Díaz, 2009b).

<sup>22</sup> Sacks (1989:542; citado por González, 1993:31) afirma que “la clase se experimenta no sólo en formas históricamente específicas, sino también en formas racial y genéricamente específicas”. En el mismo sentido, Butler (2001:35) reflexiona sobre el género y concluye que éste “se intersecta con modalidades de clase, étnicas, sexuales y regionales de identidades discursivamente construidas. Así, resulta imposible desligar el ‘género’ de las intersecciones políticas y culturales en que invariablemente se produce y mantiene”.



regodearse en su posición subordinada y desigual, discriminada y explotada, sino para evidenciar esas realidades y tratar de transformarlas.

La *Ley Revolucionaria de Mujeres* establecía libertades y derechos económicos, laborales, sociales, reproductivos y políticos de las mujeres; no sólo se dirigía al Estado, a los patrones y caciques, sino a los “hermanos indígenas” para exigir su derecho a trabajar y recibir un salario justo, tener acceso a los servicios de educación, salud y alimentación; elegir pareja y no ser obligadas a casarse; decidir el número de hijos; no ser golpeadas, maltratadas ni violadas por familiares o extraños; participar en los asuntos de la comunidad y ocupar cargos de representación y autoridad; y participar en condiciones de igualdad en las milicias del EZLN (EZLN, 1993). Estos eran los derechos establecidos en la *Ley Revolucionaria de Mujeres* del EZLN.

La voz de las zapatistas tuvo gran resonancia entre las mujeres indígenas de otros lugares. Las organizaciones y redes de coordinación de campesinas-indígenas cobraron mayor dinamismo y fuerza luego de 1994: se extendieron más allá de los espacios locales o regionales y alcanzaron, vertiginosamente, una escala nacional, al tiempo en que las mujeres indígenas fortalecían sus *identidades étnicas* y de *género* y las colocaban en un primer plano, como nunca antes se había visto.

“No todas las costumbres son buenas. Hay unas que son malas [...] las mujeres tienen que decir cuáles costumbres son buenas y deben respetarse y cuáles son malas y deben olvidarse”.<sup>23</sup> Estas breves palabras, surgidas desde el corazón del movimiento indígena,

<sup>23</sup> Conclusiones del Taller “Los derechos de las mujeres en nuestras costumbres y tradiciones; reflexiones sobre el artículo 4 constitucional”, Chiapas, 19 y 20 de mayo de 1994 (citadas por Palomo, Castro y Orci, 1999:74).

tendrían un enorme poder crítico y movilizador. En el auge del movimiento indígena mixto, la inquietud de las mujeres creció y sus reuniones se multiplicaron. A la primera Convención Estatal de Mujeres Chiapanecas, celebrada en septiembre de 1994, asistieron representantes de 24 organizaciones de todo el estado, a la segunda llegaron más de 500 mujeres de 100 agrupaciones (Palomo, Castro y Orci, 1999:85). La numerosa asistencia dio cuenta de la capacidad de convocatoria y el interés que despertó la lucha del EZLN y de las zapatistas, pero también capitalizó un largo y silencioso proceso de organización, capacitación y acción colectiva de mujeres que, como en Guerrero, habían iniciado sus procesos antes del alzamiento zapatista.

En diciembre de 1995, alrededor de 260 indígenas de doce estados del país se reunieron en San Cristóbal de Las Casas durante el Primer Encuentro Nacional de Mujeres de la ANIPA. En esta reunión participaron chontales, mayas, tojolabales, mixes, zapotecas, purépechas, tzotziles, tseltales, choles, otomíes, nahuas, tlapanecas, chinantecas, ñuu savis y hñahñus. Sus reflexiones giraron en torno a sus derechos, usos y costumbres; la autonomía con una visión de género; y la creación de una red nacional de mujeres indígenas. En sus resolutivos expresaron que la autonomía debía aplicarse en todos los niveles: “comunal, municipal, regional, estatal, nacional y personal” (ANIPA, 1999:363-370).

Muchas de las participantes en este proceso –entre las que estaban las activistas guerrerenses– tenían experiencia en cooperativas de artesanas, en gestión y manejo de proyectos productivos y de ahorro, en negociación con las instancias de gobierno, en luchas sociales y políticas; habían iniciado la crítica a las relaciones de género y al sexismo rural; como mujeres o por ser mujeres, habían vivido y sorteado conflictos y tensiones en sus organizaciones mixtas. Otras apenas empezaban a participar y a reflexionar críticamente sobre

las relaciones de género. En un lapso relativamente corto, las redes de relación se extendieron y fortificaron.

[...] la explosión de foros, asambleas y congresos indígenas [contribuyó] a la formación política de las mujeres indígenas. Muchas participan en la Convención Nacional Democrática, se incorporan en la organización de la Convención Nacional Indígena y participan en las dos sesiones de ésta (la primera en la ciudad de Tlapa, Guerrero, donde por primera vez y de manera explícita se ponía en la agenda de discusión el tema de la mujer indígena; la segunda en Juchitán, Oaxaca, en febrero de 1995); intervienen en la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA), en el Diálogo de San Andrés, en el Foro Nacional Indígena y en el Congreso Nacional Indígena (CNI), organizan y promueven la participación de más compañeras en el Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas, en Oaxaca (1997) y en el Segundo Encuentro Continental de las Mujeres Indígenas de las Primeras Naciones de Abya Ayala (Sánchez, 2003:14).

Los encuentros sembraron nuevas ideas y permitieron a muchas indígenas guerrerenses, interactuar con sus pares de otros pueblos y estados; la diversidad no fue obstáculo para identificar problemas e inquietudes comunes. También compartieron reflexiones con mujeres no indígenas de otros grupos sociales: feministas de la academia y de organismos civiles con experiencia en promoción de la organización y acción de mujeres rurales e indígenas.

La *Ley Revolucionaria de Mujeres* y las reuniones nacionales de mujeres actuaron como ejes y espacios de convergencia: piso básico común y punto de partida de nuevas reflexiones, acciones y procesos organizativos.

En agosto de 1997, en la ciudad de Oaxaca y con la participación de más de 700 mujeres, se realizó el Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas *Construyendo nuestra historia*, que marcó un momento de

mayor intensidad en la construcción de un proyecto. La Comandante Ramona, con pasamontañas y en representación del EZLN, intervino en el evento:

Muchas resistencias hemos tenido que vencer para llegar hasta aquí: la de los dueños del poder, que nos quieren tener separadas y calladas; la de los ricos de México, que nos quieren tener como animales para explotar; la de los extranjeros, que se quedan con nuestras mejores tierras y nos quieren como esclavas; la de los militares que cercan nuestras comunidades, nos violan, amenazan a nuestros hijos, meten las drogas y el alcohol, la prostitución y la violencia; la de los que quieren actuar y pensar en nuestro nombre, no les gusta que los indios y las indias digamos nuestra palabra y les da miedo nuestra rebeldía [...] hemos llegado hasta aquí venciendo también la resistencia de algunos de nuestros compañeros que no entienden la importancia de que las mujeres estemos participando de la misma manera que los hombres [...] A todos ellos y a nosotras queremos preguntar: ¿Sería posible que el zapatismo fuera lo que es sin sus mujeres?, ¿la sociedad civil, indígena y no indígena, que tanto nos ha apoyado, sería lo mismo sin sus mujeres?, ¿se puede pensar en el México rebelde y nuevo que queremos construir sin sus mujeres rebeldes y nuevas? (discurso de la comandanta Ramona en el Encuentro).

Sus palabras no sólo denunciaron la diversidad de obstáculos y de adversarios que las indígenas enfrentan, sino destacaron la importancia de incluirse en la construcción de un proyecto alternativo. Para las asistentes, las palabras de Ramona fueron un aval y un aliento.

[...] vino la Comandanta Ramona, algunas otras comandantas estuvieron con nosotras en el encuentro de Oaxaca, se formaron mesas de trabajo analizando la problemática de las mujeres y particularmente de las mujeres indígenas. Se concluyó que era necesario formar una

organización amplia, plural, democrática, incluyente, para mujeres indias y no indias, que el partido político con el cual simpatizamos no fuera un obstáculo para formar parte de esa organización (entrevista a Tomasa Sandoval, 2003).

Justamente ahí se constituyó la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (Conami), que integró agrupaciones de catorce estados del país, entre los que se hallaba Guerrero, junto con Chiapas, Michoacán, Morelos, Distrito Federal, Hidalgo, Jalisco, Estado de México, Puebla, Querétaro, San Luis Potosí, Sonora, Veracruz y Oaxaca. Una de sus dirigentes narra: “Vimos la necesidad de crear un espacio propio de las mujeres indígenas que nos sirviera de análisis y reflexión [antes hicimos...] una serie de reflexiones acerca de nuestros derechos particulares” (Jiménez, 2003:21). Otra de las fundadoras recuerda:

De ahí para acá se conformó la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas de México [...] Las actividades que ha desarrollado la Coordinadora son básicamente de capacitación [...] Las compañeras de los distintos estados y de las distintas organizaciones hemos vivido varios procesos de capacitación y formación en distintos temas, como derechos humanos, derechos indígenas, derechos de la mujer, sobre salud, sobre violencia, sobre la cuestión de género, sobre masculinidad, sobre proyectos productivos, sobre la ley indígena, los Acuerdos de San Andrés, toda la historia de los hermanos zapatistas. Otro rubro que se ha atendido es la comunicación, se han editado folletos, documentos, se han sistematizado varias experiencias de trabajo de la Coordinadora. El otro aspecto importante es la gestión [ante] distintas instancias gubernamentales e internacionales, dado que la Conami no cuenta con una figura legal, hemos tenido que apoyarnos en *Kinal Antzetik* Asociación Civil, para [hacernos] de recursos financieros para las capacitaciones. Las mujeres que formamos parte de la Coordinadora hemos tenido la oportunidad de salir a distintos países, también con

la finalidad de capacitarnos. Capacitarse más ha sido un pilar básico para que compañeras indígenas de distintos estados pudieran tener un conocimiento más amplio. La Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas de México forma parte del Congreso Nacional Indígena, del CNI [...] nos hemos también desempeñado en distintas tareas como Congreso Nacional Indígena [...] me siento satisfecha de formar parte de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas y de contribuir con un granito de arena para la formación de las demás compañeras (entrevista a Tomasa Sandoval, 2003).

La Conami también promovió el enlace de organizaciones de mujeres indígenas. Martha Sánchez, otra de sus fundadoras, reconoce su amplia labor formativa: “A través de talleres y cursos aborda temas como violencia intrafamiliar, derechos reproductivos, justicia y derechos humanos, identidad y cultura, propiedad intelectual, instrumentos jurídicos internacionales, legislación nacional; y sistematiza casos de violación de derechos humanos de mujeres indígenas, sean por parte del gobierno o de grupos policíacos” (Sánchez Néstor, 2003:19).

Otras reuniones también enriquecerían el discurso y las perspectivas de las promotoras de la CGMI: en 1997 se celebró en México el Segundo Encuentro Continental de las Mujeres Indígenas de Abya Yala (América), que dio lugar a la *Declaración de México Tenochtitlan*, en la que se exigió el reconocimiento y respeto de los derechos fundamentales de los pueblos y de las mujeres indígenas, a la vez que se aprobó la constitución de una Red de Enlace Continental de Mujeres Indígenas.<sup>24</sup> Margarita Gutiérrez (hña-hñu hidalguense

<sup>24</sup> Desde 1993 se había iniciado el enlace continental de mujeres indígenas, en ese momento, las guerrerenses participaron como parte de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas. Cada tres años realizan encuentros continentales para analizar, evaluar y construir mecanismos más eficaces de participación de las mujeres indígenas e incidir en el desarrollo de sus pueblos, desde el ámbito comunitario hasta la esfera internacional.

que reside en Chiapas) y Martha Sánchez (amuzga de Guerrero) representaron a la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas.

Otras reuniones internacionales fueron espacios importantes de reflexión y construcción de un discurso propio, como la Primera Cumbre de Mujeres Indígenas de América, realizada en Oaxaca en 2002, con la presencia de 320 mujeres, en el marco del proceso emanado de la Primera Cumbre de Pueblos Indígenas de las Américas (Ottawa, Canadá, 2001). La Primera Cumbre fue convocada por la Iniciativa Indígena por la Paz, el Enlace Continental de Mujeres Indígenas, el Foro Internacional de Mujeres Indígenas y la Fundación Rigoberta Menchú.

El pulso participativo de este amplio movimiento no sólo se palpa en eventos y declaraciones, sino en múltiples procesos locales en los que un pequeño grupo, una comisión, la cooperativa, la unión, la red de mujeres, construyen día a día proyectos de cambio con una perspectiva de mayor equidad de género y, desde ahí, exponen sus problemas y propuestas, o se apropian y reelaboran las reflexiones, leyes y proyectos que surgen en espacios nacionales e internacionales. Al tiempo en que –en el plano nacional y continental– se vive este auge organizativo y político, en Guerrero va tomando forma en el imaginario de sus impulsoras la idea de crear una coordinadora de mujeres indígenas.

## **Acumulando experiencias**

En 1997, la convocatoria de la Conami a un “proceso de capacitación” al que Martha Sánchez –al inicio de este texto– atribuye un papel clave

---

El primer Encuentro Continental de Mujeres Indígenas fue en 1995 en Quito, Ecuador; el segundo (1997) en México; el tercero (2000) en Panamá; el cuarto (2004) en Perú; el quinto (2007) en Canadá, y se ha programado un Sexto Encuentro a realizarse en México.

en la creación de la CGMI, ocurre en medio de la efervescencia social y de un proceso político que involucra a varones y mujeres, cuando muchas inquietudes políticas y de género estaban emergiendo con fuerza entre las indígenas de Guerrero y de otras latitudes. En ese año confluyeron distintos actores, procesos, tiempos, espacios y discursos políticos, de los que también eran partícipes las mujeres indígenas.

La convocatoria a la capacitación llega como anillo al dedo, pues lo que se ofrece es un curso formativo y de reflexión en el que se exponen enfoques, análisis y propuestas construidos en una larga experiencia de organismos civiles y de académicas feministas. Discursos que también están en curso, pues la emergencia del movimiento de mujeres indígenas constituye, a su vez, un reto para el análisis y la construcción de un discurso político y académico que se nutre del proceso.

Espacio de formación que permitió a las activistas guerrerenses empezar a dar un lugar claramente político a los malestares y aspiraciones que emergían en sus procesos de mujeres y que no tenían cabida ni nombre en los discursos ni en los diagnósticos y reivindicaciones políticas del movimiento indígena mixto. Espacio de “enseñanza-aprendizaje” que también formuló a las educadoras retos conceptuales inéditos. Espacio de confluencia intercultural no exento de asimetrías y relaciones de poder.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Los testimonios muestran que la capacitación ha sido clave para ampliar la formación de las indígenas y para fortalecer sus procesos organizativos. Sin embargo, también ha sido un campo propicio para las relaciones jerárquicas, en el que se descubren y con frecuencia se confrontan formas distintas de concebir las relaciones sociales, generacionales y de género, lo femenino y lo masculino, la ética, la naturaleza, la religión, la salud, el cuerpo, la sexualidad y la reproducción. Quizá la palabra misma “capacitar”, dificulte la posibilidad de un aprendizaje conjunto, donde las conductoras del proceso, antes que ofrecer respuestas o explicaciones, pregunten o propicien que las mujeres indígenas se formulen preguntas que conduzcan a una reflexión crítica, aporten información pertinente, y establezcan un diálogo que apunte la construcción de su propio discurso político. Pese a que no siempre se logran procesos horizontales, es evidente que las indígenas valoran ampliamente estos espacios.



Durante la capacitación convocada por la Conami, las asistentes comenzaron a armar un andamiaje conceptual, crítico y político sobre las *desigualdades de género*, a afirmar sus *identidades de género* y a construir una *perspectiva de equidad de género*, que retomaba ejes de reflexión y movilización del *movimiento feminista*, pero con contenidos propios, amalgamados –no sin dificultad– a los discursos del movimiento indígena, reelaborados, o más bien, elaborados en función de los contextos culturales y socioeconómicos de los pueblos y de las mujeres indígenas guerrerenses. El discurso político de género que empezaron a construir –en diálogo con el *feminismo civil* y el *feminismo académico*, de suyo relacionados entre sí– se expresaría en una perspectiva cualitativamente diferente para abordar, comprender y explicar los problemas de las mujeres indígenas, y en una visión también distinta sobre el proyecto organizativo y político de las mujeres y de los movimientos indígenas mixtos.

Por primera vez y en colectivo, empezó a rondar la idea de conformar una coordinadora de mujeres indígenas. Las novedades no sólo radicaban en la escala estatal que pretendían, sino en la centralidad que adquirieron sus *identidades de género* y la decisión de luchar por la *equidad de género* y los *derechos de las mujeres* en todos los planos y espacios, sin por ello renunciar a los proyectos de cambio social construidos con sus organizaciones mixtas. Todas las promotoras de la coordinadora guerrerense coinciden en que la formación que proporcionó la Conami en 1997 fue decisiva para apropiarse de un discurso e imaginar un proyecto de mujeres diferente al conocido hasta entonces en sus organizaciones mixtas. Hermelinda Tiburcio recuerda:

En el 97, Kinal [Antzetik, AC] comenzó a apoyar la creación de la Conami [...] Me incorporo a recibir talleres cada mes en México. Íbamos cada mes y el compromiso era regresar y hacer talleres en las

comunidades. Yo creo que eso fue el eje principal para darnos la palabra, el conocimiento de *género*, porque en el Consejo [500 Años] nunca nos lo dieron. El Consejo eran marchas, plantones, concentraciones, toma de carreteras. Era más la movilización, todo eso, pero la parte práctica, la capacitación y concientizar fue Kinal y la Conami, con la idea de que regresáramos a las comunidades para hacer talleres y dar a conocer lo que nosotros estábamos aprendiendo. Me acuerdo que el primer taller que yo di en Rancho Nuevo [de la Democracia], reuní mujeres y cuando estaba enfrente no sabía qué decirles. Nellys [Palomo] nos acompañaba a algunas comunidades para dar el taller. Nos decía: “¿Y cómo les fue ahora? ¿Cómo les fue con los talleres?” [...] Era una escuela de cuadro, una escuela de mujeres, una escuela de compartir experiencia, una escuela de poder convivir y compartir con mujeres, era un espacio de mujeres. Allí me fui formando, porque yo creo que ni yo misma tenía el poder –el *empoderamiento* que ahora llamamos– ni conocimiento de género, porque yo venía trabajando con hombres [...] Yo sentía que la lucha mixto era más fácil, que lograbas más, porque [...] varios hombres tienen una formación, y las mujeres, pues, es difícil. Hoy estoy comprometida con la lucha de mujeres. Cuando la mujer se da cuenta que tiene *derechos* [...] Que tiene derechos sobre su cuerpo, su salud, la libertad, entonces, como que le dicen al marido: “Dame *chance* de salir”. Al hombre no le parece eso y comienza a decir que la capacitación destruye el hogar y hay pleitos porque antes era una mujer sumisa (entrevista a Hermelinda Tiburcio, 2006).

También en otras regiones indígenas esta formación política tuvo importantes repercusiones, como en la zona nahua del Alto Balsas:

En 1997 fue nuestro inicio ya como más específico, con nuestras demandas ya propias de mujeres [...] Mucha gente se burlaba, hasta las mismas mujeres, y bueno, los hombres siempre nos decían que si ellos no conseguían las cosas como hombres, nosotras menos íbamos

a conseguir. Sí, fue un tiempo difícil. No estábamos tan formadas como queríamos, pero fuimos aprendiendo muchas cosas buenas en el camino y la prueba es que estamos aquí. Al principio era pura capacitación en temas como *derechos humanos*. Derechos humanos abarca mucho [...] Nosotras, lo que vimos fue sobre la violación. Bueno, al principio nosotras lo veíamos como algo natural porque se daba mucho: se robaban a las muchachas y casándose con el robador, terminaba ese robo [...] Temas como ese, comenzamos a ver que no eran normales [...] Nos capacitábamos en el tema este tan discutido de los “usos y costumbres”. No ha sido tan fácil, porque ni nosotras mismas como mujeres... ¿Cómo explicaría? Decía una compañera maestra que es de la organización que ni nosotras como maestras sabíamos que teníamos derechos (entrevista a Ubali Guerrero, 2003).

La capacitación de 1997 marcó un salto cualitativo en las relaciones de las activistas indígenas guerrerenses y en sus perspectivas de acción conjunta. Martha Sánchez da cuenta del proceso:

Entonces [1997] también conocimos a compañeras de la organización Mujeres Indígenas en Lucha [MIL] que están en la zona norte de Guerrero. Las tres partes que nos fuimos integrando eran la Titekititoke Tajome Sihuame, Consejo Guerrerense 500 Años y Mujeres Indígenas en Lucha. Ya aquí nos fuimos identificando [...] lo que preocupó a la Conami fue que no nos conocíamos entre nosotras. Al menos las de la Titeki y el Consejo nunca habíamos tenido contacto; con Ubali, de las MIL, sí, pero no coordinábamos nada común; conocíamos el trabajo de cada una y de las organizaciones, pero no de las mujeres de esas organizaciones [...] Libni y yo fuimos las que pensamos en hacer algo más en el estado, siempre con la inquietud de tener a más mujeres organizadas y tener una vinculación o articulación desde una perspectiva integral y permanente. Finalmente, se da el proceso. Convocamos, con toda esa emoción de la juventud, a un encuentro estatal y llegaron todo tipo de mujeres. Más allá de esas tres organizaciones que mencionaba, llegaron mujeres

de [...] La Luz de la Montaña [...] de San Luis Acatlán, de la Montaña –también que se identificaban con el Partido Revolucionario de los Trabajadores–, de Rancho Nuevo de la Democracia, etcétera (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

### Amplía Libni Iracema Dircio:

Con Martha Sánchez nos encontramos en la Segunda Asamblea Estatal de Mujeres en Chilpancingo, mujeres de todo tipo de organizaciones y mujeres académicas, para analizar la situación de las mujeres en relación a *derechos humanos, violencia, la situación económica, política*, todo lo que tiene que ver con las mujeres [...] En el 98 o 99, veíamos con Martha que era necesario que hubiera una organización especial de mujeres, porque no había realmente reconocimiento de mujeres a nivel estatal [...] y que era necesario integrarnos en una organización a nivel estatal para fortalecernos, conocernos más, intercambiar nuestras experiencias y también que a través de esta organización íbamos a tener más impacto, más reconocimiento a nivel estatal [...] Entonces, dijimos: “Bueno, podemos hacerlo; estamos viendo a las demás compañeras, creo que estamos en las mismas condiciones económicas, de trabajo y de compromiso, entonces hagámoslo”. En ese primer intento de reunión estatal estuvieron aproximadamente como cien mujeres de varias regiones de la Costa, de la Montaña, muchas mujeres que eran del Consejo Guerrerense 500 Años [...] Queríamos empezar la organización estatal, acordamos que nos íbamos a volver a reunir, pero ahí se quedó todo. Nos faltó, no sé por qué ya no le dimos seguimiento (entrevista a Libni Iracema Dircio, 2005-2006).

### Martha Sánchez explica:

En el 98 se hizo este encuentro, pero no se tuvieron resultados efectivos, ya que inmediatamente se quiso constituir una estructura de mujeres, y en esa estructura única que pensábamos había diferencias. Por esa misma diversidad que éramos, no se podía, no estábamos compactadas

y había diferentes pensamientos de cómo hacerlo, incluso hasta cómo denominarlo (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

Sería a poco más de un lustro, en 2004, cuando empezó a aparecer públicamente la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas; para entonces se habían acumulado muchos aprendizajes y experiencias individuales y colectivas, había crecido el número de mujeres indígenas que participaba en el proceso, habían tejido una compleja red de relaciones políticas con diversos actores y movimientos sociales; para entonces también se habían multiplicado sus espacios de formación y habían iniciado la lucha contra la mortalidad materna y por la salud y la vida de las mujeres en regiones indígenas. Todos estos procesos fueron gestando una identidad política entre las activistas, como indígenas y como guerrerenses comprometidas con luchas sociales y de género. Habían madurado las condiciones para un consenso sobre los objetivos de su proyecto organizativo y político.

Pero, veamos cómo se fue armando este proceso. Un asunto clave fue la reflexión y la formación: entre 1997 y 2004, al calor del movimiento indígena mixto y del de mujeres indígenas, las indígenas guerrerenses participaron en discusiones relevantes sobre el *Convenio 169 de la OIT, derechos colectivos, derechos económicos, participación política, reforma del Estado, reconocimiento de la cultura indígena, usos y costumbres, autonomía, territorio, biodiversidad, triple opresión de las mujeres indígenas, perspectiva de género, equidad de género, feminismo, empoderamiento, derechos humanos, derechos de las mujeres, derechos sexuales y reproductivos, Convención Sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer (mejor conocida como CEDAW, por sus siglas en inglés), derechos agrarios, derechos políticos, autoestima, liderazgo, plataforma de Beijing, objetivos del milenio.*

En 1998, todavía como parte de la Conami, participaron en la Segunda Asamblea Estatal de Mujeres Indígenas; además, participaron en eventos convocados por los zapatistas.

[...] en noviembre de 1998 se realizó el Encuentro de la Sociedad Civil con el EZLN, en San Cristóbal [de las Casas] De la Conami fuimos un camión lleno de mujeres, entre ellas íbamos las de Guerrero. También en la delegación mixta del Consejo [Guerrerense 500 Años] iban compañeras. Empezamos a identificarnos con las mujeres zapatistas y a reforzar la inquietud de seguir trabajando en Guerrero. Estas fueron de las cosas que lógicamente nos dejaron más compromiso e interés de que íbamos por el camino certero (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

En el 2000, se foguearon como organizadoras del Segundo Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas realizado en Chilpancingo, al que asistieron 350 delegadas de 17 estados de la República.

Creo que esta decisión de ser la sede era, en sí misma, un honor lleno de temor, pues éramos muy jóvenes y aún no teníamos una articulación bien cimentada [...] En nuestra experiencia, como Consejo Guerrerense 500 Años, ya estaban Domitila, Hermelinda, Felicitas y yo [...] Además de María de Jesús Tránsito de Copalillo, Érika Poblano, que se había recién acercado al equipo, así como Julia Bello, secretaria en ese entonces de la organización, quien nos apoyaba bastante. Por otro lado Libni Iracema Dircio y Doña Brígida Chautla de Chilapa, de la Titekitoke en ese entonces, y Ubali Guerrero de las MIL de Copalillo (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

En 2001, como parte de la ANIPA, del CNI y del Consejo Guerrerense 500 Años, las activistas indígenas de Guerrero participaron en el Congreso Nacional Indígena realizado en el marco de la “Marcha del Color de la Tierra”, encabezada por el EZLN para que el Congreso

de la Unión escuchara a representantes indígenas en favor de la Ley de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa), que reconocía las culturas y los derechos colectivos de los pueblos indígenas. Habla una indígena amuzga:

[...] participamos en la marcha del EZ, invité como a quince personas de la comunidad para que vinieran conmigo a la marcha-caravana que se llevó a cabo. El presidente seccional del PRI decía: “Son bien tontos. Ella, quién sabe dónde está yendo y ustedes van con ella. Ella ya se unió con los armados, gente maleante. Después va a venir esa gente, va a llegar, van a hacer destrozos”. Algunas promotoras, líderes que son mas fuertes allá, decían: “No. Si aquí entra el Ejército Zapatista, a la primera que le vamos a trozar el cuello va a ser a ella”. Hubo dos señoras que me avisaron, familiares que me avisaron: “Oyes, es que fulano dice que te cuides, te van a trozar el cuello porque tú sacaste a esa gente de la comunidad y fuiste a esa marcha”. Y les digo: “Están muy equivocados, yo no busco nada malo para la gente, al contrario, busco algo bueno para que la gente conozca. Que la gente sepa. Ya no hay que estar aquí esperando a ver qué información nos llega o qué es lo que la gente nos da. Hay que salir y buscar, preguntarle a la gente: “¿cómo fueron?, ¿cómo los trataron?, ¿cómo los atendieron allá?”. Y sí, fíjese que ese grupo que fue a la marcha realmente, poco a poquito fue entendiendo a qué habíamos ido, porque cuando nosotros regresamos ellos dijeron: “El diálogo se llevó así, Marcos habló esto [...] Ella anda buscando algo bueno para la gente”. Así que la gente ya me empezó a respetar, pero otra gente decía: “No, ella es la mujer de Marcos”, pero yo no lo tomaba a mal, nada más me daba risa (entrevista a Enemesia Morales, 2006).

Justamente en Nurio, Michoacán, durante el Congreso Nacional Indígena, con amplia representación de las organizaciones indígenas del país, se logró instalar una mesa de mujeres venciendo la oposición de muchos dirigentes que argumentaban que no era el momento, que

las mujeres dividían al movimiento, que era una posición feminista ajena a la cultura indígena.

El memorable discurso de la comandanta Esther en el Congreso de la Unión, no sólo marcó el punto culminante de las movilizaciones para que se aprobara la Ley Cocopa, también legitimó la lucha de las indígenas:

Mi nombre es Esther, pero eso no importa ahora. Soy zapatista, pero eso tampoco importa en este momento. Soy indígena y soy mujer, y eso es lo único que importa ahora. Como somos niñas piensan que nosotros no valemos, no sabemos pensar, ni trabajar, cómo vivir nuestra vida. Por eso muchas de las mujeres somos analfabetas porque no tuvimos la oportunidad de ir a la escuela. Ya cuando estamos un poco grande nuestros padres nos obligan a casar a la fuerza, no importa si no queremos, no nos toman consentimiento. Abusan de nuestra decisión, nosotras como mujer nos golpea, nos maltrata por nuestros propios esposos o familiares, no podemos decir nada porque nos dicen que no tenemos derecho de defendernos. A nosotras las mujeres indígenas, nos burlan los ladinos y los ricos por nuestra forma de vestir, de hablar nuestra lengua, nuestra forma de rezar y de curar y por nuestro color, que somos el color de la tierra que trabajamos. Siempre en la tierra porque en ella vivimos, también no nos permite nuestra participación en otros trabajos. Nos dicen que somos cochinas, que no nos bañamos por ser indígena. Nosotras las mujeres indígenas no tenemos las mismas oportunidades que los hombres, los que tienen todo el derecho de decidir de todo. Sólo ellos tienen el derecho a la tierra y la mujer no tiene derecho como que no podemos trabajar también la tierra y como que no somos seres humanos, sufrimos la desigualdad. Toda esta situación los malos gobiernos los enseñaron. Las mujeres indígenas no tenemos buena alimentación, no tenemos vivienda digna, no tenemos ni un servicio de salud, ni estudios. No tenemos proyecto para trabajar, así sobrevivimos la miseria, esta pobreza es por el abandono del gobierno que nunca nos ha hecho caso como indígena y no nos han tomado en



cuenta, nos ha tratado como cualquier cosa. Dice que nos manda apoyo como “Progresista” pero ellos lo hacen con intención para destruirnos y dividirnos. Así es de por sí la vida y la muerte de nosotras las mujeres indígenas. Y nos dicen que la ley Cocopa va a hacer que nos marginen. Es la ley de ahora la que permite que nos marginen y que nos humillen. Por eso nosotras nos decidimos a organizar para luchar como mujer zapatista. Para cambiar la situación porque ya estamos cansadas de tanto sufrimiento sin tener nuestros derechos. No les cuento todo esto para que nos tengan lástima o nos vengán a salvar de esos abusos. Nosotras hemos luchado por cambiar eso y lo seguiremos haciendo. Pero necesitamos que se reconozca nuestra lucha en las leyes porque hasta ahora no está reconocida. Nosotras además de mujeres somos indígenas y así no estamos reconocidas. Nosotras sabemos cuáles son buenos y cuáles son malos los usos y costumbres. Malas son de pegar y golpear a la mujer, de venta y compra, de casar a la fuerza sin que ella quiere, de que no puede participar en asamblea, de que no puede salir en su casa. Por eso queremos que se apruebe la ley de derechos y cultura indígena, es muy importante para nosotros las mujeres indígenas de todo México. Va a servir para que seamos reconocidas y respetadas como mujer e indígena que somos. Eso quiere decir que queremos que sea reconocida nuestra forma de vestir, de hablar, de gobernar, de organizar, de rezar, de curar, nuestra forma de trabajar en colectivos, de respetar la tierra y de entender la vida, que es la naturaleza que somos parte de ella (discurso de la comandanta Esther ante el Congreso de la Unión, 28 de marzo, 2001).

Esta intervención dejó sin argumentos a la oposición de derecha y de izquierda que, evidenciando injusticias de género en los pueblos originarios, se negaba a reconocer los derechos y la cultura indígenas expresados en la Ley Cocopa, aduciendo que con ello legitimaba tales injusticias. Desde su posición de mujer indígena, la comandanta Esther denunció el maltrato que reciben de ricos, ladinos y malos gobiernos; el incumplimiento de sus derechos sociales y humanos,

las trampas y deficiencias de los programas oficiales que les llegan. Pero también aclaró que si bien defienden sus derechos colectivos y las culturas indígenas, ellas son las primeras en reconocer y criticar las desigualdades de género que entrañan. En lugar de ocultarlas o negarlas, las expresó abiertamente proponiendo profundos cambios culturales. En este sentido, el discurso de la comandanta Esther no sólo fue una respuesta a los poderosos, sino al sexismo del movimiento indígena mixto, lo cual fue un espaldarazo a procesos de las mujeres indígenas que eran cuestionados porque “dividían al movimiento” y por representar a un feminismo ajeno a la cultura indígena.

La legitimidad de las reivindicaciones indígenas lograda durante la “Marcha del color de la tierra” y la fuerza de sus razones fue desoída por el Congreso de la Unión; con ello se desalentó el proceso de articulación nacional del movimiento indígena y, ante el fracaso de la vía institucional para lograr el reconocimiento de sus culturas y su autonomía, se acentuaron las diferencias internas arrastrando, hasta cierto punto, a las organizaciones de mujeres indígenas; sin embargo, la dinámica de éstas no sólo estaba sujeta a los movimientos mixtos, de modo que, tanto en el plano nacional y continental, como en el local y estatal, algunos procesos tuvieron continuidad y se fortalecieron, como el Enlace Continental de Mujeres Indígenas y los esfuerzos organizativos de las guerrerenses.

Las activistas de Guerrero, como integrantes de la Conami, impulsaron la elaboración de un diagnóstico sobre mortalidad materna<sup>26</sup> en regiones indígenas, mismo que ha sido punto de

<sup>26</sup> La investigación se realizó en 2002-2003 en zonas indígenas de cinco estados, se apoyó centralmente en talleres de reflexión sobre el embarazo, el parto, el puerperio y los servicios de salud. El diagnóstico permitió ver que las indígenas de Guerrero tenían el primer lugar en muertes maternas y que sus rezagos en salud eran muy graves. Los

partida de un largo proceso de organización, formación, gestión y autogestión en torno a la salud materna, en contra de la violencia a las mujeres y en defensa de sus derechos, lo cual incluye el proyecto y el manejo autogestivo de la Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas”.

Otros espacios también sirvieron para desarrollar una identidad colectiva y fortalecer su trabajo en el estado: en 2003, mujeres indígenas de diversas organizaciones –Consejo de la Nación Amuzga “Ñe’ cwii ñ’oom”, Noche Sihuame Zan Ze Tajome, Ndu na ñuu savi, SSS Axale, Mephaa-savi Mujeres Indígenas, ANIPA, Mujeres Indígenas en Lucha, y del Consejo Regional 500 Años de Resistencia Indígena de Huixtepec e Igualapa– convocaron al Primer Foro “Voces de mujeres indígenas”, celebrado el 7 de marzo de 2003 en el Congreso del estado, a él asistieron alrededor de 80 mujeres de sus cuatro regiones indígenas. Entre sus acuerdos más importantes estuvo el instituir el 7 de marzo como fecha de encuentro de las indígenas guerrerenses, para “decir su palabra”, visibilizar sus problemas y exigir respeto y cumplimiento de sus derechos. Acuerdo que se ha mantenido firme durante varios años.

### **La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas en la escena política**

Todas estas experiencias y reflexiones de las mujeres indígenas incidieron en su discurso y en su participación política en el movimiento indígena mixto, pero también en sus proyectos de

---

resultados del diagnóstico pueden consultarse en Gisela Espinosa Damián, “Doscientas trece voces contra la muerte. Mortalidad materna en zonas indígenas” (en Martha Castañeda *et al.*, 2004).

género, propiciando o fortaleciendo la *deconstrucción* de *identidades de género*<sup>27</sup> subordinadas, sumisas, temerosas; y su reconstrucción desde una perspectiva más libertaria, afirmativa y beligerante. Por supuesto, este proceso apenas se iniciaba y prendió primero en las activistas, pero muy pronto, mujeres de base también empezaron a participar de una postura crítica y de nuevas perspectivas personales y sociales en cuanto a la naturaleza del cambio social y de las relaciones de género. Algunos momentos fueron decisivos, como el Foro Voces de Mujeres Indígenas de 2003, organizado en una coyuntura electoral:

Analizamos la necesidad de aprovechar este escenario para realizar tareas de sensibilización, para fortalecer la difusión, la promoción, la defensa y el respeto de los derechos de la mujer indígena en el ámbito

<sup>27</sup> En la reflexión sobre las *identidades de género* ratificamos el carácter múltiple, dinámico y abierto de las *identidades*, tanto en el plano individual como en el colectivo, por lo que este nuevo plano identitario no excluye otras dimensiones. Las mujeres indígenas de las que hablamos articulan sus identidades campesinas, de clase y étnicas con la dimensión de género, que supone un sentido de pertenencia a un grupo específico: el de mujeres de un pueblo originario con una raíz cultural precolombina, discriminado, marginado y explotado. Ser y sentirse parte de este grupo implica un conjunto de representaciones y prácticas culturales y sociales, normas e instituciones que diferencian y jerarquizan lo femenino indígena de lo masculino indígena, y de lo femenino y lo masculino contruidos en espacios no indígenas. En este caso interesa destacar el carácter *emergente* y *rebeld* de las *identidades de género* de las mujeres de la CGMI, pues ellas cuestionan la construcción cultural de lo femenino y lo masculino en sus contextos: las jerarquías de género, la subordinación y participación limitada de las mujeres en las decisiones relativas a la comunidad, la familia y su propia persona, su desventaja en acceso a recursos, libertades y oportunidades frente a los varones y frente a la sociedad nacional; la negación de sus derechos, tanto los constitucionales, como los instituidos en los sistemas normativos de los pueblos indígenas; se rebelan ante el “destino único” de unirse en pareja y tener descendencia. Estamos ante la emergencia de *identidades de género rebeldes* y *en movimiento*, que parten del reconocimiento y crítica de las desigualdades y exclusiones que implica ser mujer indígena y apuntan a la reconstrucción de sus *identidades de género* desde nuevos imaginarios sociales.

municipal. Consideramos que este esfuerzo se debía sumar a otras acciones, como las de incidir en políticas públicas, sobre todo con la idea de incorporar una perspectiva étnica y de género a los programas, recursos y políticas que llegan o debieran llegar a nuestras regiones. Fue a raíz de este Foro y precisamente porque las asistentes palpamos colectivamente la enormidad de los retos que tenemos las mujeres indígenas para lograr la equidad, el reconocimiento y la justicia para nosotras, que decidimos constituir la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas (Dircio y Sánchez s/f).

También en 2003, ya con la decisión de empezar a actuar como CGMI, en el marco del *Día internacional de la no violencia contra las mujeres* (25 de noviembre), las activistas convocaron a un foro en el que, mediante testimonios de mujeres indígenas que han sido violentadas en sus derechos humanos, sexuales y reproductivos, y que al momento no habían hallado justicia, difundieron públicamente un problema que se había mantenido como asunto privado o problema personal.

Gracias a la confluencia de tantos actores sociales, tiempos, procesos, factores, recursos, discursos y voluntades, en 2004 empieza a aparecer en el escenario político el nombre de una nueva actriz social: la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.

En aquel momento, la CGMI estaba constituida por mujeres de organizaciones ubicadas en las cuatro regiones y pueblos indígenas de Guerrero: la Sociedad de Solidaridad Social (SSS) *Axale*, que trabaja proyectos productivos con mujeres nahuas de La Montaña; la SSS *Noche Sihuame Zan Ze Tajome* (Todas las mujeres como una sola) que, con mujeres nahuas de la zona centro, impulsa la reflexión sobre sus derechos y promueve la creación de grupos de ahorro y préstamo; *Mephaa Savi Mujeres Indígenas* (Mujeres indígenas tlapanecas y mixtecas), que promueve proyectos productivos y derechos humanos de las mujeres, hace gestión comunitaria,

participó desde el inicio en el proyecto de la policía comunitaria para la región de la Costa Chica Montaña; *Ndu na ñuu Savi* (Nosotros los pueblos mixtecos) que pugna por el autodesarrollo de los pueblos, la libre determinación de las comunidades y la defensa del medio ambiente; el Consejo de la Nación Amuzga “*Ñe’ cwii ñ’oom*” (Una sola palabra), que trabaja por el rescate de la cultura amuzga de la Costa Chica, donde impulsa proyectos productivos, gestiona créditos y apoyos para la comercialización de textiles, hace talleres de capacitación sobre derechos indígenas, salud y derechos humanos; el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena, región Huixtepec e Iguala, donde se venía luchando por la participación política de los pueblos y mujeres en el poder municipal, se hacían gestiones para obras de infraestructura comunitaria y se daba capacitación en derechos indígenas; la SSS Mujeres Indígenas en Lucha, cuya área de influencia se ubica en la zona norte de Guerrero, donde realizaban gestión de créditos y de apoyos para vivienda, impulsaban proyectos productivos, talleres de formación y lucha por los derechos de las mujeres; la coordinadora del área de mujeres de la SSS *Zanzekan Tinemi* de la zona centro del estado. Con el paso del tiempo también se acercaron mujeres de los municipios de Malinaltepec, Acatepec, Metlatónoc, Tlapa y Tlacoapa, todos ellos ubicados en la Montaña.

Al momento de formar la Coordinadora se integraron mujeres de dos generaciones: por un lado, jóvenes que estaban en sus años veinte, por otro, mujeres que más o menos les doblaban la edad y que podían ser sus madres, había incluso madres e hijas. De las activistas de mayor edad se aquilató la experiencia en proyectos productivos y su capacidad para trabajar en organizaciones mixtas y motivar a las mujeres, pero desde el principio, la nueva generación de activistas incorporó con fuerza la reflexión sobre sus derechos como mujeres y la crítica a su posición subordinada en todos los espacios.

Las principales promotoras de la Coordinadora fueron jóvenes: Martha Sánchez, Libni Iracema Dircio, Felicitas Martínez y Hermelinda Tiburcio (del pueblo amuzgo, nahua, tlapaneco y mixteco, respectivamente). Su niñez y primeros años de juventud siguió la misma trayectoria de vida de las niñas de sus pueblos: conocían en carne propia la escasez de recursos económicos, el estigma de ser del color de la tierra y de hablar una lengua indígena, la dificultad para estudiar, la discriminación en la sociedad no indígena, en la escuela y las ciudades donde se aventuraron a estudiar y a trabajar. Pero algo marcó la diferencia: desde su infancia o temprana juventud todas tuvieron contacto con movimientos sociales, lograron hacer estudios técnicos o universitarios, añadieron a su lengua materna el español (excepto Libni, quien sólo habla español); en aquel momento eran solteras y sin hijos, estaban familiarizadas con la lengua escrita y se fueron adentrando con rapidez en el uso de tecnologías de información y comunicación modernas.

Eran –como dije en la Introducción– una nueva intelectualidad femenina en los pueblos indígenas de Guerrero. Gracias a esas cualidades, se convirtieron en traductoras, escribanas y gestoras de la gente monolingüe de sus comunidades y de gente de fuera que sólo habla español; además, fueron un “puente cultural” entre distintas etnias, incluidas las de los no indígenas. Su movilidad, bilingüismo, facilidad para compenetrarse en distintos mundos, les permitió participar en numerosas negociaciones de sus pueblos y organizaciones indígenas con instancias del gobierno; y en eventos de formación, capacitación y discusión política donde se apropiaron no sólo de los renovados discursos del movimiento indígena, sino de las reflexiones y cuestionamientos que las mujeres indígenas estaban haciendo en todos los espacios. Con toda su energía y bagaje cultural y político despegó la nueva organización de mujeres.

La CGMI, fue pensada como un espacio de articulación estatal para impulsar la capacitación y los procesos organizativos de mujeres en las regiones de La Montaña, Norte, Centro y Costa Chica. Representaba un punto de llegada y un punto de partida. Lo primero porque, como se ha demostrado, la Coordinadora se empieza a construir mucho antes de su aparición pública; lo segundo porque, por primera vez, integrantes de distintas generaciones y organizaciones ubicadas en las cuatro regiones indígenas del estado juntaron esfuerzos y se propusieron impulsar la capacitación y la organización de las mujeres de los pueblos originarios, con el fin de revertir las desigualdades, inequidades e injusticias que padecen por el hecho de ser mujeres; no sólo frente a las instituciones gubernamentales y la sociedad nacional, sino dentro de sus pueblos y sus organizaciones mixtas.

Sus objetivos fueron muy amplios (Dircio y Sánchez, s/f):

- Promover, difundir y velar por los derechos humanos, los derechos de las mujeres, de los pueblos indígenas, de los jóvenes, de las niñas y niños indígenas.
- Fortalecer las capacidades de las mujeres indígenas nahuas, mixtecas, tlapanecas y amuzgas del estado de Guerrero.
- Contribuir a la erradicación de la violencia intrafamiliar, económica, institucional y política.
- Crear estrategias de trabajo propio y tejer alianzas para incidir en la prevención de las muertes maternas en el estado de Guerrero.
- Promover la formación y participación de promotoras de salud intercultural, de la no violencia, así como la articulación de las parteras indígenas mediante redes regionales, para garantizar una mejor salud sexual y reproductiva, el acceso a la salud de calidad y el *empoderamiento* de las mujeres para la vigencia de sus derechos básicos.



- Impulsar la formación de jóvenes indígenas en las distintas regiones, en los temas de derechos sexuales y reproductivos, liderazgo y violencia de género.
- Difundir los instrumentos internacionales relativos a los derechos de las mujeres, de los pueblos indígenas y los derechos humanos, así como promover su aplicación.
- Fomentar la salud y nutrición en las comunidades indígenas.
- Promover y fomentar el rescate y la preservación del medio ambiente y los recursos naturales.
- Promover y fomentar la educación integral, la capacitación y el rescate de los valores culturales de los pueblos indígenas.
- Promover el desarrollo económico de las mujeres y sus familias.
- Promover la aplicación de las políticas públicas adecuadas para los municipios indígenas.

Empezaron a trabajar en cinco de las siete regiones de Guerrero (Cuadro 1). Aunque la CGMI tiene integrantes en las cinco regiones con mayor presencia indígena, ha echado raíces más hondas en las regiones Costa Chica, Montaña y Centro. En cambio, es escasa su presencia en la zona Norte,<sup>28</sup> Acapulco, Tierra Caliente y Costa Grande.

## Las acciones colectivas

La difusión y defensa de los derechos de las mujeres indígenas, la prevención y lucha contra la violencia hacia las mujeres, así como las acciones para mejorar la salud materna y bajar las altas tasas de

<sup>28</sup> En la zona Norte, las Mujeres Indígenas en Lucha (MIL) participaron inicialmente en la Coordinadora, pero más adelante, diferencias sobre cómo realizar algunos proyectos dieron como resultado la salida de las MIL de esta instancia organizativa.

CUADRO 1

REGIÓN	MUNICIPIO	LENGUA
Norte	Tepecoacuilco	Nahua
	Copalillo	Nahua
Centro	Mártir de Cuilapan	Nahua
	Chilapa	Nahua
	Zitlala	Nahua
	Ahuacuotzingo	Nahua
	J. Joaquín Herrera	Nahua
Montaña	Copanatoyac	Nahua y mixteco
	Metlatónoc	Mixteco y tlapaneco
	Tlapa	Tlapaneco y nahua
	Olinalá	Nahua
	Alcozauca	Mixteco
	Malinaltepec	Tlapaneco
	Tlacoapa	Tlapaneco
	Acatepec	Tlapaneco
Costa Chica	Xochistlahuaca	Amuzgo
	Tlacoachistlahuaca	Mixteco y amuzgo
	Igualapa	Mixteco
	Ometepec	Amuzgo y mixteco
	San Luis Acatlán	Tlapaneco y mixteco
Acapulco	Acapulco	Migrantes y radicadas, hablantes de amuzgo, nahua, mixteco, tlapaneco y español

mortalidad materna de las indígenas, han sido los ejes de acción más importantes emprendidos por la Coordinadora como tal. La reflexión y capacitación, la innovación de prácticas, formas de lucha, gestiones y proyectos en torno a estos propósitos es una constante en la breve pero intensa historia de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.

A partir de su constitución, la CGMI ha participado y organizado o co-organizado numerosos eventos, como la Tercera Asamblea Estatal de Mujeres, realizada en Acapulco en 2005, impulsada junto con mujeres feministas, militantes de partidos políticos, integrantes de organizaciones sociales y civiles. Espacio en el que compartieron análisis y empezaron a definir una agenda amplia con mujeres guerrerenses de diversos sectores.

En 2005, líderes de la CGMI también participaron en el taller “Las mujeres indígenas ante los medios de comunicación”, impartido por comunicadores indígenas y no indígenas y apoyado por Católicas por el Derecho a Decidir (CDD),<sup>29</sup> taller que les permitió comprender el papel de la comunicación y de los medios masivos de comunicación en los procesos sociales, así como adquirir habilidades para utilizarlos en la difusión de sus problemas, eventos y reivindicaciones.

Este taller nos hizo ver la necesidad de plasmar y guardar la memoria de nuestra lucha, de nuestra manera de sentir y analizar los problemas, de recuperar nuestros proyectos y aspiraciones. Es por ello que poco después nos propusimos rescatar la historia de la Coordinadora a partir de las voces de mujeres de las cuatro regiones indígenas (Dircio y Sánchez, s/f).

<sup>29</sup> Católicas por el Derecho a Decidir (CDD), es una asociación civil que surge en México en 1994 con el fin de difundir y defender los derechos humanos de mujeres y jóvenes, en especial los derechos sexuales y reproductivos, desde una perspectiva católica, feminista y ética. Apoya la despenalización del aborto, defiende al Estado laico, el concepto de dignidad de las personas, la autoridad moral de las mujeres y su derecho a tomar decisiones basadas en el ejercicio de la libertad de conciencia. CDD trabaja con diferentes organizaciones nacionales e internacionales; en comunidades realiza talleres sobre derechos de las mujeres, derechos humanos, derechos sexuales y reproductivos, violencia de género y laicidad del Estado. Promueve que los acuerdos internacionales sobre estos temas se conviertan en políticas públicas accesibles y eficaces en el ámbito local y nacional. Ofrece apoyo directo sobre problemas intrafamiliares, domésticos, sexuales, laborales, de explotación sexual, feminicidio y conflictos armados (información proporcionada por Aidé García Hernández, integrante de Católicas por el Derecho a Decidir).

Propósito que condujo a escribir este libro.

Entre otros eventos importantes en los que se ha escuchado la voz de la CGMI está el Foro Estatal “Voces de mujeres indígenas en la reforma del Estado”, realizado en noviembre de 2006, en Chilpancingo, con la Secretaría de Asuntos Indígenas del estado, mismo que contó con la presencia de 160 asistentes que discutieron problemas y alternativas relacionadas con salud, educación, violencia, justicia y derecho a la consulta. En septiembre de 2008, la Coordinadora participó en el Foro Nacional por los Derechos Sexuales y Reproductivos y la Vida de las Mujeres de Guerrero, realizado en Chilpancingo, organizado por la Coalición por la Salud de las Mujeres –red que agrupa a 12 organismos civiles que trabajan en varios estados–, en el que se discutieron importantes problemas de salud reproductiva, especialmente de salud materna y servicios de salud.

Antes y después de la aparición pública de la CGMI, una de las tareas más importantes, y que más han incidido en el curso y las perspectivas de los procesos impulsados por las indígenas guerrerenses, es la “capacitación” y la participación en eventos regionales, estatales, nacionales e internacionales, donde se discuten asuntos relevantes para el movimiento indígena mixto y para las mujeres indígenas en particular. Lo global y lo local no son aquí planos distantes o separados, sino un conjunto de elementos y tendencias, de ideas y recursos, de visiones y prácticas, que circulan en diversos espacios y que articulan ideas y acciones de múltiples actores y actrices sociales. Lo que ocurre en sus localidades puede ser materia de análisis en instancias continentales, nacionales o mundiales, lo que se reflexiona y acuerda en reuniones internacionales impacta en sus procesos locales. La CGMI no es una experiencia aislada sino en constante interacción.

En los talleres, cursos de capacitación, diplomados y procesos formativos en general, la CGMI ha entrado en contacto con organismos civiles que han contribuido a ello y han servido de enlace para que otras instancias y personas apoyen su proceso, entre ellas destacan Kinal Antzetik y Católicas por el Derecho a Decidir, ambas con sede en el Distrito Federal; el Colectivo Nosotras, que agrupa a feministas de Guerrero. Algunas instituciones que otorgan apoyos financieros para proyectos sociales y becas personales, como las fundaciones MacArthur, la Sociedad Mexicana Pro Derechos de la Mujer, Semillas y el Fondo de la Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), han sido relevantes para que las integrantes de la CGMI impulsen sus proyectos y participen en numerosos eventos políticos y de formación a la vez que amplían sus visiones y conocimientos y fortalecen sus liderazgos. Otras instituciones públicas como la CDI, la Secretaría de Salud, la Secretaría de Asuntos Indígenas y la Secretaría de la Mujer también han contribuido a financiar acciones, a abrir espacios de capacitación y foros políticos donde se exponen problemas y propuestas de las indígenas guerrerenses, o donde se reconocen sus méritos.

Sus procesos formativos también han recibido el apoyo directo del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y del Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir, ambos han abierto diplomados donde destacadas académicas, feministas y líderes políticas imparten conferencias y conducen procesos educativos. También han recibido apoyo de académicas de El Colegio de México y de la Universidad Intercultural de los Pueblos del Sur (Unisur). Algunos estudios conjuntos se han hecho con académicas de la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Autónoma de Guerrero, la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y el Grupo Interdisciplinario: Mujer, Trabajo y Pobreza (Gimtrap) (como el presente libro, el diagnóstico

sobre mortalidad materna y la historia de la Casa de Salud); con el Comité Nacional por una Maternidad sin Riesgos han compartido diagnósticos, reflexiones y tareas.

El surgimiento de la CGMI sólo es comprensible en el marco de los movimientos sociales guerrerenses y como parte de un movimiento indígena y de mujeres indígenas que, en la década de 1990, emerge en todo el territorio nacional; pero esa explicación es insuficiente para comprender el dinámico proceso que sucede a la constitución de la CGMI. Es necesario reconocer sus redes de relación y sus interacciones con la izquierda social, el movimiento indígena mixto, los organismos civiles con perspectiva de género, el movimiento feminista, las instituciones públicas y las agencias financieras con que ha tratado la Coordinadora en su breve historia.

Debemos resaltar sus relaciones con el feminismo, pues en su proceso han dialogado y recibido la influencia o el apoyo de personas, grupos e instituciones con una identidad feminista de corte liberal occidental; pero también de feministas que pugnan por deconstruir discursos y prácticas jerárquicas al interior del movimiento feminista, por reconocer su diversidad y los aportes de vertientes que se desarrollan en sus márgenes, como el feminismo indígena que la CGMI está construyendo; además, la CGMI ha sido apoyada por servidores y servidoras públicas comprometidas con las mujeres indígenas, cuya labor se potencia y se acota con recursos y visiones de la administración pública.

El contacto con esta variedad de actores sociales, discursos, perspectivas políticas, espacios de acción, ha permitido que las integrantes de la CGMI enriquezcan su visión social y política, se apropien selectivamente de conceptos y enfoques elaborados en distintos ámbitos y vayan construyendo su propio discurso. La idea de que las feministas “las concientizan”, o de que las indígenas

simplemente asumen la agenda feminista, es poco atinada para comprender la complejidad de la elaboración discursiva y de la práctica política de la CGMI. Su proyecto político sólo se arraiga y crece si considera los contextos culturales en que transcurre la vida de las mujeres indígenas, sus problemas, preocupaciones, sus imaginarios sociales y reivindicaciones.

Lo que da fuerza y perspectiva política a la Coordinadora no es un simple reconocimiento y atención de los problemas prácticos, materiales, inmediatos y evidentes de las mujeres indígenas; es su cuestionamiento y elaboración crítica. La constitución de la CGMI implica una ruptura con la forma en que se conciben y establecen las relaciones de género en las familias y comunidades, en las organizaciones y movimientos mixtos en los que participan las mujeres, ruptura que tiene tras de sí el desarrollo de un pensamiento crítico, de una teorización y desnaturalización del sentido común que las somete. Es la configuración de una *praxis* apoyada en la reflexión crítica.<sup>30</sup>

Si algo diferencia a las activistas de “500 Años”, de ANIPA o del Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas, etcétera, de las mismas indígenas que hoy participan en la CGMI, es su *identidad y conciencia de género*: no han abandonado a sus organizaciones mixtas ni renuncian

<sup>30</sup> Me parece adecuado retomar el concepto *praxis* (Sánchez Vázquez, 2003) para iluminar el proceso de construcción de la CGMI. La *praxis* –dice el autor– implica la superación del punto de vista natural e inmediato que adopta la conciencia ordinaria, desgarrar el telón de los prejuicios, de los hábitos mentales y de los lugares comunes sobre los que se proyectan las actividades prácticas, una teoría y reflexión con la práctica política; vincula el concepto de creatividad a la producción de una nueva realidad que no existe en sí. La construcción de la *praxis* es simultáneamente un proceso de conocimiento, ¿existiría la coordinadora si sus integrantes no hubieran teorizado y reflexionado sus problemas de género? Sus organizaciones mixtas no advertían ni aceptaban fácilmente esta dimensión de la discriminación y las exclusiones sociales, en este sentido la CGMI aporta conocimiento, pero un conocimiento vinculado a la práctica política transformadora.

a sus *identidades políticas*<sup>31</sup> previas, pero ahora asumen explícitamente la lucha por la equidad y la justicia para las mujeres, que implicó su confrontación y negociación con nuevos adversarios.

Reconocer esta faceta de su identidad no significa añadir simplemente un tema o frente de lucha, sino rehacer todo su discurso político, reformular diagnósticos y alternativas de cambio desde un pensamiento crítico sobre las desigualdades de género que atraviesan el tejido social y que exigen un reordenamiento integral de las relaciones sociales, de poder y de género, lo cual no sólo incide en el proyecto de las mujeres indígenas, sino en el proyecto político de los movimientos sociales mixtos en los que también participan.

Pese a su corta vida, la CGMI ha iniciado el lento y difícil camino que conduce a radicalizar la democracia y el concepto de autonomía, a profundizar las perspectivas de cambio y articular sus nuevas aspiraciones a viejas reivindicaciones. Está abriendo brechas y enfrentando retos políticos y conceptuales inéditos.

## **Apropiándose de los derechos**

Prácticamente todas las entrevistadas enfatizan que antes de participar en los procesos de capacitación impulsados por la Conami, por la CGMI y por la Casa de Salud, no sabían que tenían derechos como mujeres y que conocerlos ha sido un factor clave para su lucha:

<sup>31</sup> La conformación de *identidades políticas*, lleva implícita la constitución de un “nosotros” y un “ellos”, el “nosotros” es un sujeto político (Conde e Infante, 2002:122), que demanda, exige o negocia reivindicaciones o recursos a un “ellos”. “Nosotros” y “ellos” aparecen así conflictuados y unidos en la arena política, campo de encuentro y de confrontación entre diversos actores políticos, en el que opera una lógica contingente e indeterminada donde se dirimen los conflictos. En este caso, el “nosotros” previo era mixto: los movimientos indígena y campesino, las clases trabajadoras y explotadas, el movimiento popular, confrontado, en cada caso, con múltiples adversarios.



He ido a bastantes talleres que hablan de los derechos de la mujer, porque en los pueblos indígenas nosotras, como mujer, no tenemos derechos. No tenemos derecho a la tierra, no tenemos derecho a una herencia de nuestros padres, no tenemos derecho a decidir, no tenemos derecho a ser autoridad, ¿por qué? Porque los hombres no nos hacen espacio, pues. Esos talleres me gustaron bastante y por eso andamos ahorita en esto. Ya después dimos unos talleres a la comunidad y hablamos de derechos. Me fui a la comunidad a dar ese taller como a setenta y una mujeres. Nos reunimos en la comisaría. Le hablamos al comisario y le digo: “Oiga vamos a dar un taller de derechos”. A él no le gustaba muy bien y decía: “Oiga, ¿de qué derechos?”. De la mujer, porque nosotras tenemos derechos –le dije. No nos habían dado a conocer los derechos y sí, teníamos derechos, pero no los conocíamos. El comisario dice: “Andan buscando que el hombre ya no mande. ¿Ya quieren mandar, entonces?”. No –le digo–, tampoco mandar, no es que sea así, abusar ¿verdad?, no porque tengamos derechos nos vamos a saltar la barda. Nosotras queremos respetarlos a ellos y que también nos respeten a nosotras. Queremos que no nos golpeen. Que seamos libres. Porque anteriormente la mujer no iba a votar, decían que no tenía derechos [...] que las mujeres que no tienen marido no tienen derecho a participar (entrevista, Delfina Benito, 2006).

La apropiación de los derechos indígenas y de los derechos de las mujeres,<sup>32</sup> ha marcado la trayectoria política de la CGMI. Destaca

<sup>32</sup> Paiva (citada por Amuchástegui y Rivas, 2004:592) reflexiona sobre la ciudadanía basada en *apropiación* de los derechos: “Quien trabaja con una idea de sujeto ciudadano, encara su propuesta como punto inicial para una vívida interacción y no como un producto acabado. Una propuesta a ser negociada, adaptada, comunicada y no impuesta u ordenada. Se espera que el individuo ciudadano se relacione siguiendo un movimiento de deconstrucción y reconstrucción, de apropiación colectiva e individual de propuestas [...] Que sienta el ‘derecho’ a tener derechos y a crear derechos. Un individuo-ciudadano comparte derechos y responsabilidades como alguien que se piensa como parte de un contexto mayor, sobre el cual ejerce influencia, colocándose como agente y sujeto de sus acciones”.

el que los movimientos sociales con protagonismo femenino popular que surgieron en la década de 1980 y principios de la de 1990, formulaban pliegos petitorios y demandas de mujeres, mientras que los movimientos de mujeres indígenas que surgen de la segunda mitad de esa década para acá, exigen el cumplimiento y el ejercicio de sus derechos. En este sentido, la historia de la CGMI, es a la vez la historia de una vía de construcción de la *ciudadanía*<sup>33</sup> de mujeres indígenas en Guerrero.

Con respecto a los derechos humanos, las mujeres se han apropiado de sus derechos y hasta los señores dicen: “Si alguien nos hubiera hablado antes de esto, que era un delito pegarle a la señora, no lo hubiéramos hecho, pero bueno, nunca es tarde. Hay jóvenes que sí lo pueden entender, nosotros ya lo hicimos, ya pasó, aunque cambiemos, pero lo que hicimos jamás se les olvida a ustedes”, me dicen algunos señores. Y bueno, las señoras también, pues que antes nos dejamos que nos insultaran pero ahora ya no. Entonces, ya hay señoras que dicen: “Conocemos nuestros derechos”. No nada más aquí en la comunidad, en las diferentes comunidades dicen ellas: “Yo le digo a mi esposo

<sup>33</sup> Massolo formula la crítica a los conceptos *sujeto universal* y *ciudadano universal* desde una mirada de género: “El paradigma universal/neutral basado en el sujeto masculino ha sido desafiado por el paradigma feminista, al revelar que deformó la teoría y la práctica política bajo la apariencia de una supuesta neutralidad genérica” (1994:15), que esconde en realidad a un ciudadano masculino, pues al ignorar la separación y la asignación sexuada de *lo público* y *lo privado* (*lo público*, los asuntos de interés común, de competencia exclusiva masculina; *lo privado*, lo doméstico familiar, como asunto femenino), excluye a las mujeres de las discusiones y decisiones públicas, convirtiéndolas así en ciudadanas de segunda. También el movimiento indígena ha formulado una crítica profunda al *sujeto universal* porque no reconoce formas de ciudadanía construidas en sus sistemas normativos; así, la comunidad, la autonomía, la democracia directa y los derechos colectivos, categorías centrales en su ciudadanía, resultan excluidos del concepto universal. Pero los sistemas normativos indígenas tampoco reconocen los derechos de las mujeres para participar en el espacio público, su voz y voto está resultando de una lucha de mujeres por participar en los espacios públicos. Desde ésta, en la compleja malla de exclusiones, las mujeres indígenas formulan críticas y propuestas, construyen y ensanchan su *ciudadanía*.

que con que me hayas dado un apretón y me quedó la mano marcada, con eso basta para que te lleven preso, pero agradece que no lo voy hacer". Dicen las señoras que los señores lo han entendido: "Entiendo, discúlpame". Es un logro (entrevista a Felipa Riqueño, 2006).

En este caso, las indígenas no sólo luchan por hacer efectivos sus derechos constitucionales sino que, junto con sus organizaciones mixtas, pugnan porque se reforme la Constitución y se reconozca el derecho a la libre determinación y la autonomía de los pueblos indígenas. Aún más, la Ley Revolucionaria de Mujeres del EZLN y la discusión que desata entre las mujeres indígenas, deja claro que su lucha es más amplia y profunda, pues ellas son ciudadanas de segunda en el sistema político formal y también en los sistemas normativos de sus pueblos y comunidades.

Trabajar y recibir un salario justo, tener acceso a la educación, la alimentación y la salud; elegir pareja y no ser obligadas a casarse; decidir el número de hijos; no ser golpeadas, maltratadas ni violadas por familiares o extraños; participar en los asuntos de la comunidad y ocupar cargos de representación y autoridad en la comunidad y el municipio; gozar de derechos agrarios, productivos y económicos son exigencias al Estado, pero también a sus propios pueblos. Vistos en su conjunto, los malestares y propuestas que las indígenas han externado en la última década se proyectan en reivindicaciones y reclamos de *igualdad, equidad, libertad, respeto, reconocimiento y autonomía* (Espinosa, 2009:255-265).

El derecho a la *autonomía*,<sup>34</sup> como una forma específica de autodeterminación, central para el movimiento indígena mixto, se

<sup>34</sup> Por *autonomía* se entiende una forma pactada de *autodeterminación* que intenta modificar pero conservar la relación con un "otro", ante el cual se ocupa una posición subordinada y con el que se negocia la facultad para decidir *motu proprio*. La *autonomía* supone el reconocimiento mutuo de las partes, exige erradicar la idea de que la diferencia (sexual, racial, etcétera) justifica la heteronomía (López, 1998).

radicaliza en voz de las mujeres al extenderlo al plano individual. Martha Sánchez argumenta la necesidad de conciliar en la autonomía *lo colectivo con lo individual*: las indígenas advierten –dice– que la armonía entre ambos planos requiere reconocer, al interior de las colectividades, la pluralidad y diversidad de identidades y derechos particulares, y exigen que junto a los componentes centrales de la *autonomía* de sus pueblos (base territorial, organización social, órganos de gobierno y autoridad, uso de recursos, etcétera) se precisen los derechos de las mujeres, sobre todo los políticos, por considerar que incluyen su derecho a opinar, decidir, elegir y participar en la toma de decisiones en todos los ámbitos y niveles. En el Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas de la ANIPA, se precisó: “ser autónomo no significa dejar de ser parte del país ni separarse [...] lo importante es luchar por la autonomía en todos los ámbitos: comunal, municipal, regional, estatal, nacional y *personal*, para nosotras como mujeres” (Sánchez Néstor, 2003:14-15; cursivas mías).

Articular la lucha por la *autonomía* y los *derechos colectivos* de sus pueblos con la lucha por la *autonomía* y los *derechos individuales*, es una cualidad específica de los movimientos de mujeres indígenas contemporáneos y de la CGMI en particular, conjunción que incide en las luchas sociales de la Coordinadora y en la forma particular en que cada integrante se apropia de ciertos derechos para enfrentar problemas personales. Las mujeres indígenas han reconocido que *lo personal es político*, aunque no asuman explícitamente el lema, no sólo porque politizan y colectivizan problemas personales, sino porque recurren al derecho para defenderse y exigir respeto y libertad para su persona en el ámbito social y político, pero también en el espacio privado, donde las injusticias de género parecían ajenas a cualquier legislación. Sus procesos colectivos e individuales presionan a una reorganización y redistribución sexual de los espacios *público y*

*privado*,<sup>35</sup> de las tareas *productivas* y *reproductivas*; a un reconocimiento de las mujeres en el *espacio público*, y a una lenta y difícil compartición de tareas y responsabilidades en el *espacio privado*.

Procesos de cambio apoyados en un discurso que de ningún modo se reduce a la simple repetición de los derechos constitucionales o del discurso feminista. De nueva cuenta, Martha Sánchez ilustra la reelaboración de algunos conceptos: “buscamos la paridad, la equidad, la igualdad, y si para muchos hombres y mujeres indígenas son términos que complican su pensamiento, entonces empecemos a hablar de *dualidad*. El fin que perseguimos es el mismo: el respeto y reconocimiento de nuestros *derechos* como mujeres indígenas” (Sánchez Néstor, 2003:20).

Indudablemente, el contenido de la Ley Revolucionaria de Mujeres de 1994 y su ampliación de 1996, así como los derechos humanos, han sido fuente de reflexión y de apoyo de los movimientos de mujeres indígenas del país y de Guerrero en particular. La ciudadanía plena de las mujeres indígenas aún queda lejos y está condicionada a los avances o retrocesos de la democracia en México, a los logros del

<sup>35</sup> Dice Cristina Molina (1994:21) que con la Ilustración y el poder de la razón instrumental sobre la naturaleza y la humanidad, la promesa de liberación para todos se trastrueca en sujeción de la mujer, toda vez que lo femenino se define como naturaleza; la sujeción se lleva a cabo señalándole un sitio, un campo de acción práctico y simbólico: la esfera privada en el reino de lo doméstico, que significa simultáneamente su exclusión del espacio público, donde los ciudadanos, varones, sujetos de razón (en oposición a la naturaleza), toman las decisiones que a todos competen. Fuera de lo público, no hay razón, ni ciudadanía, ni igualdad, ni legalidad, ni reconocimiento. Trascender la dicotomía público/privado, como espacios asignados sexualmente, reconocer lo privado, doméstico y personal, puede trascender al ámbito público y se convierte en condición para construir la ciudadanía de las mujeres. En nuestro caso, las mujeres indígenas no sólo ven restringida su participación en el espacio público por ser mujeres (como todas las demás), sino por ser indígenas (el liberalismo mexicano no ha reconocido otras formas de ciudadanía y de construir el espacio público) y también porque en sus sistemas normativos no gozan de igualdad de derechos.

movimiento indígena y al proceso de maduración y lucha de las mujeres y de las mujeres indígenas.

Las guerrerenses también han tenido desafíos particulares que les exigen construir nuevas normatividades desde una perspectiva étnica y de género. La experiencia de algunas integrantes de la CGMI en la Comisión de Seguimiento de la Mujer de la “Policía Comunitaria”, muestra el reto de incorporar una perspectiva de género en sistemas indígenas de procuración de justicia, así como la necesidad de construir nuevos derechos. He aquí el testimonio de Felicitas Martínez Solano:

Cuando llega el décimo aniversario de la Policía Comunitaria, a una década ¡Imagínate! se trata el tema de mujeres, hubo una mesa de mujeres indígenas, fue en 2005 [...] Ahí tomamos la decisión: “Queremos las mujeres estar en el sistema de impartición de justicia”. Porque habían cosas hacia las mujeres que no iban con bases, ni con argumento, ni con fundamento en el sistema de impartición de justicia comunitaria. Los hombres eran los únicos que atendían, era necesario que una mujer estuviera en el sistema de impartición de justicia. De ahí, se toma un resolutivo para crear una Comisión [...] En 2006 se integra la Comisión de Seguimiento de cinco mujeres mixtecas y tlapanecas [...] y me dice una compañera: “No sabes en qué problema nos estás metiendo Felicitas”. ¡Nunca se me va a olvidar!, yo me espanté. Sí, es cierto –dije–, ¿dónde nos estamos metiendo?: son casadas, tienen marido, no las van a dejar salir. ¡Ah, sí!, ¡es cierto pues!, pero ¡no tengamos miedo! [...] recorrimos las comunidades, el territorio de la Policía Comunitaria. Hacíamos reuniones amplias. Ahí nos dábamos cuenta que los comisarios municipales que imparten justicia de parte de la comunidad siempre le daban la razón a los hombres [...] Les preguntábamos a las compañeras que si era importante que estuviéramos en la Policía Comunitaria en la Mesa de Procuración de Justicia para acompañar este proceso cuando se les aplica un juicio a las compañeras mujeres. Las mujeres dicen que sí, porque ellas sufrían

muchos atropellos, a veces abusos de autoridad. Los comisarios las detienen más de 24 horas sin ninguna justificación. ¿De qué delito se les acusa?, ¿cuál es el delito que cometió? [...] ¿Qué hacemos?, la asamblea decidió integrar a una mujer en la Mesa de Procuración de Justicia. ¿Quién va a estar en ese puesto? [...] Ellas me decían que no podían asumir el cargo en la Mesa de Procuración de Justicia: “Es que yo tengo hijos y no sé qué. Todas tenemos hijos”. Les digo entonces: “Aquí le entramos o no le entramos”. Porque lo primero que va a decir la asamblea: “Bueno, va, lo van a tener, de verdad les voy a dar el puesto. ‘A ver si son chingonas’” [...] Me paro y pido la palabra en la asamblea [...] Entonces dijeron: “Que pase la compañera para que tome protesta” [...] Tomamos protesta y me dicen: “Mañana tienes que bajar a recibir todos los expedientes, de todos los inventarios que hay en la Policía Comunitaria” [...] ¡Ahí me tienes! ¡Ay Dios mío!, se supone que yo estoy para atender casos específicos de las mujeres [pero] los comisarios dijeron: “No, aquí le vamos a entrar de todo, vamos a hacer una coordinación, un equipo”. ¡Era mucho trabajo!, hubo un caso, era de proyecto productivo que había dado la Reforma Agraria, la Promusag<sup>36</sup> dio quinientos mil pesos para que las mujeres sembraran gladiolas en el municipio de Iliatenco ¡Pleito hicieron las mujeres, porque una gastó dinero! [sin justificación] La señora ya venía detenida. La señora ahí estuvo, pero su reeducación era trabajo de la cocina, lavar los trastes, poner el mixtamal, ayudar a la cocinera para que le den de comer a los detenidos ¡Ése era su trabajo! Entonces yo he llegado a pensar: ¿cómo hacer un trabajo creativo para ellas? Porque nosotras no salimos de la cocina con el marido y llegamos a lo mismo, al proceso de reeducación. Llegaron casos de violencia y nosotras, las mujeres, ahora ya tenemos derechos. Yo había tratado mucho de entender que el derecho te lo ganas y te lo conquistas, pero tampoco, hay que ir equilibrando ese derecho, tanto como el hombre y la mujer. Llegaron varios casos, a veces llega el caso que el suegro pegó a la nuera porque el niño estaba llorando, y se dio la separación de los esposos, le

<sup>36</sup> Programa de la Mujer del Sector Agrario de la Secretaría de la Reforma Agraria.

digo yo: “Tú no estás facultado para pegarle ni siquiera a tu hijo. Si usted es mi esposo tampoco me da derecho de golpearlo a usted, ¿verdad que no? ¡Es lo mismo! (entrevista a Felicitas Martínez, 2008).

El orden simbólico de género, el papel que social y culturalmente se asigna a varones y mujeres, la naturalización de la desigualdad de género, tiende a reproducirse incluso en espacios innovadores como el de la Policía Comunitaria, que responde a otra idea de justicia, menos centrada en el castigo y más en la reparación del daño y la reeducación de quienes transgreden el orden social que las comunidades han establecido. La naturalidad con que se vive la distribución sexual del trabajo, hace que aun en el proceso de “reeducación” a las mujeres les toque la cocina; la normalidad con que se ejerce y se vive la violencia hacia ellas, da como resultado que hasta el suegro se sienta con derecho a golpear a la nuera. Desnaturalizar el orden simbólico y social de género en la procuración de justicia de los pueblos indígenas, en la creación de derechos, es algo que apenas despunta, que se hace a contracorriente, no sólo porque apenas hay una mujer en la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias (CRAC), sino porque implica cuestionar la cultura y generar nuevos consensos en torno a los derechos de las mujeres y las relaciones de género.

También en este espacio se está construyendo la ciudadanía de las indígenas guerrerenses, y es evidente que la formación y la experiencia política acumulada por las activistas de la CGMI es decisiva para empezar a gestar un cambio profundo en este terreno.

### **Por la salud materna y contra la violencia hacia las mujeres**

Quizá el proyecto más emblemático, más identificado con la CGMI, más amplio y trascendente por el beneficio que representa para las



mujeres indígenas, por la cantidad de personas que involucra, por el impacto social y cultural que conlleva y por el proceso organizativo y de formación que ha implicado, es la Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas”, que tiene su sede en Ometepec.

La Casa de Salud tuvo como antecedente los talleres para el diagnóstico sobre mortalidad materna realizados en 2002-2003 (al que se ha hecho referencia), que no sólo dieron inicio a una reflexión y a una toma de conciencia colectivas sobre el problema de la muerte materna, cuyas tasas en Guerrero eran las más altas del país e incluso de las zonas indígenas, ya de suyo superiores a la media nacional. Muertes más o menos naturalizadas en las comunidades que, de pronto, desde la perspectiva de los derechos humanos y reproductivos fueron cuestionadas profundamente.<sup>37</sup> El diagnóstico promovido por la Conami sacó a la luz pública alarmantes cifras y dramáticos testimonios sobre la irresponsabilidad, racismo y precariedad con que operan las instituciones públicas de salud en zonas indígenas; mostró el incumplimiento del derecho a la salud; evidenció la injusticia social, étnica y de género que subyace a estas muertes; pero también reveló cómo la posición subordinada de las mujeres indígenas en sus familias y en sus comunidades, la violencia que llegan a sufrir y su escasa participación en la toma de decisiones empeora su salud en general y las condiciones en que viven el embarazo y el parto. El diagnóstico sólo fue un punto de partida que despertó la indignación de las mujeres indígenas y

<sup>37</sup> En los talleres sobre el tema se exponía también el contenido concreto de los derechos reproductivos que el gobierno se había comprometido a cumplir en la Cuarta Conferencia sobre la Población y el Desarrollo, realizada en El Cairo en 1994, de los cuales se retomó especialmente el derecho de adolescentes y población adulta, a recibir información y tener acceso a métodos anticonceptivos de su elección, seguros, eficaces y aceptables; a decidir cuándo y cuántos hijos tener; a recibir servicios adecuados de atención a la salud durante el embarazo, el parto y el puerperio.

que desató un proceso organizativo y de lucha por mejorar la salud materna y por erradicar la muerte materna, proceso en el que han participado muchos más actores.

Y era lo mínimo, pues la muerte materna se ensaña con mujeres no derechohabientes, de bajos ingresos, con deficiencias nutricionales, bajo grado de escolaridad y monolingües; con las que habitan en zonas rurales, de difícil acceso o en zonas urbanas marginadas; con quienes desconocen sus derechos y libertades, especialmente su derecho a la salud, sus derechos reproductivos y sus derechos humanos; con las adolescentes y las mujeres solas que se embarazan; con las migrantes; con quienes tienen una posición más subordinada ante sus parejas, en sus familias, en sus comunidades y en la sociedad nacional; con las que sufren de violencia en sus múltiples facetas; son precisamente ellas las que más mueren durante el embarazo, el parto y el puerperio. Y en Guerrero, son las mujeres indígenas las que concentran estos rezagos.<sup>38</sup>

Fueron los datos de muerte y la comprensión de los porqués, fue también cierta apertura institucional ante el problema lo que llevó a la CGMI a proponer la creación de la Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas”, proyecto autogestivo que empezó a operar en diciembre de 2003. Los recursos económicos para su arranque vinieron de la CDI, después recibirían apoyo económico de

<sup>38</sup> Desde hace varios lustros, el estado se encuentra entre los tres más pobres del país; más de tres cuartas partes de su población es no derechohabiente (76.3%) (INEGI, 2005), la “nadahabiencia” se concentra en la población rural e indígena; 54% de las madres que habitan municipios con alta presencia indígena carecen de estudios o no tienen primaria completa; 28% de las guerrerenses sólo habla una lengua indígena, 23% son analfabetas. La tasa de fecundidad en Guerrero es superior a la del país (2.42% y 2.10%, respectivamente), lo cual no necesariamente indica que las guerrerenses deseen tener más hijos, sino que en el estado los índices de demanda insatisfecha de métodos anticonceptivos son más altos que en México (24% y 7.9%, respectivamente) (Coalición, 2008), y en zonas indígenas el rezago es mayor.

los ayuntamientos de Donostia y Legazpi del país vasco (mediante la gestión de la organización *Mugen Gainetik*) y, por acuerdo del cabildo, también del ayuntamiento municipal de Ometepec, cuando era presidente Eduardo Montaña Salinas. Otros financiamientos vinieron de Semillas, de la Fundación MacArthur, de la Secretaría de la Mujer y de la Secretaría de Asuntos Indígenas del Gobierno estatal. Pese a tantos donantes, la Casa de Salud no ha terminado de construirse ni equiparse, pero tiene lo indispensable para operar. El objetivo central del proyecto era disminuir el número de muertes maternas en seis municipios indígenas de la Costa Chica-Montaña de Guerrero: Xochistlahuaca, Tlacoachistlahuaca, Ometepec, Igualapa, San Luis Acatlán y Malinaltepec, donde habitan mujeres amuzgas, tlapanecas y mixtecas.

Desde un inicio se nombraron dos responsables para coordinar los trabajos de la Casa de Salud,<sup>39</sup> pero el proyecto involucra a todas las promotoras y principales dirigentes de la CGMI. La formación de promotoras de salud y la capacitación de parteras ha sido una tarea constante que no siempre cuenta con el apoyo de las instancias públicas de salud.

Recuerdo que Felicitas me invitó a una reunión que hubo en Chilpancingo [...] Y ahí nosotras, las parteras, tomamos cursos de lunes a viernes, toda la semana. De ahí regresé a mi casa y nos dijeron que fuéramos a hablar con el doctor que está en la comunidad para que nos ayude a buscar un maletín para atender a las señoras. Llegando ahí, resulta que el doctor nos amenaza otra vez y nos dice que no: “Tengan cuidado si quieren meter mano, para eso hay un centro de salud. Si algo llega a

<sup>39</sup> Las primeras responsables fueron dirigentes de la CGMI: Martha Sánchez, Hermelinda Tiburcio y Felicitas Martínez; más adelante, quienes asumen la responsabilidad fueron activistas más dedicadas a la promoción de la salud: Enemesia Morales y Delfina Benito, Francisca de la Cruz y Avelina Valera.

pasar, se muere un bebé o una señora, yo mero las voy a refundir en la cárcel". Y ese fue mi miedo y de la otra compañera que ya no le pedimos más. Ya después, me invita otra vez la compañera: "Fíjese que en Ometepec va a haber una Casa de Salud para las mujeres indígenas". Y me dije: "No por una persona voy a dejarlo" [...] Nos siguieron dando cursos y nos capacitaron de parteras, ya después vino la enfermera Alma y vuelve la participación en la comunidad y se agregan otra vez dos mujeres (entrevista a Epifania Villegas, 2007).

Desde 2004, las promotoras de la Casa empezaron a construir una red de parteras y promotoras de salud que hoy tiene más de 40 mujeres, mismas que se capacitan, comparten problemas y experiencias, gestionan, identifican a mujeres embarazadas en las comunidades y las acompañan en su espera, acomodan al niño en el vientre materno, atienden partos normales, dan seguimiento a la cuarentena. Son muy apreciadas por las mujeres indígenas pues hablan su propia lengua, están en la comunidad, permiten "partos culturales" (paradas o hincadas), consienten a las parturientas, comparten la idea de que el parto es "caliente" y no las obligan a ponerse bata ni a hacerse la episiotomía. Las parteras cobran barato, a veces en especie y a veces ni siquiera cobran.

La Casa de Salud logró un convenio con la Secretaría de Salud, para remitir a mujeres en emergencia obstétrica al Hospital Regional, donde deben recibir atención gratuita. Las parteras las llevan, se convierten en sus traductoras, sus gestoras, sus protectoras, sus defensoras, ante un sistema médico que no comprende su lengua, que discrimina a mujeres pobres e indígenas.

Mi nuera Verónica González llegó a la clínica ya con mucha dilatación. Llevábamos cien pesos y nos dijeron: aquí no se puede presentar si no trae lo suficiente. Quiero una ayuda por mientras –les dije– pero no,

no la atendieron y mi nuera se alivió en la sala de espera. Oí llorar a la niña, nació con el lomito pelado y se murió. Mi nuera también se murió. Ya cuando nació la niña la pusieron en una ambulancia pero falleció antes de llegar a Acapulco. Bueno, ni modo –dije yo– todo es poque no sé leer. Le dije al doctor: “Si yo supiera leer tomaría su nombre, pero hay un buen Dios, algún día tendrá que dar cuentas”. “Ay señora, no nos eche la sal”. Que no ocurra más –le dije–, ya me pasó a mí (testimonio del Foro Nacional por los Derechos Sexuales y Reproductivos y la Vida de las Mujeres de Guerrero, 2008).

Las mujeres de la Casa de Salud, también dan talleres comunitarios para informar sobre las señales de alarma en el embarazo y el parto; para prevenir y detectar la violencia hacia las mujeres; para difundir los derechos humanos y reproductivos a mujeres, a señores, a jóvenes. Se ha convertido en “centro” de formación y en un oasis. Hoy, la Casa, sus responsables y promotoras son ya un punto de referencia en la Costa Chica-Montaña, pues el incumplimiento de los derechos reproductivos y la violencia obstétrica o intrafamiliar, combinados con negligencia médica y discriminación, son cosas cotidianas para las indígenas guerrerenses.

Hemos recibido mucho conocimiento y tenemos más experiencia, sobre todo del parto de las mujeres. Que nos atiendan bien como mujeres que somos, no que los otros doctores nos decían: “Espérense. Ahorita”. Ahora nosotras estamos exigiendo: “Doctor, venga para acá, porque la paciente se nos puede morir”. Que nos atienda antes del dolor. Si nos dice que no, que falta, estamos al pendiente de las compañeras y no dejamos que se mueran. Nadie se nos ha muerto desde que empezamos del 2002 y eso es lo que me da gusto (entrevista a Juana Martínez, 2007).

Erradicar la violencia de género es uno de los ejes de trabajo de la CGMI y de la Casa de Salud. La violencia aquí, como en todos los

espacios, resulta una expresión brutal de relaciones de poder que someten a las mujeres. Habla una responsable de la Casa:

A la Casa de Salud llegan mujeres por casos de violencia. Tiene como dos semanas que a una de mis vecinas que vive cerca de mi mamá, le pegó el esposo. Se había ido al “Norte”, pero como ya llegó, como es chocante, le pegó, le tiró con un marro que salió bien mal la señora y a la hija la agarró de la trenza, la azotó en la pared. Y ya la señora agarró el marro y salió por él, nada más alcanzó a darle un chingadazo. Ahorita, allá en el municipio trabajamos con ellas [...] Que le llama la atención el síndico, le mandó el citatorio al señor. El día que fuimos, le digo: “Oye, aquí puso la demanda tu esposa que la ibas a matar. Ya no es el tiempo de que la mujer sufra esos maltratos. Eso ya cambió. Ella ya te pidió que te va a dejar y por los chamacos ella lo no lo hace. Déjala si ya no la quieres, pero tú le vas a dar dinero. No le vas a dar para ella, le vas a dar para tus hijos. Para eso ya está la ley de que la mujer no debe de ser golpeada.” Dice: “No. Sí, la regué, estaba yo tomado, ¿te acuerdas?”. Se le dijo: “Se te va a levantar un acta de que tú no lo vas a volver hacer. ¿Estás de acuerdo? Le vuelves a pegar a la señora y vamos a mandar los policías por ti”. Así que dijo el señor que ya no la va a tocar, pues, que lo perdonara: “Ya nunca voy a pegarle”, dijo (entrevista a Delfina Benito, 2006).

Otra responsable de la Casa da cuenta de algunas de las dificultades que enfrentan en todos los planos para prevenir y apoyar a mujeres que sufren de violencia:

[...] hay un obstáculo también muy grande para nosotras que estamos trabajando en este proyecto de violencia. Es que, a veces, se nos viene la bronca a las que platicamos con las mujeres sobre lo tocante a sus derechos. Cuando se deciden a poner una demanda el hombre la amenaza [...] hay mujeres que no están listas para poner una demanda. Necesitan salirse de la comunidad, de sus casas. Lo más importante es que en el municipio nosotras no contamos con un recurso para las

mujeres que sufren de violencia. No contamos con un lugar seguro para vivir, se necesita que tengamos confianza. Dice la mujer: “es que va a venir él y me va a sacar y después ¿quién sabe qué vaya a pasar?”. Yo digo que hay que prevenir, hacer talleres, dijera aquél. Pues haríamos primero unos talleres con los hombres y después entraríamos con las señoras, no con las mujeres que ya nos conocemos, sino con la suegra [...] Porque la suegra, si a ella, en aquel tiempo, el esposo la trató mal o la violó, entonces ella, más adelante, quiere que el hijo haga lo mismo con la esposa. Entonces, yo creo que sí hay que hacer un taller con los hombres y después hacer un taller con las mujeres. Y hay que involucrar también a las suegras, porque realmente yo lo que veo es un problema muy fuerte (entrevista a Enemesia Morales, 2006).

La prevención y atención de casos de violencia, que no era objetivo inicial de la Casa de Salud, emerge como una dolorosa realidad en todos sus espacios de vida, el papel de la Casa en este punto representa una luz muy apreciada: “Estoy viendo que desde que yo entre aquí ya no te tratan como simple promotora de salud, como simple partera, ahora la gente te dice: ‘cómo le voy hacer, mi marido me pega, mi marido me maltrata’”. Otra promotora cuenta: “Allá la mujer no sabe qué es violencia, muchas la sufren pero no conocen que es violencia. Allá las mujeres quieren taller” (testimonios, Casa de Salud, 2008).

Desde su labor también enfrentan el machismo: “Vi a una señora que ya tenía 14, 15 hijos, le dije que se fuera a aliviar de esa barriga a Ometepec, tenía muy baja la presión. ‘No mamita’, me dice ella, ‘ese hombre me va a matar’. Y no fue. Entonces llevé a la doctora Maribel a su casa y el marido le dice: ‘Tú doctora ¿a qué perro vienes?, si te la llevas se va contigo porque aquí no vuelve a entrar’” (testimonios, Casa de Salud, 2008).

La salud materna es un punto neurálgico y un detonador de otros problemas que ahora se abordan desde los derechos humanos y

reproductivos, desde otra noción sobre la procuración de justicia, como lo muestra la partera que, ante la Policía Comunitaria de San Luis Acatlán pelea porque dos adolescentes que violaron a una jovencita de 13 años no sean liberados sólo “para que no les vaya a doler el estómago de hambre”, y que no se arredra ante los padres de los violadores que piden: “Callen a esa señora, ¿qué no tiene miedo?”. “Ya me curé de espanto”, responde y sigue en defensa de la joven (testimonios, Casa de Salud, 2008).

La labor de parteras y promotoras es un trabajo impago que compensa las deficiencias del sector salud: “Recibimos 300 pesos al mes. No alcanza. Estamos ahí porque pensamos que hay personas detrás de nosotras que no se saben defender, que no saben español, personas del campo que nos necesitan. Nosotras podemos hacer algo” (testimonios, Casa de Salud, 2009).

Mantener la Casa abierta 24 horas y 365 días del año (el parto se presenta a cualquier hora), significa muchos retos. Un diálogo entre parteras y promotoras muestra problemas y efectos carambola de la experiencia.<sup>40</sup>

Se requiere que más mujeres se turnen para atender la Casa –dice una partera. ¿Cómo le hacemos? Luego de un silencio se oye una voz: “Gastamos mucho, hay que pagar pasaje desde nuestras comunidades, traer maíz, chile, sopa, ¿quién nos repone?”.

Y sigue una promotora mixteca: “Tenemos miedo. Yo acompañé a una mujer golpeada, su marido le hacía fuerza para tener otro bebé y la llevé a denunciar, entonces el señor me dijo: ‘¿por qué te metes con la muchacha? Te estoy viendo bien, no te me vas a escapar, no te voy a dejar libre’. Me amenazó. ¿Que no me reconozca!, ¿quién nos protege?”.

<sup>40</sup> Diálogo tomado de Testimonios, Casa de Salud, 16 de mayo de 2009.



Otra partera interviene: “¿Y qué hacemos con los niños?, ¿quién hace la comida y los manda a la escuela si venimos a Ometepec?, ¿quién cuida a los animalitos?”. Una más: “¿Y luego los maridos! ¡Los celos!, cuando venimos días completos nos reciben: ‘¿por qué te tardaste?, ¿con quién te fuiste a dormir?’. No quieren que vengamos a la Casa, no valoran lo que hacemos. En la comunidad los critican porque no dejan venir”.

Sigue la discusión: “Yo propongo que sólo vengamos en sábado y domingo”. “¡No! –dice otra partera–, ¡cuántas mujeres se van a morir!”.

“Yo propongo que nos paguen el día en la Casa, aunque sea a cien pesos, así los señores van a ver que estamos trabajando”. Todas asienten pero: “¿Quién va a pagar?”. Otra voz dice: “Que las guardias duren sólo dos días”. Más murmullos.

“¿Y con los celos, qué hacemos?, ¿la casa, los niños?”. De pronto una voz: “Propongo talleres para los señores, que se vuelva a explicar el problema de la muerte materna y la violencia a las mujeres, lo que hace la Casa de Salud. ¡Que comprendan lo que hacemos! Necesitamos valor para decirles que se encarguen de los niños. Si ellos no le entran allá, nosotras no podemos con la Casa”.

Esta reflexión colectiva revela injustas realidades: no sólo aparece la desigualdad y discriminación que deben remontar las indígenas para conservar la salud o salvar la vida, sino también la feminización de la responsabilidad y del costo de la salud; no sólo su gran esfuerzo y los retos de la lucha contra la violencia, sino los celos y presiones de sus parejas para que abandonen la tarea, la crítica comunitaria a los varones “que las dejan ir”. Lograr que se valore su tarea exige más trabajo: informar y convencer, pero también cambiar el orden de género, compartir la crianza de los hijos y el trabajo doméstico; abrir espacios de libertad y reconocimiento a las mujeres, exigir al

Estado que cumpla su responsabilidad social y que retribuya sus tareas.

Donde el derecho a la salud y la equidad de género son quimeras, la Casa de Salud contiene rezagos, alivia dolores, evita muertes, genera profundas reflexiones y aprendizajes colectivos, va cambiando la cultura. Saldos positivos que pagan parteras y promotoras de salud con altos costos y riesgos personales. En sólo un lustro han ganado reconocimiento por su apoyo invaluable a las mujeres. La experiencia autogestiva de la Casa y de cuatro casas pioneras en el país, ha sido también punto de referencia para establecer proyectos semejantes en otras regiones indígenas. Este enorme esfuerzo está rindiendo frutos.

### **Ganancias y conflictos**

Hasta aquí hemos destacado el curso de la Coordinadora en espacios y procesos sociales amplios, pero su valoración sería incompleta si se dejan de lado los saldos que el colectivo produce en ámbitos que parecen ajenos a los movimientos, para empezar, en las propias protagonistas:

[...] esta parte del miedo [...] fue algo que siempre tuve muy vigente: de que si una no pierde el miedo, una no tiene voz, no tiene presencia; si una no habla, no propone, no denuncia, no juega ese rol. Y eso no nos lo dan ni las capacitaciones ni los cursos ni las escuelas; eso nos lo da el conocer, conocernos y fortalecernos espiritual e internamente [...] cuando hacíamos los foros, yo les decía: "Libni, tú debes hablar, Domi hace la declaración, Feli hace esto otro, pero tienen que hacerlo porque hablar da visibilidad y hace que no sean las mismas". Y Libni dice: "Yo no quiero hablar, mejor yo veo lo de los pasajes". Y le digo: "Yo sé que te da miedo, que te está comiendo ese miedo, pero tú tienes

mucha capacidad y debes aprender” [...] Otro ejemplo es el caso de Estela Pineda, que ante el micrófono temblaba, pero que cuando lo hacía ya nadie la paraba y hablaba con conocimiento de causa. Uno sabe que es tremendo (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

Prácticamente todos los testimonios que aparecen en el libro hablan del miedo a expresarse, a dejar el estereotipo de la indígena callada, evidencian que ese temor es una dificultad común cuando empiezan a participar, que el silencio es un obstáculo para ser reconocidas, en última instancia, para “ser”. Narran las angustias y el conflicto interno de la mujer que por fin se atreve a decir su palabra, a plantear, a defenderse, a exigir, a negociar, a pelear... Y si en el plano social hablar es existir, todos los testimonios dan fe del lento y zigzagueante proceso para hacer valer su palabra y lograr su existencia como sujetas sociales; de los múltiples e incesantes procesos de ruptura y deconstrucción de una parte de sí y de la simultánea reconstrucción de su ser femenino en medio de deseos y dudas,<sup>41</sup> ¿quién puede renunciar a fragmentos de su identidad con la claridad de cómo ser “otra”? El aplomo que van ganando en distintos espacios es apenas la superficie de un profundo, tenso y conflictivo proceso creador, resultado de la desnaturalización de su invisibilidad y del silencio, de la transgresión de viejas formas de lo femenino en contextos indígenas rurales.

<sup>41</sup> Es necesario retomar aquí la idea de *praxis* como acción transformadora apoyada en una reflexión crítica que permite superar la conciencia ordinaria ligada al sentido común, a lo cotidiano “natural”..., no tanto para ratificar su potencial heurístico en este proceso, sino para precisar que –desde mi punto de vista– éste no se da de una vez y para siempre, pues involucra cambios culturales profundos, costumbres y hábitos, normas, instituciones, representaciones y prácticas. El cambio cultural implica empuje y resistencia, avance y retroceso, puntos de ruptura en distintos planos, desgarramientos acumulativos e incesantes y generación también constante de conocimiento y acciones creadoras.

Hay quienes van ganado espacios en lo público a la vez que logran cambiar su posición en lo privado, lo cual reconfigura ambos espacios:

Para mí eso fue como que yo me fui ganando el espacio, hasta que llegó el momento en que mi esposo dejó de decir “no salgas”. Para salir a los cursos de capacitación que se tenían fuera, yo tenía que pedir permiso y él me decía: “Sí, te vas a ir, pero llévate a la niña, tienes que cargar con la niña. Si no, no vas”. Llegó un tiempo en que le dije: “Sabes, yo ya no voy a salir, porque yo ya no quiero cargar con la niña”. Entonces, me dice: “Deja a la niña y dile a tu mamá que se venga aquí cuando tú no estés y que te cuide a la niña”. *Okay*, dije yo. Llegó un momento en el que le dije: “Sabes, voy a un curso, me voy tal día y llego tal día”. Y me dice: “Está bien, vete [...] Si te vas a ir, pues yo te ayudo: tú haz esto, yo hago lo otro y no te preocupes, si tú te vas, yo lavo mi ropa” [...] el niño fue cambiando, empezó a prepararse de comer, a calentarse sus tortillas y a lavar su ropa, barrer y todo, a lavar los platos él aprendió. Yo me dije: “Si no hubiera salido, no hubiera logrado esto”. No es el bien para mí, sino para el niño, porque él esté viendo las cosas diferentes [...] A mí me ha ayudado mucho la participación en la organización, me ha ayudado a salir de mi problema de separación [de pareja]. Yo creo que si no estuviera en una organización para mí serían las cosas más difíciles. He logrado yo salir fuera y ahora digo: “Bueno, yo estoy dentro de la organización y no me da miedo trabajar, aunque esté sola con mi hija puedo salir, me siento segura, con mucha confianza hacia mí y sé que lo que me proponga lo voy a lograr, estoy segura de mí misma”. Anteriormente, yo no asistía a las reuniones en la comunidad y ahora [...] voy, participo y si hay algo en que no esté de acuerdo yo doy mis opiniones y sí, me han tomado en cuenta, por esa razón, digo que sí he logrado aprender a pedir la palabra y no a arrebatarla (entrevista a Felipa Riqueño, 2006).

En otros casos se conjugan y empalman los planos de acción, de conflicto, de transformación:

Dentro de la comunidad también fue difícil. Cuando estaba en el Consejo Guerrerense, muchas mujeres y hombres decían: “A ella le gusta andar de loca, por eso es que anda ella de acá para allá y pobre señor ahí se queda, lo tiene de su pendejo” [...] Soy madre de nueve hijos. Fui madre muy violentada y quizá, a lo mejor, por el mismo trato que a mí me daban, entonces, pues como que yo trataba de sacar mi violencia con mis hijos. Todo esto da un giro por lo que yo he aprendido en los talleres y ahora, como en la Casa de Salud que soy, yo creo que muchas cosas han cambiado en mi vida personal y he tratado de valorarme un poquito más como mujer. Yo creo que no me va a alcanzar la vida para hacer todo lo que yo quiero [...] pienso formar un grupo de mujeres. No sé qué nombre le voy a poner, pero voy a formar un grupo de mujeres y voy a empezar a hacer pláticas comunitarias (entrevista a Enemesia Morales, 2006).

La costumbre de ignorar el deseo de las jóvenes a la hora de unirse en pareja es hoy cuestionada por las mujeres de la Coordinadora:

[En mi comunidad] No tienen derecho a decidir con quién casarse. Este es otro problemón. Yo les comencé a decir: “Miren chamacas, ahorita estudien y decidan con quién casarse. Analicen las cosas. Que nadie les imponga y que llegue el papá y les diga: “Yo quiero a este fulano, porque éste me gusta a mí”. Las que van a vivir con él son ustedes, no él. Tienen que ver las cosas: ¿tú lo quieres y él te quiere? Adelante. Y si no, tú dices “no, pues no”. Apenas hace un año, un hermano que tengo se quería casar. Me dice [mi mamá]: “Ya el papá se la va a dar”. Y le digo: “No mamá. No. Eso está mal. Que hable él con ella y si ella dice que sí, adelante. Y si le dice no, no, porque el derecho a decidir lo tiene ella [...]” Me dijo mi mamá: “¿por qué tú dices eso?”. Y dice mi hermano: “Es que mi hermana anda en esas reuniones [...] es que

ella está loca porque anda en esas reuniones". Le digo: "No, no estoy loca, sino que quiero una vida, ora si que efectiva para mi hermano ¿por qué? Porque usted lo casa con la muchacha, porque el papá así dice y ahorita está chamaca la muchacha, pues, pero a la hora que ella despierte se va y a ver adónde quedan". "No, dice, aquí el que manda es su papá, no manda ella". No mamá –le digo–, ya ese tiempo se acabó; yo me arreglo con el señor, yo voy hablar; no porque sea mi hermano vamos a tapar las cosas; vamos a decir las cosas como están. Entonces, hablé con el señor y le dije [...] "¿Qué usted ya le preguntó a su hija si ella dice que sí?". "Pues no sé lo que usted piense, ya hablé con ella", dijo. "Oiga, me gustaría que yo escuchara la voz de ella y de Usted, pero que ella lo decida primero" [...] Llegó la chamaca y le digo: "Mi hermano se quiere casar contigo, no sé si tú estás en la disposición de que tú lo quieras a él. Yo quiero que tú digas francamente, sin pena, pues, si tú no quieres ser su mujer, tú di, si te casas, adelante y si dices que no, también de acuerdo". Y dice el señor: "No, no, yo ya hable con ella y ella se va a casar, porque yo soy su padre y yo mando". Y le digo yo: "Está mal entonces [...] no es justo [...] Yo le doy la palabra a ella, la que va a decir es ella. Y si ella dice que sí, adelante y si ella dice que no, ni modo". Y le digo: "¿Oye, vas a casarte con mi hermano?". Y la chamaca que se agarra los pelos, se tapa la cara y que se agacha y ya no habla la chamaca. Y le digo: "¿Ya ve?" (entrevista a Delfina Benito, 2006).

Para las dirigentes más jóvenes la relación de pareja se inicia en otra posición:

Mi marido es indígena, tiene preparación. También él conoce la lucha social, eso a mí me ha facilitado [...] Él siempre me ha respetado, mi vida de pareja no ha sido problema, yo salgo y decido lo que tengo que hacer. Lo que pasa es que yo gané un liderazgo de soltera y ya casada, como que los hombres me han respetado, la comunidad, la familia me ha respetado [...] Estoy con mi nene y no me cambió la vida, sigo como el primer día que entré al movimiento: con mucho ánimo, con mucho

interés, con mucha fuerza de seguir adelante. Igual la vida de pareja, me ha ido bien [...] no puedo dar una conferencia de mujer, de libertad, *empoderamiento* y no violencia y que yo la viva en la casa. Yo creo que tengo que superarlo en la casa y poder decirlo, convencer, porque si no, sería un discurso hueco [...] Cuando voy a dar talleres, a veces mi esposo me acompaña. Me acerca la comida, me acerca el agua. Como que ha sido así: lo que digo, hago. Él me ha facilitado mucho hacer este trabajo. Ha habido hombre de mi comunidad que ha llegado a la casa y encuentra a mi esposo lavando, lo encuentra lavando los trastes o haciendo comida y también participa con él. Entonces, siento que es formar una nueva cultura (entrevista a Hermelinda Tiburcio, 2006).

La maternidad ya no siempre es “destino”, empieza a ser cuestión de decisiones:

Tengo un niño de doce años que ya va a terminar el sexto grado y el otro niño de diez [...] Con mi hijo el más grande que se me fue a México y los dos más chicos que están conmigo y uno que se me murió de tres meses, tuve en total cuatro hijos [...] Decidí que ya no quiero tener más hijos. Fue mi propia decisión [...] Le dije a mi mamá y a mi papá que me voy a operar de una vez y ellos no querían, pero me dicen: “Está bien, decide tú”. Y ahora ya me operé. Yo, como promotora, acudí a la Casa y el doctor me atendió muy bien, pero me dijo: “¿por qué se va operar si está muy joven y puede tener otros dos más?”. Le dije: “Decidí mi decisión propia y ya no quiero, porque está muy difícil y tengo a mis hijos grandecitos y yo quiero trabajar para darle el estudio a ellos y con este niño, ya es suficiente” (entrevista a Juana Martínez, 2006).

No sólo las activistas más destacadas de la CGMI han convertido lo personal en político, la lucha por hacer respetar sus personas, sus derechos, sus decisiones, sus libertades, es cosa de muchas más

mujeres con quienes se interactúa en varias regiones y comunidades. Tener el valor para defenderse es un apreciado aprendizaje:

Mi primer logro fue de saber mis derechos y saberme defender. Fue muy difícil de participar en el taller, pues uno como mujer yo no tengo quién me ayude y es mucho trabajo, pues negociaba con mi esposo, le decía: “Mira, déjame ir, me gusta”. De hecho, a veces se molesta, pues tiene razón, porque no tengo quién me ayude en mi casa, pero al menos he aprendido lo poquito que yo sé [por ejemplo] yo mera le tenté la mollera a mi nuera y vi que esa mujer ya quiere parir y el médico me decía que le falta. Le dije: “Médico ¡chéquela por favor, no le falta, yo sé lo que digo!” [...] Y el médico insistía que todavía le faltaba. En eso, sale la enfermera, le dije: “Señorita, mi nuera ya se quiere aliviar. Médico, dígame claro si la va atender o no”. “Bueno, que se la lleve la enfermera allá a donde se atienden los partos”. Y el médico, con perdón de la palabra, se andaba haciendo pendejo. Y la enfermera que la acuesta en el lugar donde nacen y él buscando con su sonsera la bata, el cubre boca, los guantes [...] Y yo parada en la puerta. Ni le dio tiempo de ponerle el suero, se estaba quejando y yo le había tentado que ya era hora. Ya venía el bebé, ya se le asomaba la cabecita del niño y que grita la enfermera: “¡Médico!, ¿dónde está? ¡La muchacha ya se va a aliviar!” [...] Y yo cargaba las cobijas en donde iba envuelta esa mujer y nada más que las pongo: “Dios mío se va a caer el bebé” [...] Sin su permiso de nadie, yo me metí [...] Entonces, me molesté mucho: “Mire médico [...] hacen muy mal, creo que no tiene la capacidad de atender bien su trabajo. Si hubiera pasado algo, médico, yo lo iba denunciar a usted porque ya estaba en sus manos la muchacha, porque ella jaló el aire para arriba, por eso no cayó”. Entonces, él se me quedó viendo bien molesto y seguí: “Que lo voy a reportar a usted. No ejerce su trabajo como médico [...] Usted hubiera estado listo ahí, cargara o no cargara guante, usted debe estar ahí. Usted allá haciendo sus sonseras, usando sus guantes” [...] Si no me hubiera capacitado yo no hubiera tenido el valor de decirlo (entrevista a Estela Pineda, 2007).



La huella del proceso colectivo se expresa en cada una de sus integrantes, ellas palpan los conflictos y las diversas formas de resistencia al cambio, al mismo tiempo que las satisfacciones y la realización personal y colectiva que trae consigo su tarea. Los procesos, espacios, actores y relaciones que se articulan a su acción transformadora configuran un movimiento abigarrado, en el que los objetivos y planes de acción de la Coordinadora se ven desbordados por la contingencia, lo imprevisible e impredecible de la vida cotidiana, donde tienen que responder constantemente a nuevos retos. Y no han tocado fondo político, social o geográfico en los espacios que quisieran abarcar.

En el tiempo que se gesta y se desarrolla la CGMI, van surgiendo liderazgos que alcanzan reconocimiento: en las organizaciones de mujeres, las entrevistadas han ocupado cargos de dirección como la Coordinación de la CGMI y de la Casa de Salud de Ometepec; han presidido la AMMOR, la SSS Noche Sihuname Zan Ze Tajome, la SSS Axale, Mujeres Indígenas en Lucha y la Asociación Civil Kinal Antzetik-Guerrero. Fuera del país, algunas han ocupado la representación y la coordinación regional del Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas, así como la coordinación de la Alianza de Mujeres Indígenas de Centroamérica y México. Siete de las becas que periódicamente otorga MacArthur y Semillas-MacArthur, han favorecido a integrantes de la CGMI. Dos de las entrevistadas han ocupado regidurías en sus municipios y una más ha sido candidata a una presidencia municipal. La delegación de la Secretaría de la Mujer en la Montaña está ocupada por una integrante de la Coordinadora. Algunas han tenido cargos relevantes en instancias mixtas, como en la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias de la Policía Comunitaria; o bien han asumido la coordinación estatal o nacional de ANIPA. También han recibido premios, dos de ellas el Premio Estatal al Mérito Civil, una más el Premio Nacional de la

Juventud, y apenas en 2008 el Premio al Mejor Producto Textil que otorga Islas Canarias, España, distinguió a una indígena amuzga de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.

El reconocimiento trae nuevos desafíos, Domitila Rosendo, hoy delegada de la Secretaría de la Mujer en la Montaña, ilustra este hecho:

¿Dónde estoy ahorita? Estoy en la Secretaría de la Mujer. Es difícil pues, yo creo que no termino todavía de entender, creo que mi mundo está en la organización. Y dentro del gobierno pues no sé, no estoy bien pero estoy aprendiendo –tampoco me voy a quejar–, estoy aprendiendo mucho, porque el ser gobierno tienes otro comportamiento y ser pueblo es distinto. Las compañeras con las que estuve trabajando creían en mí como gestora, pero ahora como gobierno me están olvidando porque no soy yo la que decide. Como siempre, a “mi otro yo” le pregunto: supongamos yo soy la Doña aquella y la actual Domi está en el gobierno; bueno llega la Doña y pide, y ahora digo: “la actual Domi cómo me va a contestar, qué me va a decir”. Ahora eres gobierno. ¡Hay tantas solicitudes!, ¿cómo das respuesta?, puede haber favoritismos, sí puede haber, sí, pero ¿en dónde estás entonces? [...] ¿Qué vas hacer con el paquetote de solicitudes de 19 municipios? La de Domi llegó al último. ¡Ajá!, pero como es tu amiga, ¿la vas ha pasar? ¡Órale! ¡Pásala! No. ¿Lo puedes hacer? Sí, pero, ¿a qué te estás exponiendo?, ¿vas a dejar que las otras se vayan rezagando? ¡No! Entonces, está duro. Las compañeras de la Coordinadora ya me lo dijeron: “No eres la misma, ¿por qué ahorita que estás en la Secretaría de la Mujer no nos atiendes?”. ¿Por qué? Porque hay un reglamento a seguir, por eso. Si por mi fuera ahorita te extiende un cheque, ahorita. Quizás por ahí me la saco. Pero no está en mí. Sé lo que es ser gestora, pero tengo una función, es una migaja del gobierno. Soy parte pero no decido, ¿qué hay que hacer? Esperar por si sale la solicitud de ustedes y si no pude, ¡lo siento! ¡Espérenme! O sea, hay que ir disculpándose y aclarando pues. No la disculpa nada más, sino ir aclarando las cosas,

hacerles ver que no es fácil. Me voy a ganar tantas amistades como enemistades. Quizás no me lo van a decir de frente, pero van a decir: “Mira, esa que va allá, la conocimos, era bien activa pero cuando llegó allá le cortaron las alas”. Así es, eso yo lo sé (entrevista a Domitila Rosendo, 2006).

Ocupar un cargo público significa reconocimiento para una mujer que, como Domitila, empezó desde abajo, en el movimiento mismo. Pero es evidente que lograr este reconocimiento conlleva nuevos retos, pues si bien ella sabe de las necesidades y problemas que tienen las mujeres con quienes trabajó en La Montaña, también es consciente de que no sólo esos grupos requieren atención y recursos. Establecer un diálogo interno entre la funcionaria y la luchadora social, la conduce a una reflexión sobre la ética de la función pública y la respuesta a las demandas sociales. Los cargos públicos son nuevos espacios donde apenas se inician las mujeres rurales indígenas.

Lograr reconocimiento significa demasiado esfuerzo personal, sobre todo si consideramos el punto de partida de cada una, pues cuando hay escasez de recursos económicos, discriminación étnica y subordinación de género, estudiar o capacitarse, salir de casa, conseguir recursos, desenvolverse en diversas pistas y ser reconocidas como líderes, es una proeza. Pero además, el rechazo a las mujeres que llegan a ocupar cargos directivos o de representación agudiza el problema. La nota periodística con declaraciones de un líder de ANIPA, cuando Martha Sánchez llegó a la dirección nacional de esta instancia, son reveladoras:

“No es necesario crear una figura feminista porque en los pueblos indígenas no mandan los hombres o las mujeres sino ambos” [...] También comentó que a los integrantes de la organización que “se han desviado” del camino no los harían a un lado, pero “no permitiremos

que entren a la casa mientras estén enfermos; habrá que dejarlos fuera un ratito para que limpien su cerebro” (Pérez, 2003:17).<sup>42</sup>

Todas ellas narran que han tenido que vencer la oposición y la resistencia, la descalificación en todos los planos, desde el Estado y la sociedad nacional, hasta el familiar y el que hallan en sus organizaciones mixtas, entre hermanos. Construir sus liderazgos y lograr su reconocimiento es todo un arte. Arte y sacrificios que ilustra Felicitas Martínez, cuando a falta de otras compañeras, asume un cargo en la Policía Comunitaria pese a que tenía la Coordinación de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas:

[Les dije] “Yo tengo un cargo de las mujeres a nivel nacional”. Me dicen [autoridades de la Policía Comunitaria]: “Pero ese cargo no es muy importante compañera, deja ése, te vienes para acá”. No sé qué tanto me decían. “No –le dije–, es una responsabilidad, es igual cuando yo tomé protesta, es lo mismo que sucedió allá. Yo no quiero que digan: “la compañera se rajó y ni siquiera entregó las cuentas bien ni lo del informe bien”. No, yo quiero entregar mi cargo bien, formalmente” [...] Juro que ese día me sentía así, tan presionada. ¿Qué hago? Yo no puedo estar en los dos cargos al mismo tiempo, tanto la comisión nacional es complicada, tanto la regional es complicada. Más complicada porque con la asamblea no se juega. Si yo llego a fallar, entonces me van a reeducar, me van hacer el proceso de reeducación [la forma en que la Policía penaliza las faltas o delitos]. Yo soy la primera que debo poner el ejemplo. *Checa*. Yo necesito apoyo moral y económico. Allá no digas que te pagan tanto y a veces estás tan impresionada, porque

<sup>42</sup> La nota de Matilde Pérez recoge críticas al proceso electoral, tras ellas se adivinan diferencias políticas internas; sin embargo, lo que llama la atención es el eufemismo igualitarista, el argumento antifeminista, más bien el fundamentalismo antifeminista que propone la exclusión de quienes han desviado el camino (en referencia al feminismo) y, en última instancia, el rechazo total a una dirigencia femenina.

hay unos casos tan complicados en el juzgado cívico. Tú dices: “Ahora ¿con quién me desahogo?”. Las compañeras de la comisión no están ahí, cada quien está en su casa, en su región. Bien o mal, ellas comen a sus horas (entrevista a Felicitas Martínez, 2006).

El que algunas activistas vayan asumiendo más responsabilidades y desarrollen su capacidad de dirección no siempre ha sido bien visto, hay quienes dicen que las líderes de la CGMI ya no son representativas de las mujeres indígenas de Guerrero, que se han despegado de las comunidades, de las vivencias y problemas cotidianos de sus compañeras, que viajan mucho, que tienen acceso a recursos que las alejan de la condición socioeconómica de las indígenas.

Disiento de este juicio, pues aunque es verdad que viajan, que tienen más recursos que la mayoría de sus compañeras y se relacionan con actores y discursos que provienen de otras culturas, creo que todo ello es indispensable para construir un puente cultural y lingüístico sin el cual difícilmente tendrían vida los múltiples proyectos que realizan las integrantes de la CGMI en Guerrero, ¿podría alcanzarse la visibilidad, los recursos materiales, los apoyos en formación y la difusión de los problemas, el impulso de proyectos de las mujeres indígenas de Guerrero sin el trabajo de las líderes? Creo que no, pero además, basta leer sus testimonios para darse cuenta de que han vivido en carne propia la pobreza, la discriminación y la subordinación que viven otras mujeres indígenas; que los recursos materiales y económicos a los que tienen acceso son de todas formas insuficientes, no sólo para garantizar una subsistencia personal holgada, sino para impulsar los proyectos sociales de la Coordinadora; que la apropiación de conceptos y enfoques surgidos en otros contextos no ha sido acrítica sino selectiva, desde sus propios marcos culturales; que han incidido positivamente en el curso de los procesos locales y en la toma de

conciencia y acciones de muchas otras mujeres indígenas, no porque éstas sean dóciles pupilas, sino porque la perspectiva de las líderes es admisible y deseable para las mujeres indígenas de base. Exigir a quienes han logrado un papel de liderazgo que sigan siendo como la base de su organización, resulta injusto, ¿sería la misma exigencia si de líderes varones se tratara?, ¿se pediría lo mismo a mujeres dirigentes no indígenas y de otros sectores sociales?

Claro que la relación líderes-base es de todas formas un punto sensible y resbaloso, pues un liderazgo autocrático y vertical, que monopoliza la información y eterniza el mando en unas manos, anula el desarrollo, la formación política y el despliegue de capacidades de la base. No son éstas las críticas que se hacen a las líderes de la Coordinadora, y ellas más bien parecen preocupadas por lo contrario.

Libni Iracema reflexiona en este sentido, habla de la dificultad de multiplicar activistas al ritmo en que demandan los movimientos, de la necesidad de formar más compañeras que compartan las tareas que se acumulan en quienes tienen mayor movilidad y reconocimiento; y de las repercusiones que ello tiene en su propio tiempo:

A veces nosotras andamos muy apuradas con tantas actividades porque no hay más compañeras que asuman estas responsabilidades. Tal vez no lo hemos propiciado. Ya lo hemos platicado: “Sabes qué Martha, tú eres una muy buena compañera en esto y esto, pero queremos ver a otra compañera, o sea, tu relevo. Tú, Libni, ¿dónde está tu relevo?, ¿y los relevos de las demás?”. Falta trabajarlo. Esta es una limitante de la Coordinadora, estamos armando un programa de formación para este proceso de nuevos liderazgos. Mujeres capaces sí hay, pero es muy difícil sacarlas de su región o de su comunidad, porque las responsabilidades son varias. A veces uno está aquí y está allá, abarca muchas cosas y al mismo tiempo hacemos menos cosas

[A las compañeras] les explicamos cómo se hacen las negociaciones, siempre estamos cuidando que tengan toda la información para que puedan debatir, porque no siempre podemos estar y entonces les decimos: “¿Saben qué?, yo no puedo estar en la reunión con el secretario, vayan ustedes, ya tienen todo el panorama, ustedes hagan la negociación”. Las compañeras han retomado responsabilidades, para mí es muy satisfactorio, he observado que aunque yo no esté en Chilapa, están las compañeras que se van sumando al proceso estatal y que ya ubican las cosas, por eso digo que sí hay mujeres capaces (entrevista a Libni Iracema Dircio, 2005-2006).

La Coordinadora no sólo sufre por la escasez de cuadros, también han surgido divergencias internas en cuanto a la direccionalidad que quiere darse a los procesos organizativos de las mujeres indígenas, el peso que se otorga a la organización productiva y al aspecto formativo y político; las diferencias internas han propiciado que algunas compañeras que encabezan importantes procesos organizativos y que contribuyeron a la construcción de la Coordinadora, salgan de este núcleo para caminar por otra vía.

También hemos tenido debilidades. Por ejemplo, el no haber concluido un proyecto de salud reproductiva en la región Montaña. Ahí hubo complicaciones en la coordinación bajo la responsabilidad de Libni Iracema Dircio y Ubali Guerrero. Hemos platicado mucho sobre eso. ¿Qué pasa? Primero era porque no teníamos los recursos suficientes para trabajar bien, después llegaron los recursos y esto, al parecer, no cambió mucho las cosas, las complicó en su momento. La Coordinadora trabajó y se dieron pasos importantes, pero con Ubali hubo muchos confrontamientos, más directamente con Libni. Había una falta de confianza de poder avanzar juntas, en equipo. A raíz de ahí viene la salida de Ubali de la CGMI. Al final, la Fundación MacArthur [canceló] la segunda parte de dichos recursos. Mucha gente usa esto para decir: “Ya vieron, las indígenas no saben manejar, ni comprobar, ni ejecutar.

No hay confianza". Eso es algo fácil de usar en contra de un proceso que nació de cero, sin ningún apoyo gubernamental [...] no olvidemos que nosotras competimos bajo desigualdades múltiples en el campo de los proyectos, pero que también tenemos muchísimas fortalezas que dan cuenta de un proceso que lleva más de una década y no muere [...] yo creo que la diferencia de edades no fue el motivo, aunque Nellys Palomo lo atribuía a eso [...] Creo que pesó más que algunas tuvieran una visión más de formación política, de acción, de incidencia y que otras priorizaban los procesos productivos [...] hasta hoy día las diferencias son marcadas, pero en algunos momentos los puntos comunes nos hacen accionar conjuntamente (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

Las diferencias también se presentan en la base, en algunos momentos han debilitado procesos organizativos como el de las artesanías amuzgas de Xochistlahuaca, o el de la propia Casa de Salud. El único atenuante es que, de todas formas, las indígenas que llegan a separarse, llevan consigo una formación, una inquietud y una visión crítica sobre las inequidades de género; aun las que enfatizan la organización productiva impulsan la formación, la reflexión y acciones emancipadoras que rebasan una perspectiva productivista. La historia de la CGMI muestra que la convergencia se da en medio de la diferencia, y que un proyecto unitario no es necesariamente un proyecto único.

## Conclusiones

1. Las desigualdades agrarias y socioeconómicas, el autoritarismo político, la discriminación étnica, las políticas modernizadoras y excluyentes, la deficiente procuración de justicia y las inequidades de género han sido motivo de rebeldía y acción de distintas



fuerzas sociales en Guerrero; ahí, cuando menos en los últimos 50 años, organizaciones rurales de base campesina e indígena han luchado contra el caciquismo, por la tierra, contra la explotación de sus bosques, por precios justos de las cosechas y de las artesanías, por crédito rural, contra la imposición de gobernantes, por el respeto a los derechos políticos, por el abasto rural, por la introducción de servicios y caminos a las comunidades, por la salud. En años más recientes, afirmando sus identidades étnicas, diversas organizaciones han luchado contra la discriminación y por el reconocimiento de las culturas y los derechos de los pueblos indígenas. En todos estos procesos han estado presentes las mujeres campesinas e indígenas, han sido sostén, base social, a veces escudo, partícipes constantes y, durante mucho tiempo, silenciosas y aparentemente marginales. Pero, como dijimos antes, en las orillas se halla el centro, y callar no significa no pensar. La presencia de las mujeres, su experiencia, su escucha, su reflexión desde ese lugar marginal que han ocupado, fue incubando su palabra y empezó a revelarse el fondo opresivo que opera contra ellas por pertenecer a clases explotadas y subalternas, por ser indígenas y por ser mujeres.

2. El auge del movimiento indígena que trae consigo la conmemoración de los 500 años del “descubrimiento de América”, el levantamiento zapatista, la *Ley Revolucionaria de Mujeres* del EZLN; la ola de reuniones, reflexiones y procesos organizativos y de formación de mujeres indígenas que se intensifica desde la segunda mitad de la década de 1990 y se extiende a la primera década del siglo XXI; la interacción con organismos civiles y académicas feministas, con servidoras públicas que apoyan sus procesos; el diálogo con organizaciones de mujeres de la América indígena; la confluencia de procesos, tiempos, actores sociales, generaciones y perspectivas políticas; discursos construidos en localidades

- lejanas o en instancias globales despiertan reflexiones locales; todo ello favorece el encuentro, la identificación, la creación de un discurso indígena de género y de una voluntad colectiva en distintos lugares del país, entre ellos Guerrero, donde mujeres nahuas, amuzgas, tlapanecas y mixtecas, que hasta la primera mitad de la última década del siglo XX no tenían relación personal ni política, al final de esa década acarician la idea de un proyecto propio: una Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.
3. La constitución de la CGMI implica la emergencia de una nueva identidad colectiva, enraizada en una diversidad de experiencias políticas y en una conciencia común sobre las injusticias de género que sufren las mujeres indígenas de Guerrero. Sus identidades abrevan de los discursos y experiencias políticas previas en las que ellas han participado: las lecciones y reivindicaciones del movimiento campesino, la memoria de la guerrilla guerrerense, la lenta y compleja lucha por apropiarse del proceso productivo, las luchas por la democracia y la participación en procesos electorales, la conciencia de la discriminación étnica y la afirmación de sus culturas e identidades indígenas, la resistencia a proyectos desarrollistas que desconocen sus culturas y sus aspiraciones, la procuración de justicia desde abajo, la organización productiva y económica de mujeres rurales; todos estos procesos han marcado sus vidas, sus identidades políticas, su imaginario social y su visión de futuro; todo se “representa” a la hora de constituir la nueva instancia y expresa la plasticidad y el carácter multidimensional de sus identidades políticas.
  4. Al nuclearse en la Coordinadora, sus integrantes son las mismas pero son otras, recrean discursos y pertenencias políticas previas y a la vez las renuevan con una perspectiva de género. El “género” opera como un reactivo, no es simplemente un añadido o un nuevo eje de lucha, sino una mirada fresca y crítica sobre el

todo, una reflexión que devela los mecanismos de exclusión, discriminación y desigualdad contra las mujeres en todos los espacios y planos de la vida social. *Equidad y justicia de género* se articulan a añejos discursos campesinos y de clase, y a las reivindicaciones culturales y étnicas de las dos últimas décadas; empiezan a atravesar diagnósticos, perspectivas y proyectos de cambio no sólo de mujeres, sino del movimiento social y en especial del movimiento indígena mixto, pues la CGMI, más que una organización limitada a sus propios proyectos, es una coordinadora cuyas integrantes participan en diversos proyectos sociales a los que llevan su visión del cambio.

5. Desde un inicio, el proyecto de la Coordinadora estuvo marcado por una noción de derechos. No tanto porque las indígenas guerrerenses estuvieran familiarizadas con ellos, sino porque sus promotoras se dedicaron a difundirlos. A diferencia de los movimientos rurales e indígenas anteriores al neozapatismo, que enfatizaron demandas y pliegos petitorios antes que derechos, el movimiento de mujeres indígenas de Guerrero enmarca sus reivindicaciones en el cumplimiento, respeto y ampliación de sus derechos. La CGMI surge en el seno de un movimiento mixto que lucha por elevar a rango constitucional el reconocimiento de la autonomía de sus pueblos y sus derechos colectivos. El conocimiento de sus derechos económicos, sociales y políticos, humanos y reproductivos, el derecho a no ser violentadas bajo ninguna modalidad, ha marcado la agenda, la trayectoria, el posicionamiento de la CGMI frente a otros actores y su perspectiva de cambio social.
6. Equidad de género y respeto a sus derechos son pilares del discurso y la acción de la Coordinadora, lo cual apunta a la construcción y fortalecimiento de un nuevo sujeto social: mujeres indígenas que pugnan por un cambio con equidad de género; de un sujeto

político que está construyendo, desde la marginalidad social y desde la orilla de los movimientos sociales, su ciudadanía: mujeres indígenas que luchan por su reconocimiento y sus derechos. La conversión de sus malestares en reivindicaciones sociales, derechos, proyectos y experiencias, va cargada de múltiples posibilidades emancipatorias. La triple opresión de las mujeres indígenas, se expresa también en distintos planos de sus procesos de cambio. Claro que nada es parejo, ascendente o lineal, en cada espacio y proceso se avanza y se retrocede, se enfatiza tal o cual asunto y, aunque ningún problema viene solo y cada acción tiene múltiples efectos, aunque al observar el conjunto las acciones abarcan todos los problemas, el todo es demasiado grande y complejo para abordarlo de un jalón o en un solo proceso. Tanto en el plano personal como en el colectivo la heterogenidad, el abigarramiento, la dispersión, la continuidad y la fragmentación coexisten. Los procesos son complejos.

7. En conjunto, la acción de la CGMI como tal, y de sus integrantes en diversos procesos, se expresa, entre otras cosas, en la transformación del espacio público, social y político: la CGMI es ya una interlocutora reconocida por movimientos sociales, instituciones públicas y organismos civiles, pero además, las voces de sus integrantes empiezan a oírse con fuerza en las organizaciones indígenas mixtas, en la asamblea comunitaria, la comisión de procuración de justicia, la gestión con instituciones públicas, la interlocución con el Congreso de la Unión, en foros internacionales. Su palabra expresa una visión crítica de género, propone equidad y reivindica los derechos de las mujeres sin ignorar otras demandas sociales, situación que no había ocurrido durante décadas de participación de mujeres indígenas y campesinas en los movimientos rurales guerrerenses.

8. También el espacio privado, familiar, doméstico, el de las relaciones personales, es tocado por las nuevas ideas, aspiraciones y acciones de las mujeres indígenas. Una de sus primeras victorias se libra internamente, en ellas mismas, perder el miedo, decir su palabra, atreverse a salir de casa, negociar con sus parejas el cuidado de los niños, exigir que se comparta el trabajo doméstico; defenderse de los golpes y todo tipo de maltrato, promover el derecho a decidir sobre su unión de pareja, sobre su cuerpo, sobre su maternidad; ir ganando libertad de movimiento. Se politizan los problemas personales, también aquí lo personal es político.
9. Los cambios en los espacios privado y público no ocurren con independencia, se influyen mutuamente: lo privado empieza a ser asunto de interés común, primero para las propias mujeres, en sus espacios, pero poco a poco invade las preocupaciones y agendas de los movimientos sociales e indígenas; lo privado se lleva al espacio público. Y desde este último también se interviene en lo privado: la ley contra la violencia hacia las mujeres, los derechos reproductivos, los derechos humanos, empiezan a regular relaciones humanas en cada microespacio; ahí también se busca reconocimiento y respeto a sus personas, ejercicio de su ciudadanía y de sus libertades. Se flexibiliza la tajante división y la asignación sexual de los espacios público y privado.
10. La historia de la CGMI permite observar los diferentes modos, espacios y dimensiones en que se ha construido y se vive la desigualdad social, étnica y de género; así como la naturaleza diversa de los procesos orientados a deconstruir la inequidad y experimentar nuevas formas de vida. La subversión de las relaciones de género, la dimensión cultural y política contenida en las luchas socioeconómicas de las protagonistas, la multiplicidad de sus obstáculos y adversarios, los saldos positivos, los “pequeños grandes pasos” que está dando este joven movimiento social,

tienen costos personales y saldos positivos para ellas, pues si el activismo y la escasez de cuadros limita el tiempo y la vida privada, o la sobrecarga de trabajo y responsabilidades, también van ganando espacios personales y colectivos, van logrando, a pulso, el reconocimiento de sus liderazgos y de sus proyectos sociales.

11. La voz de las indígenas guerrerenses amplía, multiplica y radicaliza las perspectivas y el proyecto del movimiento indígena, y así como a ellas han llegado ideas de mujeres de otras latitudes, sus propias experiencias y reflexiones circulan en espacios muy lejanos. Su proyecto se localiza y globaliza socializando lecciones y aprendiendo de otras experiencias.
12. A la lucha por el reconocimiento de sus pueblos como sujetos de derecho, por su autonomía, sus derechos colectivos y su cultura; ellas suman la crítica a las “malas costumbres” y la lucha por valorar también lo personal, porque se reconozcan y respeten los derechos y la autonomía de cada una. Derecho colectivo e individual no aparecen aquí como conceptos contrapuestos o excluyentes, sino como normas deseables para reconocer a los pueblos indígenas y a las mujeres indígenas como personas, como personas en colectividad y como colectivo en sí; para reconfigurar su papel y relación en la familia, la comunidad, la organización mixta, el movimiento social, las instituciones públicas. Desde la experiencia de la CGMI también se aportan elementos para pensar en el marco jurídico de una nación pluriétnica y multicultural con equidad de género.
13. La acción de la CGMI no ha sido fácil, para crecer y desarrollarse tiene que remontar rezagos sociales, salvar la dispersión geográfica de sus núcleos organizados, establecer puentes lingüísticos, enfrentar constantemente la escasez de recursos; todo ello dificulta y hace lento su proceso; pero quizá lo que más traba su avance

es el conflicto, la oposición, la incompreensión y la exigencia. Parejas y familiares, compañeros –a veces compañeras– de las organizaciones mixtas, autoridades de la comunidad, servidores públicos, vecinos... un abanico de personas frena su movimiento, critica, rumora contra el prestigio de las activistas, duda de su capacidad, descalifica. Modificar la cultura y las relaciones de poder no es cosa fácil, atreverse a mover el orden social de género se vive como un atentado contra el buen comportamiento y la convivencia pacífica. Desnaturalizar la subordinación de género y salir de la casa y de la zona de silencio social, ha implicado y sigue implicando conflictos en todos los espacios. Hay que reconocerlo.

14. En el marco de los movimientos sociales los aportes de las mujeres indígenas de distintas latitudes y de las guerrerenses en particular, apuntan, por un lado, a la reconstrucción del proyecto político del movimiento indígena desde el reconocimiento de la discriminación, exclusión y subordinación de género; por otro, a la reconstrucción del proyecto político del movimiento feminista desde el reconocimiento de la diversidad cultural y étnica de las sociedades y de las mujeres en particular. En ambos casos se evidencia la necesidad de aceptar la diversidad y la diferencia, no para justificar la desigualdad social, la exclusión o marginación del “otro” –en este caso, las mujeres indígenas–, sino para reivindicar criterios de igualdad respetando la diferencia en la perspectiva de una democracia radical.

## Bibliografía

Aceves Lozano, Jorge (1997), “Un enfoque metodológico de la historia de vida”, en Graciela Garay (coord.), *Cuéntame tu vida. Historia oral*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.

- ANIPA (1999), "Resolutivos del Encuentro Nacional de Mujeres de la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía", en Sara Lovera y Nellys Palomo (coords.), *Las alzadas*, CIMAC/Convergencia Socialista, México.
- Bartra, Armando (2000), "Sur profundo", en Armando Bartra (comp.), *Crónicas del sur. Utopías campesinas en Guerrero*, Era, México.
- Butler, Judith (2001), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós/PUEG-UNAM, México.
- Conapo (2006), *La situación demográfica de México, 2006*, Consejo Nacional de Población, México.
- Conde Rodríguez, Elsa y Lucrecia Infante Vargas (2002), "Identidad política y ciudadanía: los puentes de una democracia por realizar", en Griselda Gutiérrez Castañeda (coord.), *Democracia y luchas de género: la construcción de un nuevo campo teórico y político*, PUEG-UNAM, México.
- Espinosa Damián, Gisela (2009), *Cuatro vertientes del feminismo en México. Diversidad de rutas y cruce de caminos*, UAM-Xochimilco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, México.
- Foucault, Michel (2002), *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona.
- García, Carlos (2000), "De la costa a la montaña", en Armando Bartra (comp.), *Crónicas del sur. Utopías campesinas en Guerrero*, Era, México.
- Giménez, Gilberto (2002), "Identidades sociales, identidades étnicas", en Eugenio Alcamán et al., *Interculturalidad, sociedad multicultural y educación intercultural*, CEAAL/Castellanos Editores, México.
- González Montes, Soledad (1993), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, El Colegio de México, México.
- Gutiérrez Castañeda, Griselda (2002), *Perspectiva de género: cruce de caminos y nuevas claves interpretativas. Ensayos sobre feminismo, política y filosofía*, PUEG-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, México.
- Gutiérrez Martínez, Daniel (2008), "Revisitando el concepto de etnicidad", en Daniel Gutiérrez Martínez y Helen Balslev Clausen (coords.), *Revisitar la etnicidad. Miradas cruzadas en torno a la diversidad*, El Colegio de Sonora/El Colegio Mexiquense/Siglo XXI Editores, México.
- INEGI/Inmujeres (2006), *Mujeres y hombres en México*, INEGI/Inmujeres, México.



- INEGI (2007), *Perspectiva estadística, Guerrero*, INEGI, México.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1987), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI Editores, Madrid.
- López Bárcenas, Francisco (1998), *Entre lo propio y lo ajeno. El sistema electoral consuetudinario en el estado de Oaxaca*, Ce-Ácatl, México.
- Madrid, Esther y Juan Manuel Aurrecochea (2003), "Vida de gitana", en Juan Manuel Aurrecochea (coord.), *Voces de mujeres*, Inmujeres, México.
- Massolo, Alejandra (1994), "Introducción. Política y mujeres: una relación peculiar", en Alejandra Massolo (comp.), *Los medios y los modos. Participación política y acción colectiva de las mujeres*, El Colegio de México, México.
- Meza Castillo, Miguel (2000), "'Seguimos estando juntos'. La organización campesina en Chilapa", en Armando Bartra (comp.), *Crónicas del sur. Utopías campesinas en Guerrero*, Era, México.
- Molina Petit, Cristina (1994), *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Anthropos, Dirección General de la Mujer, Barcelona.
- Mouffe, Chantal (1993), "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical", *Debate feminista*, núm. 7, México.
- Palomo Nellys, Yolanda Castro y Cristina Orci (1999), "Mujeres indígenas en Chiapas. Nuestros derechos, costumbres y tradiciones", en Sara Lovera y Nellys Palomo (coords.), *Las alzadas*, CIMAC/Convergencia Socialista, México.
- PNUD México (2006), *Indicadores de desarrollo humano y género en México*, PNUD, México.
- Rodríguez Wallenius, Carlos (2005), *La disputa por el desarrollo regional. Movimientos sociales y constitución de poderes locales en el oriente de la Costa Chica de Guerrero*, Plaza y Valdés/Cesem, México.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (2003), *Filosofía de la praxis*, Siglo XXI Editores, México.
- SIPAZ (2008), "Guerrero: el 96% de indígenas, sin servicios médicos básicos, denuncia Sipaz" [<http://www.kaosenlared.net/noticia/guerrero>].

## Hemerografía

- Amuchástegui Herrera, Ana y Martha Rivas Zivy (2004), "Los procesos de apropiación subjetiva de los derechos sexuales. Notas para una discusión", *Estudios Sociológicos y Urbanos*, núm. 057, El Colegio de México, México.
- Berrio, Lina Rosa y Natalia Reyes (2008), "Las mujeres guerrerenses y la muerte materna", *La salud de las mujeres guerrerenses*, Coalición por la Salud de las Mujeres, México.
- Cano Osnaya, Leonor (2009), "Mujeres, participación y desarrollo en el Alto Balsas", ponencia presentada en el Segundo Coloquio de Investigación del Posgrado en Desarrollo Rural, UAM-Xochimilco, México.
- Díaz Vázquez, Rosalba (2009a), "La Asociación de Mujeres Mexicanas Organizadas en Red" (inédito).
- (2009b), "La Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía" (inédito).
- Dircio Chautla, Libni Iracema y Martha Sánchez Néstor (s/f), *Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Tejiendo nuestro desarrollo* (folleto).
- EZLN (1993), *El despertador mexicano, Órgano Informativo del EZLN*, México.
- Hernández Castillo, Aída (2001), "Entre el etnocentrismo feminista y el esencialismo étnico. Las mujeres indígenas y sus demandas de género", *Debate feminista*, año 12, vol. 24, México.
- Jiménez Pérez, Cándida (2003), "Participación de las mujeres en el Congreso Nacional Indígena", *Memoria*, 174, México.
- Paz Paredes, Lorena (2009), "El Sistema de la Policía Comunitaria de la Costa Chica-Montaña de Guerrero" (inédito).
- Pérez U., Matilde (2003), "Indígenas desconocen a la nueva directiva de ANIPA", *La Jornada*, 1 de diciembre, p. 17.
- Sánchez Néstor, Martha (2003), "Derechos de la mujer indígena", *Memoria*, 174, México.
- Sánchez, Consuelo (2003), "Identidad, género y autonomía: las mujeres indígenas en el debate", *Memoria*, 174, México.

- Sarmiento Silva, Sergio (2004), "El movimiento indígena en Guerrero", *Ojarasca*, núm. 88, agosto, México.
- Valladares de la Cruz, Laura (2004), "Mujeres ejemplares: indígenas en los espacios públicos", *Revista Alteridades*, año 14, núm. 28, UAM-Iztapalapa, México.

## Entrevistas

- Brígida Chautla Ramos, 14 de junio de 2006, entrevistaron Gisela Espinosa Damián y Karina Ochoa Muñoz.
- Delfina Benito Lucrecio, 30 de abril de 2006, entrevistó Gisela Espinosa Damián.
- Ángela Domitila Rosendo Hidalgo, 8 de mayo de 2006, entrevistó Margarita Nemecio Nemesio.
- Enemecia Morales Pablo, 30 de abril de 2006, entrevistó Rosalba Díaz Vázquez.
- Epifania Villegas Maximiliano, 25 de marzo de 2007, entrevistó Karina Ochoa Muñoz.
- Estela Pineda Navarrete, 5 de febrero de 2007, entrevistó Karina Ochoa Muñoz.
- Felicitas Martínez Solano, 30 de abril de 2006 y 4 de marzo de 2008, entrevistó, Gisela Espinosa Damián.
- Felipa Riqueño Sánchez, 1 de octubre de 2006, entrevistó Rosalba Díaz Vázquez.
- Hermelinda Tiburcio Cayetano, 27 de abril de 2006, entrevistaron Rosalba Díaz, Gisela Espinosa, Margarita Nemecio y Karina Ochoa.
- Juana Martínez Marín, 24 de marzo de 2007, entrevistó Karina Ochoa Muñoz.
- Libni Iracema Dircio Chiautla, 3 de diciembre de 2005, entrevistó Gisela Espinosa Damián.
- Martha Sánchez Néstor, 10 de febrero de 2006, entrevistaron Gisela Espinosa Damián y Karina Ochoa Muñoz.

Ubali Guerrero González, 28 de noviembre de 2003, entrevistó Gisela Espinosa Damián.

Tomasa Sandoval Ceras, integrante de la Conami, 22 de noviembre de 2003, entrevistó Gisela Espinosa Damián.

## **Testimonios**

Del Foro Nacional por los Derechos Sexuales y Reproductivos y la Vida de las Mujeres de Guerrero, 18 y 19 de septiembre de 2008, recogidos por Gisela Espinosa Damián.

De la Casa de Salud, en la reunión de parteras, promotoras de salud y responsables de la Casa, con el Comité asesor, 14 de noviembre de 2008, recogidos por Gisela Espinosa Damián.

De la Casa de Salud, en la reunión de parteras, promotoras de salud y responsables de la Casa, con el Comité asesor, 16 de mayo de 2009, recogidos por Gisela Espinosa Damián.

## Sembrando desafíos

Experiencias organizativas de mujeres indígenas en Guerrero

*Karina Ochoa Muñoz\**

Hasta antes de la década de 1990 la literatura especializada sobre el campo mexicano centró su interés en los actores productivos del sector primario, es decir, en la población campesina; pero con las reformas estructurales que alcanzaron al ámbito rural en la década de 1980, la realidad de las comunidades agrarias y de sus actores se fue transformando vertiginosamente, por lo que se tornó necesario ampliar la mirada para reconocer regiones híbridas que hasta entonces no tenían nombres claros. Los cambios en las políticas estatales, la emergencia y visibilización de nuevos actores sociales, la migración, la feminización de la pobreza, etcétera, fueron y son fenómenos que nos obligan a repensar las sociedades rurales desde diversas líneas explicativas que, poco a poco, van abandonado la perspectiva dicotómica construida a partir de las ideas de progreso y desarrollo.

Actualmente, muchos estudiosos y estudiosas consideran que ciertos enfoques carecen de poder explicativo para abordar los nuevos procesos sociales y políticos en el ámbito rural, ya que diver-

\* Doctorante del Posgrado en Desarrollo Rural de la UAM-Xochimilco. Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México e integrante del colectivo *La Guillotina* [karina8\_a@hotmail.com]. Agradezco a Claudia Favela su colaboración para elaborar este artículo.

sas expresiones organizativas hacen referencia no sólo a cuestiones vinculadas a la distribución de la riqueza sino también a problemas culturales e identitarios. Algunos ejemplos de movimientos sociales que enarbolan demandas de carácter cultural son los que se denominan “étnicos” o los que reivindican problemas relativos a las diferencias de género. En estos movimientos notamos claramente un cambio en los reclamos políticos, donde aparentemente las luchas por el reconocimiento van desplazando a las de carácter distributivo (véase Fraser, 2001).

En nuestro país podemos identificar múltiples experiencias organizativas que posicionan en el centro de interés el reclamo por el reconocimiento de derechos tanto étnico-culturales como de género, y cuyo impacto pasa necesariamente por la reconstitución de las identidades colectivas que son parte dinámica de los propios procesos organizativos; tal es el caso de los movimientos indios mixtos y de mujeres. Sin embargo, es de notar que en el campo mexicano se ha mantenido por décadas la lucha por la defensa de la tierra y el acceso a los recursos productivos, incluso –en algunos casos– estas vertientes de acción representan el soporte, o el punto de partida, de nuevas experiencias organizativas que actualmente demandan el reconocimiento cultural y político de los pueblos originarios. Sin duda ambas vertientes de lucha se han ido entrecruzando en el camino y en su intersección han surgido expresiones sociales relevantes que movilizan a amplios sectores de la población rural alrededor de la demanda por el reconocimiento de sus identidades culturales y de género, por la defensa de sus territorios<sup>1</sup> y por la autodeterminación de sus pueblos, reclamando para sí el derecho político a decidir sobre su destino colectivo.

<sup>1</sup> Luchas que reivindican el derecho al manejo y usufructo de sus recursos naturales, por ejemplo, en La Parota o en Atzacoyaloya (y sus 15 anexos), los cuales se han mantenido

Si bien las luchas de carácter cultural han cobrado gran auge desde la última década del siglo XX, también es cierto que éstas no se pueden pensar sin la otra cara de la moneda: las luchas por la defensa de la tierra, los territorios y recursos productivos, con las cuales se comparte una historia común. Incluso, hoy día muchas acciones colectivas de las comunidades y organizaciones indígenas siguen atravesadas por dinámicas locales que se asocian a una mejor distribución de la riqueza y a la obtención de recursos necesarios para la subsistencia.

En este sentido, se debe reconocer que tanto los movimientos indios mixtos como las expresiones organizativas de las mujeres indígenas han pasado por “diversas etapas que los proyectan en un relampagueante proceso hacia esferas nunca antes alcanzadas: su inserción en el espacio de lo político como sujetos portadores de propuestas alternativas” (Flores, 1998:91). Por ello, resulta pertinente identificar, por un lado, los puntos de intersección entre las luchas precedentes y actuales (como las relativas a la tenencia de la tierra y el control de los recursos productivos y las que pugnan por el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos originarios), cuyos ejes reivindicativos atraviesan por una fuerte tensión entre el Estado nacional y las particularidades de las colectividades locales que tiene resonancia en las identidades y, por otro, la forma como las mujeres indígenas se han constituido en sujetos protagónicos de sus propias comunidades y organizaciones

---

en lucha por la defensa de su territorio y de su cultura. También está el caso del Ejido de Buena Vista, municipio de San Luis Acatlán, en la región de la Costa Chica, y las comunidades de la región de la montaña del municipio de Tlacoapa y Zapotitlán Tablas (en estos dos últimos casos las mujeres han tenido una gran participación en la defensa de sus territorios). Por otra parte, algunas de las comunidades de la Región Centro han opuesto resistencia a las políticas de desmovilización puestas en práctica mediante el uso de programas como “Procede”.

con miras a modificar ciertas condiciones de vida en el ámbito local, regional y nacional.

Sin duda alguna, la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas (CGMI) representa un caso relevante en el escenario estatal y nacional, pues desde su creación ha impulsado en las regiones Norte, Centro, Montaña y Costa Chica del estado de Guerrero, una serie de iniciativas de acción, formación y capacitación que componen un referente importante en diversos procesos donde las mujeres indígenas se han posicionado como activistas fundamentales de cambio. Pero también debemos reconocer que “en la constitución de las organizaciones de carácter indígena y los procesos sociales indígenas dentro del estado de Guerrero, se conjugan [diversas] tradiciones políticas”, y en el cruce de dichas “experiencias y proyectos se sustentan las imágenes de la democracia que expresan como sujetos políticos. Estas tradiciones son el resultado de la reflexión de la historia vivida” (Flores, 2007:74).

Quizá uno de los principales aportes de la CGMI radica en el hecho de hacer confluír dos tipos de luchas que tienen como objetivo la transformación de las relaciones de dominación existentes, a partir de la revaloración estratégica de ciertas identidades colectivas claramente desvalorizadas: la étnica y la de género; esto sin abandonar la tradición comunitaria de los núcleos campesinos e indígenas<sup>2</sup> en el ámbito local, ni las iniciativas que territorializan alternativas mediante la gestión de proyectos productivos, la capacitación, las acciones para la generación de bienes y servicio y hasta la denuncia. Y en la medida que los procesos de organización de las mujeres

<sup>2</sup>La tradición comunitaria de la que hablamos “se ha construido a lo largo de la historia de estos pueblos y comunidades indias, por medio de la cual se rigen y expresan una normatividad que han venido observando a lo largo de su existencia a base de un ejercicio de constante reinención. Esta tradición se sustenta en una compleja estructura de cargos cívicos y religiosos, y en una autoridad basada en la tradición” (Flores, 2007:74-75).



indígenas, y particularmente el de la CGMI, van ganando terreno en el ámbito local y estatal, nos arrojan elementos para entender los procesos de desarrollo rural desde la perspectiva de los sujetos femeninos indígenas.

Así, en estas páginas pretendemos hacer algunos acercamientos al proceso de origen y constitución de la CGMI, incorporando en el debate algunos ejes de reflexión sobre los contenidos y sentido de esta importante experiencia organizativa. Y, dado que las historias de vida que se presentan en este libro forman parte del mapa que configura los espacios de lucha y resistencia donde las mujeres indígenas se posicionan como sujetos protagónicos, retomaremos algunos fragmentos que nos ayuden a comprender el complejo proceso de acción y participación femenina de las indígenas guerrerenses. Cada uno de los testimonios son un hilo de la madeja que nos permite adentrar nuestra mirada a los procesos de los que son (o fueron) parte algunas de nuestras protagonistas. Estas voces no siempre presentan una imagen coherente de las luchas donde estuvieron presentes las mujeres, pero encarnan historias y experiencias propias de las actoras que dan luz al camino.

### **De la organización campesina a la lucha por el reconocimiento**

El siglo XX se caracterizó por una serie de conflictos sociales en los que se sobrevaloró uno de los ejes de lucha que –sin menospreciarlo– acaparó el escenario político y disciplinario: el cuestionamiento al sistema económico fundado en la distinción entre quienes son poseedores de los medios necesarios para la producción, generación de riqueza y plusvalor, y quienes son considerados como mano de obra. En este sentido, muchas de las expresiones sociales que

plagaron la historia del siglo pasado fueron analizadas desde fundamentos teóricos que antepusieron la lucha de clases por encima de las reivindicaciones de carácter político o cultural.

Con el desarrollo de la tan nombrada “globalización” y los cambios mundiales que han tenido fuertes implicaciones en los Estados-nación, las luchas por la defensa de las particularidades culturales han sido un eje de muchos conflictos sociales. Paradójicamente, frente al ensanchamiento del capitalismo, que endurece las desigualdades económicas, pareciera ser que las luchas de carácter identitario van desplazando a las luchas contra la desigualdad económica. Pero si observamos con detenimiento los procesos de organización y resistencia de las comunidades agrarias e indígenas en México, particularmente el caso que nos interesa en este libro: el de las mujeres indígenas organizadas en Guerrero, notaremos que las luchas de carácter distributivo y las de corte identitario lejos de ser expresiones excluyentes forman parte de una historia común que cobra sentido en el dinamismo de la propia organización indígena y campesina. Es decir que las luchas por la defensa de la tierra y el acceso a los recursos productivos representan el punto de partida sobre el cual, de una manera u otra, fueron surgiendo experiencias personales y colectivas que posibilitaron la emergencia de procesos organizados con un rostro claramente femenino, que con el tiempo lograron enarbolar banderas reivindicativas de corte cultural e identitario, visibilizando a actores sociales y políticos tan relevantes como las mujeres indígenas.

Recordemos que durante la década de 1980, el problema de la tierra en México seguía siendo muy importante, por lo que las organizaciones de corte campesinista mantenían su presencia –tanto en el ámbito regional como local–, demandando la regularización de la tierra (Rubio, 2001), pero junto a éstas comenzaron a formarse organizaciones orientadas a resolver “aspectos inherentes a la

producción: problemas de mercado, de precios, de política agraria”, etcétera. Es decir, surgen “organizaciones que asumen sobre todo la defensa de los intereses de una profesión o que se interesan en problemas específicos de categorías bien precisas de productores” (Gros, citado por Rubio, 2001:82), y que se mueven alrededor de objetivos vinculados a la gestión y promoción de los procesos productivos, así como la obtención de recursos estatales para incentivar la producción.<sup>3</sup>

Sin duda, este es el escenario que contextualiza la inserción de las mujeres indígenas en diversos procesos organizativos en Guerrero, y desde el cual se prefiguran las primeras señales de la activa participación femenina dentro de organizaciones productivas y comunitarias, locales y regionales. La década de 1980 ve florecer experiencias organizativas y de participación en el estado sureño que anteceden la emergencia y constitución de las organizaciones de carácter indígena-femenino (que años más tarde aparecerían en el escenario estatal); sin embargo, dichas experiencias no se articularon, necesariamente, alrededor de demandas que posicionaran políticamente las identidades étnicas de los actores y actoras que las sostuvieron. En este sentido vale considerar que:

[...] cuando se hace referencia a los pueblos indios del estado de Guerrero, a diferencia de otros estados como Oaxaca y Chiapas donde

<sup>3</sup> “En México, la lucha por los recursos productivos, como vertiente principal, surgió en 1983, con el movimiento nacional por el aumento de los precios de garantía del maíz, que empezó en Nayarit y se extendió a ocho estados de la República. En 1985 se creó una organización nacional, la Unión Nacional de Organizaciones Campesinas Autónomas (Unorca) con más de 15 organizaciones locales y regionales, que dirigió de manera coordinada los movimientos por los precios, en contra de la liberalización comercial, por los recursos públicos, etcétera, logrando elevar regionalmente los precios en las zonas más combativas [...] durante toda la década constituyó la vertiente más dinámica, con un proceso de aglutinamiento de fuerzas y crecimiento de organizaciones [de carácter regional y local] y la única que logró respuestas parciales a sus demandas” (Rubio, 2001:83).

los indígenas y sus comunidades han tenido un papel más protagónico en la historia y definición de las instituciones locales, en Guerrero, sus demandas durante mucho tiempo fueron canalizadas por medio del partido o se subsumieron en otras formas organizativas que no implicaron que se externara la identidad indígena, como fue el caso de ser ejidatario[a], campesino[a], pobre o demandante de algún servicio municipal, por la orientación asistencial de las instituciones del Estado nacional. No es que las comunidades hayan estado pasivas durante tanto tiempo, su vida política como colectividades ha sido igual de intensa como en las colectividades mencionadas (Flores, 2007:73).

Si bien es cierto que las especificidades étnicas y culturales no aparecen de forma visible en los movimientos u organizaciones de corte campesino, productivo, ejidal, etcétera, la cohesión y las estrategias comunitarias practicadas y constantemente reformadas desde hace muchas décadas por la población indígena y campesina, toman forma en las aspiraciones sociales y políticas de las diversas expresiones organizativas de la década de 1980. De tal suerte que, en el vasto escenario organizativo de Guerrero, se pueden encontrar expresiones que tienen anclaje y resonancia en la tradición comunitaria, pero también en la gremial o la partidista, pues estas dos últimas instancias constituían rutas eficaces de negociación con las instituciones del Estado. Y son en estos nichos de acción donde las mujeres indígenas encuentran cabida.

Al respecto, Brígida Chautla Ramos, indígena nahua de la región Centro, comenta cómo inicia en el camino de la lucha que la lleva –años más tarde– a impulsar la organización de las mujeres indígenas *Titekitoke Tajome Sihuame*<sup>4</sup> tanto en su colonia como en su municipio y en el estado:

<sup>4</sup> La *Titekitoke* se convirtió en la organización Noche Sihuame Zan Ze Tajote, SSS, que tiene presencia en los municipios de Ahuacuotzingo, Zitlala y Chilapa.

Yo empecé a participar por necesidad a partir del 83, en Chilapa, en mi colonia, Los Pinos, donde vivimos actualmente; empecé como integrante del comité para la regularización de la tenencia de la tierra. Y bueno, era en ese entonces un partido, digo que era porque ya desapareció, el PST, Partido Socialista de los Trabajadores. Era reciente ese partido. Por la necesidad de vivienda y había que asumir una responsabilidad. Los señores sabían que yo podía hacer algún oficio, entonces así como que me echaron la bolita y empecé a involucrarme en las gestiones, primero la regularización, después en otras demandas, porque los que éramos del comité teníamos la responsabilidad también de atender en las comunidades.

No sólo durante la década de 1980 sino ya bien entrada la de 1990, la problemática alrededor de las necesidades colectivas de los núcleos agrarios o indígenas convocó a las mujeres. Al igual que Brígida Chautla, la compañera Ubali Guerrero, integrante de la asociación civil Mujeres Indígenas en Lucha (con presencia en los municipios de Copalillo, Atenango del Río y Huitzucó de la región Norte del estado), comenta su experiencia de participación en la lucha contra la construcción de la presa de San Juan Tetelcingo, en 1992:

[...] fue una lucha muy fuerte. Se unieron alrededor de 22 pueblos. Nosotros ahí ya participábamos, no como dirigentes al frente, sino nada más como parte de nuestros pueblos. Fue hasta 1997 cuando, analizando y viendo nuestras propias necesidades de mujeres –sobre crédito, para nuestras artesanías, sobre la violación a nuestros derechos humanos–, que decidimos constituirnos ya legalmente como organización de mujeres, por nuestros proyectos ya más específicos. Porque a veces veíamos que la lucha no satisfacía nuestras necesidades como mujeres. Era tener un espacio propio para discutir, porque casi siempre las reuniones solamente eran de los señores. Y también nosotras, como grupo participando, también ya queríamos tener un

espacio propio. Veíamos que muchas compañeras en otros estados estaban organizándose.

Como vemos, algunas de las entrevistadas consideran que sus primeras experiencias de participación estuvieron vinculadas a las organizaciones locales o regionales que luchaban por la tenencia de la tierra, la satisfacción de necesidades básicas y de servicios, como en el caso de Brígida Chautla, o por la defensa de sus territorios y de las formas de organización comunitaria, como sucedió con Ubali Guerrero. Lo cierto es que en estos espacios –de corte productivo o comunitario–, algunas mujeres empiezan a desarrollar propuestas que pugnan por el cambio de sus condiciones de vida, por la obtención de recursos socioeconómicos que garantizaran la subsistencia familiar y de las colectividades de las que eran parte, así como la creación de espacios “propios” para el intercambio entre mujeres.

Brígida Chautla nos cuenta sobre su participación, a finales de la década de 1980, en la constitución de una cooperativa artesanal con el objeto de obtener ingresos para la subsistencia familiar:

Creamos la cooperativa de “Los Pinos de Chilapa”, más bien una cooperativa de artesanos. Bueno yo sé bordar, porque cuando yo era soltera trabajaba y estudiaba, en mis ratos libres bordaba para tener una entrada de ingresos porque para autosostenerme no era suficiente, entonces yo aprendí a bordar bolsas y cintas, a hacer cosas que me generaran ingresos, lavar ajeno, en fin. Después de que me case, seguí estudiando, pero los recursos no eran suficientes, y entonces le dije a mi esposo: “Mira, habrías de ver”. Y entonces había justo unos compañeros que eran diputados, y sí me orientaron. Constituí una cooperativa y justo fui presidenta de esa cooperativa para comercializar y producir la palma. Después comencé a ver cómo podíamos apoyar más a los artesanos. Entonces empecé a involucrarme, y como iba al partido conocí a otros compás y les dije: “Pues hacemos esto y hacemos lo otro”.

Las cooperativas y asociaciones productivas se convirtieron en espacios aptos para que algunas mujeres indígenas –que contaban con capacidades técnicas, liderazgos o interés en la satisfacción de necesidades inmediatas dentro sus pueblos y comunidades– comenzaran a involucrarse de forma activa en los procesos organizados, logrando un nivel de reconocimiento que permitió empujar iniciativas que incorporaron a otras mujeres. Por ejemplo, a principios de la década de 1990, Brígida fue invitada por sus compañeros a la Zanzekan para integrarse a los trabajos de la organización, ello con el objeto de dinamizarla mediante la inclusión de las compañeras indígenas:

Ellos querían, por decir algo, impulsar a las mujeres, por la lógica de la organización, para que fuera atractivo, por eso me invitaron a mí. Me dijeron sólo hay dos vacantes para supervisores de Tiendas comunitarias. Y dije “pues sí, sí voy”. Para entonces me dan la tarea de que impulse la organización de las mujeres de la Zanzekan. No había ni una sola mujer, ¡ni una sola mujer! En las comunidades participaban puros hombres, en las tiendas comunitarias eran puros hombres [...] la última palabra y primera, era de ellos. Y entonces me dieron la tarea de supervisora, pero era como para dar la cobertura, que yo tuviera un ingreso, pero mi responsabilidad era promover la organización de mujeres. O sea, era doble trabajo. Eso fue lo que me delegaron y así fue como participé yo con los de la Zanzekan [...] Estuve ahí a lo mejor del 90 al 94, me estuve metiendo más y más, fortaleciendo el área de mujeres. Ya en el 94-95 nos constituimos formalmente, se formó la “triple ese”<sup>5</sup> que se llama la Titekitoke Tajome Sihame (“Estamos trabajando nosotras las mujeres”), que por cierto desapareció.

Si bien las organizaciones de carácter productivo consideraron propicio incluir a las mujeres en sus actividades prioritarias, también

<sup>5</sup> Sociedad de Solidaridad Social.

es cierto que muchas veces se les concibió como capital político más que como actoras con intereses propios y plena autonomía para la acción. A la vuelta de los años, Brígida valora su experiencia y reconoce que dentro de la Zanzekan: “primero era yo, después, el área mujer campesina”, pero esto no fue suficiente; y aunque: “los compañeros de la Zanzekan decían: ‘somos integrales y aquí están las mujeres’, porque las mujeres estamos en el discurso”, en los hechos las compañeras indígenas no se sentían reconocidas en condiciones de equidad en relación con sus compañeros varones. Así, los conflictos se expresaron en lo relativo a toma de decisión:

Las broncas empezaron cuando empezamos a protestar por la toma de decisiones. Cuando había un evento, nos tocaba hacer la comida: “¡La comida mujeres!”. ¿Y esto? Ah, ya ni buscaban a la mujer campesina, teníamos que hacer la comida para 800 gentes, 500 gentes o mil gentes. No era fácil el trabajo, así que empezamos a decir: “¿Y yo por qué? ¿Por qué? Mejor que se rife y a quien le toque ni modo”. No nos correspondía [...] Con las compañeras decidimos constituirnos en triple ese, la Titekitoke Tajome Sihuame. Pero eso a los señores obviamente no les gustó: “¿Para qué quieren otra organización si aquí está ésta?”, decían. En la Titeki levantamos el trabajo, desde entonces empezamos con los derechos humanos y nos involucramos para gestionar molinos de nixtamal y proyectos de abasto que hasta ahorita están trabajando las compañeras. En el 95-96, empezamos a trabajar con lo del ahorro y el préstamo que es un proyecto estratégico hasta hoy, estamos manteniéndolo, seguimos trabajándolo, pero ahora desde la Noche Sihuame Zan Ze Tajome (“Todas las mujeres como una sola”) (entrevista a Brígida Chautla, 2006).

En el caminar de las mujeres –participando hombro a hombro con sus compañeros en las luchas de sus pueblos y organizaciones– tuvo lugar la reflexión sobre sus propias demandas y reivindicaciones.



Como en el caso de las organizaciones productivas, en las de carácter comunitario –tanto locales como regionales– se vuelve prioritario para algunas mujeres indígenas pensarse en un lugar más activo y protagónico que les permitiera participar en los espacios de deliberación desde su particular condición de género. Ubali Guerrero, desde su experiencia vinculada a un proceso más bien de carácter comunitario y regional, comenta que:

No queríamos ser discriminadas, queríamos participar en las asambleas de las comisarías. A la mejor nuestra opinión podía ayudar para aportar en los problemas de las comunidades. La mujer ha jugado un papel muy importante en las asambleas, pero no con ese reconocimiento, con ese valor que le dan a los hombres. Nosotras nada más como para ir a cubrirlos. Nosotras nos veíamos nomás como relleno en las asambleas. En algunos lugares en donde las mujeres ya votan todavía es sin decisión propia, es por lo que el esposo dice, ni siquiera tienen ese derecho de decidir por quién se vota [...] Nosotras nomás íbamos cuando tomaban los ayuntamientos. Cuando se dio una lucha muy fuerte por el poder, para derrocar al PRI, a lo mejor de mil manifestantes ochocientos éramos mujeres y doscientos hombres. Con esas cosas, nosotras empezamos a ver que la mujer tenía que tener ese reconocimiento. No nomás la participación, sino el reconocimiento.

Aunque la trayectoria organizativa de Brígida Chautla se inscribe dentro de experiencias de tipo productivo vinculadas, primero, al PST y, posteriormente, a la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas y Autónomas (Unorca),<sup>6</sup> y en cambio la de Ubali Guerrero

<sup>6</sup> Según refiere Brígida Chautla, su participación con la Red de Mujeres de la Unorca tuvo por objeto fortalecer las gestiones de los grupos de mujeres de la organización. Recibió capacitación por parte de dicha organización y en 1993 la nombran coordinadora nacional de la Red de Mujeres de Unorca para promover la organización de mujeres a escala nacional.

se remite a procesos organizados mucho más cercanos a la tradición comunitaria de los pueblos nahuas de la zona norte del estado; ambas muestran los rostros de una historias que se encuentra plagada de múltiples vivencias, cuya confluencia se sintetiza en la demanda de reconocimiento de las mujeres indígenas, no sólo en lo relativo a su participación sino también a la capacidad de decisión y de autorepresentación. Como señala Paloma Bonfil, las mujeres indígenas, y particularmente las lideresas, “han tenido que levantar su palabra y construir un discurso que reivindique que sus espacios de acción y sus intereses particulares son importantes también para la comunidad”. Asimismo, en estas primeras experiencias de lucha “las mujeres han tenido que enfrentar y superar obstáculos sociales para insertarse al ámbito público y resignificar los espacios ‘privados’ que les han sido asignados y que, al hacerse visibles y explícitos en el ámbito comunitario, se han politizado” (Bonfil, 2005:170 y 172).

Como hemos visto, la participación de las mujeres en los procesos organizados dentro de sus comunidades o asociaciones productivas constituye un punto de partida para pensarse desde una posición distinta. La maduración de lo vivido no sólo se proyecta en la creación de espacios específicos para la participación de las mujeres sino en la emergencia de liderazgos que, poco a poco, van reclamando el reconocimiento de su identidad étnica y de género, así como el derecho a ser escuchadas y a ocupar cargos de representación. No podemos dejar de mencionar que la incorporación de mujeres más jóvenes –con trayectorias distintas que se asocian a la formación profesional y/o a la cercanía con los incipientes procesos de organización de los indios a escala continental y estatal, tras la conmemoración de los 500 años del mal nombrado “descubrimiento de América”– aportó nuevos contenidos a las agendas de las organizaciones productivas y comunitarias. Para Martha Sánchez, originaria del municipio amuzgo de Xochistlahuaca, ubicado en la Costa montaña de Guerrero:

La Titekititoke era una organización que se identificaba más con el proceso campesino, aunque ya con Libni<sup>7</sup> se le da otra visión más indígena, más de formación y capacitación, no sólo productiva, sino de reivindicación de los derechos indígenas, con una identidad más de mujeres indígenas de la región Centro y en el Municipio de Chilapa.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Libni Iracema Dircio Chautla es licenciada en sociología y comienza a involucrarse en las organizaciones bajo la guía de su madre, Brígida Chautla. Así lo atestigua Libni Iracema: “Empecé a participar en la organización a finales del 96 y más en el 97. Yo estaba estudiando la universidad, pero desde que iba a la preparatoria veía que mi mamá siempre salía a reuniones. Era supervisora de tiendas Conasupo y yo la acompañaba, me gustaba y cuando ella no quería yo hacía mis berrinches hasta que me llevaba. Así fue como me fui metiendo a este proceso [...] Cuando se constituyeron en la Titekititoke, yo quedé como suplente de la secretaria y empiezo a asumir más responsabilidades. Me delegan un área de servicio social. Teníamos un programa de registro civil: la gestión, el trámite, certificación de actas, aclaraciones, actas de matrimonio. También la capacitación en derechos de las mujeres, en derechos humanos, salud muy poco, teníamos a un equipo de prestadoras de servicio social de la UNAM: primeros auxilios, cosas así muy prácticas para las mujeres. Me quedé con eso. Siempre con el acompañamiento de la directiva, porque para mí era nuevo. Inicialmente, la secretaria tenía estas responsabilidades, pero como me fui metiendo, tuve que asumirlas. Aprendí en la práctica y con unas asesorías. Empecé a aportar a la organización mi trabajo” (entrevista, 2006). Véase “Todas las mujeres como una sola”, en la segunda parte de este libro.

<sup>8</sup> Este también es el caso de Felicitas Martínez Solano, mujer tlapaneca de Potrerillo, municipio de San Luis Acatlán, quien inició en la organización como prestadora de servicio social: “Yo era una joven adolescente, no sabía que había marchas ahí en la capital, con mucha gente. Venían familiares, mis tíos, mis hermanos venían, pero yo no sabía cuál era la demanda en específico de ellos. Ya en “500 Años” comencé a entender. Ingresé a hacer mi servicio y a los tres meses me mandaron a un curso de formación en la Ciudad de México que para formar parte de las promotoras de la comunidad. En 1999 concluí la carrera en derecho y ahí en 2000, a la región. Regresé para organizar a mujeres, para que se integren mujeres, una nueva visión específica de mujeres para que podamos arrancar proyectos y capacitación ahí. La idea de empezar a organizar a las mujeres surgió de los mismos compañeros, de ahí, de la organización “500 Años”. Nos decían que era importante porque en todas las comunidades había delegados, en todas las comunidades. Entonces, era importante, porque éramos dos municipios, era Malinaltepec y San Luis Acatlán; en cada comunidad era un delegado y una delegada en el Consejo de Pueblos Tlapanecos y Mixtecos. Ésta era una organización regional, tenía que ser una organización regional para ser integrante del Consejo Guerrerense

Algunos autores, como Nancy Fraser, consideran que este traspaso de banderas es consecuencia de un discurso sobre la igualdad en las sociedades democráticas, así como de la ausencia de un modelo alternativo al capitalismo con referentes empíricos viables. Esta autora plantea que históricamente han existido cambios de gramática sobre los reclamos políticos que anteriormente canalizaban en el problema de la distribución (como ocurrió en el Estado de bienestar, en el que se leían los conflictos sociales no a partir del reconocimiento sino de la redistribución), pero el desarrollo de la globalización ha puesto a la defensiva a muchos sectores en distintas formas de reconocimiento, una vez que no consideran suficiente

---

y, entonces, los compañeros dijeron que era importante, pues ya estaban nuestras delegadas” (entrevista, 2006); o de Hermelinda Tiburcio Cayetano, indígena mixteca nacida en Yoloxóchitl, municipio de Tlacoachistlahuaca, quien comienza su lucha en Rancho Nuevo de la Democracia, después de formarse como maestra bilingüe llegó a su municipio para apoyar “la creación del municipio (Rancho Nuevo), haciendo gestión. Había mucha violencia contra ese municipio, había mucho asesinato de compañeros. En aquel entonces la gente del PRI estaba muy duro contra los compañeros perredistas. No llegué como partido, llegué como persona. Y en 1998 entró el ejército en Barrio Nuevo de San José, que es municipio de Tlacoachis, donde fueron violadas dos mujeres y asesinados dos compañeros indígenas. Entonces ahí comienza mi lucha: defender el derecho de los pueblos indios y de las mujeres indígenas”. Ella nos comenta: “participé en el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia y de ahí sigo participando en ANIPA (Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía); soy parte de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas y he estado en la creación y formación de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas (Hermelinda Tiburcio, 27 de abril de 2006). Como se puede observar, la activa participación de las mujeres en organizaciones de carácter comunitario, regional y nacional es, como sugiere Paloma Bonfil, la plataforma para “el surgimiento de voces y liderazgos que hoy alcanzan incluso proyección internacional, reclamando el ejercicio de la palabra, la decisión, y el control sobre sus bienes comunes desde la perspectiva de las mujeres” (Bonfil, 2005:173). Compañeras como Hermelinda Tiburcio, ganadora del Premio Nacional de la Juventud Indígena; Felicitas Martínez Solano, ex becaria la Sociedad Mexicana Pro Derechos de la Mujer, A.C. Semillas; Libni Iracema Dircio Chautla, actual coordinadora de la CGMI y Martha Sánchez Néstor, promotora de los derechos de las mujeres indígenas e incansable luchadora, son parte de una generación de jóvenes que encarnan los nuevos liderazgos indígenas y femeninos en Guerrero.

hablar de igualdad y de respeto bajo condiciones de asimilación a una visión mayoritaria y homogeneizadora.

Sin embargo, no podemos perder de vista que estos cambios de rumbo responden también a “las capacidades y las posibilidades de los actores que las impulsan [...] y en contraparte [a] las debilidades, la incapacidad o el desgaste de quienes ya no pueden asumir dichas transformaciones o, en su caso, oponerse a ellas”; es decir, a las dinámicas de los propios actores que se desarrollan dentro del juego azaroso de dominaciones en el ámbito social. De manera que “no basta, para explicarlas, decir que son producto de los procesos de globalización o que necesariamente tenía que suceder a causa de una historicidad predeterminada” (Flores, 2007:79). Así lo demuestra Ubali en su testimonio:

Aquí, en la región, hay muchos caciques ricos. A nosotros nos ven como a cualquier cosa, como pobres, sin poder opinar. Como somos mujeres indígenas y pobres, nuestra participación no cuenta, como que lo que vamos a decir no es importante. Entonces la toma de decisiones es de ellos. Es como un régimen de todas las comunidades, no es una sola comunidad [...] Decía una compañera de una comunidad: “Todavía nos quieren tener debajo del guarache”.

Las mujeres no sólo han tenido que enfrentar las resistencias que se generan en el ámbito comunitario, donde el control social sobre las mujeres es –en algunos casos– rígido e institucionalizado, sino que también deben lidiar con las lógicas y los grupos de poder local y municipal, que muchas de las veces se sienten amenazados ante la fuerza de las voces femeninas que demandan la democratización de los espacios de deliberación política y su reconocimiento como sujetos con plena ciudadanía. Sin duda, menciona Ubali:

Los más resistentes a dar ese reconocimiento a las mujeres, primero fueron los grupos, los partidos políticos, los grupos de caciques, porque lo veían como una competencia por el poder. Creían que nos estábamos organizando para andar ahí de revoltosas. Pero como ellos vieron que éramos más mujeres pensaron que había un serio problema de arrebatarnos el poder político. Ese fue un cuestionamiento muy fuerte (entrevista a Ubali Guerrero, 2003).

Aun cuando este tipo de oposición sigue vigente, tanto en algunas de las comunidades como en ciertas instancias de carácter institucional,

No todas, pero algunas mujeres ya pueden participar en las asambleas, ya son reconocidas. Para nosotras es un cambio muy importante. Algunas mujeres ya tienen más clara su visión. Han logrado negociar, negociar en el sentido de que los hombres han entendido –o por lo menos han intentado entender– que, bueno, a las mujeres les tienen que dar ese derecho. Pero en algunos casos ha habido rompimiento: hay mujeres que se separan de su marido a raíz de su participación, no en mayor número pero sí se ha llegado a ese extremo. En algunas comunidades, los mismos grupos les dan reconocimiento a las mujeres, pero siempre hay gente que no lo ve bien (entrevista a Ubali Guerrero, 2003).

Así, a raíz de estas y otras experiencias de participación (que atraviesan por lo personal y lo colectivo), se fue gestando en lo local y regional una sólida plataforma social desde donde se pueden comprender las rutas que llevan a ciertas mujeres guerrerenses a dar el salto hacia la organización estatal. Y aunque resulta difícil seguir en línea recta la trayectoria de la incipiente participación femenina –ya que resulta ser un proceso plagado de encuentros y desencuentros–, lo cierto es que las mujeres indígenas de Guerrero logran sembrar el germen de lo que serían –en la segunda mitad de

la década de 1990 y los primeros años del siglo XXI– las primeras experiencias de acción común entre mujeres indígenas organizadas en el estado (las cuales darían cobertura a sus reivindicaciones étnicas y de género). Por ello, no podemos dejar de reconocer las múltiples voces y tradiciones de lucha que, desde lo local y regional, se entrecruzan en el camino por el reconocimiento de los derechos de las mujeres indígenas y de sus pueblos.

### **Intercambio de banderas reivindicativas: entre lo local, lo regional y lo nacional**

Como hemos visto hasta ahora, son diversos los procesos y tradiciones de lucha que confluyen en el camino recorrido. Y, por supuesto, no podemos pasar por alto otro de los procesos que contribuyó a la movilización colectiva y a la organización de las mujeres indígenas en Guerrero. Nos referimos a los movimientos indios nacional y estatal,<sup>9</sup> que brindaron (y sigue brindando) importantes experiencias de formación entre las mujeres que hoy encabezan o participan en organizaciones femeninas locales, regionales, estatales y/o nacionales.

Según refiere Joaquín Flores Félix (1995:148), el movimiento indígena nacional ha tenido diversas etapas de consolidación y empuje que ayudan a entender “la inserción (de los y las indígenas) en el espacio de lo político como sujetos portadores de propuestas

<sup>9</sup> Pero cuando nos referimos al movimiento indio se debe señalar que “se hace referencia a un periodo corto y reciente que parte apenas de la década de 1990 a la fecha. En este periodo se ha venido construyendo de manera intensa un movimiento indio de carácter estatal, en el que se sintetizan a su interior las diversas tradiciones organizativas [Éstas] son influencias no sólo locales, aquí también se considera la influencia de otros procesos y luchas de carácter nacional e internacional, con las que se han vinculado sus organizaciones y dirigentes” (Flores, 2007:73-74).

alternativas". La primera nos remite al periodo que va de 1989 a 1992, caracterizado por la conjunción de esfuerzos y experiencias que proyectarían la trascendencia de las demandas encabezadas por los indios, así como sus límites. La segunda, de 1992 a 1993, representó un descenso de la movilización a la vez que un momento de replanteamiento de alcances y demandas. Y, finalmente, una tercera etapa que permite el resurgimiento del movimiento indio a raíz del levantamiento armado del 1 de enero de 1994, donde la confluencia de diversos sectores y actores de la sociedad civil mexicana dan muestra de capacidades de diálogo, movilización y coordinación. En esta etapa se plantea la necesidad de establecer una nueva relación entre los pueblos indios y el Estado (Flores, 1995).

Es en este último periodo donde las indígenas se visibilizan y distinguen del movimiento indígena mixto, ello sin perder de forma alguna su fuerte vínculo con éste. Desde entonces han desempeñado un "papel fundamental en la defensa de los derechos colectivos de sus pueblos, a la vez que han reivindicado sus derechos específicos de género" (Hernández, 2003:12).<sup>10</sup>

Lo anterior de ninguna manera significa –como hemos visto hasta ahora– que en etapas precedentes no hayan participado y construido de forma fundamental los procesos organizados de los pueblos indios; por el contrario, las mujeres constituyeron una base social muy importante en las luchas que confluyeron al interior de los movimientos indios nacional y estatal y, a su vez, éstos representan la plataforma sobre la cual se articula la experiencia

<sup>10</sup> Sin lugar a dudas, algunas de las mujeres indígenas, articuladas alrededor del movimiento indio, aprovecharon el auge que en la década de 1990 tomó la movilización por el reconocimiento de la diversidad cultural en México para hacerse presentes y demandar, por un lado, una mayor participación en la sociedad civil, así como el reconocimiento de sus especificidades como mujeres indígenas y, por otro, que se respetaran sus derechos al interior de sus propias comunidades y organizaciones.



organizativa de las mujeres indias en Guerrero. Aunque cabe señalar que esto no sólo fue posible por los lazos de acción que se sostuvieron con los movimientos indios mixtos, sino por el propio dinamismo de los procesos encabezados por mujeres que detonó importantes iniciativas tendientes a la constitución de espacios de acción y crítica a las estructuras del poder vigente.

Al respecto, Martha Sánchez, fundadora e integrante de la CGMI, menciona cómo el proceso de organización de las mujeres indígenas en Guerrero se fincó sobre la base de algunas experiencias que les permitieron, en un primer momento, conocerse y reconocerse:

Creo que un factor importante que genera la inquietud de trabajar desde la identidad de mujeres indígenas, es el nacimiento de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (Conami) en 1997, que invita a mujeres de varias organizaciones de Guerrero a procesos de capacitación sobre Derechos Indígenas. Esto viene a unir –paradójicamente en la capital– a las mujeres que ya estábamos trabajando de alguna manera en nuestra entidad y que pertenecían a Chilapa, entre ellas Libni Iracema Diricio de la Titekititoke en ese entonces, y nosotras del Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena (500 Años), en ese tiempo veníamos como cinco compañeras a capacitarnos y éramos de distintas regiones: Costa Chica Montaña, Norte y Alto Balsas [...] conocíamos el trabajo de cada una y de las organizaciones pero no de las mujeres de esas organizaciones y tampoco teníamos una articulación estatal.

Como resultado de los primeros encuentros –que fundamentalmente permitieron a las mujeres indígenas del estado reconocerse desde sus trabajos y luchas locales, regionales y estatales–, surgen algunas iniciativas de coordinación estatal que, sin embargo, no tienen los efectos esperados. El Primer Encuentro Estatal de Mujeres Indígenas de Guerrero, realizado en 1998, representa probablemente uno de los primeros intentos para constituir un espacio de confluen-

cia de las mujeres indígenas organizadas en el estado sureño. Los motivos por los cuales no logran articularse en una instancia de carácter estatal se expresan en el siguiente testimonio:

Convocamos con toda esa emoción de la juventud a un Encuentro Estatal y llegaron todo tipo de mujeres. Más allá de esas tres organizaciones que mencionaba, llegaron mujeres de organizaciones regionales como La Luz de la Montaña, organizaciones de San Luis Acatlán, de la Montaña también que se identificaban con el Partido Revolucionario de los Trabajadores, de Rancho Nuevo de la Democracia, etcétera. En 1998 se hizo este Encuentro, pero no se tuvieron resultados efectivos, ya que inmediatamente se quiso constituir una estructura de mujeres, y en esa estructura única que pensábamos había diferencias, pero por esa misma diversidad que éramos no se podía, no estábamos compactadas y había diferentes pensamientos de cómo hacerlo, incluso hasta cómo denominarlo. Así fue como empezamos a identificar a otras mujeres, pero no hubo seguimiento. No obstante, fue algo importante porque fue específico de mujeres (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

En esta misma tesitura, Hermelinda Tiburcio, indígena mixteca del municipio de Tlacoachistlahuaca, comenta:

Me acuerdo que se hizo el Primer Encuentro de Mujeres Indígenas, llegamos pocas aquí, a Chilpancingo [...] De ahí comenzamos a recorrer algunos municipios con Martha, haciendo algunos encuentros de mujeres. Después hicimos el Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas aquí en Guerrero, donde marcamos muy claro el camino a seguir. La idea era crear una Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas pero tardó un buen rato de ir buscando información, consensando con las compañeras. El objetivo era agrupar más mujeres, tener un espacio propio, dar capacitación a las compañeras, defender los derechos que se estaban violando en Guerrero. Hemos estado muchas pero pocas se han quedado. Entre líderes o mujeres que nos hemos formado dentro de organizaciones fuertes es muy difícil consolidar

una organización, porque es tener, como las abejas, una reina dentro de la organización. Es muy difícil entonces. Yo lo he sentido así. Había mujeres organizadas en algunos lugares, pero no había, y hasta hoy no hay, organización que agrupe a todas las mujeres indígenas de Guerrero.

Si bien, los resultados no fueron inmediatos, no se puede dejar de reconocer que son justo estos espacios los que permiten que las mujeres (integrantes de organizaciones mixtas o específicas de mujeres) se vinculen con otras actoras sociales, cuyas demandas y discursos interpelaban a la especificidad étnica y de género. También es cierto que muchas de las participantes se encontraban relacionadas a organizaciones que se identificaban más con la condición campesina –y, por tanto, con las demandas productivas y de redistribución económica–, que con las reivindicaciones de carácter cultural y político que el movimiento indio había encabezado. Así, iniciativas como ésta, y como el Segundo Encuentro Nacional de Mujeres indígenas, realizado en el 2000 en Chilpancingo, posibilitaron la conformación de un núcleo de indígenas guerrerenses (provenientes de diversas organizaciones) que asumieron las banderas reivindicativas del reconocimiento de los derechos de las mujeres indígenas:

Para esos años, las mujeres que empujábamos fuerte veníamos de procesos organizados, algunas venían de organizaciones locales parte de la Unorca, la gran mayoría del Consejo Guerrerense, pero que también éramos integrantes de la ANIPA, a excepción de Felicitas. Desde el 95, veníamos caminado varios rumbos, pero sin perder de vista que cada día se reforzaba más el trabajo como mujeres sin importar que fuera como Consejo Guerrerense 500 Años, ANIPA o CNI, esto no nos dividía, al contrario, era en el trabajo donde se daba esa confluencia de mujeres que hacía sentirnos más fértiles, nos llevaba a estar vinculadas, organizadas y lógicamente eso le fue dando forma,

un rostro fuerte a Guerrero hacia lo nacional (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

Otro de los encuentros que contribuyó en el camino hacia la visibilización de las mujeres indígenas guerrerenses como portadoras de demandas político-culturales específicas, fue el foro denominado “Voces de mujeres indígenas”, organizado en el marco del Día Internacional de la Mujer en 2002:

Con este foro fuimos más allá de esas tres organizaciones que ya mencioné. Invitamos a todas las mujeres indígenas, vinculamos a algunas regidoras indígenas que estaban en ese momento en función y que no pertenecían, ni habían pertenecido a la Coordinadora; buscábamos cómo visibilizar los procesos (y) confluir ahí (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

Hay otro evento que es particularmente relevante, pues se gesta en el momento en que es cada vez más evidente la necesidad de constituir un espacio de carácter estatal que aglutinara a la mayoría de las mujeres guerrerenses que, desde tiempo atrás, venían impulsando de manera permanente procesos y acciones dirigidas a posicionar las banderas reivindicativas que en el proceso se fueron perfilando. El 25 de noviembre de 2003, según refiere Martha Sánchez:

[...] sesionamos afuera del Congreso del Estado, por el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia Contra la Mujer. Ahí fue cuando debatimos ampliamente y, a pesar de que en algunas ocasiones nos entrevistamos con la Comisión de la Mujer del Congreso, en ese entonces encabezada por la diputada Porfiria Sandoval, nunca hubo respeto ni a nuestros foros ni a la palabra, ni atención a las demandas que estábamos planteando. No hubo un diálogo fructífero. De ahí nació la espinita e hicimos una lista de quiénes éramos y posteriormente

en una ocasión que nos reunimos en la casa de Hermelinda Tiburcio decidimos echar a andar finalmente una organización estatal de mujeres indígenas, que denominamos Coordinadora Guerrerense, así que nos reunimos con las dirigentes al menos las más activas o más comprometidas en los pasos dados, y aunque ahí todavía no la registrábamos, ya estaba la idea y nos empezamos a autodenominar Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.

Pero este proceso, que dio origen a la CGMI, no sólo se articuló y relacionó (hacia adentro) con mujeres que militaban o participaban de las organizaciones mixtas o exclusivas de mujeres en el territorio estatal, sino que (hacia fuera) se vinculó con movimientos y organizaciones nacionales que compartían la búsqueda por una revaloración social y política del ser mujer e indígena. Así fue como se establecieron también conexiones con movimientos, organizaciones sociales y no gubernamentales nacionales e internacionales, con miras a fortalecer estrategias y encontrar solidaridades que les permitieran, por un lado, intercambiar experiencias y consolidar la formación de liderazgos femeninos indígenas y, por otro, romper la estigmatización social y política que llevan a cuestas, y transformarla por una aceptación positiva de sus formas de vida y de sus derechos como ciudadanas indias.

Al respecto, Martha Sánchez menciona que “en la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (Conami) empieza un trabajo bastante fuerte hacia la incorporación de nuevas mujeres, yo creo que eso fue lo que sentó las bases de un trabajo amplio (a nivel estatal)”. Y reconoce que la formación que obtuvieron en la Conami les sirvió para construir “una participación política que estuviera ahí presente exigiendo y proponiendo alternativas para el acceso a la salud, a la educación, a la vivienda, para los proyectos de desarrollo, etcétera” (entrevista a Martha Sánchez, 2006).

En el momento en que las mujeres indígenas guerrerenses se posicionan en el horizonte de lucha con claras reivindicaciones étnicas y de género, se fortalece su carácter de actoras políticas y sociales en los ámbitos estatal y nacional. Además, desde las diversas formas de acción que experimentan van modificando las identidades colectivas en la medida que se perciben y ubican dentro del sistema social en posiciones divergentes a las que tradicionalmente se les ha asignado. En este sentido, su acción se enmarca en la lucha por ser ubicadas en una nueva posición: la de ser revaloradas social y políticamente, lo cual implica transformaciones en el tipo de relaciones que establecen entre ellas con los "otros/as" (véase Cucho, 1999:108). La CGMI les permitió generar estos intercambios que las posicionaron frente al "otro/a" (léase Estado y sociedades nacional y estatal) con claras reivindicaciones de carácter político y cultural que se articularon con las tradicionales demandas económicas y productivas. Brígida Chautla, así lo refiere:

Que se haya constituido la Coordinadora (Guerrerense de Mujeres Indígenas) ayuda a hacernos visibles, nos hacemos escuchar en otras instancias como la Secretaría de la Mujer, la Secretaría de Asuntos Indígenas. Con quien hemos estado como más de la mano, de quien no nos hemos despegado ha sido del INI (ahora Comisión Nacional Para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI). No nos han marginado, porque a pesar de muchos requisitos continuamos trabajando, yo me he involucrado en talleres, puedo cumplir con un tema, pero también se me ha dado la tarea de traducir, porque luego hay compañeras que sólo hablan la lengua materna, no entienden el español; las hemos traído a los servicios estatales.

Como hemos visto, el preludeo para la constitución de la instancia de gestión y coordinación de algunas mujeres guerrerenses organizadas, la CGMI, se inscribe en una larga historia de luchas,

experiencias organizativas e iniciativas de diálogo y acción estrechamente relacionadas. El proceso organizativo de las mujeres indígenas de Guerrero –que lleva a la constitución de la CGMI– no surge de forma aislada, ni tampoco desvinculado de los procesos locales, estatales y nacionales, que sin duda nutrieron y se fueron alimentando de dicha experiencia. Y aunque en un primer momento la CGMI aparece relacionada a un proceso que está más allá de las propias mujeres, los movimientos indígenas estatal y nacional mixtos (que si bien las incorpora y aglutina), éstos constituyen ámbitos desde donde comienzan a gestarse y articularse un conjunto de actores, demandas y discursos que interpelan a la especificidad étnica y de género para abordar el debate sobre la representación política de las mujeres, la autonomía y el derecho a decidir sobre los aspectos familiares, comunitarios y estatales que afectan sus intereses.

De esta forma, el proceso que origina el surgimiento de la CGMI puede entenderse como un *desdoblamiento* de las experiencias organizativas locales y comunitarias, productivas o de movilización política, pero también de los movimientos indígenas mixtos. Justamente en ese *desdoblamiento* las identidades de etnia y género se configuran como motor de las luchas por el reconocimiento político de sus particularidades, a la vez que posibilita la construcción y articulación de reivindicaciones de carácter cultural, identitario, político, social, económico y territorial, que se tornan centrales para las actividades estratégicas de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.

## **La gestión y la capacitación: dos estrategias en la organización de las mujeres**

Aunque en las última década las mujeres indígenas guerrerenses lograron vincular su acción a dos importantes dimensiones de las reivindicaciones político-identitarias que se han posicionado en los ámbitos estatal, nacional e internacional, es decir, las de carácter étnico-cultural y las de género, también es cierto que siguen siendo los nichos de acción en lo local los que sustentan y dan soporte a sus esfuerzos organizativos. Las acciones impulsadas en el ámbito local son las que permiten que las demandas perfiladas por el proceso de organización estatal cobren sentido, por lo que la gestión de proyectos dirigidos y sostenidos por mujeres en las comunidades, así como las iniciativas de formación y capacitación, son dos estrategias básicas en el camino para la consolidación de los procesos reivindicativos que encabezan. Sin embargo, como menciona Hermelinda Tiburcio:

*El empoderamiento de la mujer indígena es importante pero trae consigo mucho obstáculo para conseguirlo. Por ejemplo, si comenzamos desde la comunidad es necesario organizar a las mujeres para que tengan un proyecto, para poder sustentar económicamente su comida, sostenerse, para su pasaje y poder salir. En primer lugar, darle a la mujer el poder pero no sólo el poder en sí, sino el poder acompañado de dinero, del proyecto que pueda sacar a su familia adelante. ¿Cómo hacerlo? Pues capacitarla. Porque la mujer puede tener dinero pero si no tiene conocimiento no puede liberarse del miedo al marido, a la comunidad. Nosotras, lo que un poco decíamos era buscar que las mujeres puedan vender su artesanía, puedan comercializar lo que hacen para tener su recurso y así poder asistir a los talleres. Dar empoderamiento a la mujer pero capacitándola, liberándola del miedo al marido, a la comunidad. Bueno, a la mujer indígena es muy difícil*



sacarla de su comunidad por ser mujer: “porque no fui a la escuela, porque no sé leer, me vaya a perder, mi marido no me deja y mis hijos”. Son muchos obstáculos.

A las dificultades propias de las luchas para lograr la representación y participación de las indígenas en todos los ámbitos de la sociedad, se deben sumar las inherentes a las condiciones de vida de la población rural en el estado, y particularmente de las mujeres:

La comunidad vive la violencia. Las mujeres son maltratadas, se mueren porque no acuden a tratarse la enfermedad, vive pero no de una manera a lo mejor feliz: tantos hijos, las mujeres golpeadas, mujeres que de alguna manera viven por vivir pero no hay una libertad de ser ella misma. Nosotras lo que pensábamos y decíamos era que íbamos a hacer un recorrido en la región para buscar líderes, capacitarlas y buscar de diferentes maneras trabajar con ellas; hacer pequeños grupos por ejemplo en salud, educación, capacitación, cultura, rescatar lo que es la cultura, promover lo que son derechos, que ellas se puedan defender, dónde acudir cuando hay violencia, muerte materna. Son muchos temas, fuimos de muchas áreas. No se ha podido tener un eje. Estamos buscándole muchos lados (entrevista a Hermelinda Tiburcio, 2006).

Como señala Paloma Bonfil, “sin [el] acceso a las oportunidades de educación y empleo, las mujeres indígenas han visto [...] obstaculizado su acceso a la participación, la visibilización y la interlocución, han tenido que enfrentarse a [...] la marginación y exclusión” (Bonfil. 2005:171). Y las compañeras que empujan y dinamizan tanto los procesos locales como el estatal no están al margen de esta situación:

Los que andamos en la lucha social también necesitamos comer. Y en las comunidades tenemos muchas necesidades como escuela, agua potable, energía eléctrica. [Por ello] decidimos crear la organización

y a partir de ahí se fue creando un fondo regional. Era una lucha más bien en sentido social. En el Consejo Guerrerense 500 Años se luchaba también por obras y por derechos humanos, pero a nivel regional más bien era por necesidades inmediatas: las mujeres se morían por parto en la comunidad, no había médico, había mujeres que no podían salir porque no había carro (entrevista a Hermelinda Tiburcio, 2006).

Así, la creación de proyectos productivos al interior de las comunidades forma parte de una importante estrategia que coadyuva a disputar espacios económicos para que las mujeres obtengan recursos que les permitan mitigar las necesidades inmediatas y alcanzar un cierto grado de independencia que garantice su participación en las actividades de capacitación y formación, o en la movilización. Sin embargo, debemos reconocer que no todas la experiencias locales se mueven desde esta lógica. De hecho, Domitila Rosendo Hidalgo, originaria de San Miguel Xochimilco, municipio de Atlixac, Copanatoyac, en uno de los testimonios compilados en este libro considera que en la comunidad la participación de las mujeres es muy heterogénea; por ejemplo, las compañeras de una “triple ese” que tienen una panadería en Copanatoyac:

[...] casi no entran, son más un grupo comunitario y les vale lo que esté pasando por allá o lo que deje de pasar, no se meten más al trabajo interno. En cambio, las de Patlichá son más grillas, esas son todas del PRD y están trabajando políticamente, dando orientación con la elección del voto y cuáles son las propuestas de los candidatos. Yo digo que es un poquito difícil de entender porque ellas hablan náhuatl, pero te entienden mejor en lugar de que vayas a hablarles en español.

Actualmente, los espacios comunitarios vinculados a la CGMI constituyen una de las bases que le da soporte al quehacer político de esta importante experiencia organizativa; y si bien en este

permanente vaivén se enriquecen los esfuerzos tanto locales como estatales, y se articulan intereses, reivindicaciones y demandas de carácter social, económico y político-culturales, las pertenencias e identificaciones políticas de las mujeres están mucho más ancladas a los procesos comunitarios, a las relaciones interpersonales o a la experiencia de lucha vivida desde las fibras de lo personal. Así lo refiere Hermelinda:

Casi todas participamos en organizaciones regionales de Guerrero. Si preguntas a una mujer de Chilapa: “¿usted pertenece a la Coordinadora?”, le va a decir: “No, yo pertenezco a la organización tal o cual”. Si llega a Rancho Nuevo y pregunta a una mujer que recibió un taller: “¿Usted es parte de la Coordinadora Guerrerense?”, le va a decir: “No, yo fui a un taller con Hermelinda”. La Coordinadora apenas comienza a agarrar raíz, no ha crecido ni ha dado todos los frutos que esperamos tener.

Esto se debe quizá a que, como sugiere Hermelinda, la CGMI no es una organización tradicional con bases sociales de corte gremial:

Yo percibo a la Coordinadora como un espacio propio de mujeres libres que se pueden sentar y discutir, pero no como una organización de base. Es una organización estatal que reúne mujeres libres, que puede discutir, que puede analizar, que puede proponer. Se puede tener una historia de cada mujer, pero no hay así como una base sólida para hacer un trabajo de base.

Ponemos de relieve lo anterior porque son estas consideraciones las que permiten, por un lado, comprender desde su complejidad los procesos de organización de las mujeres indígenas en Guerrero y, por otro, que las propias actoras puedan reconocer los alcances, limitaciones y horizontes en la lucha por alcanzar su pleno reconocimiento.

Si bien debemos enfatizar que las mujeres indígenas que forman parte de la CGMI protagonizan importantes cambios dentro y fuera de sus comunidades –traspasando múltiples barreras culturales, políticas e identitarias–, no son pocos los retos que llevan a cuestas. Por ahora, la CGMI es un referente básico para algunas mujeres indígenas guerrerenses que, como Domitila Rosendo, consideran que esta experiencia organizativa les ha abierto nuevas perspectivas:

En la Coordinadora de Mujeres Guerrerenses empecé a pensar que se puede tener un proyecto como mujer, como familia o como grupo; me di cuenta que la marginación es falta de atención a las comunidades, pero antes yo pensé en la pobreza extrema y en que a las mujeres indígenas pues nomás no nos hacían caso ¿Por qué?, porque somos indígenas. Entonces yo no veía que era discriminación. Entonces para más o menos estar cerca con ellas y apoyarlas, ya llevaba esa motivación. Y cuando Martha me invita, pues me voy a la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas. Tuvimos cursos de capacitación y ahí me motivé más.

Sin duda, la CGMI ha contribuido de diversas formas al fortalecimiento de procesos personales, locales y regionales, que –a su vez– han alimentado esta importante experiencia organizativa, y cada uno de los testimonios aquí presentados así lo demuestra. Por ello, nos parece relevante mencionar que los esfuerzos de las mujeres que participan en los procesos de acción impulsados por la Coordinadora se han traducido, poco a poco, en la apropiación de los medios para definir por sí mismas su propia identidad y la de sus comunidades. Sin embargo, todavía es largo el recorrido que tienen delante, pues se trata de una lucha encaminada hacia la transformación de la identidad india y femenina reconocida por el Estado y la sociedad (que con frecuencia es una identidad negativa), por una de carácter positivo que permita el reconocimiento de las indígenas como ciudadanas y como integrantes de sus pueblos y de

la sociedad nacional. Y aunque los desafíos son todavía muchos, lo cierto es que las compañeras que son parte de la CGMI han avanzado en la definición y autodefinición de su identidad de la forma más autónoma posible, aun cuando todavía existe mucho terreno por sembrar.

## Bibliografía

- Bonfil, Paloma (coord.) (1995), *Mujer indígena hoy. Panorama y perspectivas*, Comité Coordinador para la Cuarta Conferencia Mundial Sobre la Mujer, México.
- (2005), “¿Obedecer callando o mandar obedeciendo?”, en Olivia Gall (coord.), *Género, etnicidad y liderazgo: entrecruzamientos y encuentros. Manual de liderazgo para mujeres indígenas*, Instituto de liderazgo Simone de Beauvoir, México, pp. 168-175.
- Cuché, Denys (1999), *La noción de la cultura en las ciencias sociales*, Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.
- Fraser, Nancy (2001), “Social Justice in the Age of Identity Politics: Redistribution, Recognition, and Participation”, ponencia presentada en la UAM-Iztapalapa, enero, México.
- Flores, J. Joaquín (1995), “Los pueblos indios en la búsqueda de espacios”, *Cuadernos Agrarios*, “Neoliberalismo y campo”, núms. 11/12, enero-diciembre, México.
- (1998), *La revuelta por la democracia. Pueblos indios, política y poder en México*, UAM/El Atajo, México.
- (2007), *Reinventando la democracia. El sistema de policía comunitaria en el estado de Guerrero*, El Colegio de Guerrero/Plaza y Valdés, México.
- Giménez, Gilberto (2002), “Paradigmas de identidad”, en Chihu, Amparán (coord.), *Sociología de la identidad*, Porrúa, México, pp. 35-62.
- Hernández, Rosalva Aída (2003), “Re-pensar el multiculturalismo desde el género. Las luchas por el reconocimiento cultural y los feminismos

- de la diversidad", *Revista de estudios de género. La ventana*, vol. II, núm. 18, Universidad de Guadalajara, México, pp. 7-39.
- Lagarde, Marcela (1997), *Género y feminismo*, Horas y horas, España.
- (1996) "IV. Etnicidad y género: la autonomía, un nuevo pacto con las mujeres", en *Propuesta de las mujeres indígenas al Congreso Nacional Indígenas*, Seminario "Reforma al artículo 4 Constitucional", del 8 al 12 de octubre, México.
- Rubio, Blanca (2001), *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*, Universidad Autónoma de Chapingo/ Plaza y Valdés, México.

## Entrevistas

- Brígida Chautla, entrevistada por Gisela Espinosa y Karina Ochoa el 14 de junio de 2006.
- Domitila Rosendo Hidalgo, entrevistada por Isabel Margarita Nemesio Nemesio, el 8 de mayo de 2006.
- Felicitas Martínez Solano, entrevistada por Gisela Espinosa Damián, 30 de abril de 2006.
- Hermelinda Tiburcio Cayetano, entrevistada por Rosalba Díaz Vázquez, Gisela Espinosa Damián, Isabel Margarita Nemesio Nemesio, y Karina Ochoa Muñoz, 27 de abril de 2006.
- Libni Iracema Dircio Chautla, entrevistada por Gisela Espinosa Damián, 3 de diciembre de 2005 y 16 de enero de 2006.
- Martha Sánchez, entrevistada por Gisela Espinosa y Karina Ochoa el 10 de febrero de 2006.
- Ubali Guerrero, entrevistada por Gisela Espinosa el 28 de noviembre de 2003.

SEGUNDA PARTE

## Testimonios de vida y de participación social





## Trece voces

*Gisela Espinosa Damián*

Los trece testimonios que aquí aparecen amplían la historia colectiva desde la vida personal de las promotoras, activistas y líderes de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Trece voces nos acercan a la cotidianidad de las indígenas de Guerrero, a las formas concretas en que viven y piensan la desigualdad de género; nos llevan a los momentos, espacios, palabras o hechos que propician la desnaturalización del sometimiento, de la violencia y de la subordinación de las mujeres; muestran cómo ellas atraviesan las fronteras de su casa, las del silencio y la resignación; cómo van siendo otras y a la vez las mismas. Frase tras frase desgranar sus emociones y pensamientos, exponen los planos en que cambia su vida familiar y en los que no; sus avatares en los espacios de participación social; la compleja ruptura y reconstrucción de ideas y posiciones de varones y mujeres que está implicando su acción en el espacio doméstico familiar y el de la organización social y la comunidad. Los trece testimonios descubren el plano más íntimo y cotidiano de esta historia.

Aparecen primero los testimonios de las principales promotoras de la CGMI, quienes la imaginaron y fueron tendiendo puentes para unir a mujeres indígenas de las cuatro regiones: Martha Sánchez

Néstor, amuzga de Xochistlahuaca; Libni Iracema Dircio Chautla, nahua de Chilapa; Felicitas Martínez Solano, tlapaneca de Potrerillo Cuapinole; y Hermelinda Tiburcio Cayetano, mixteca de Rancho Nuevo de la Democracia. Todas ellas iniciaron su participación social alrededor de sus años veinte, son jóvenes, con estudios profesionales y/o técnicos, hablantes de su lengua materna y del castellano (excepto Libni, que sólo habla español); no sólo son bilingües, sino familiarizadas con la lengua escrita y con modernas tecnologías de información y comunicación. Líderes que representan una nueva intelectualidad femenina en el movimiento indígena guerrerense y nacional. Pese a que hoy Hermelinda Tiburcio, “Linda” como la llama Felicitas en su testimonio, haya optado por otro camino para hacer política, al momento de hacer la entrevista era parte de la CGMI, y su quehacer personal también dejó huella en la historia colectiva, por ello incluimos su testimonio.

Los siguientes siete testimonios son de mujeres de la generación anterior: Delfina Benito Lucrecio, mixteca; Epifania Villegas Maximiliano, tlapaneca; Juana Martínez Marín, mixteca; Enemesia Morales Pablo, amuzga; Estela Pineda Navarrete, amuzga; Felipa Riqueño Sánchez, nahua; y Ángela Domitila Rosendo Hidalgo, nahua. Uno de los testimonios recoge un interesante diálogo entre Delfina Benito y Enemesia Morales, entonces responsables del proyecto de salud materna de la Coordinadora. Tres de las mujeres de este grupo estudiaron primaria aunque no todas la terminaron, una de ellas no tiene escolaridad y tres iniciaron la educación secundaria pero sólo una concluyó. Todas ellas han sido más cercanas al perfil tradicional de mujer indígena, pero muestran con nitidez cómo, su participación social y la formación que les ha facilitado su pertenencia a la CGMI, han cambiado sus perspectivas e identidades políticas y de género, sus vidas personales y su papel en las comunidades y en

los movimientos sociales. Aquí, una por una comparte sus vivencias, sus emociones y sueños con las y los lectores.

Al final de esta parte ubicamos la voz de dos mujeres que también pertenecen a la generación anterior, pero cuyas trayectorias de vida son poco convencionales para las mujeres indígenas de su generación; su participación social y política antecede varios años a la CGMI. Las dos son nahuas, Ubali Guerrero González de la región Norte y Brígida Chautla Ramos de la región Centro; las dos son maestras y fueron construyendo sus liderazgos regionales en movimientos campesino-indígenas mixtos, liderazgos que luego se proyectaron a otros planos; fueron pioneras en la organización productiva y económica de mujeres indígenas en Guerrero, hoy mantienen esa línea de acción, pero sus discursos iniciales se han enriquecido con una visión de género. Ambas constituyen un antecedente y un referente para la CGMI. Ubali Guerrero, al igual que Hermelinda Tiburcio, ya no pertenece a la Coordinadora aunque haya contribuido a crearla. Su testimonio, recogido desde 2003, cuando apenas empezaba a hablarse de la CGMI y nadie había pensado en este libro, también hace comprensible el proceso colectivo y es parte de esta experiencia.



## Tenemos que hablar, liberar los pensamientos

*Martha Sánchez Néstor\**

Me llamo Martha Sánchez Néstor, nací en Xochistlahuaca, tengo 31 años. Mi primer contacto con el movimiento fue en 1994, cuando empecé a trabajar como secretaria del Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena. Yo de esa organización no conocía nada.

Me dijo Martín, un dirigente del Consejo: “como verás, aquí somos puros hombres y esto es un relajo, queremos que lleves los archivos [...] pero queremos que entres mañana sábado porque el lunes salimos a la marcha a la Ciudad de México [...] Vamos”. Me lo dijo de relajo y yo dije: “Pues ahora me voy”. Venían con las demandas de apoyo al EZLN y las demandas de la organización. Nos quedábamos a dormir en las comisarías, yo maquinando los documentos de los comisarios.

\* Es originaria de la región Costa Chica, su lengua materna es el amuzgo pero también habla español. Tenía 31 años al momento de la entrevista, es soltera y no tiene hijos, estudió para ser secretaria y taquígrafa. Participó en el Consejo Guerrerense 500 Años, en la ANIPA (donde fue coordinadora Nacional), en el Consejo de la Nación Amuzga Ñe' Cwii ñ'oom, en el Fondo Regional “Yulcuencue y en la Conami. Fue coordinadora de la CGMI, representante de Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas, integrante de la Red de Petateras, coordinadora de la Alianza de Mujeres Indígenas de Centroamérica y México, Premio Estatal al Mérito Civil y dos veces becaria de Semillas. Entrevista realizada por Gisela Espinosa Damián y Karina Ochoa Muñoz el 10 de febrero de 2006. Edición de la entrevista: Karina Ochoa Muñoz.

Estaba yo descubriendo otro mundo [...] Era la locura pero a mí me gustaba, yo leía los documentos, los boletines, me iba de metiche a las reuniones con los funcionarios. Trabajaba de domingo a lunes [...] Fuimos a la Convención de Aguascalientes en la Selva Lacandona. Fue una impresión fuertísima, me dieron ganas de llorar, aunque todavía no supiera el contexto de la lucha indígena.

Cuando me mandan a una comisión específica de mujeres fue en el 95. Me mandan a Quito, Ecuador. No había otra mujer activista, había muchas en los proyectos productivos; pero esas muchas no agarraban el micrófono [...] Ese momento fue [...] fuerte para desarrollar en mí la visión como mujer indígena. Era un encuentro continental [...] Cuando llegué a Chilpancingo no lo podía creer: ¡estuve en Ecuador! Entonces me dije: “el Consejo Guerrerense debía organizar a las mujeres” [...] En el 96 yo ya invitaba a otras compañeras, las traía a las reuniones del Consejo Nacional Indígena. Formamos la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas en 1997 [...] Ya en 1998 se hizo una reunión para decidir si iba a seguir siendo secretaria o me iba a dedicar al trabajo de las mujeres. Yo tenía miedo por el sueldo, que lo necesitaba. “Tú tienes que decidir –me dijeron–, porque tu sueldo va a ser para la secretaria y vas a estar como nosotros, con apoyos pero sin sueldo fijo”. Yo les dije: “Quiero estar como ustedes, quiero hacer el trabajo con mujeres, pero también quiero los derechos que tienen ustedes”.<sup>1</sup>

El proceso de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas inicia fincado en dos o tres espacios importantes en Guerrero. Un factor importante que genera la inquietud de trabajar desde la identidad de mujeres indígenas, es el nacimiento de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (Conami), que en 1997 invita a mujeres de

<sup>1</sup> Tomado del testimonio de Martha Sánchez recogido por Madrid y Aurrecochea (2003:330-334); recurrimos a ello, debido a que en la entrevista que hicimos a Martha, ella privilegió su análisis del proceso de la Coordinadora sobre su historia personal y política anterior. Creímos que era necesario incluir, aunque fuera brevemente, sus primeros pasos en el movimiento social.

varias organizaciones de Guerrero a procesos de capacitación sobre derechos indígenas. Esto viene a unir, paradójicamente en la capital, a las mujeres que ya estábamos trabajando de alguna manera en nuestra entidad, en la Zona Centro, en Chilapa: Libni Iracema Dircio, de la Titekitoke en ese entonces; y yo, del Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena. En ese tiempo veníamos como cinco compañeras a capacitarnos y éramos de distintas regiones: Centro, Costa Chica, Montaña, Norte y Alto Balsas.

Entonces, también conocimos a compañeras de la organización Mujeres Indígenas en Lucha (MIL) que están en la zona norte de Guerrero. Las tres partes que nos fuimos integrando eran la Titekitoke Tajome Sihuame, el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena y Mujeres Indígenas en Lucha. Ya aquí nos fuimos identificando. Había la particularidad de que la Titeki y las Mujeres Indígenas en Lucha eran organizaciones específicamente de mujeres, pero el Consejo Guerrerense 500 Años era mixto, integrado por hombres y mujeres nahuas, mixtecos, tlapanecos y amuzgos.

Para seguir adelante con un trabajo articulado, lo que preocupó a la Conami fue que no nos conocíamos entre nosotras. Al menos las de la Titeki y el Consejo nunca habíamos tenido contacto. Con Ubali, de MIL, sí, pero no coordinábamos nada; conocíamos el trabajo de cada una y de las organizaciones, pero no de las mujeres de esas organizaciones. Básicamente Libni y yo fuimos las que pensamos en hacer algo más en el estado, siempre con la inquietud de tener a más mujeres organizadas y tener una vinculación o articulación desde una perspectiva integral y permanente.

Finalmente, se da el proceso. Convocamos, con toda esa emoción de la juventud, a un encuentro estatal y llegaron todo tipo de mujeres de organizaciones regionales como La Luz de la Montaña, organizaciones de San Luis Acatlán, de la Montaña, que se identificaban también con el Partido Revolucionario de los

Trabajadores, de Rancho Nuevo de la Democracia, etcétera. En el 98 se hizo este encuentro, pero no se tuvieron resultados efectivos, ya que inmediatamente se quiso constituir una estructura de mujeres y en esa estructura única que pensábamos, había diferencias. Por esa misma diversidad que éramos, no se podía, había diferentes pensamientos de cómo hacerlo, incluso hasta cómo denominarlo. Así fue como empezamos a identificar a otras mujeres, no hubo seguimiento pero fue algo importante porque fue específico de mujeres.

El Consejo Guerrerense, por el asunto del trabajo mixto, era la organización que más facilidad y mayor convocatoria tenía en la capital en algunos momentos o coyunturas nacionales y estatales. Nosotras, después de ese encuentro seguimos participando en lo nacional, pero a nivel estatal seguíamos con la idea de articularnos algún día bajo un rostro propio. Libni fue la que más trabajó para ir avanzando hacia el proceso estatal. Desde entonces hacíamos un buen equipo entre ella y yo para asumir responsabilidades colectivas y dar seguimiento a la lucha por lograr el respeto de nuestros derechos. Hubo varias estrategias. Nosotras y otras organizaciones civiles tuvimos que cabildear, articular el trabajo, incluso al interior de nuestras propias organizaciones. Realizar recorridos, asambleas comunitarias, reuniones de dirigencias.

La Titekititoke era una organización que se identificaba más con el proceso campesino, aunque ya con Libni ahí se le da otra visión más indígena, más de formación y capacitación, no sólo productiva, sino de reivindicación de los derechos indígenas con una identidad más de mujeres indígenas. En el Consejo Guerrerense, nosotras empezamos a trabajar la capacitación de las mujeres en cuanto a toma de decisión, liderazgo, pero además queríamos ir a todas las regiones para lograr el reconocimiento de mujeres, con voz y voto, en el consejo directivo. Un trabajo nada fácil.



Así, al paso de los meses fue cuando decido retirarme de mi rol como secretaria de "500 Años" y solicito mi reconocimiento como integrante y militante, a fin de impulsar la Comisión de la Mujer dentro del Consejo Guerrerense. Es así como nace la Comisión de la Mujer 500 Años. Nace a finales del 98 y, aunque el Consejo ya existía desde el 91, no se hacían trabajos con la visión de que la mujer tuviera una condición más participativa, plena, digna.

A partir de la capacitación nacional nos metimos en la cabeza la inquietud de que la mujer podía llevar un rol distinto. De ahí retomo la responsabilidad de encabezar esta propuesta y, casi por unanimidad, el consejo directivo aprueba crear la Comisión de la Mujer. Claro que no faltó un dirigente de Copalillo que dijera que no necesitaba que Martha fuera a su región a hacer trabajo de mujeres, que ya sus mujeres lo sabían todo y que vendrían cuando así lo decidieran. Sin embargo, fue el punto de partida para participar en eventos diversos con mayor fuerza, con mayor reconocimiento o mayor eficiencia, incluso en eventos no propiamente indígenas, pero sí de mujeres en el estado. También empezamos a visibilizarnos en espacios coordinados por mujeres feministas en la capital de Guerrero. Recuerdo mucho a las Mujeres Guerrerenses por la Democracia, a Milenio Feminista, a mujeres de la Universidad Autónoma de Guerrero, después al Colectivo Nosotras, a feministas muy comprometidas que nos acompañaron en el proceso desde el Consejo.

Después de eso, seguimos trabajando para llevar el proceso a lo nacional e ideológicamente hacia el zapatismo. Recuerdo que en noviembre de 1998 se realizó el Encuentro de la Sociedad Civil con el EZLN, en San Cristóbal, donde se da un proceso de convergencia con el zapatismo. De la Conami fuimos un camión lleno de mujeres, entre ellas íbamos las de Guerrero. También en la delegación mixta del Consejo iban compañeras. Empezamos a identificarnos también con

las mujeres zapatistas y a reforzar la inquietud de seguir trabajando en Guerrero. Estas fueron de las cosas que lógicamente nos dejaron más compromiso e interés de que íbamos por el camino certero.

En el ámbito estatal, todo ello tuvo una repercusión importante que permitió que nos aventáramos a ser la sede del Segundo Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas, en marzo del 2000. Creo que esta decisión de ser la sede era, en sí misma, un honor lleno de temor, pues éramos muy jóvenes y aún no teníamos una articulación bien cimentada, aunque sí había una coordinación entre las que nos encontrábamos en el espacio de la Conami. En nuestra experiencia, como Consejo Guerrerense 500 Años, ya estaban Domitila, Hermelinda, Felicitas y yo, básicamente, quienes éramos parte del consejo directivo y asumíamos responsabilidades en ese nivel. Además de María de Jesús Tránsito, de Copalillo, Érika Poblano, quien recién se había acercado al equipo, así como Julia Bello, entonces secretaria de la organización, quien nos apoyaba bastante. Por otro lado, Libni Iracema Dircio y doña Brígida Chautla, de Chilapa, de la Titekitoke, y Ubali Guerrero de las MIL de Copalillo.

Entonces dialogamos con el INI y la Secretaría de la Mujer. Nos abocamos a resolver lo de los recursos, a cabildear, a insistir en que los compañeros desempeñaran un papel de más apoyo, aunque en el encuentro sólo lo conseguimos en una mínima parte en lo logístico. Recuerdo que había un diputado federal indígena del Alto Balsas, miembro del Consejo Guerrerense que hizo mucho vacío en el apoyo y respaldo para el objetivo que requeríamos.

Para esos años, las mujeres que empujábamos fuerte veníamos de procesos organizados, algunas venían de organizaciones locales, parte de la Unorca, la gran mayoría del Consejo Guerrerense, pero también éramos integrantes de la ANIPA, a excepción de Felicitas. Desde el 95, veníamos caminado por varios rumbos, pero sin perder de vista que cada día se reforzaba más el trabajo como mujeres, sin

importar que fuera como Consejo Guerrerense 500 Años, ANIPA o CNI. Esto no nos dividía, al contrario, era en el trabajo donde se daba esa confluencia de mujeres que hacía sentirnos más fértiles, nos llevaba a estar vinculadas, organizadas y, lógicamente, eso le fue dando forma, un rostro fuerte a Guerrero hacia lo nacional.

En la Conami empieza un trabajo bastante fuerte para la incorporación de nuevas mujeres. Yo creo que eso fue lo que sentó las bases de un trabajo amplio. El Consejo Guerrerense puede dar cuenta de lo que implicó reforzar la participación de las mujeres adentro del propio Consejo y, a reserva de lo que las demás compañeras hayan observado, siento que el Consejo es en gran parte el pilar de lo que ahora es la Coordinadora Guerrerense, de todos esos cuadros que logramos tener en 500 Años y que fueron pocos, pues no alcanzamos a cubrir las once regiones que lo conformaban. Aunque aspirábamos a tener una representante por cada microrregión, no se pudo, logramos tan sólo cuatro al interior del consejo directivo. Muchas que en un inicio se incorporaron, ahora están en las filas de un partido político, otras en sus comunidades y algunas más migraron a los Estados Unidos.

No obstante, creo que la conformación de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas fue un proceso obligado, porque nosotras que ya estábamos adentro de una organización mixta, teníamos muchos problemas para acceder a los recursos para nuestro trabajo específico con mujeres. Esto, por criterios o lineamientos de las financiadoras, instituciones u organismos tanto nacionales como internacionales. Por todo ello veíamos como una cuestión necesaria conformar un espacio estatal propio, quizás tomamos de referencia el marco del espacio nacional. En el 2000 nos aventamos a realizar tres talleres estatales de mujeres indígenas como Consejo Guerrerense. Fue ahí donde se consolidó un poco más la articulación de mujeres indígenas en el estado.

Como ya existían organizaciones nacionales mixtas, en el CNI y la ANIPA habían convergido todas las visiones. Luego entonces, en Guerrero comenzamos a tomar ese modelo de lo nacional y quisimos trasladar el proceso al estado, todo ello sin quitarnos la camiseta de las organizaciones de las que proveníamos. Hasta ahora no nos las hemos quitado, seguimos trabajando unidas en el fortalecimiento de toda esta participación, realizamos acciones vinculadas y articuladas a la Conami, pero también es cierto que llegó un momento en que nosotras queríamos ser “alguien”, arraigadas en varios rincones del estado de Guerrero y no sólo participar desde lo nacional. Queríamos lo propio, así que convocamos a foros estatales.

El primero que hicimos fue el 8 de marzo de 2002. Lo denominamos Foro Voces de Mujeres Indígenas. Con este evento fuimos más allá de esas tres organizaciones que ya mencioné. Invitamos a todas las mujeres indígenas, vinculamos algunas regidoras indígenas que estaban en ese momento en función y que no pertenecían ni habían pertenecido a la Coordinadora; buscábamos visibilizar los procesos, confluir ahí.

Teníamos la intención de abarcar todas las regiones. Acapulco tiene un gran número de migrantes y antes no estábamos vinculadas con ellas. El foro posibilitó que fuéramos colocando nuestra voz en los procesos locales, pero también en el escenario estatal. Participamos en todas las movilizaciones que se hicieron en 2001, por ejemplo, en la protesta ante el Congreso del Estado para que no se legislara sobre derecho y cultura indígena, pues a escala federal el Congreso de la Unión y los partidos políticos ya habían traicionado a los Acuerdos de San Andrés. Llegamos a todos esos procesos y, algunas veces, con campañas internacionales de los derechos de la mujer como la Marcha Mundial de las Mujeres (Campaña Pan y Rosas). Otras veces, con acciones conjuntas como mujeres indígenas, sin importar las diversas organizaciones, cada una con su propia dinámica.

Yo creo que ese foro nos permitió seguir juntas. Hicimos nada más tres foros el 7 de marzo de cada año y creo que de ahí nace la idea de que no podíamos seguir así. Pasaron muchas cosas. Por ejemplo, las que veníamos de “500 Años” vivimos la crisis organizativa, la pérdida de la fuerza estatal, todo se fue minimizando, desapareciendo, debilitándose. Pero también tenemos historias regionales, venimos de organizaciones estatales de base, siempre habíamos tenido un referente. Entonces, las que veníamos de “500 Años” ya no lo encontrábamos, pues la Comisión de la Mujer de 500 años se dispersó poco a poco, en el marco de la desaparición de la organización mixta.

Recuerdo que el 25 de noviembre de 2003 sesionamos afuera del Congreso del estado, por el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia Contra la Mujer. Ahí fue cuando debatimos ampliamente y, a pesar de que en algunas ocasiones nos entrevistamos con la Comisión de la Mujer del Congreso, en ese entonces encabezada por la diputada Porfiria Sandoval, nunca hubo respeto a nuestros foros ni a nuestra palabra ni atención a las demandas que estábamos planteando. No hubo un diálogo fructífero.

De ahí nació la espinita, hicimos una lista de quiénes éramos y posteriormente, en una ocasión que nos reunimos en la casa de Hermelinda Tiburcio, decidimos echar a andar una organización estatal de mujeres indígenas que denominamos Coordinadora Guerrerense. Así que nos reunimos con las dirigentes, al menos las más activas o más comprometidas en los pasos dados, aunque ahí todavía no la registrábamos ya estaba la idea y nos empezamos a autodenominar Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Nadie sabía de nuestra existencia.

En ese entonces no habíamos definido una estructura formal y la Coordinadora no tenía documentos, eso fue un problema para nosotras. Necesitábamos un documento que nos abriera puertas

para tener recursos, para accionar más y por eso, en 2004, surge la Coordinadora Guerrerense. También veníamos preguntándonos: ¿quiénes van a atender la Coordinadora?, ¿quiénes van a asumir esa responsabilidad? Y nos dimos cuenta que nosotras estábamos vinculadas mucho a lo nacional, que como cuadros participamos en ese proceso, aunque de alguna manera también lo hicimos regionalmente, por lo que asumimos un papel de orientación, asesoría de análisis y de propuestas para tomar el rumbo de un plan de trabajo mínimo.

Es interesante porque se creó algo muy diverso: lo plural imperaba en la vida de la Coordinadora. Buscar el registro, el papel, fue un requisito que tuvimos que agotar y que está ligado al proceso de construcción de la Casa de Salud en Ometepe. Que fue también un proceso interesante que veníamos empujando y que, a la mera hora, la CDI, administrativamente, nos metió en la dinámica de tener el acta constitutiva y demás documentos para poder bajar recursos para la operación de la Casa de Salud, que atendía a cinco municipios circunvecinos en el tema de la prevención de la muerte materna.

La Casa de Salud fue un proceso que permitió conformarnos como Coordinadora. Lo veíamos bien porque bajo esa figura y ese nombre podríamos llegar a la región de la Montaña que para nosotras fue un reto desde entonces, pues hay muchas limitaciones para lograr una articulación cimentada en las propias voces y rostros de las mujeres de esta región.

La Casa de Salud llevaba dos años sin recursos. Se conformó en el 2003 y yo estuve como coordinadora unos meses, pero ya después me traslado para la Ciudad de México y la Casa siguió funcionando en manos de Felicitas y Hermelinda. Nosotras estuvimos coordinándola, pero nunca escribimos sobre esos procesos y es preocupante, porque los años se fueron yendo y ahora las nuevas mujeres incorporadas no conocen cómo nació el proceso y cuánto cabildeo costó lograrlo,

pero sobre todo qué objetivos le dieron vida. En la Casa se desató un proceso interesante, tanto de formación de jóvenes, capacitación a promotoras de salud y capacitación de parteras indígenas.

Las compañeras que se involucran en esos espacios y que están ahí son mujeres capacitadas en otros niveles, más en lo local; sin embargo, en la Costa Chica eso cambió el panorama de la Coordinadora Guerrerense, pues ya no éramos un grupo meramente estatal. Cuando nos dimos cuenta, como el 70% de los cuadros estaban en la Costa Chica y la Casa de Salud desempeñó un papel importante, o sea que tiene vinculación, y ahora hay mujeres hasta regidoras que han continuado ese proceso y que seguro ayudarán a las demás.

Uno de los temas que nos movieron en ese momento era la lucha que se estaba dando contra la militarización. Por ejemplo, tuvimos un foro para que llegaran las compañeras que habían sido violadas por el ejército militar en Barranca Tecuani y Barranca Bejuco, donde más bien estuvieron las voceras, compañeras de ellas que en esa ocasión, por sus propias voces, daban a conocer el crimen cometido contra los hombres, las vejaciones contra las dos mujeres, el hostigamiento hacia ellas mismas que denunciaban estos hechos y la constante intimidación y violación de derechos humanos en las comunidades.

El problema de la violencia fue algo que discutíamos mucho, yo siempre me opuse a enfocarlo nada más a lo intrafamiliar, pues también está toda esa violencia más institucional. El tema de mortalidad materna fue muy importante porque, de hecho, fue lo que nos obligó a colocar la discusión ante las instituciones de la Secretaría de Salud; pero evidentemente no fue sencillo, recibimos agresiones y desdén, lo que nos obligó a ir a los medios de comunicación y dar conferencias, y utilizar –en buenos términos– el estudio que había

hecho Gisela Espinosa con Kinal Antzetik y la Conami, llamado “Doscientos trece voces contra la muerte materna”.

En Guerrero siempre tuvimos claro que era un tema que no queríamos archivar, por el contrario, queríamos colocarlo, visibilizarlo, así que nosotras empezamos a trabajar en la Costa Chica, pero en el ámbito estatal, hace poquito tiempo decidimos darle un giro, retomar más el tema de los derechos indígenas sin dejar de lado los demás.

Teníamos enfrente varios retos, por ejemplo la relación que tratábamos de tejer con la Secretaría de la Mujer, porque nosotras veíamos las políticas que implementaban cuando les llevábamos casos de violencia, la forma en que lo veían en el área jurídica era bastante frustrante; la mujer indígena estaba abandonada en ese sentido, no había una atención adecuada. Si nosotras las mujeres indígenas no nos visibilizamos, no hacemos escuchar nuestra voz, entonces ¿quién? Y por eso llamamos Voces de Mujeres Indígenas a nuestros foros estatales. En enero de 2005, Felicitas, Libni, Domitila y yo, evaluamos si queríamos seguir como Coordinadora Guerrerense, si teníamos suficientes estrategias o debíamos crearlas, nos dimos cuenta que no había voces de mujeres colocadas en el ámbito político, denunciando, exigiendo una mayor atención.

A pesar de que la Coordinadora desempeñó un papel importante, siempre veíamos que la parte de las mujeres quedaba un poco invisible y la voz de la Coordinadora Guerrerense fue la única que se escuchó en el escenario político. Nosotras, en el marco de las elecciones pasadas para gobernador del estado, exigimos que ganara quien ganara la Secretaría de la Mujer debería tener una visión de más atención a las mujeres de los cuatro pueblos indígenas. Cuando ganó Zeferino, también se lo exigimos.

Creo que eso y la visión de algunas mujeres que hoy son funcionarias públicas, ha llevado a la Secretaría de la Mujer a mirarnos



un poco, a buscarnos, a querer tener una interlocución en otro nivel; sin embargo, por la falta de recursos y la poca sensibilidad que existe en la institución para caminar con respeto con las mujeres indígenas, la Coordinadora hasta ahora ha avanzado poco. El programa de salud fue el único que se trabajó conjuntamente y ahí ha faltado apertura para lograr acuerdos de cómo avanzar situando la marginación, analfabetismo, monolingüismo de las zonas donde vivimos las mujeres indígenas.

En nuestro origen, cuando impulsamos la capacitación para la defensa de los derechos indígenas, nacimos como un proceso de acción política, vinculada más al campo político y no necesariamente al campo político electoral, pero sí a una participación directa con nuestras propias demandas y exigencias. Nuestra formación en la Conami fue para una participación política que estuviera exigiendo y proponiendo alternativas para el acceso a la salud, a la educación, a la vivienda, para los proyectos de desarrollo, etcétera.

Yo creo que eso se fue olvidando un poco en el camino de la Coordinadora Nacional. Esa fue una debilidad. Realmente, creo que ahora estamos mirando con mayor dificultad la formación de mujeres, en tanto que en los foros de Voces de Mujeres ha estado como empantanado, casi no hay nuevos liderazgos. No es que no se esté trabajando, pero se han estado jugando otros roles.

Desde nuestros orígenes en el Consejo Guerrerense, así como en la Conami, nos identificamos con el EZLN, con sus demandas y sus planteamientos. En un inicio, la comandanta Ramona y otras comandantas fueron un referente muy fuerte, como una expresión simbólica que retomamos y que seguimos retomando. Cuando hemos hecho estas evaluaciones, incluso en lo nacional, hay muchas diferencias, pero reconocemos que toda esa fuerza moral, toda esa fortaleza que encontramos en las mujeres del EZLN fue algo que nos unió.

Alguna vez nos entrevistamos con la comandanta Ramona y tuvimos la oportunidad de platicar con ella cuando participábamos en el CNI; no obstante, considero que si no se hubiera podido platicar de frente, de todas maneras estábamos conscientes de todo lo que representaba hacia adentro y hacia fuera del EZLN. Sus luchas, sus propuestas, su palabra, el tener una ley revolucionaria. Muchas de esas demandas nosotras también las estábamos enarbolando, aunque, claro, es diferente que lo diga una comandanta del EZ a que nosotras lo digamos.

Representar a una organización es pesado, la solidaridad debe estar presente y la buscamos con la Coordinadora Guerrerense, lo que nos permitió no sentirnos solas. Las que venimos de organizaciones mixtas nos enfrentábamos a que los compañeros, además de estar de acuerdo con el EZ, con los Acuerdos de San Andrés, respetaban mucho a la comandanta Ramona y a las mujeres del EZ, pero en esa cotidianidad compartida con ellos no era fácil contar con ese respeto mínimo por parte de los hombres hacia nosotras, pues desdeñaban nuestro trabajo, lo que nos obligó a articularnos y a encontrar una salida colectiva.

Discutimos el eje capacitación, pero desde una visión parcial por ejemplo, sobre autoestima y nada más, sobre qué es el proceso global como pueblos indígenas. También sobre el proceso específico de mujeres. Después discutimos que la capacitación no podía ser así, pues nos perderíamos otra vez. Tratando de replicar el primer ciclo de capacitación nacional se retomaron otros temas, por ejemplo, la iniciativa en materia de derechos y cultura indígena, los instrumentos internacionales, como el Convenio 169, entre otros.

El tema que a mí me interesaba era el de educación bilingüe, lo cual era una cuestión básica para pugnar por una educación más propia de los pueblos indígenas, sobre todo por el alto índice de analfabetismo que impera en los pueblos indígenas de Guerrero,

más aún entre las mujeres que es más alto que entre los hombres. Entonces, eso quedó también como un eje de la Coordinadora. Otro que fuimos pensando fue el tema de migración. Ya lo habíamos trabajado, sobre todo porque en ese proceso las mujeres empiezan a jugar un rol muy importante que antes no tenían. Por ejemplo, en Acapulco se va jugando no sólo el rol como migrante, también se van creando organismos de defensa de derechos de los migrantes y había mujeres al frente de esos procesos.

En este momento, la Coordinadora ya dio otro giro que nosotras buscábamos y se están haciendo iniciativas como la de la Policía Comunitaria de San Luis Acatlán, donde Felicitas ha estado trabajando y dando seguimiento a un proceso importante como parte de un esquema de impartición de justicia indígena que incluya una visión desde las mujeres.

Libni está enfocada en la capacitación en la región Costa Chica y Zona Centro, básicamente en esas dos regiones. La formación de mujeres aspira a tener mucho, pero con que se logre la mitad puede ser interesante. Ella quiere tener esta red de mujeres indígenas en la Costa Chica y Zona Centro. Se está trabajando el tema de derechos indígenas, salud, autoestima, identidad, violencia, o sea, como una cuestión más enfocada a lo que les está pasando.

Ellas decidieron esta parte, porque la Policía Comunitaria está impartiendo justicia desde una visión de los usos y costumbres y los que imparten la justicia son los hombres, los comisarios. Esta visión tiene calidad moral, pero existen casos donde se lacera la dignidad de las mujeres. Felicitas ha visto cómo se imparte y cómo están resolviendo los casos o sancionando los delitos y cómo está pesando más el ser hombre y resolver un caso de violencia hacia la mujer. Hay esa preocupación, aunque estamos conscientes de que es un proceso largo.

Hay mujeres que no pertenecen a la Coordinadora pero sí a la Policía Comunitaria, que están exigiendo una estructura adentro, que haya policías o comandantas que sean mujeres. Aspiran a exigir más justicia desde dentro, a desempeñar un papel más visible, distinto, que beneficie a la propia Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias, al sistema autonómico de seguridad e impartición de justicia, así como a velar por el respeto de los derechos humanos de la mujer en ese marco.

También hemos tenido debilidades, por ejemplo, no haber concluido un proyecto de salud reproductiva en la región Montaña. Ahí hubo complicaciones en la coordinación bajo la responsabilidad de Libni Iracema Dircio y Ubali Guerrero. Hemos platicado mucho sobre eso. ¿Qué pasa? Primero era porque no teníamos los recursos suficientes para trabajar bien, después llegaron los recursos y esto no cambió mucho las cosas, las complicó en su momento. La Coordinadora trabajó y se dieron pasos importantes, pero con Ubali hubo muchos confrontamientos, más directamente con Libni. Había una falta de confianza de poder avanzar juntas, en equipo. A raíz de ahí viene la salida de Ubali de la CGMI, pues al final la Fundación MacArthur hizo todo su esfuerzo por entender el proceso y apoyarnos, pero tuvo que tomar una decisión y fue la cancelación de la segunda parte de los recursos.

Mucha gente usa esto para decir: “ya vieron, las indígenas no saben manejar, ni comprobar, ni ejecutar”. No hay confianza, eso es algo fácil de usar en contra de un proceso que nació de cero, sin ningún apoyo gubernamental. Yo creo que más bien deberíamos ubicar qué capacidades de las mujeres indígenas debemos potenciar desde la esfera indígena, institucional, gubernamental, de los organismos internacionales, pues no olvidemos que nosotras competimos bajo desigualdades múltiples en el campo de los proyectos, pero que también tenemos muchísimas fortalezas que dan cuenta de un

proceso que lleva más de una década y no muere. Resiste, genera y propone.

Sobre los problemas que hubo en la coordinación del proyecto, creo que la diferencia de edades no fue el motivo, aunque Nelys Palomo lo atribuía a eso; yo creo que es más profundo el asunto, más de fondo. Creo que pesó más que algunas tuvieran una visión de formación política, de acción, de incidencia y que otras priorizaban los procesos productivos y que no pudieron ser acompañadas. No se pudo caminar de manera conjunta. Libni y Ubali tienen dos visiones un tanto distintas. Libni representa nuestra visión; Ubali, al parecer, tenía menos interés en esa parte de capacitación, de incidencia, de visibilidad, de formación de cuadros, lo que ocasionó que cada quien hiciera las gestiones desde donde pudiera. No se pudo empatar y se llegó a un grado tal que no fue posible trabajar juntas. Ahí está la historia. Si buscas los cuadros, tampoco son muchos, pero en algunos procesos los liderazgos se volvieron eternos y no hay nuevos rostros, menos voces con capacidad de interlocución, decisión, dirección. Ahí es donde peligramos en caer en el caciquismo. Es una experiencia interesante, pues de antemano sabíamos que eso podría fracasar, pero le apostamos por el bien de todas. El proyecto estaba a dos años y Libni lo trabajó en tres regiones, pero al año se paró. No obstante, pensamos que a la larga aprendimos mucho y que ellas aprendieron también. Y hasta hoy día las diferencias son marcadas, pero en algunos momentos los puntos comunes nos hacen accionar conjuntamente.

En la historia de la Coordinadora se dan cambios importantes, no sólo recuperar la línea original de la capacitación de derechos, también estrategias distintas. A partir de que se constituye, la Coordinadora persigue y logra erigirse como un órgano regional de mujeres indígenas. A nivel estatal se da después.

Pienso que a partir de que nos constituimos formalmente en el papel, se dan factores muy fuertes para nosotras: uno, se da el factor de que nos salimos del estado Felicitas y yo. Ella para atender la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas y yo la coordinación general de la ANIPA. También se acuerda que Libni tiene el compromiso para atender la Coordinadora Guerrerense, puesto que ella vive allá y se mueve en Guerrero, cosa que se toma por consenso de las dirigentes de varias regiones.

Creo que hace un año fue cuando nos sentamos a reflexionar si debemos seguir haciendo cosas más eventuales, por ejemplo, los talleres de salud o estudios estatales como el que coordinó Hermelinda sobre la violencia, que fue importante porque se atravesó el proceso electoral. Hermelinda fue candidata a presidenta municipal y en ese inter, nosotras ya estábamos un poco más alejadas, aunque íbamos y platicábamos.

La Casa de Salud ha sido un proyecto que se ha venido sosteniendo aun sin recursos y que logra, con la conformación de la Coordinadora, ir más allá. Hoy se encuentra posicionada frente al sector salud y, a raíz de ello, se logran convenios con el Hospital Regional en Ometepec, donde está ubicada la Casa, y se logra una relación que nunca hubiéramos tenido. Un convenio que benefició y sigue beneficiando a mujeres indígenas que al bajar a Ometepec, mediante la Casa, tienen apoyo para ingresar al hospital, recibir atención oportuna y adecuada, traducción en su lengua respectiva para una mejor atención durante su hospitalización, gestión para gratuidad del servicio recibido, estudios necesarios durante el embarazo, parto y cuarentena.

En la Costa Chica hay mujeres que empiezan a desempeñar un papel diferente, por ejemplo, doña Delfina, que hoy día es regidora en Igualapa, Juana Martínez fue en el trienio pasado. En ese entonces, se da como un proceso de ubicar a diversas mujeres en la perspectiva

de conquistar el poder, pues empezaron a incidir en la comunidad, en los espacios diversos que se desenvuelven.

Otra parte fuerte que nos propusimos fue insertarnos y tejer una alianza estatal en el proceso de mujeres. Cuando se hizo la Tercera Asamblea Estatal de Mujeres, en Acapulco, habíamos planeado entrar como mujeres indígenas y pretendíamos detonar una plataforma para presentarla ante el gobierno y que en este evento tuviera una presencia más fuerte la voz de las mujeres indígenas. Recuerdo que Felicitas fue quien inauguró el evento estatal y pudimos posicionarnos en ese espacio. Aquí también vale decir que hay feministas solidarias y que construyen con visiones más justas el movimiento de mujeres, donde, ciertamente, no hay concesiones, pero sí reconocimiento a las voces distintas y sobre todo a los liderazgos y procesos serios que caminamos en pro de una vida digna de las mujeres de las comunidades.

Domitila ahora es coordinadora regional de la Secretaría de la Mujer en la Montaña. Ella llegó con mucha fuerza y autonomía, aunque la realidad de las políticas públicas está alejada de la vida real de las mujeres indígenas. El presupuesto es otra de las alejadas esperanzas para alcanzar la justicia social en las comunidades, a esto se suma la falta de sensibilidad política de las instituciones para atender las problemáticas existentes. Y, sobre todo, a su forma de entender la autonomía de los procesos organizativos. Nosotras hemos platicado con Domi, pues es la que está ahí trabajando más a fondo. Pensamos en lo importante que era ocupar su puesto y potenciar el trabajo para beneficiar a las mujeres de la Montaña. Esto sin embargo, no ha sido fácil, es un ideal que no coincide con las políticas de los gobiernos, aun con el gobierno actual de Zeferino Torreblanca. Sabemos que el día de mañana se pondrán fuertes las cosas y que querrán subordinar su posición o su cargo. Ella debe tener claro que tendrá que renunciar.

Nuestra estrategia es ir tejiendo una red y ya se está haciendo, se va tejiendo la vinculación y se van identificando a mujeres de la Montaña, pues son como dieciocho municipios en la Montaña Alta, donde se va teniendo trabajo a partir del compromiso independiente de la Coordinadora. Ese fue otro paso que dimos.

En un tiempo estábamos preocupadas porque veíamos a Hermelinda como candidata a presidenta municipal, a Domitila en la Secretaría de la Mujer, yo ya estaba fuera del estado atendiendo la ANIPA y Felicitas también estaba fuera prestando su servicio a la Conami. Pensábamos que era mejor, como CGMI, desempeñar un papel importante para incidir en que las distintas secretarías de gobierno destinen recursos para mujeres indígenas y que trabajen con esa visión de género. Que atiendan las demandas de las mujeres. Creo que se ha ido logrando, aunque muy poco.

Yo acepté estar en el Consejo Consultivo de la Secretaría de la Mujer, siempre tratando de incidir con esta visión indígena y de las mujeres, ya que las políticas siguen siendo iguales, como si la entidad no fuera pluricultural.

El año pasado definimos nuestros propósitos: reposicionarnos en las regiones que estaban descubiertas, como la Montaña y la Norte; la alianza que se iba a tejer con el movimiento amplio de mujeres y las feministas; visibilizarnos en la tercera asamblea estatal y realizar el libro de la historia de la CGMI. Los dos primeros objetivos son bien importantes y hemos avanzado muchísimo con la aportación de todas las que ya vivimos en Guerrero; trabajando arduamente hemos logrado avanzar también en el tercer objetivo que aunque lento, ahí va, avanzando mucho con el apoyo de académicas como Gisela Espinosa y Karina Ochoa.

En Guerrero hay procesos organizativos fuertes. La Coordinadora no ha incidido en la construcción de agendas colectivas. Sigue siendo un reto la interlocución de respeto con los procesos locales y con las



dirigencias también; éstas siguen siendo, en su mayoría, de hombres. A esta distancia sentimos que si logramos ser un referente, una fuerza visible y respetada, vamos a lograr mejor todas esas acciones que se están empujando, porque queremos volvernos una fuerza que pueda incidir, interactuar y proponer en otro nivel. No queremos llegar y pedir treinta viviendas y que te traten con la punta del pie; queremos exigir el respeto a los derechos como eso, como derechos vigentes que deben respetarse, porque la pobreza está ahí, sigue en los pueblos, sigue permeando la vida de las mujeres.

Teníamos que identificar a más mujeres en ese caminar, teníamos mucha confianza de que pudiéramos crecer en el trabajo en la Montaña, en donde estamos muy débiles. Sabíamos que ya hay muchos cuadros que ahora pueden hablar con mucho conocimiento de causa y pueden encausar el proceso mucho mejor. Han perdido el miedo para hablar en su familia, en la comunidad, con funcionarias, con diputadas, con quien sea.

Antes recorríamos las regiones, hacíamos asambleas y resultaba bastante bien, las hacíamos no sólo con mujeres, también con autoridades. Todo tenía otro peso. Finalmente acordamos convocar a una marcha hasta el año siguiente con todas las mujeres que logramos articular, que forman parte de la Coordinadora Guerrerense o que están adhiriéndose. Se teje la propuesta para la marcha, porque en todos los rincones se está exigiendo respeto pleno a sus derechos humanos y específicos. Decíamos: “queremos una interlocución en este nivel, no sólo con la Secretaría de Desarrollo Social, en Guerrero. Queremos una interlocución con la titular federal y con todas las demás titulares”. Con el gobernador es otro nivel, un poco como lo que se logró hacer, en otro momento, con otras organizaciones mixtas como la Unorca, la ANIPA, el Consejo Guerrerense. Esto ha sido bien difícil, pues los gobiernos, los actores con los cuales hay

que dialogar para plantear, denunciar o avanzar, le dan un menor reconocimiento y peso a los liderazgos de mujeres.

No hay una garantía aun cuando te conviertes en una fuerza de ese nivel; pero lo que nosotras planteábamos y seguimos planteando en todo este caminar, es hacerlo con el gobierno, con el Poder Legislativo y con todos esos actores que están ahí y no están haciendo nada, ni lo piensan hacer, mucho menos si seguimos nosotras calladas. Tenemos que hablar, liberar los pensamientos, tener derecho a voz personal y colectiva y, para ello, el cambio dentro de la comunidad es el primer reto constante.

Con todo eso, estamos exigiendo al gobierno ver a las mujeres indígenas de otra manera. Las compañeras han estado en dos reuniones de organizaciones con el actual gobernador, hay una cerrazón tremenda de su parte, dice: “no hay más, ni un quinto para las demandas, menos a través de las organizaciones. Todo son proyectos grandes, megaproyectos, carreteras. Punto. Se acabó. A nadie se le va apoyar, ni a la coordinadora de la Unorca”. O sea, hay una cerrazón y tenemos que armar una estrategia conjunta.

Fuimos capacitadas ampliamente para ser líderes, se nos ha dado mucha información y capacitación sobre liderazgo, también sobre empoderamiento, reforzamiento de nuestra autoestima. Hemos sido capaces de atender diversos frentes y regiones; sin embargo, no se han podido gestar nuevos procesos regionales o locales. Esto es un reto constante de cualquier organización, aunque para muchas no es algo primordial y seguimos viendo a los viejos dirigentes siempre tomando decisiones, con muchas dificultades para reconocer a las mujeres y a las nuevas generaciones.

Nosotras hemos luchado y creo que, en determinado momento, hemos conseguido decidir los temas que queremos abordar, porque están vinculados con una demanda o con una realidad o necesidad. Hemos tenido problemas muy fuertes con algunas organizaciones.

Cuando quisieron trabajar el tema del aborto en la Conami, nosotras dijimos que no era el momento de tratar ese tema. Y al forzarlo, ahí están las consecuencias: las mujeres se confrontaron mucho, algunas lloraron, está atravesado el asunto de las religiones, hay una diversidad en ese sentido, también en las compañeras. Quizás individualmente se pueda hablar de muchas cosas, pero trabajar el tema del aborto desde una perspectiva de derecho, rompió muchas cosas con una organización que venía acompañándonos. Después, paulatinamente, como que se fueron enfocando más en acompañar cuestiones eventuales. En esa experiencia de capacitación hubo muchas reacciones de mujeres que, lógicamente, tienen diversas posturas en torno al tema.

La primera mesa de mujeres indígenas en el Consejo Guerrerense nos la aventamos en una Asamblea Estatal. Como era la primera mesa en la que participábamos, no sabíamos ni cómo encausarla. La mayoría de los temas que salieron fueron sobre la violencia y salud, ya que una gran parte de mujeres grandes se quejaba de muchos problemas de cáncer de matriz, de situaciones muy difíciles de salud; de la violencia y los maltratos físicos; de la falta de servicios en la comunidad. Había muchas denuncias, muchas necesidades, era una realidad que estaba ahí y que necesitaba atención.

En Guerrero hemos tratado de generar procesos de largo plazo. En ese contexto, buscar que las mujeres que trabajan la agenda de la CGMI de tiempo completo o desde su trinchera, empujen los derechos de la mujer, la salud reproductiva y evitar la mortalidad materna, que tengan acceso a la información y puedan concursar por la beca anual de Semillas-MacArthur, mediante la cual puedan desarrollar, de manera más apropiada, sus labores y aterrizarlas en lo local. Por eso hemos compartido esta información, buscando que se beneficien, porque hasta en eso primero los hombres han llegado a acceder a los beneficios y de manera dispareja no podemos

avanzar igual. Proponer a una becaria con una misión específica no es una forma de ganar la beca para tener un sueldo y ya, sino que se traduce en un trabajo colectivo. Para nosotras, lo importante son los derechos humanos de las mujeres indígenas, los ubicamos más allá de los derechos sexuales y reproductivos y hemos tenido facilidad, comprensión y desenvolvimiento en ese marco.

Para nosotras no es igual tener un diálogo en el Distrito Federal con puras mujeres profesionistas de una ONG, a un diálogo con una organización de una región indígena donde la mayoría no va a ser profesionista y no va a tener las mismas habilidades para elaborar informes para la rendición de cuentas y cada día las reglas fiscales son más duras y complejas. Entonces, hay que pensar en eso y a nosotras nos falta mucho para cumplir las expectativas.

Aspiramos a una escuela de liderazgos o formación de cuadros como la de Dolores Cuacuango en Ecuador. Ellas son mujeres indígenas muy diversas, desde dirigentes locales hasta mujeres con cargos en la organización o cargos de elección popular, cargos desde asuntos vecinales o comité del agua. No es que la escuela hace a las líderes, hay muchas que son natas y otras que tienen un camino andado, pero tener este impulso es de gran fortaleza para que nos brinden mayores conocimientos, elementos, insumos y fortalezas mediante la formación de cada dos meses, durante dos años. Quienes se capacitan en esta escuela tienen más puntos a su favor, aunque formalmente no tengan los títulos, pero sí los conocimientos y salir de esta escuela lo avala.

Hay mujeres interesantes que han salido de esa escuela y ahora son importantes en la lucha de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie), pero hay que, quizás, darle otro matiz en Guerrero: no sólo formarlas políticamente, sino darles otras herramientas, porque una de las cosas que han paralizado a algunas compañeras no es precisamente la falta de conocimiento, sino el no

perder el miedo, el no tener seguridad en sí mismas, el no construir las condiciones para caminar con los liderazgos masculinos. También en esta lucha y en ese andar, no subordinarse ni temer ni retroceder ni tampoco confrontar estérilmente, sino debatir, proponer, exigir, construir y hacer valer nuestros derechos.

Eso ha pasado mucho en los foros estatales de Guerrero en donde va nuestra dirigente y mucha gente se pregunta ¿por qué la Coordinadora Guerrerense no estuvo presente? Aunque ahí haya estado Libni u otras compañeras, pero nos comentan que la Coordinadora Guerrerense no alzó la voz, no se escuchó nada, ni una propuesta en voz de las mujeres. En enero le dije a Libni [coordinadora de la CGMI en el momento de la entrevista]: “tú tienes que ser más aventada, pues no siempre vas a interactuar con las que ya conoces, vas a tener que hacerlo con gente que a veces ni le caemos bien ni nada, tú sabes lo que para mí ha significado ir a estos eventos en representación de la ANIPA, muchas veces con adversarios políticos muy experimentados que no te dan tregua en la discusión aunque pertenezcan a organizaciones hermanas. Nadie sabe lo que por dentro siento, sé que tengo que ir y hacerlo y me aviento, porque creo en lo que hago, veo y construyo”.

En un evento que hubo en Ecuador, esta parte del miedo la platicaron mucho y fue algo que siempre tuve muy vigente: de que si una no pierde el miedo, una no tiene voz, no tiene presencia; una no habla, no propone, no denuncia... Y eso no nos lo dan ni las capacitaciones ni los cursos ni las escuelas; eso nos lo da el conocer, conocernos y fortalecernos espiritual e internamente.

Libni es buenísima en todo lo que tú quieras, pero cuando hacíamos los foros, yo le decía: “Libni, tú debes hablar. Domi hace la declaración. Feli hace esto otro, pero tienen que hacerlo porque hablar da visibilidad y hace que no sean las mismas”. Y Libni dice: “yo no quiero hablar, mejor yo veo lo de los pasajes”. Y le digo: “yo

sé que te da miedo. Que te está comiendo ese miedo, pero tú tienes mucha capacidad y debes aprender que si una no ocupa el espacio, siempre habrán otras mujeres avanzando". Otro ejemplo es el caso de Estela Pineda, que tiembla ante el micrófono, pero que cuando lo hacía ya nadie la paraba y hablaba con conocimiento de causa. Uno sabe que es tremendo, porque también lo pasó y esa parte a mí me preocupa mucho. Yo creo que hay que pensar en algo más formal como formar una escuela de cuadros y no en un taller sólo de dos días, donde todo mundo habla y quiere sacar conclusiones que sí son importantes, pero nada más para un periodo corto. Yo me cuestiono si estamos teniendo la capacidad de cambiar esas actitudes pasivas, temerosas, invisibles, que no nos dejan avanzar. Nos debe preocupar cómo encausar esas cosas, cómo armamos la estrategia que nos permita avanzar.

También pienso en las alianzas con la Secretaría de la Mujer, con el IFE, con gente como Karina Ochoa y digo: "hagamos esto con ellas y platiquemos aquello que tiene que ver con el proceso local en Xochis. Yo, Martha, sólo funjo como enlace y para ver cómo se garantiza la parte local y se apropian del proceso y ustedes mismas, como mujeres, se colocan en él. Ustedes son ustedes y se lo van a creer en la medida que quieran hacerlo".

La idea es que ellas vayan definiendo qué tipo de temas. A mí me queda claro que la Coordinadora es parte de una iniciativa de mujeres de la ANIPA, me queda claro que uno es parte de la ANIPA y que hay esas interconexiones, pero no estoy tan segura que a las mujeres les quede claro que estos procesos de capacitación son generados desde la Coordinadora Guerrerense. Es necesario poner nombre y apellido, pero primero tenemos que definir de qué manera la Coordinadora Guerrerense se está planteando los procesos regionales, cómo está planteándose crecer y detonar un movimiento de mujeres indígenas, cómo toma las demandas y las

proyecta hacia lo estatal. Debería ser de ambos lados, porque incluso en la ANIPA pasa y es bien difícil construir la identidad. No sé si la identidad o, más bien, el rostro como organización.

Aquí mismo decíamos anteayer y ahora mismo acabo de llegar de un lugar donde había un cartel que decía: “libertad a presos políticos” y firmaba “ANIPA Morelos”. Eso me sorprendió, porque en general todas las organizaciones firmamos o nos asumimos con lo más cercano que tenemos. Ejemplo: hace algunos años Estela se asumía del Consejo de la Nación Amuzga y de ahí nadie la sacaba y todo el mundo decía: “venimos como Consejo 500 años”, todas se registraban como “500 Años”, a ella no le importaba porque sentía que eso era otra cosa. Eso debía ser una alerta para nosotras, para ver cómo le vamos a hacer para entender que queremos ligar la participación desde lo local hasta el Enlace Continental de Mujeres Indígenas. Esto puede ser un ejemplo clarísimo, pues si tú les preguntas ahora: ¿tú perteneces al Enlace Continental de Mujeres Indígenas? Tres, cuatro o cinco te van a decir que sí, pero la gran mayoría te van a decir que no: “yo soy de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas”, a pesar de que pertenecemos a ese proceso desde el 97 y que se han dado informes, que se hizo una evaluación y arrojó tales y cuales resultados, pocas se identifican con Enlace Continental.

La Coordinadora Guerrerense ha querido separar y respetar esas estructuras hacia abajo, lo que permite identificar a las mujeres indígenas que están participando. Que vienen a foros y que asisten o que están ahí. Como esta iniciativa que tenemos ahora en Xochis. Por ejemplo, si me dices: “ANIPA”, es invisible, nadie va a saber por qué Martha está en ANIPA, más aún cuando la ANIPA invita basándose en la diversidad, porque allá siempre hacemos el trabajo como Consejo de Nación Amuzga, pero creo que ha sido un error.

¿Cómo construimos el rostro de la organización? Yo creo que nos falta. A eso le estoy apostando ahora que regrese a Guerrero,

a construir un rostro de mujeres de ANIPA-Guerrero, incluso quiero proponer –en la asamblea estatal que se va a llevar a cabo para el cambio de dirigentes de ANIPA-Guerrero– la creación de la Comisión de la Mujer ANIPA-Guerrero, pues es paradójico que si Hermelinda llegó a ser coordinadora estatal no haya una comisión de la mujer, pareciera que en la ANIPA nunca se ha hecho nada. Pero hemos tenido varias reuniones de mujeres de ANIPA, somos aportadoras de las estructuras específicas a escala estatal, nacional y continental, hemos hecho mucho, pero nuestro rostro como ANIPA ha quedado invisible. Nunca ha sido un conflicto para nosotras estar en dos estructuras, porque sabemos muy bien que la estructura de mujeres persigue objetivos muy específicos, comunes y que en ANIPA queremos construir un rostro integral, con una participación e incidencia política también.

Hoy voy como ANIPA, al otro día voy a Chilpancingo y me reúno como Consejo de la Nación Amuzga. Así es. Cuando yo llegué a la Coordinación Nacional de ANIPA, todo mundo me identificaba como coordinadora de la Conami, a pesar de que ya venía de salida todos me querían encasillar, a pesar de que digas que ya no, que Felicitas es la coordinadora. Es complejo, me preguntaba un representante de Derechos Humanos: “¿qué no eras del Consejo de la Nación Amuzga? Ustedes estaban trabajando todo lo de violencia”. “Sí, pero ahora estoy coordinado la ANIPA nacional”. Es complejo, porque venimos de varias organizaciones.

Pienso que si fortalecemos una participación consciente, organizada, constructiva, genuina, las mujeres en los procesos locales se van a empezar a identificar más. Yo me he puesto un reto grande de crearle un rostro a la ANIPA-Guerrero, un rostro de las mujeres como tal, porque no hay nada. Yo hablo de la Comisión de la Mujer, estoy intentando empujar y preparar el terreno. Con Domitila estamos armando la estrategia ANIPA-Guerrero, yo siempre he querido



abrir paso a las mujeres dentro de las organizaciones mixtas para que mínimamente tengamos igualdad de interlocución, pero me han cerrado las puertas muchas agencias internacionales porque no le apuestan al trabajo de nosotras las mujeres en un contexto mixto, prefieren sólo las organizaciones de mujeres, les interesa la Coordinadora Guerrerense. Entonces me han dicho: “nos gusta y creemos en tu trabajo, pero no se te puede apoyar financieramente porque es una organización mixta”. Cuando es con la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, ahí sí le entran; es preocupante porque no puedo avanzar desde aquí en un proceso de mujeres para lograr más capacitación, recursos y garantizar ir avanzando. Yo sé que eso no va a cambiar pronto por las políticas para los financiamientos.

Yo creo que uno de los retos de la Coordinadora es que no debemos dejar de lado lo que definimos el año pasado: reposicionarnos en las regiones a partir de los recorridos. Queremos recorrer los municipios y las regiones indígenas y empezar a identificar dónde hay presidentes municipales más accesibles. A algunos indígenas que son presidentes no les importa trabajar con visión de género, aunque el planteamiento sea con mujeres indígenas de su territorio.

Nosotras apostábamos que la coordinadora hiciera convenios municipales para talleres. Este objetivo no debe perderse porque no tendrá razón de ser la Coordinadora si su presencia no crece en las regiones. Yo creo que la capacitación es primordial, por eso la Coordinadora tiene que reactivarlas, mínimo cada dos meses se deben realizar talleres estatales de capacitación, y en los municipios avanzar con talleres locales. Habíamos pensado hacer reuniones municipales de mujeres indígenas –lo cual es un reto–, no sólo capacitaciones eventuales, sino generar procesos a largo plazo.

Siento que tanta responsabilidad fuera del estado ha tenido un costo, fue un error haber quedado fuera de los procesos estatales

de los pueblos indígenas o de organizaciones que se han dado en los últimos tiempos. Haber estado fuera, significa que no hemos tenido visión de todo este asunto colectivo de los pueblos. Nos olvidamos de las demandas colectivas, debimos haber tenido claro que no podíamos caminar solas. No obstante, se dieron procesos interesantes: confluyeron muchas organizaciones y hay una agenda local para el desarrollo de los pueblos indígenas. La Coordinadora tiene que lograr insertarse, establecer alianzas con las organizaciones indígenas, posicionarse.

Pienso que, en ese caminar, ir identificando los cuadros jóvenes es algo necesario: se identifican a hombres y mujeres jóvenes y se vinculan en el proceso. Lo que no tenemos solucionado es la generación de recursos materiales, humanos y económicos, pero ello dependerá en gran medida del interés del colectivo, en principio.

Queda la interrogante de la parte de la defensa jurídica de las mujeres indígenas, cómo lograr este acompañamiento legal en los múltiples casos de violaciones de derechos humanos que se presentan. Lo ideal sería contar con mujeres abogadas indígenas. Habría que evaluar si la defensa de los derechos de las mujeres se puede llevar adelante litigando o mediante otros métodos de lucha. Hay muchas denuncias que salieron cuando hicimos una evaluación. Sentimos frustración al valorar qué fue lo que no hicimos al respecto. Hay casos de mujeres indígenas que, más allá de la cuestión política o de la denuncia que pudiéramos hacer en el periódico, necesitan un acompañamiento legal permanente y adecuado.

Es claro que nada más denunciar públicamente en el periódico no sirve de mucho. El paso jurídico no lo hemos dado, no estamos hablando de una violación sexual o de agresiones físicas, hay y ha habido mucha, pero mucha violencia que además ha ido en incremento. En cuanto a los ajustes políticos en los municipios, las mujeres han sido también víctimas de abusos de servidores públicos,

ya que han perdido los apoyos del Programa “Oportunidades”. La represión viene por su activismo político en contra de los intereses de quien tiene el poder en ese momento en el municipio. El camino por recorrer es mucho más largo que el camino andado.



## Todas las mujeres como una sola

*Libni Iracema Dircio Chautla\**

Nací en el Distrito Federal hace 29 años. Mis papás son de Ahuacuotzingo y Chilapa. Allá se conocieron, pero se fueron al Distrito Federal, cada quien por su lado para estudiar; allí se hicieron novios y aquí estoy. Soy la mayor de once hermanos. Vivimos en el Distrito Federal y en Veracruz poco tiempo. Nos fuimos a vivir a Chilapa cuando yo tenía como tres años. En Chilapa estudié el kínder, la primaria, secundaria y prepa. Luego estudié la licenciatura en sociología en la ciudad de Chilpancingo. Yo sólo hablo español, mi mamá náhuatl. Sólo mi mamá, porque mi papá, aunque tenía sus abuelitos que hablan náhuatl, no aprendió.

Yo vivo en unión libre desde hace tres años, no tengo hijos. Mi esposo es albañil, se llama Eliseo Bonilla y trabaja en Guerrero, bueno, igual sale a donde hay trabajo. Ahorita quiere instalar un negocio, estamos pensando en hacer otras cosas que nos generen

\* Libni Iracema Dircio Chiautla, es nahua de la región Centro, tenía 29 años al momento de la entrevista. Vive en unión libre y no tiene hijos. Ha participado en la Noche Sihuame Zan Ze Tajome, en la Conami, en Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas y en la AMMOR. Ha sido Coordinadora de la CGMI y becaria de Semillas. Entrevista realizada por Gisela Espinosa Damián el 3 de diciembre de 2005 y el 16 de enero de 2006. Edición de la entrevista: Gisela Espinosa Damián.

ingreso porque está difícil la situación económica. En el trabajo de la organización no hay un salario, todo es honorífico. Por ahora tengo la beca [de Semillas]. Esta beca es por un año, después no tendré ninguna entrada de dinero para hacer el trabajo de la organización y cubrir los gastos básicos. Es difícil para todas hacer el trabajo sin recurso. Con mi esposo estamos viendo algunos negocios, necesitamos no encerrarnos en eso, por lo menos yo no sirvo para hacer negocios. Tratamos de invertir en una cristalería, pero yo ni tiempo tengo para atenderla, no sé cómo están los dineros ni nada. Yo dije: “¡ay no! Esto es un desastre ¡Me tengo que ordenar!”.

Empecé a participar en la organización a finales del 96 y más en el 97. Yo estaba estudiando la universidad, pero desde que iba a la preparatoria veía que mi mamá siempre salía a reuniones. Era supervisora de tiendas Conasupo y yo la acompañaba, me gustaba y cuando ella no quería yo hacía mis berrinches hasta que me llevaba. Así fue como me fui metiendo a este proceso.

Quien da origen a la organización de mujeres es mi mamá. Ella cumplía la función de supervisora de Conasupo pero, al mismo tiempo, la Zanzekan Tinemi le delegó el trabajo organizativo del Área de la Mujer Campesina. Tenía dos responsabilidades, porque bueno, mujeres con mujeres se entienden, eso dicen las señoras. Se empezaron a integrar de manera organizada a la Zanzekan en su Área de la Mujer Campesina.

Mi mamá formaba parte del Comité de Vigilancia de la Zanzekan Tinemi, pero en la toma de decisiones, como siempre, no tenía peso la mujer. En el trabajo sí, pero para la toma de decisiones nada. Aunque llegaban recursos para las mujeres los administraban los señores. Eso sí, para las cooperaciones sí, las mujeres tenían que aportar: “tú aportas, cooperas. El dinero que llega, nosotros lo distribuimos”. Por esas cosas, dijeron las mujeres que no era conveniente estar invirtiendo así, invirtiendo económicamente y

físicamente, el tiempo y el esfuerzo organizativo, para que ellos se lo apropiaran en un discurso y que, finalmente, ellas estuvieran ahí nada más cubriendo un espacio. Entonces, deciden constituirse en otra figura jurídica, la triple ese *Titekitoke Tajome Sihuame* (Las mujeres estamos trabajando), pero estos señores pusieron el grito en el cielo, se enojaron, no estuvieron de acuerdo.

Desde el inicio, ellos no quisieron que se constituyera la Titeki de manera legal, desde ahí empezó todo. De por sí ya antes había problemas. Yo recuerdo que en las reuniones con los funcionarios: “las mujeres a hacer la comida”. Nosotras siempre estábamos peleando que no, aportábamos para los gastos de alimentación y todo eso, pero siempre ese mal hábito de los compañeros de apropiarse de los funcionarios: “tú funcionario conmigo, yo no te suelto y tú no me sueltas”. O sea, nunca dejaban que las mujeres hablaran con los funcionarios. Todas las negociaciones y todos los proyectos eran para la Zanzekan, para los señores, para el Consejo Comunitario [de Abasto] y no para beneficio de todas las áreas de la Zanzekan. Entonces, teníamos conocimiento de que había financiamiento a proyectos propios para las mujeres, pero no había participación real de las mujeres en la toma de decisiones.

Cuando hay mujeres formadas, los señores siempre quieren cooptarlas: “ésta es buena para esto y para esto otro. Que se venga para acá”. Entonces, ahí hubo pelea de parte de ellos. Le dijeron a una compañera que era buena: “tú defines si te vas con las mujeres o te quedas con nosotros”. ¡Hasta ese punto! A las mujeres las metieron en un conflicto.

Cuando se constituyó la Titeki yo quedé como suplente de la secretaria y empecé a asumir más responsabilidades, me delegaron un área de servicio social. Teníamos un programa de registro civil: la gestión, el trámite, certificación de actas, aclaraciones, actas de matrimonio. También la capacitación en derechos de las mujeres,

en derechos humanos, salud muy poco, teníamos a un equipo de prestadoras de servicio social de la UNAM: primeros auxilios, cosas así muy prácticas para las mujeres. Me quedé con eso. Siempre con el acompañamiento de la directiva, porque para mí era nuevo. Inicialmente, la secretaria tenía estas responsabilidades, pero como me fui metiendo, tuve que asumirlas. Aprendí en la práctica y con unas asesorías.

En este proceso organizativo yo siempre he estado observando cómo se manejan las cuestiones de organización a nivel político. Por ejemplo, si van a constituirse en APN [Asociación Política Nacional], a lo mejor la gente que está al frente y los cuadros medios tienen la información y la entienden (o la entendemos), pero no es lo mismo con las compañeras que están en las comunidades. Si no les aclaramos bien qué quiere decir o por qué se hacen las cosas, si ellas no participaron, por ejemplo, en la toma de decisiones, entonces no tienen claro por qué se constituye una Asociación Política Nacional.

Existía un espacio político en la región en donde se coordinaban las organizaciones, su nombre era Convergencia Regional Centro Montaña, donde estaba la Titekitoke, una organización de ahorro y préstamo que se llama Matotlanejtikan Tomín, AC; Altépetl Náhuas, AC, que trabajaba la cuestión indígena, proyectos productivos y cultura; el Consejo Comunitario de Abasto que fue un pilar importante de la Zanzekan y, por supuesto, la triple ese Zanzekan Tinemi. Todas estas organizaciones integraban la Convergencia porque vieron que era necesario; también vieron que era necesario constituir una APN para la participación política.

Yo decía a las compañeras que observáramos mucho porque a mí no me parecían las decisiones que se tomaban. De pronto decían como los partidos políticos: “vamos a hacer el registro, la afiliación de tantas gentes”. Y llegaban con cada organización. A



nosotras nos dijeron: “a ver ustedes, mujeres, les tocan tantos”. Y yo me rehusaba, no sé porqué. “Pobres compañeras, si no saben, ¿por qué lo tenemos que hacer?”. Yo siempre estaba discutiendo esas cosas. Aparte de mí, había un compañero del área técnica y: “oye, ¿cómo ves esto?”. “Pues mira, no debería ser así, porque la gente tiene que tomar una decisión desde abajo, no de arriba hacia abajo”. “Bueno, sí es cierto”. No me parecía correcto que algunas cosas se impusieran. A veces, aunque no quieras, la organización de mujeres se ve envuelta o forzada a dar seguimiento a cosas de las que no está convencida, pero como era una convergencia y había normas y reglamentos, se tenía que trabajar de manera conjunta y tenía que hacerlo.

Aun estando constituidas de manera autónoma, se le seguía forzando a hacer esto, a hacer aquello; y aunque peleara, la mayoría en las organizaciones eran hombres, muchos hombres contra una o dos mujeres. Porque luego había reuniones de coordinación, donde participó mucho mi mamá, yo muy pocas veces, y aunque hubiera un punto o varios en los que no estuviéramos de acuerdo, si todos te echaban montón asumías, aunque no estuvieras convencida. Esa era otra de las desventajas. Igual si se proponía a alguna de nuestras compañeras para desempeñar un cargo de representación nacional, los señores querían que se les consultara, pero nunca lo hacíamos nosotras porque éramos autónomas. Y entonces le reclamaban a la compañera: “¿por qué dejaste que se quedara la compañera y no nos consultaron?”. La respuesta que recibían era: “ya está en el cargo. Ahora dile que renuncie”. “No, díganle ustedes”.

Son esas las cosas que nunca ayudaron a fortalecer a la Titekititoke. En la organización, si algo funciona bien es cosa de todos, pero si algo no funciona bien, la responsabilidad se queda en una, ya no es colectiva la responsabilidad. En ocasiones en la Titeki había celos de liderazgo en la toma de decisiones de algunas

dirigentes. Por ejemplo, en la segunda directiva, la presidenta pensaba que tenía el poder absoluto para decidir en lo económico y en las actividades. Era una mujer muy comprometida, eso sí, no se le pueden restar los méritos, pero a veces no todas estamos preparadas para llegar a un puesto de representación, suele suceder mucho. A veces vemos este problema en los hombres, pero también lo estamos viendo con las mujeres.

Ahí yo peleaba mucho para viáticos, por ejemplo. Era como si estuviéramos en la opulencia y se gastaba a diestra y siniestra. Yo estaba como tesorera y empecé a hacer un tabulador para transporte, alimentación, para los gastos. Esas eran las cosas que no gustaban, igual el programa que yo seguía desarrollando, estaba dando respuesta a las compañeras pero ya no se veía bien porque sentían que eso me fortalecía. En algún momento se llegó a decir: "es que dice que es su proyecto". O sea, como tomándolo por otro lado ¿no? Yo sentía mi responsabilidad, pero eso se malinterpretaba.

Mientras tú no te metas, aunque seas parte de una directiva, en las decisiones económicas, en las decisiones políticas, donde manifiestes tus acuerdos y desacuerdos en relación con cualquier punto, entonces, no hay problema, pero cuando ya dices que estás en desacuerdo, que no tiene que hacerse de esta manera, que se debe ir siempre por la transparencia, entonces, ya hay desacuerdo. Esa es parte de mi experiencia, ya había aprendido. Eran tres años de mi vida en la organización y desempeñando dos cargos diferentes: el primero como secretaria suplente y, en ese momento, la tesorería.

Aparte de esto, siempre ha habido problema porque mi mamá y yo hemos participado muy cercanamente y nos ayudamos mucho, de alguna u otra manera nos complementamos, nos reforzamos, analizamos en torno a la organización y esto siempre ha causado ruido afuera. La Zanzekan no estaba de acuerdo, en lugar de reconocer el trabajo de todas las mujeres se empieza a manejar la

idea de que solamente es la mamá y la hija. Eso siempre nos hizo sentir mal pero bueno, finalmente es lo que decían los compañeros, ahora ya no me afecta. Los compañeros empiezan como a meter ideas a las otras compañeras, para que la organización no funcione bien; convencen a las compañeras de todo aquello que no es cierto y se van por la otra vía. Esa fue una de las causas de que mi mamá y yo nos alejáramos de la Titekitoke. Tristemente, porque estaba avanzando a pasos agigantados en el aspecto organizativo, en el aspecto económico.

Había cuestiones negativas, un conflicto interno que afectaba mi salud emocional y física. Cuando suceden esas cosas, uno opta mejor por retirarse, porque si confrontas está difícil. Mi mamá, yo y parte del equipo técnico mejor dejamos ahí nuestra participación. No quisimos que las compañeras se confrontaran, por salud también de ellas. Hubo muchas mujeres que estuvieron muy claras y dijeron: “se van ustedes, nosotras también nos vamos”. Tomamos un receso, dejamos ahí un tiempo nuestra participación. Estos señores dijeron bastantes cosas contra nosotras, de mal manejo de recursos, de manipulación de información. Fue una experiencia, en lo personal, muy triste, porque en verdad íbamos bien. Su enojo era porque decidimos constituirnos en una organización de mujeres. Ahora, por ejemplo, a más de cinco años, hasta la fecha, el año pasado un señor decía: “la Zanzekan, a través de Unorca Guerrero, sigue limitando la participación de las mujeres, porque la gestión de recursos no es equitativa para las mujeres”. Casi nada, pues. No nos aporta nada aunque estemos invirtiendo tiempo, recursos en marchas, en reuniones, en capacitaciones, a las mujeres no. Sólo algunas que piensan igual que los hombres, a esas sí.

Cuando Unorca organiza sus eventos en la región de Chilapa o en Chilpancingo no participamos, no nos coordinamos con los señores y no es porque no queramos, sino porque invitan a las

compañeras a última hora o de plano no las invitan. Además de que siguen con la idea de: “vamos a traernos a las mujeres y ahora sí, vean cómo trabaja aquí la Zanzekan en Chilapa con las mujeres y la foto muy bonita”, pero no.

En una ocasión invitaron a participar en un taller de solución de conflictos y fueron nuestras compañeras y se quiso hacer un ejercicio de la solución. Un integrante de Zanzekan dijo: “veamos qué problemas tienen estas mujeres con los compañeros de la Zanzekan, hay que solucionar los problemas”. Ahora, a tantos años, les sigue pesando porque estamos en otro camino y no con ellos. Dicen: “A ver ¿cuáles fueron las causas de ustedes?”. Lo bueno es que las compañeras dijeron: “¿saben qué? Eso pasó hace tiempo, nosotras somos una organización independiente, no tenemos nada que ver con eso, somos Noche Sihame Zan Ze Tajome, entonces, si quieren arreglar cuestiones del pasado, busquen a las compañeras que estaban”.

En la Titeki queríamos impulsar el espacio propio de mujeres de manera autónoma, para que las mujeres pudiéramos tomar decisiones en relación con la vida personal y ayudar a la familia mediante la generación de ingresos, adquisición de servicios para la comunidad que además ayudaran en mucho a las actividades domésticas de las mujeres, y generar una cultura de ahorro en las mujeres que sirviera como pilar para impulsar otro tipo de proyectos.

Porque cuando ibas o vas a una institución siempre te dicen: “a ver, dime qué tienes”. Ahora, siempre es así. Y este ahorro es el pilar de la organización Titekitoke y ahora lo es para la Noche Sihame, porque todas las mujeres, todas, todas ahorran. Ellas administran sus recursos, su ahorro comunitario, de grupo, se lo prestan entre ellas, la organización sólo hace acompañamiento y capacitación sobre aspectos organizativos o de administración.

En la Titeki, teníamos un proyecto de producción de porcinos; yo decía que iba muy bien porque ya teníamos convenios con el gobierno del estado de Guerrero para hacer las entregas a diferentes regiones del estado. Las compañeras producían, llevaban muy bien sus controles técnicos, administrativos, estaba el equipo técnico muy bien. Ahí estaba una consultora que se llama Cidagi (Consultoría Integral de Desarrollo Agropecuario Industrial), era un equipo consolidado y estaban con nosotros trabajando muy bien. Las compañeras se estaban capacitando también para la elaboración de abonos orgánicos con el excremento de los cerdos y otras cosas que utilizaban ahí. Algunos huertos agrícolas familiares para su propio consumo, tiendas comunitarias de abasto que administraban los grupos de mujeres, gestionadas por ellas, porque cuando no había tienda, tenían que ir a comprar a una hora de camino. Y siempre tenían que caminar las mujeres, siempre eran ellas. Los señores no veían igual el problema, decían: “aquí tendremos la tienda”, y luego: “¿para qué quieren una tienda?”. Había molinos de nixtamal. Esas eran las tareas.

En la Titekitoke, llegamos a ser como doscientas cincuenta o trescientas mujeres, puede ser que un poco más, ya eran muchas. Nos salimos como en el 98 o 99. Tratamos de alejarnos por el bienestar de nosotras mismas.

Yo no era casada en aquel tiempo, pero a las casadas sus compañeros les decían: “¿por qué están ahí, mejor ya dejen ese espacio?”. Hasta la fecha seguimos viviendo esas limitaciones, aunque seamos organizaciones independientes, principalmente, en los espacios mixtos. En el aspecto familiar, la primera lucha de las mujeres se da de la siguiente manera: si eras hija de familia, era con su papá o con sus hermanos; si eres casada con el esposo, suegros, abuelos, tíos.

En mi caso, yo no peleaba con mi mamá, porque mi mamá ya estaba ¿verdad?, pero otros no lograban entender porqué estás ahí o qué buscas o cuál es la ganancia de las mujeres, por decirlo así. Si tú ves las desigualdades y ves que hay necesidades, pues estás por eso, ves que es necesario que esas desigualdades no estén presentes y por eso siempre se trabaja en los derechos de las mujeres. Pero eso no se acepta. Por ejemplo, unos señores, los esposos de las señoras, se preocupaban porque hablábamos del reconocimiento del trabajo de las mujeres, eso era lo que no se permitía por parte de ellos. Y ese fue uno de los aprendizajes. Ahora, poco a poco, reconocen lo que hacen las mujeres.

Tal vez con el tiempo se va fortaleciendo en mí el manejo de emociones. Antes, mi estomago no soportaba tantas cosas, eso de las emociones era tremendo, yo decía: “¡es que no puede ser!”. Todo este estrés y esas cargas que no te dejaban ni dormir ni sabías qué hacer ya con tu vida, fue así como muy fuerte. Ya despuecito dejé pasar un rato. Finalmente, las cosas pasaron. A lo mejor fue como un proceso de madurez. Si no has vivido un proceso de éstos, a lo mejor no le das importancia a tus emociones y ahora, en mi caso, ya le doy un poco de distancia y tomo el lado amable. Esos son los aprendizajes.

Antes, aunque yo estaba participando no lo veía tan importante, mi mamá me decía: “quédate, quédate a la reunión”. Y yo: “no, no, ahora no puedo, me voy a pasear”. Pero ya después, poco a poco, empecé a revisar: “¿cuánto me perdí?, ¿cuándo fue esto que comentan las mujeres? Yo no supe. ¿Y eso cuándo fue? Cuéntenme, porque yo desconozco cosas, no estuve en ese proceso”. Lo mismo pasó con mi hermana. Ella se casó muy jovencita, 16 años, tiene otro proceso. Yo era libre, siempre he sido como muy independiente, aunque estuvieran mis papás yo me iba a trabajar y a estudiar: “ahora no regreso a la casa y me quedo con una amiga”. O econó-

micamente; por ejemplo, sufría a lo mejor de dinero, pero siempre trataba de no depender, es algo que ahora mi esposo no logra entender, le cuesta mucho, pero bueno, me apoya.

Mi mamá me alentó mucho. Ahora me gusta escuchar el reconocimiento que tiene mi mamá en el estado. En la universidad por ejemplo, luego me dicen: “tú tienes una mamá muy importante”. Y yo la veo como persona normal. Cosas de las que luego no nos damos cuenta. Y luego me preguntan: “¿pero por qué te metiste a esto?”. Y yo: “pues no sé, me gustó, andaba con mi mamá y ya me integré”. Nos ayudamos y apoyamos mucho.

Mi papá. Mi papá... bueno, él también ha estado en este proceso, pero desde otra perspectiva. En la política partidista en que estaban inicialmente los dos, ahí andaban los dos. Se iban a hacer campañas. Antes andaban en el PMS [Partido Mexicano Socialista], pero ya después, cuando deciden separarse de ahí, mi papá impulsa, con mi mamá, una cooperativa de artesanías y, después, ya empieza mi mamá solita en este proceso y él se retira, porque igual siempre ha estado trabajando fuera.

Como era muy absorbente el trabajo de la organización, mi papá no entendía por qué mi mamá o nosotras teníamos que estar peleando ahí con los hombres, por qué asumir tantas cosas, por qué invertir recursos. Entonces, no entendía mucho y se molestaba, no estaba tan de acuerdo. Fue un tiempo en que en la casa estaba todo muy difícil, entonces él opta por irse a Estados Unidos. Los problemas de la organización, los de la Titeki y los problemas de casa. Él no podía entender por qué teníamos que estar ahí, dando todas nuestras fuerzas y desvelos, nuestros sábados y domingos. Siempre ha sido así, pero en aquel tiempo era mucho más. Cuando entiende finalmente, cuando logra entender por qué y todo, ya había decidido irse a Estados Unidos a trabajar, entonces dijo: “ahora entiendo bien, pero ya decidí irme para allá”. Ahora él nos apoya.

Mira, esta lucha, económicamente no te da. Una de las cosas que él decía era: “si estudiaste, ¿por qué sigues aquí, por qué no buscas una plaza?”. Lo que él siempre ha querido es que nosotras estemos bien, todos sus hijos, entonces, siempre dice eso: “¿por qué mejor no te sales de ahí y buscas un trabajo? Que estés segura, que no estés sufriendo, porque aquí no ganas dinero”. Pero a pesar de que él lamenta que no tenga una plaza, una seguridad económica, está contento. Antes no, en aquellos tiempos decía: “bueno, tantas peleas y para qué. Mejor sálganse”. O no le gustaba que llegáramos así tardísimo o nuestra salud. Y ahora dice: “yo estoy muy orgulloso de ustedes”. Siempre dice: “es que ustedes son de una familia de gigantes”. Porque mis bisabuelos fueron personas muy reconocidas, eran líderes, por lo que me cuentan. Les gustaba ayudar a la gente y estudiar. Mi papá siempre nos dice que somos hijos de gigantes y le gusta mucho lo que estamos haciendo y los reconocimientos, siempre nos comunicamos: “¿cómo te va en tu trabajo?”. Son cosas que tenemos, son cosas bonitas de esta familia.

Yo empecé con las mujeres de manera formal en la organización Titekititoke Tajome Sihame, que igual estaba integrada por mujeres nahuas de Chilapa de Álvarez, Zitlala y Ahuacuatzingo. Cuando estaba en la Titeki, en 1997, no sé ni cómo ni por dónde llegó la invitación de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas para una capacitación en derechos sexuales que se realizó durante dos años. Inicialmente veníamos dos compañeras, pero después, por el problema de la Titeki, se retiraron. Yo estuve participando, venía de Guerrero a México y fue en este espacio de la Coordinadora Nacional que nos encontramos varias mujeres de Guerrero; allá en Guerrero no nos conocíamos, yo estaba en Chilapa y las demás en Chilpancingo.

Con Martha Sánchez nos encontramos en la Segunda Asamblea Estatal de Mujeres en Chilpancingo, mujeres de todo tipo de



organizaciones y académicas, para analizar la situación de las mujeres en relación a derechos humanos: violencia, la situación económica, política, todo lo que tiene que ver con las mujeres. Desde aquel entonces, no recuerdo si en el 98 o 99, había muchas mujeres siempre participando en la organización “500 Años”. Participaban en los eventos, en las marchas. No sé por qué, pero me llamaba mucho la atención y yo asistía a esos eventos, aun cuando no pertenecía a esa organización. Por eso, los compañeros de “500 Años” que están en ANIPA me conocen.

En el 98 o 99, veíamos con Martha que era necesario que hubiera una organización especial de mujeres, porque no había realmente reconocimiento estatal de mujeres. Por ejemplo, en “500 Años”, las mujeres vivían cosas parecidas a las que vivíamos nosotras en Chilapa, con diferentes actores, entonces, veíamos con Martha que había muchas mujeres y que era necesario integrarnos en una organización estatal para fortalecernos, conocernos más, intercambiar nuestras experiencias y también que a través de esta organización íbamos a tener más impacto, más reconocimiento estatal. No había ninguna organización estatal de mujeres indígenas. Entonces dijimos: “bueno, podemos hacerlo; estamos viendo a las demás compañeras, creo que estamos en las mismas condiciones económicas, de trabajo y de compromiso, entonces hagámoslo”.

En ese primer intento de reunión estatal estuvieron aproximadamente como cien mujeres de varias regiones de la Costa, de la Montaña, muchas mujeres que eran del Consejo Guerrerense 500 Años. Queríamos empezar la organización estatal, acordamos que nos íbamos a volver a reunir, pero ahí se quedó todo. Nos faltó, no sé por qué ya no le dimos seguimiento. Después de esto, yo me voy a Puebla a trabajar en el programa de desarrollo rural como consultora de la Cidagi, ahí me estaba integrando como técnica. Había dos plazas y me dicen: “¿te quieres ir?”. Yo tenía

miedo y dije: “no, yo no me voy”. Pero después, para olvidarme de todo este proceso medio traumático decidí irme a Puebla, ¿qué será?, no sé, ¿dos años? No recuerdo cuánto tiempo me fui y me desligue de todo, todo, todo. Nada más le hablaba a mi familia, a mi mamá, a mis hermanos, pero no sabía nada de la organización de mujeres.

Sí, sí me fui, estaba trabajando, no tenía ni tiempo para pensar o recordar muchas cosas, y bueno, allá solita encontré muchas mujeres muy buenas. Estaba como consultora del programa de mujeres en desarrollo rural, me fui a la Sierra Norte de Puebla y encuentro que también ahí era otra pelea con los hombres. Nosotros llegábamos con poder de decisión sobre los recursos para el financiamiento a los proyectos. Sí, nosotros éramos los facultados para decir: “ah, este proyecto es viable” y verificar que estuvieran las compañeras ahí, que sí tenían ganas, que sí era proyecto de ellas. Pero encontré que eran compromisos políticos. Me acuerdo que había un presidente que primero me abrió todas las puertas del ayuntamiento y me decía: “puedes hacer las cosas aquí, no te preocupes, el servicio de teléfono está disponible”. Pero no duró mucho esa atención, lo que quería el presidente era la aprobación de proyectos que no cubrían los requisitos, así, sin que existieran grupos de mujeres. De esa manera trabajaban allá los técnicos de la Secretaría de Desarrollo Rural.

Yo no estaba acostumbrada a trabajar de esa manera, pero los técnicos no podían aceptar que una mujer les dijera nada, no aceptaban que yo fungiera en cierta forma como si fuera jefa de ellos. Que no era así, pero ellos lo veían así. Entonces me ponían trabas y trabas; yo les pedía el trabajo, los avances, y no había nada. Así fueron las cosas, pero bueno, fue una experiencia más.

Cuando me fui para allá me desligué de todo. No sé por qué habré tomado esa decisión ¿verdad? Yo creo que no quería saber

nada de nada. Ni siquiera le hablaba a las compañeras de Guerrero, a Martha, a Feli. Yo no sé por qué de plano me desligué de todo.

En una ocasión regresé y no recuerdo a quién contacté, pero llegué a una reunión de la Coordinadora Nacional. Fue muy bonito ese encuentro porque ya tenía un buen de rato que no veía a Martha, a Feli, a todas, a todas ellas. Me perdí muchas cosas. Por ejemplo, la marcha de los zapatistas yo me la perdí. Lo del Congreso de Nurio, Michoacán, también. Hubo muchas cosas que también me perdí por alejarme, sólo veía las noticias sobre lo que sucedía con el movimiento indígena.

Habían hecho un trabajo de muerte materna en la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas. Yo no me iba a venir de Puebla, pero mi mamá que estaba en Guerrero, ganó una beca de la Fundación MacArthur y me dice: “ven a apoyarme”. Las mujeres estaban diciendo que después de un tiempo de receso y de reflexión ya querían volver a ser organización, seguían trabajando en sus grupos. Ellas nunca dijeron: “ya se desbarató la Titeki, ya no somos grupo y adiós”. Aunque a algunos grupos sí les pasó eso y a otros no, éstos eran los rescatables. Ahí sí, dijimos: “¿saben qué compañeras? Sigán trabajando. No sé preocupen, ya cuando estén las condiciones nos volvemos a reunir. Pero que salga de ustedes, mientras tanto, hay que descansar”. Entonces, ellas siguieron trabajando en sus grupos, siguieron ahorrando, siguieron dándole seguimiento a sus proyectos, ahí estuvieron las mujeres. Es hasta el 2002 cuando ellas decidieron que ya no querían estar trabajando solitas, que había que retomar el proceso y formar una nueva organización. Fueron esas mujeres que mantenían con vida a sus grupos, algunas venían de la Titeki y otras nuevas. No se obliga a nadie a estar en la organización. Me vine a apoyar a mi mamá y se hace la asamblea de constitución de la Noche Sihuame Zan Ze Tajome: “todas las mujeres como una sola”.

Déjame decirte que para la constitución formal siempre se enfrentan obstáculos, como no tienes la información dices: “vamos a poner esto en el acta” y ponemos todo lo que creemos, pero cuando vas a Hacienda a registrarte, nos dijeron: “esto no pasa, así que regrésate”. Y hay que volver a modificar artículos y nuevamente con el notario se hacen gastos terribles. A una le hace falta mucha asesoría en este aspecto y que luego cuando te asesoran, te dicen cosas que no son del todo ciertas. Esto mismo nos pasó con la Coordinadora Guerrerense, donde soy la representante actualmente.

Para la asamblea de la constitución de la Noche Sihuate, en 2002, fueron treinta compañeras, las más representativas, porque ellas decidieron constituirse, pero no había impulso ni nada de nada. Entonces dijeron: “aunque seamos poquitas, pues, para iniciar el trabajo”. Ahora hay doscientas, trescientas mujeres y me nombraron para presidenta. Yo dije: “es que no he estado, prácticamente”. Entonces dijeron: “te quedas tú en la presidencia”. “Bueno”.

Inicialmente querían que fuera mi mamá, pero ella había dicho que no, pensando en lo que dijeran los demás: “ya ven, ya se fundó otra organización y ahora la presidenta es ella y no quiere dejar los cargos”. Y entonces, me dejaron a mí. Estuve ahí durante dos años, retomamos la línea de ahorro y préstamo.

Ahora estamos trabajando con capacitación en liderazgo, ahorro y préstamo, mejoramiento de vivienda, una capacitación general sobre derechos humanos, comunicación, lo que ellas necesitan. Algunos programas de Alianza para el Campo, pero muy poco porque es mucho trámite burocrático y no queremos nada de eso. Estábamos viendo que las compañeras quieren impulsar proyectos productivos pero tienen miedo a endeudarse. Entonces, estamos planeando un proceso de capacitación para que tengan esta visión... no empresarial, porque eso no nos gusta, más bien que tengan los elementos, las herramientas. Como por ejemplo, administrar los

recursos económicos y humanos para que puedan desarrollar ese proyecto y que no tengan ese temor. Ellas siembran cebolla, tomate, todo lo que son verduras, pero no quieren un financiamiento de fuera, todo lo hacen con sus propios recursos. Sí lo necesitan, pero no quieren por el temor.

En 2002 dimos seguimiento a algunas actividades para tener el estudio “Doscientas trece voces contra la muerte materna”. Estuvimos haciendo los talleres en Chilpancingo y luego Martha volvió a retomar la idea de constituir a la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. También fue porque la Casa de Salud “Manos Unidas”, que tenemos en Ometepepec, ameritaba una figura legal.

En la Coordinadora Guerrerense siempre se han tomado las decisiones de manera colectiva, en reuniones donde están presentes las representantes de las regiones: Centro, Montaña, Costa chica y Norte, aunque las compañeras de la región Norte están desarrollando acciones más productivas y económicas y poco las cuestiones sociales como salud. En el proceso de la Coordinadora Nacional y de la Coordinadora Guerrerense sólo estuvieron al inicio, ahora ya no están.

Entre las decisiones que se han tomado, una muy importante es la de la Casa de Salud. Siempre se tomaron las decisiones de manera colectiva, para que no hubiera algún problema de desacuerdo. Actualmente, la Casa de Salud está funcionando en Ometepepec. Ha sido un proceso muy importante que se enfoca a la prevención de la muerte materna en zonas indígenas. La Casa de Salud ha tenido varias coordinaciones. Primero estuvo Martha Sánchez, por un periodo pequeño. Posteriormente entró Felicitas Martínez y Hermelinda Tiburcio, ellas enfrentaron muchos problemas institucionales con la CDI y con la Secretaría de Salud (Ssa), porque presionaban para que las mujeres embarazadas de alto riesgo fueran atendidas.

Por otro lado, nosotras hacíamos esta labor de gestión y negociación en la Ssa estatal, en aquel entonces estaba como secretaria de salud la doctora Verónica Muñoz Parra, quien nunca tuvo sensibilidad y apertura por el tema de salud materna; nunca tuvimos una relación directa con ella, no nos atendió, envió un representante y a partir de ahí continuamos las negociaciones. Actualmente el secretario de salud, Luis Barrera Ríos, nos ha atendido, claro, con el doctor Fernando Valle, quien ha estado pendiente del trabajo y nos ha apoyado.

De la CDI se asignaban recursos a la Casa de Salud pero no llegaban en tiempos razonables y el trabajo igual tenía que estar, aunque no hubiera recursos. Son muchas cosas que han limitado el proceso de la Casa de Salud, de todas formas se ha dado atención a doscientas mujeres mixtecas, tlapanecas y amuzgas, se han tenido embarazos de alto riesgo y se han canalizado al hospital para prevenir la muerte materna; también se recibe a mujeres embarazadas o con algún problema de violencia. Aunque muy pocas han llegado con situaciones de violencia, estamos entrando a este proceso. La Casa da acompañamiento, canaliza a las mujeres que requieren servicios, al hospital o a instancias que imparten justicia. El acompañamiento se les otorga hasta que concluye el proceso y se tiene la solución. Por ejemplo, cuando las dan de alta del hospital, si fueron operadas, descansan en la Casa de Salud y cuando se reponen se van a su casa. O cuando son de alto riesgo, llegan ahí, están un tiempo mientras dan a luz. También se da capacitación a parteras y promotoras de salud en signos y síntomas de alarma y violencia.

En el pasado hubo limitaciones, no teníamos una buena recepción de las instituciones de salud; ahora, por lo menos reconocen lo que hace la Casa, reconocen a las coordinadoras y se reconoce a la casa desde las regiones, desde las comunidades y también la reconocen las autoridades comunitarias. A veces nosotras le echamos la culpa a las

instituciones porque no nos reciben los secretarios o las secretarias, los jefes, pues. Pero nos hemos dado cuenta de que en algunos casos los otros trabajadores son los que no pasan la información. Un ejemplo claro de esto es la experiencia que tuvimos que pasar para tener una audiencia con el secretario de salud de Guerrero y nada más no nos daban una fecha: “¿saben qué? Se canceló. Está saturada la agenda del secretario. Hablen después por teléfono”. Ya llevábamos un buen rato así, hasta que lo encontramos en un evento y ahí aprovechamos para hablar con él: “¿sabe qué? Lo hemos estado buscando, pero no hemos tenido éxito”. Le explicamos el asunto y nos dijo: “sí, sí las voy a atender”. Estuvimos esperándolo poco más de una hora hasta que estuvo libre y nos fuimos con él a su oficina. Hablamos sobre la situación de la Casa de Salud, la actualización del convenio de colaboración entre la Secretaría de Salud y la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas, ante lo cual el secretario nos proporcionó información, dos días después nos habló directamente: “¿saben qué? Para tal fecha tienen la cita para ver lo de la actualización del convenio”. Necesitábamos la actualización del Convenio porque en él se especifica la gratuidad del parto, de la cesárea y de los ultrasonidos. Últimamente habían girado órdenes estatales diciendo a la jurisdicción que ya se habían cancelado estos servicios.

¿Cómo funciona la Casa? Llegan las mujeres de las comunidades a la Casa, las responsables las llevan al hospital, negocian la condonación de los pagos, el personal de salud las atiende y no pagan nada. Pero como no se ha actualizado el convenio sobre la gratuidad de la atención del parto, les están cobrando actualmente el 50 o 100 por ciento. Nosotras veíamos que no era posible porque van las compañeras sin recursos.

También hemos participado en el Comité Nacional por una Maternidad sin Riesgos, que tenía más organización y estructura que

el de Guerrero. En Guerrero, prácticamente se convirtió en un comité fantasma. La responsable de este comité decía: “la responsabilidad es de las organizaciones”. Si ellas no responden, entonces no hay nada y por eso no funcionaba el Comité Estatal por una Maternidad sin Riesgos en Guerrero.

A veces nosotras andamos muy apuradas con tantas actividades porque no hay más compañeras que asuman las responsabilidades. Tal vez no lo hemos propiciado, ya lo hemos platicando: “¿sabes qué Martha? Tú eres una muy buena compañera en esto y esto, pero queremos ver a otra compañera, o sea, tu relevo. “Tú, Libni ¿dónde está tu relevo y los relevos de las demás?”. Falta trabajarlo. Esta es una limitante de la Coordinadora, estamos armando un programa de formación para este proceso de nuevos liderazgos. Mujeres capaces sí hay, pero es muy difícil sacarlas de su región o de su comunidad, porque las responsabilidades son varias. A veces una está aquí y está allá, abarca muchas cosas y al mismo tiempo hacemos menos cosas.

En mi caso, yo le he dicho a mis compañeras: “¿saben qué? Se necesita hacer esta actividad, vayan y hagan las cosas, retómenlas porque yo no puedo”. Les explicamos cómo se hacen las negociaciones, siempre estamos cuidando que tengan toda la información para que puedan debatir, porque no siempre podemos estar, entonces les decimos: “¿saben qué? Yo no puedo estar en la reunión con el secretario, vayan ustedes, ya tienen todo el panorama, ustedes hagan la negociación”. Las compañeras han retomado responsabilidades, para mí es muy satisfactorio, he observado que aunque yo no esté en Chilapa, están las compañeras que se van sumando al proceso estatal y que ya ubican las cosas, por eso digo que sí hay mujeres capaces.

Ahorita, por ejemplo, la beca de Semillas que obtuve es individual, pero la estoy usando para fortalecer el trabajo de la Coordinadora



Guerrerense en la región de San Luis Acatlán, específicamente con Felicitas Martínez, porque en esta región, así como en otras, ha hecho falta impulsar la participación de más compañeras. Por eso, en algún momento decíamos: “a ver Hermelinda, ¿dónde está la compañera que te relevará? Mínimo trae una”.

¿Por qué atender San Luis Acatlán? Bueno, porque no hay un equipo, sólo está Felicitas y estoy viendo que hay mujeres muy buenas. Estas situaciones son las que nos hemos cuestionado, deben sumarse compañeras, porque puede haber una Coordinadora Guerrerense mucho más fuerte. Podemos decir maravillas sobre los logros obtenidos hasta ahora, pero tenemos que ver el futuro de la misma con esos nuevo cuadros.

Actualmente, tenemos un consejo directivo y una coordinadora general. Yo tengo el cargo de coordinadora general de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas, es muy redundante, pero bueno. Hay una coordinadora general, una secretaria general, una tesorera. También hay comisiones: comisión de salud y soberanía alimentaria, educación y cultura, derechos humanos y derechos de las mujeres, violencia, relaciones internacionales.

Algunas desventajas son que varias de nosotras pertenecemos a otras organizaciones y tenemos muchas responsabilidades y eso también limita el trabajo en la Coordinadora. Varias de las integrantes de la Coordinadora, pertenecen a ANIPA, que es una organización netamente política, va por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas y para cargos de representación en ayuntamientos. Nosotras no estamos ahí porque no lo hemos visualizado, no lo vemos necesario, no nos interesa por ahora. Varias compañeras de ANIPA están en la Coordinadora Guerrerense, podemos decir que parte de su formación en liderazgo viene desde la Coordinadora Nacional o con la Guerrerense, a través de reuniones de seguimiento, en la capacitación nos veíamos constantemente

para hacer análisis de temas importantes. Por ejemplo, decía una de nuestras compañeras que pertenece a la ANIPA: “yo le reconozco a la Coordinadora Guerrerense el trabajo que ha hecho en la región, a nosotras nos reconocen como Casa de Salud y Coordinadora Guerrerense. Pero al rato, este trabajo, sin querer, queda invisible. Es importante que la CGMI también visibilice sus cuadros”.

Sin querer, las compañeras llegan a un puesto de representación y cuando ya están allá, no se ubican al momento de presentarse, por ejemplo, podrían decir: “yo soy de la ANIPA y de la Coordinadora Guerrerense”. Tenemos una compañera delegada de la Secretaría de la Mujer en La Montaña. No estamos en contra de que lleguen compañeras, no, no hay problema; lo que no nos gusta es que no se reconozca que han llegado por la Coordinadora Guerrerense. ¿Quién dio el aval para que tú fueras, por ejemplo, la delegada regional en la Montaña de la Secretaría de la Mujer? Pues la Coordinadora Guerrerense, no fue ANIPA. ¿Quién te sostiene económicamente, aunque no sea mucho? La Coordinadora Guerrerense o la Casa de Salud. Queremos simplemente que se reconozca lo que hace la Coordinadora Guerrerense.

Como la Coordinadora no trabaja la formación política, hemos pedido a los compañeros de ANIPA su asesoría, por eso siempre nos invitan a sus talleres y nos dicen “organizaciones hermanas”, y allá vamos nosotras, a escuchar. Y siempre hemos dicho que nos hace falta mucha formación de ese tipo, de carácter político. Entonces luego les digo: “oigan, queremos aprender de ustedes”. Nos apoyan, nos asesoran, si tenemos duda les preguntamos a los compañeros y nos dicen cómo, por dónde darle. Esa es una de las cosas que les reconocemos y se los agradecemos.

Hacen falta más cuadros. Yo le decía a Feli: “¿quién está impulsando ahorita, de manera real la Coordinadora? Felicitas Martínez y yo”. Entonces, hay un reclamo porque no se hacen

actividades, porque no se hacen tantas cosas, pero también vemos que no hay relevo o que no hay otras compañeras que hagan este acompañamiento. Yo les decía: “sí, vamos a impulsar esto, pero tiene que ser por las compañeras, las que están en las bases”. No se me va a ocurrir: “ahora vamos a hacer esto porque allí hay financiamiento. No”. Es una de las cosas que ubicamos con Felicitas, vamos a partir de las necesidades de las compañeras. Ellas elaboran productos, artesanía de palma, huipiles, pero siempre han dicho que necesitan un espacio de comercialización, eso está presente en todos los lugares. Para las que ya son productoras, comercialización. Y aparte perfeccionar sus productos, porque luego igual, cuando alguien va a comprar, pues quiere que sea de calidad. Algunas otras en el financiamiento a proyectos productivos para producir alimentos o ganado menor, casi siempre ganado menor; en otras partes que ellas se fortalezcan a nivel personal para la toma de decisiones. Porque mira, en la comunidad o en el espacio que sea, nos han dicho que a las autoridades no les importa el trabajo de mujeres, o lo aprueban pero no les dan reconocimiento a ellas ni a la organización. Entonces, ellas están viendo de qué manera pueden tener los argumentos para decir: “oiga no, y así y así y así...”. La otra necesidad de capacitación es sobre liderazgo y organización, para empezar por ejemplo un proyecto. Luego se tiene la idea de que van a trabajar, pero nada más una o dos y no el grupo entero. No se ha aprendido a trabajar de manera colectiva, porque nunca se les ha enseñado. Con todos estos nuevos programas que dicen: “haz tu negocio y no te preocupes por todo lo demás”. Esas políticas de gobierno no ayudan mucho. También se necesitan talleres de autoestima, porque las compañeras luego dicen: “es que nosotras no somos gran cosa, somos una cosa pequeña”. Sienten que no tienen valor por ser mujeres.

Como Coordinadora Guerrerense, a lo mejor no teníamos visualizada nuestra participación más política. Martha luego nos dice:

“es que ustedes tienen que estar al pendiente de todo lo que pasa en Guerrero. Que si hay esta situación de violación a los derechos ustedes tienen que pronunciarse”. Pero bueno, sí, está bien lo que nos dice, porque hemos visto lo de la Unorca: “ah, se pronuncian por esto o por lo otro, sacan un posicionamiento”. Yo le digo a Feli: “mira, tal vez lo puedo hacer, tal vez porque nunca he hecho esas cosas no puedo, no tengo esa formación. Pero si lo hago yo van a ser ideas mías nada más”. Una de las cosas que he visto en algunas organizaciones es que hacen todo un discurso bonito, lo hacen los dirigentes. Nosotras no tenemos acompañamiento técnico, a lo mejor está bien, hacemos las cosas y aprendemos, si tú quieres con errores y todo, pero lo haces tú, es tuyo, es propio. Si estamos en una organización y todos sus discursos políticos y posicionamientos se los hacen otras personas, pues no tiene caso. Entonces, alguien te dice: “tienes que hacer esto”. Híjole, a lo mejor está bien, pero por el otro lado a lo mejor no. O esas personas que te dicen: “ustedes tienen que hacer esto y miren así y así y así, ustedes háganlo y vean cómo le hacen”. Son de esas cosas en las que nos hace falta preparación. Luego con Feli platicamos: “mira, la reunión con el gobernador, ahora tú eres la representante y ahora tú vas”. “Híjole, a ver si no la riego ahora”. “¿Y ahora cómo le hacemos con el documento?”. “Mira, podemos sacar esto”. Nos damos ideas y ahí lo hacemos como podemos pero no tenemos la certeza. Ya después te dicen que estuvo bien. Que aquí faltó esto, aquí esto, pero tú te das cuenta que lo haces por sentido común a lo mejor, pero con poca preparación política.

El gobernador nos regañaba que no sabíamos hacer documentos; las organizaciones no están preparadas, la Coordinadora Guerrerense no, pero hay otras muchas que están peores. Entonces es una necesidad de desarrollar ahí en la Coordinadora Guerrerense sus cuadros, no importa donde estén, compañeras de comunidad,

compañeras de las regiones, compañeras que vienen a la dirigencia. Es importante, muy importante.

Otra cosa importante es la violencia. En estos recorridos que estamos haciendo encontramos casos que te van a hacer llorar, vas a llorar, pero, ¿quédate con esas cosas? No, yo fui con la doctora y me dijo: “ya quítate esas cosas, no las andes cargando porque te vas a enfermar. Y le dije que sí, cargo un montón. Ni qué hacer conmigo. Entonces le decía a Feli: “¿sabes qué? Estamos encontrando todo ese tipo de violencia, de amenaza y que te da tristeza porque a lo mejor llegas a la comunidad en una siguiente ocasión y ya no está la señora, porque ya murió y te dijo a ti. O sea, el asesinato de una de nuestras compañeras, no supimos en ese momento qué hacer. Se murió. La situación es que no llegó la información. Cuando nos dimos cuenta pues ya... ya no estaba. Fue acoso. En la región donde yo estoy ha sido el acoso sexual a mujeres que están solas, sus esposos se han ido a Estados Unidos y el acoso, si uno no accede, pues igual te matan. Nuestra compañera fue asesinada. Cuando supimos nosotras, pues ya estaba el proceso de demanda, pero después los señores ya no quisieron que se hiciera nada. Entonces ahí está esa otra parte ¿cómo le haces para enfrentar la situación?, ¿a cuántas mujeres no les van a hacer lo mismo?

Esto sucedió en la región de Chilapa. En otra región igual, el asesinato de una compañera que estaba con nosotras. La niña se quedó con su papá que es muy violento, se quedó con el señor e igual la niña no quiere hablar porque tiene mucho temor o porque igual está amenazada. Entonces ahí, si no te permiten o no encuentras ninguna puerta para entrar no entras porque no entras, porque igual la comunidad no dice nada. Y cuando te dice es por debajo de... O sea, para que nadie se entere. Son esas cosas que hemos encontrado y que ahí estamos viendo la necesidad de tomar esta línea y combatir la violencia.

Veíamos la necesidad de atención psicológica, de atención legal, de integración de un equipo interdisciplinario que se ocupe de la violencia. Está muy difícil, pero estamos encontrando estas cosas fuertes. Aparte, la violencia en las casas. De esa no se habla para nada o de los abusos de maestros a alumnas, pero las mujeres no quieren hablar. Tú lo sabes por terceras personas, entonces, está muy fuerte ahí, está fuerte. Y lo primero que estamos pensando es hacer un diagnóstico sobre violencia. Lo que salga, porque no va a salir todo, pero es un diagnóstico y se va reflejar en todo: en lo económico, en lo social y más en lo doméstico. Yo quiero imaginarme que va a ser ahí. Nos lo planteamos y esto se está planteando también desde la Coordinadora Nacional.

## Nunca pensé que iba a volar

*Felicitas Martínez Solano\**

Yo soy tlapaneca de Potrerillo Cuapinole, municipio de San Luis Acatlán, tengo 29 años. Mis padres eran campesinos productores de café, de maíz y de jamaica; desde muy niña siempre trabajábamos la tierra y mi papá siempre a enseñarnos a hacer trabajo de campo. Cuando salí de mi pueblo tenía 10 años, ingresé a la secundaria General Justo Sierra, en San Luis Acatlán. Cuando salgo de mi pueblo yo no sabía nada hablar el español, en lo absoluto, decía: “sí, no o mande”, eso era lo único. En la cabecera la gente es bien racista, el municipio lo integran mayoría de comunidades indígenas. Era muy diferente la condición que vive la gente en la ciudad y la condición que vive la gente en tu comunidad. En la cabecera yo ingreso a vivir

\* Felicitas Martínez Solano, es tlapaneca de la región Costa Chica-Montaña; tenía 29 años al momento de la primera entrevista, vivía en unión libre y ahora es viuda, no tiene hijos. Habla tlapaneco y español. Cursó una licenciatura en derecho. Participó en el Consejo Guerrerense “500 Años”, en la organización Mephaa Savi, Mujeres Indígenas y en la Conami. Ha sido coordinadora de la CGMI, coordinadora regional de Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas, representante ante la CRAC (policía comunitaria) y becaria de Semillas. Entrevista realizada por Gisela Espinosa Damián, el 30 de abril de 2006 y el 4 y 5 de marzo de 2008. Edición de la primera entrevista: Prisca Martínez Esparza y Gisela Espinosa. Edición de la segunda entrevista e integración: Gisela Espinosa.

con una señora, ahí te dan *chance* que si tú vives en una casa ajena tienes que hacer todo el quehacer doméstico, ir al mandado y, si no hay agua en la casa –se va mucho el agua porque se va mucho la luz–, tenías que ir a lavar hasta el río con la carretilla. Ahí no se paga absolutamente ni un centavo lo que tú hagas de quehacer en su casa, no tienes día de descanso ni de vacaciones pa’ que te vayas a tu pueblo. No, nada que ver, entonces todo hacíamos pero no nos pagaban ni un centavo, nos daban la comida, lo que iba sobrando nos daban de comer. Para nosotros la comida y tener techo.

Casi todos los indígenas que salimos a estudiar pasamos por la casa de esa señora. Tu vaso es aparte, tu taza, tu plato, tu cuchara, todo es aparte, tú no puedes comer los mismos platillos que comparten ellos en la mesa, tú siempre vas a comer al último y en la cocina. A los tres años me fui a Chilpancingo a estudiar en la preparatoria Ernesto Che Guevara. También ahí ingresé a trabajar, ahí sí me pagaban y yo era feliz, me daban cien pesos al mes, creo que era 1981 o 1982 ¡Uy!, yo feliz. Mi papá dejó de mandarme dinero porque ya ganaba, yo me compraba mis zapatos. No era mucho gasto en la escuela. Todo el día trabajaba, a las cuatro en punto entraba a la escuela, cuarto pa’ las cuatro estaba en la parada del camión, yo no comía porque no me daba tiempo, tenía que levantar la mesa antes de irme a la escuela. Ahí trabajé y aguanté mucho porque me hallé, yo me hallé mucho con los señores porque tenían nada más tres hijas, puras niñas, el señor siempre se iba temprano a trabajar, la señora se quedaba conmigo. Estuve ahí como seis o siete años, cada año me aumentaba mi sueldo, pero llegó un tiempo en que me salí de ahí. Ingresé a trabajar con otra señora, siempre le compraba yo y me empecé a llevar bien con ella y empecé a trabajar con ella ahí en el mercado grande de Chilpancingo, en la tienda de abarrotes, no había descanso, ni sábado ni domingo, pero era muy buena gente, vendía fruta, comida, todo era comida tradicional. ¡Uy, caí en la



gloria! Ella era muy buena gente y nos empezamos a hacer amigas. Ya cuando iba en quinto año de la carrera empecé a dar mi servicio en el Consejo Guerrerense 500 años de Resistencia Indígena, me aceptaron en el servicio en el año 99. Ahí estaba Martha Sánchez, ella me extendió mi papel, mi constancia de aceptación para seis meses el servicio de nueve a dos de la tarde.

Yo era una joven adolescente, no sabía que había marchas ahí en la capital, con mucha gente, venían familiares, mis tíos, mis hermanos venían, pero yo no sabía cuál era la demanda en específico de ellos. Ya en “500 Años” comencé a entender. A los tres meses me dijo Martha: “oye, ¿te gustaría participar?, hay un taller en México, es cada dos meses, un curso de derechos sexuales y reproductivos”. “Está bien”, le dije. Al final ya éramos promotoras de los derechos sexuales y reproductivos en nuestras comunidades. Ahí me dijo un dirigente: “¿qué aspiras, vas a hacer trabajo en la región o quieres trabajar a un juzgado?”. Le dije: “lo voy a pensar, necesito hablar con mis papás porque me apoyaron con el cincuenta por ciento”. En 1999 concluí la carrera en derecho y ahí, en 2000, a la región.

Regresé para organizar a mujeres, para que se integren mujeres, una nueva visión específica de mujeres para que podamos arrancar proyectos y capacitación. La idea de empezar a organizar a las mujeres surgió de los mismos compañeros de la organización “500 Años”. Nos decían que era importante porque en todas las comunidades había delegados, no había delegadas. Entonces éramos dos municipios, Malinaltepec y San Luis Acatlán; en cada comunidad se trataba de nombrar un delegado y una delegada en el Consejo de Pueblos Tlapanecos y Mixtecos. Ésta era una organización regional, tenía que ser una organización regional para ser integrante del Consejo Guerrerense, entonces, los compañeros dijeron que era importante, pues ya estaban nuestras delegadas.

Yo salí como secretaria de coordinación de una organización que se llama Mujeres Indígenas Mixtecas y Tlapanecas, se nombraron todas las delegadas, diecisiete delegadas, porque eran diecisiete comunidades. Las mujeres formaron un grupo que trabajó en proyectos productivos: sembraban cilantro, rábanos; unas trabajan lo que son gallinas ponedoras, otras con flores, otras hacían proyectos de aguacate –eran injertos– y unas sembraban jitomate. Todas estaban en proyectos productivos con recursos del Programa de Empleo Temporal, entonces, ese fue el papel fundamental de nosotras. Yo me quedé como delegada de San Luis Acatlán, como coordinadora junto con una compañera de Manlinaltepec que se llamaba Irene.

Ya de ahí nos venimos a Chilpancingo, ahí presentamos el acta de que los pueblos ven a la mujer en participación. De acuerdo, pero yo hasta el 2003 paso a ser miembro directivo del Consejo Guerrerense. Ya de ahí empecé a participar en la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, junto con Linda [Hermelinda Tiburcio]. Nos dieron muchos talleres de formación, bibliografía, de ahí fue donde recuerdo que participamos fuerte: Linda, Libni, Martha y yo también. El chiste es que éramos como cuatro chavas jóvenes en ese proceso.

Como parte del Consejo Guerrerense empezamos a trabajar, a participar en diferentes reuniones, también me empecé a integrar con la Policía Comunitaria, pues ahí nada más teníamos participación en la asamblea, teníamos derecho a voz y votábamos ahí dentro de la asamblea. Al año se hacen tres reuniones regionales de la Policía Comunitaria; cuando llega su décimo aniversario, a una década, ¡imagínate!, se trata el tema de mujeres, hubo una mesa de mujeres indígenas, fue en 2005. Recibimos como veinte compañeras de diferentes municipios. Ahí tomamos la decisión: “queremos las mujeres estar en el sistema de impartición de justicia”. Porque

habían cosas hacia las mujeres que no iban con bases, ni con argumento, ni con fundamento en el sistema de impartición de justicia comunitaria. Los hombres eran los únicos que atendían, era necesario que una mujer estuviera en el sistema de impartición de justicia. De ahí, se toma un resolutivo para crear una Comisión con cinco compañeras mixtecas y tlapanecas, para dar seguimiento a este proceso de mujeres. La propuesta era ir desde los dos municipios coordinadores que son Manilaltepec y San Luis Acatlán para elegir las delegadas, una delegada por comunidad de ochocientos habitantes. A los pueblos chicos les toca una; si pasa de cinco mil habitantes por pueblo, a ése sí le tocan dos delegadas porque es un pueblo grande.

En 2006 se integra la Comisión de Seguimiento de cinco mujeres mixtecas y tlapanecas. Pasamos y me dice una compañera: “no sabes en qué problema nos estás metiendo Felicitas”. ¡Nunca se me va a olvidar!, yo me espanté. Sí, es cierto –dije–, ¿dónde nos estamos metiendo?: son casadas, tienen marido, no las van a dejar salir. ¡Ah, sí!, ¡es cierto pues!, pero ¡no tengamos miedo! Ahorita hablamos. Y recorrimos las comunidades, el territorio de la Policía Comunitaria. Hacíamos reuniones amplias. Ahí nos dábamos cuenta que los comisarios municipales que imparten justicia de parte de la comunidad siempre le daban la razón a los hombres, a veces encarcelaban a las mujeres, esas cosas no nos gustaban a nosotras. La idea era elegir dos delegadas, formarlas y capacitarlas, porque si tú no conoces tus derechos no la vas a hacer en la CRAC [Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias] porque son temas muy complejos.

Entonces, la asamblea nos convocó para la primera reunión de cambio de autoridades. Nosotras convocamos a las compañeras. Les preguntábamos a las compañeras que si era importante que estuviéramos en la Policía Comunitaria en la Mesa de Procuración

de Justicia para acompañar este proceso cuando se les aplica un juicio a las compañeras mujeres. Las mujeres dicen que sí, porque ellas sufrían muchos atropellos, a veces abusos de autoridad. Los comisarios las detienen más de 24 horas sin ninguna justificación. ¿De qué delito se les acusa?, ¿cuál es el delito que cometió? Entonces, decían las compañeras que sí era interesante que nos organizáramos, pues, de ahí la idea de la propuesta, de que propusieran un taller de capacitación. Primero a las compañeras delegadas, para que cuando ya estén en la Mesa de Procuración, tengan suficientes elementos y argumentos.

Yo no iba a ir a la asamblea, no sé de dónde yo venía, el chiste es que yo venía de fuera del país. Me dice Linda: “¿sabes qué?, la asamblea es para tal fecha, tienes que ir”. Pues ni modo, así que nos fuimos hasta San Luis Acatlán. Ahí estaba Carmen, una compañera que ha acompañado el proceso desde un principio, que cuando hay un delito de mujeres ella siempre ha estado en ese proceso con mujeres, en asambleas, en las convocatorias, en todo esto ha estado. Yo le decía a ella: “¿por qué no estamos en el orden de día?”. Entonces, nos salimos las cinco delegadas.

¿Qué hacemos?, la asamblea decidió integrar a una mujer en la Mesa de Procuración de Justicia. ¿Quién va a estar en ese puesto? “Decidamos entre todas –les digo–, yo de verdad no puedo este año, hasta el otro año. Yo tengo un cargo nacional en la Conami y no puedo dejar ese cargo porque van a decir: ‘Como no hay dinero, se fue, renunció’. No puedo. Yo conseguí tres talleres de capacitación para la Conami, tengo que hacer mis tres talleres, yo me voy. Bien o mal, con dinero o sin dinero, yo sacó esas formaciones de liderazgo y a los nuevos cuadros, porque no tenemos cuadros nacionales ahora”. Entonces, esta era la explicación que les estaba dando a mis compañeras. Ellas me decían que no podían asumir el cargo en la Mesa de Procuración de Justicia: “es que yo tengo hijos y no sé qué.

Todas tenemos hijos”. Les digo entonces: “aquí le entramos o no le entramos”.

Porque lo primero que va a decir la asamblea: “bueno, va, lo van a tener, de verdad les voy a dar el puesto. ‘A ver si son chingonas’”, van a decir los hombres. Entonces, dice otra compañera: “se queda Carmen y tú, Blanca, le haces acompañamiento”. Pero ella nunca ha estado en procesos de organización, ella ha estado en un ámbito más institucional, ha trabajado en lo del café. El café es parte del gobierno, ha estado trabajando en comunidad, pero no ha acompañado un proceso de organización. Ella ha estado en procesos productivos, recibe un salario y tiene un horario de llegada y de trabajo y nosotras no, nosotras estamos acostumbradas a hacer el trabajo gratis, sin horario y sin nada.

Me paro y pido la palabra en la asamblea, querían que yo fuera como comisario, pero yo no tengo un fuero porque yo no soy autoridad, para tener fuero tienes que tener sello. Entonces me dicen: “que la asamblea te avale como parte de la Comisión de Mujeres, no como autoridad”. Ahí echamos rollos y la asamblea dijo que sí, entonces, pasamos al frente las cinco compañeras de la Comisión. “Que pasen todos los comisarios y las compañeras”. Y pasamos al público.

Ahí, entonces, mi compañera que yo estaba proponiendo para que se quede, Carmen, no estaba. Yo la buscaba: “¿dónde se fue ahorita?”, tenían que levantar el acta de acuerdos [con el nombre de la compañera que se integraría a la Mesa de Procuración de Justicia]. Entonces dijeron: “que pase la compañera para que tome protesta”. Digo: “¡ay!, no voy a pasar, yo no puedo”. Yo estaba buscando a mi compañera que tiene que pasar a tomar protesta, ella no estaba. Entonces, dijo Blanca: “lo tomas o lo dejas, si no pasas a tomar protesta ahorita, ahí se acabó, ya no vamos a estar en la Procuración

de Justicia". "¡Ay! -le digo- bueno". Yo sabía, de antemano que al tomar protesta, esto va a implicar una gran responsabilidad.

Cuando ya terminó toda la reunión, llegó Carmen y andaba... Llegó bien tomada. ¡Ay! ¡Dios mío! Entonces, ya los hombres empezaron a grillarnos: "¿ya ves?, este es el espacio que pelean las mujeres, que no sé qué tanto", le dice uno a ella. Empezaron a grillar ahí en ese ratito. Yo no la miré, la verdad. Las compañeras que la vieron dicen que traía descubierto el cierre de su pantalón. Ya después hablamos: "yo reconozco, fue mi error", dijo. "Eso me lo hubieras anticipado a mí. Yo soy una mujer como cualquiera, que comete los errores del mundo o lo que tú quieras, pero si tú me hubieras dicho yo te hubiera ayudado, yo te hubiera dado una fuerza". Error que tú cometes, los hombres no lo aceptan jamás, sin embargo, los errores que ellos cometan, es bueno, basta. Eso no es malo, es bueno, no es pecado para ellos, no es un error.

Ya cuando llegamos a la Comisaría dijeron: "pues sí, vamos a estar en las buenas y en las malas compañeras: si alguien comete errores todas vamos a ir a la cárcel, si alguien se equivocó, igual y nos vamos a la cárcel. Vamos a estar unidas hasta que cumplamos nuestro periodo que empezó en febrero". Entonces, me dije una cosa: "quiero dejar bien claro: en diciembre yo dejé la Coordinadora [Conami], porque yo sí quiero ponerme a estudiar para titularme en mi carrera. En diciembre yo entrego. Yo sé que en diciembre saco los tres talleres que tengo que sacar a nivel nacional y yo me retiro".

Y les dije: "yo tengo un cargo de las mujeres a nivel nacional". Me dicen: "pero ese cargo no es muy importante compañera, déjalo, te vienes para acá". "No -les dije-, es una responsabilidad, es igual cuando yo tomé protesta, es lo mismo que sucedió allá. Yo no quiero que digan: 'la compañera se rajó y ni siquiera entregó las cuentas bien ni lo del informe bien'. No, yo quiero entregar mi cargo bien, formalmente". ¿Qué hago ahora? Juro que ese día me sentía así,

tan presionada. ¿Qué hago? Yo no puedo estar en los dos cargos al mismo tiempo, tanto la comisión nacional es complicada, tanto la regional es complicada. Más complicada porque con la asamblea no se juega. Si yo llego a fallar, entonces me van a reeducar, me van hacer el proceso de reeducación [a detener para que haga trabajo comunitario]. Yo soy la primera que debo poner el ejemplo. Checa. Y Blanca dice que no estoy en San Luis Acatlán, que a ver cuándo voy, que cuando ella va, yo no estoy. Pero cuando yo estoy nadie va, porque yo no veo que ella esté. Yo necesito apoyo moral y económico. Allá no digas que te pagan tanto. A veces estás tan impresionada, porque hay unos casos tan complicados en el juzgado cívico. Tú dices: “ahora, ¿con quién me desahogo?”. Las compañeras de la comisión no están ahí, cada quien está en su casa, en su región. Bien o mal, ellas comen a sus horas.

Tomamos protesta y me dicen: “mañana tienes que bajar a recibir todos los expedientes, de todos los inventarios que hay en la Policía Comunitaria”, me dijeron y yo le preguntaba al comisionado si era importante que yo bajara. Yo tenía un compromiso en México. “Claro que es importante –me dijo– porque tenemos que coordinar, hablar cómo vamos a trabajar”. ¡Ahí me tienes! ¡Ay Dios mío!, se supone que yo estoy para atender casos específicos de las mujeres [pero] los comisarios dijeron: “no, aquí le vamos a entrar de todo, vamos a hacer una coordinación, un equipo”. ¡Era mucho trabajo!, hubo un caso, era de proyecto productivo que había dado la Reforma Agraria, la Promusag<sup>1</sup> dio quinientos mil pesos para que las mujeres sembraran gladiolas en el municipio de Iliatenco. ¡Pleito hicieron las mujeres, porque una gastó dinero! [sin justificación]. La señora ya venía detenida. La señora ahí estuvo, pero su reeducación era trabajo de la cocina, lavar los trastes, poner el mixtamal, ayudar a la cocinera

<sup>1</sup> Programa de la Mujer del Sector Agrario de la Secretaría de la Reforma Agraria.

para que le den de comer a los detenidos ¡Ése era su trabajo! Entonces yo he llegado a pensar: ¿cómo hacer un trabajo creativo para ellas? Porque nosotras no salimos de la cocina con el marido y llegamos a lo mismo, al proceso de reeducación. Llegaron casos de violencia y nosotras, las mujeres, ahora ya tenemos derechos. Yo había tratado mucho de entender que el derecho te lo ganas y te lo conquistas, pero tampoco, hay que ir equilibrando ese derecho, tanto como el hombre y la mujer. Llegaron varios casos, a veces llega el caso que el suegro le pegó a la nuera porque el niño estaba llorando, y se dio la separación de los esposos, le digo yo: “tú no estás facultado para pegarle ni siquiera a tu hijo. Si usted es mi esposo tampoco me da derecho de golpearlo a usted ¿verdad que no? ¡Es lo mismo!

Yo les comentaba, porque no todas las compañeras conocen los derechos internacionales y nacionales, sólo estaban enfocados regionalmente. Yo les dije: “podemos aplicar la Ley Revolucionaria [de Mujeres del EZLN] como la ley de las mujeres. ¿Qué contexto tiene la Ley Revolucionaria que nos pueda ayudar en fortalecernos?”. Yo lo tengo claro, pero las demás compañeras, las cuatro o cinco compañeras que son de la Comisión, no la entienden, no interpretan esta ley que es importante para nosotras. Por ejemplo, muchas de ellas no conocen a la comandanta Ramona, el papel fundamental que ha jugado dentro del movimiento zapatista, no los saben, pero yo sí. Yo decido dar un taller de este tema. Ahí se abre la discusión de la temática. Si hay preguntas, dudas, sugerencias, qué hacemos.

Ahí en la comisaría [de la Policía Comunitaria] hay un reglamento interno para la impartición de justicia, yo estoy revisando este reglamento y no hay ningún párrafo que diga claramente lo que les toca a las mujeres, nada más dice cuántos años de cargo tienen que tener las mujeres, nada más, porque las que estamos, no estuvimos presentes cuando elaboraron ese reglamento. Yo digo: “entonces ¿no tengo ningún derecho a reclamar?”. Porque no hay una cláusula,



un artículo que diga: “cuando el hombre golpea a su esposa, se le castiga por tantos años”. Tampoco hay una regla en específico que diga cuánto tiempo se castiga a las mujeres por los delitos que cometen. Por ejemplo, de robo, de homicidio, de asalto, de violación, sí está estipulado, pero en específico de las mujeres no hay. Faltó mucho trabajo qué hacer en todos estos años. Ya no voy a decir nada, porque de todas maneras no pude contribuir en este reglamento, nunca pude estar porque tenía otros eventos.

Entonces, ahora es trabajar con las compañeras delegadas en ese aspecto, en ese sentido de la inequidad, implementar otras reglas conforme a nosotras, de acuerdo con los usos y costumbres que tenemos nosotras las mujeres indígenas en los pueblos, allá en los pueblos, pero claro, vamos a rescatar las costumbres buenas y no las malas, éstas las vamos a desechar. Tampoco en todas las costumbres estamos de acuerdo. Hay que ver cómo nos tratan a nosotras como mujeres, qué estamos viviendo nosotras allá en las comunidades. Esa es la meta principal para mí, de aquí al año de mi periodo que voy a estar, porque de las cinco compañeras que estamos yo me quedé nada más, yo soy la única que aprobó la asamblea, la asamblea es la que te elige. Para el próximo año le toca a la otra compañera, vamos a pasar las cinco del comité legítimo, porque fuimos las que hemos creado la iniciativa y no vamos a permitir que queden otras compañeras que ni siquiera están aportado ni yendo a las comunidades, porque eso de ir a las comunidades es complicado.

A veces hay que hacer la caminata: o no hay carro o no tenemos recursos. El comité tiene una camioneta, podemos negociar la gasolina, pedirle 100 pesos a cada uno de los funcionarios que conocemos, tal vez nos los dan, ¿y el chofer?, ¿y la alimentación de nosotras? No nos morimos de hambre, les decimos a las compañeras que nos regalen un taco pero no se trata de esto, también se trata de ir con nuestros recursos y seguir trabajando con las compañeras.

Nos tocó un caso en Cahuañaña: un señor que mató, pagó la cantidad de 55 mil pesos y la familia del difunto acepta el perdón, pero no hablaron con la esposa. La viuda quedó con ocho hijos, entonces, el que aceptó los recursos, los 55 mil pesos, es el suegro, no la viuda. Entonces digo: "si acepta el perdón, entonces, la que tiene que recibir los recursos es la viuda, no el suegro, para el apoyo de los hijos". A eso, el que mató pagó los 55 mil pesos pero pide su liberación. Que salga de la cárcel. Bueno, el chiste es que la señora dijo que no quería el dinero, aunque le entreguen un costalito de recursos, no, pues, su marido no regresa. Ella quiere el calor de su esposo, así como llega a dormir caliente, también quiere dormir caliente con su esposo. Ay, entonces, le pregunté a la suegra en qué se gastó el dinero ella, y dice que le compró mochila a los niños o le daba dinero a la señora. La viuda dice que es cierto, pero que no sabía que venía del pago de su esposo. Después investigamos que sí, los hijos del difunto se fueron a Estados Unidos con ese mismo dinero. Entonces, cuando tú vas al lugar de los hechos, tú sí llegas a la conclusión de la verdad, pero si nada más ellos llegan a un acuerdo interno, no hay una investigación real de apoyo a lo que hacemos.

Otro caso que vimos que me dio más ternura, fue el de los niños: el señor también está en la cárcel, está con la Policía Comunitaria, él golpeo a su esposa, pero al golpearla la señora tenía a un niño en el pecho, el bebé tenía ocho meses, yo creo que le estaba dando pecho, entonces, el señor le dio el machetazo, pero mató al niño. A la señora le llegó a la matriz con el machete y aquí en el cuello. Entonces, a la señora la trasladaron a Ometepec a curarla, pero la señora se quedó en Ometepec, ella vive cerca de ahí. Su familia la fue a recoger. Ya no regresó por los niños, tienen un año y dos años, están pequeños los niños. El abuelito ya está muy grande, su esposa de él está muy grave. ¿Quién le va a dar de comer a ellos? Él es un señor de edad y pide liberen a su hijo que está detenido. Entonces, le

digo: “¿Cómo vamos a liberar a él? Él está mal psicológicamente, va a matar. Mató a su hijo, si no mató a la señora es porque no sé cómo le hizo, iba a ella para matarla”. ¡Ay Dios mío! ¿Cómo es posible? Porque la señora se bajó con su familia y se volvió a casar con otro, cómo es posible que deje a los niños abandonados en manos de su esposo, si él está mal psicológicamente. Si yo tuviera dinero, yo adoptaba a esos niños. Entonces, digo: “¿cómo es la vida!”. En esos casos tú ves a los niños: ¿qué vida van a tener esos niños? Están en la pobreza, están en la marginación, es un pueblo donde no hay luz ni nada, hace un frío a morir.

Entonces, tú te das cuenta: ¿qué futuro esperas para las nuevas generaciones de mujeres indígenas? Igual, cuando a la mujer la golpean. Un caso que apenas cumple ocho días: a una mujer le pegó su esposo, él dice que la encontró con otro, él le pegó con machete, pero le pegó en una forma tan cruel que la señora, toda la parte de la piel la tiene levantada del machetazo, porque el machete le levantó toda esta piel, los pies, la cabeza. Pero no es cierto que ella lo engaña, nosotros hicimos la investigación. ¡Eso es mentira! Porque él acusa que lo encontró con su esposa haciendo el amor. Ese señor estaba peleando el terreno agrario. El comisario dijo: “está pendejo. ¿Quién va a mirar a su esposa? Es tan delgada y una ropa tan mal que trae. Los hombres no van a estar mirando toda chancla. En mi pueblo, andas allá sucia no se van a fijar en ti, se van a fijar en una mujer que esté arreglada, se peina, se afeite. Que se eche limón un poco, se van a fijar en ésas, pero en una que está toda desnutrida y toda pálida, no”. Entonces, le decimos: “no es la primera vez que le pega, siempre le pega con machete, ya lleva tres denuncias ante el Ministerio Público”. Entonces, el Ministerio Público siempre: “señora, reconcíliense con su esposo, por los niños”. ¡Eso no es vida! Cuando ya se puso el careo, tanto para ella y para el esposo, él decía que sí era cierto; también solicitamos que esté presente la persona

que él acusó, con quien vio a su esposa. Y dice el señor: “¿yo?, si el señor tiene su esposa”. El único encuentro llanamente, fue porque fue a hacer del baño, no tienen un lugar donde ir a hacer del baño, ésta es una huertita chiquita así, y la casa del profe está así, y la huerta así, todo el lugar, todo empinado así. “oye, ¿cómo vas a hacer el amor ahí, todo empinado en ese lugar tan feo?” –le digo–, ni que fuera qué. No te da derecho de golpearla, con qué derecho tú la golpeas, ¿qué no sabes que tu mamá es una mujer?, al golpearla ¿no te dolió? Tú tienes hijas, no te va a parecer que las golpearan. Si de verdad no hay amor de por medio, mejor la separación total”.

Los comisarios nos dijeron antes de que saliera: “compañeras, una diferenciación que le vamos a dar: que cuando vengan casos de matrimonio, siempre hagan la reconciliación”. Yo no estoy de acuerdo con eso de hacer la reconciliación, si ya no lo quiero, para qué voy a volver con él. Entonces, dijo la señora: “¿sabes qué? Ya no regreso con él jamás, ya quiero la separación”. Era la tercera vez, dice que la iba a matar, nada más que ella lo agarró, lo agarró y lo dejó ahí desmayado, logró escaparse de su casa; si no la hubiera matado a ella. Entonces, él se va a ir tres años a proceso de reeducación. A eso sí le tiene miedo, él no se quiere ir al proceso de reeducación. No quiere. Ése es el castigo, tres años se va a reeducación. Y dicen: “no, porque está estudiando para maestro”. “Eso me vale cacahuate, se me va”, digo yo. Entonces, de la presión, él se va.

El proceso de reeducación consiste en que si hay una comunidad que está trabajando en construcción de escuelas ahí van; que se tiene que hacer adobe, manta, acarrear barrotes, ahí van a hacer la construcción de una casa, van a trabajar. El pueblo les da el almuerzo y la comida, ya en la tarde, a buena hora descansan, al otro día igual. Tienen una hora límite donde hacen su trabajo de artesanía, hacen pulseras, hacen cinturones, hacen bolsas. También están trabajando en esos ámbitos. Hay algunos que tienen familia,

hay familias que sí los visitan, hay otras que ya no van, que ya no los visitan los familiares muchas de las veces. Y cuando terminan, eso de estar 15 días en la comunidad, el comisionado le extiende una constancia de buena conducta; si no se trató de escapar, si no trató de huir, si no fue prepotente. Entonces, los Consejos de Ancianos en cada comunidad, les dan consejos antes de partir y ya se van a otra comunidad a trabajar, este es el proceso de reeducación.

En la policía comunitaria nos llegan muchos casos de infidelidad, son los casos que más tenemos. De mujeres infieles, casadas por todas las leyes del mundo. Entonces decimos: “¿por qué tantas mujeres, a veces, se ponen en ese sentido?”. ¡Ay Dios mío! ¡Qué desparpajo! ¡Es mentira!”. Entonces, yo hice una investigación real. Sí, es verdad. Yo le decía a un compañero: “¿cuál es la causa, por qué nace la infidelidad? Por ejemplo, yo te puedo decir, tal vez a lo mejor tú no estás cumpliendo con tú deber, como debe de ser, como tal, puede ser en cuestión de relaciones sexuales o en el amor, como tú le quieras llamar”, le digo. Me dice: “pero yo le doy todo”. “No mi hijito, porque aunque tú me des todo, me des dinero, me des ropa, me des todo, si tú no me haces sentir con el cuerpo, como ser humano, con la ley de la naturaleza, tú tampoco me puedes decir, ahora sí, por qué fui infiel”. Entonces, él decía: “no seas cabrona”. Es que digo: “de verdad, como mujer, así como tú tienes necesidad, la mujer también tiene necesidad. Si me abandonas seis meses, ocho meses, pues claro, te vas a buscar un compañero que te ayude”.

Llegó el caso de un profesor que se ausentaba seis meses. Él está aquí en Chilpancingo, el lugar donde trabaja está a tres o cuatro horas. Y la esposa dice: “yo no puedo aceptar que en 15 días no tengas ni un día para venirme a visitar. Tengo ocho hijos. Oye, es injusto”. Y le digo al profe: “pero tú no tienes suficientes pruebas de que te engaña ella”. Él ha escuchado de rumores del pueblo, pero no tiene prueba suficientes que acuse a la esposa de que lo engañaba.

Entonces, yo hablé con la señora y me dijo: “¿sabes qué? Yo lo voy a dejar, porque él me pega mucho”. Él dice que no la ha golpeado pero eso no me garantiza. Yo le creo a ella porque los hombres, todos tienen esa maña de golpear, sea maestro, sea abogado, sea licenciado.

Soy la que abro la defensa de las mujeres, yo trato mal a aquél, tengo que nivelar. Entonces decía la señora: “él me pega, él me golpea. Desde que yo me he casado con él me ha golpeado”. Le digo: “¿por qué tanto has callado ese silencio dentro de ti misma?”. “Porque le tenía miedo, pero ahora yo no le tengo miedo”. Ahora ella acepta la separación. Entonces, ahí te das cuenta, tal vez ella siente algo por aquella persona, porque ha vivido 20 años con él y porque a pesar de eso, el señor le daba dinero. La señora anda bien alhajada, anda bien arreglada la señora. Digo, a lo mejor ella sí se enamoró de otra persona, porque muchas de las veces, tal vez lo que tú no sientes con tu pareja, lo sientes con otra. Eso te hace cambiar de idea. La señora decide tener el valor de enfrentar. Ahora sí me convierto en monstruo y te doy la separación. ¿Por qué no? Entonces, ahí caes en la conclusión que sí, ella tal vez se enamoró de aquella otra persona. Entonces, las otras compañeras, los comisionados dijeron: “ya viste, todas las mujeres son traicioneras”. Y les digo: “ustedes también, ustedes no se escapan, donde quiera, aquí nadie se escapa de que es fiel, aquí todos son infieles. Nosotras las mujeres estamos aprendiendo de ustedes mismos, porque si tú me juegas a la traición, yo también te la regreso”. Y es que la señora se enteró que su esposo andaba con otra, tal vez. Y ella dijo: “yo también te voy a hacer como lo hiciste tú”.

Yo llegué a la conclusión que sí, la señora, pues sí, a lo mejor sí engañaba al señor, porque él nunca estaba, venía cada seis meses, con razón, con justa razón la señora. Seis meses que te abandonen, pues no, no es justo. Él tampoco acepta que lo vaya a visitar a su

trabajo. “Tú solito te creaste el problema”. Ahora lo malo es que la señora puso la denuncia ante el Ministerio Público, lo acusa de violación a su esposo y ahí no hay fianza ni nada, nada, pues, en ese tipo de juicio.

Tienen ocho hijos ellos y el maestro ahora con este delito no puede pasar a otra escuela porque te descuentan lo extra o si no, te despiden. Se complicó. Además tienen muchos bienes, ellos han trabajado, tienen muchas personas a su cargo, huertas, dicen que tienen un coche en Zacatlán, pues bien, no sé qué pasó. Ahí faltó a la jurisdicción.

Los comisionados nos ponemos de acuerdo primero. Cuando vemos un caso así complicado, preferimos revisar primero el caso antes de cerrarlo o dejarlo abierto, porque tú opinas diferente y aquél está opinando diferente, para no dispersar opinión nos damos 15 minutos para decir: “tú, ¿qué dices?, ¿cómo lo ves?”. Entonces, ya entre los cinco concluimos la situación, pero entre todos participamos, entre todos.

La primera vez que participé en la Policía Comunitaria fue cuando estuve en la toma de protesta con las compañeras y nos fuimos a la Coordinadora Regional, la oficina general está en San Luis Acatlán. Dijeron los compañeros: “qué bueno compañeros que estén las compañeras, eso es importante. Queremos acompañamiento, porque hay casos que no podemos resolver y qué bueno que las compañeras estén presentes, siempre hemos querido eso”. Sin embargo, las mujeres tienen que pelear ese espacio, ahora la conquista se vuelve al revés, nosotras hicimos una gran conquista y una gran lucha de trabajo comunitario con las compañeras y tenemos muy claro este proyecto.

Por ejemplo, hay cosas que yo no estoy de acuerdo con los usos y costumbres, pero yo no lo puedo cambiar de la noche a la mañana, sino tengo que trabajar procesos comunitarios con las compañeras

mujeres. ¿Cuál es la propuesta?, por ejemplo, hay costumbres en Yoloxóchitl: cuando hay boda, si saliste señorita, doble fiesta te van hacer al otro día, pero yo no estoy de acuerdo, se gastan arriba de 20 mil pesos, no se gastan cinco mil o seis mil pesos, son 20 mil pesos. Matan el becerro, cinco guajolotes, pollo, refresco, no quieren pepsi, quieren coca, quieren cerveza corona, aparte el aguardiente, todo eso. ¿El baile? Eso es aparte, la misa es otro rollo. Entonces, las chavas reclaman: “mira, el dinero que tú te vas a gastar en eso”, miles de fiestas, van a comer miles de gentes, porque no nada más lo ves con la familia, sino que a todo el pueblo. Aparte, si a tu pareja le toca un guajolote, un pan, un kilo de azúcar, cacao, tantas cosas, éso. Yo no estoy de acuerdo con estas costumbres de los pueblos mixtecos.

En mi casa, mujeres que somos tlapanecas, no. Yo me fui con un mono y ahí se acabó. Se le avisa a mi papá: “¿sabe qué señor? Compadre estoy con su hija”. Nada más le da un cartón de cerveza, uno de refrescos, quién va ha estrenar mole con guajolote. Te vas por ahí.

Pero ellos, la chava, ese fue el pleito que salió con su esposo: “¿acaso hiciste fiesta por mí? No hiciste fiesta por mí”. Para ella, lo que yo entendía es como si no fuera importante ella. Que porque no le hicieron la fiesta grande en el pueblo, que ella se casó de blanco. El dinero que se van a gastar en esa fiesta: “¿por qué tú papá o el suegro no te compran un terreno, una vaca o un chivo?”. Eso sí puede traer beneficios para tus hijos, porque vas a criar hijos, no nada más se juntan y ya, sino que vas a tener hijos. Entonces, yo no estoy de acuerdo, pero yo tengo que trabajar con las mujeres mixtecas que me digan si están de acuerdo. No nada más voy y les impongo, pues no, tampoco. Esto es trabajo que tienes que hacer día con día, tienes que estar permanente allá en la comunidad.

Ese es el ámbito de trabajo que tenemos, donde están tus compañeras. “tú eres un papalote –me dice mi tío–, porque tú agarras y



te vas y vuelas. Ahora tú tienes que aplicar lo que fuiste aprender". Pero digo: "tú tampoco me diste apoyo moral, tampoco me fortaleciste. Yo me fortalecí en la organización, la formación estatal, nacional, internacional". Ahora sí, el chulo quiere que yo regrese, que yo hable de lo que aprendí. Sin embargo, tú como cualquier ser humano, necesitas ayuda moral, tal vez económica no, porque uno ve cómo la resuelve en esos ámbitos, pero moral sí se necesita. "al ratito me reclamas –le digo–, yo lo voy a dar como yo pueda. Por qué usted no dice 'a ver compañera, ya convocamos a las señoras, ustedes vengan a dar las plática'". No, una tiene que ir, hablar con las señoras allá en las comunidades, eso es trabajo para nosotras, no estás contribuyendo con esta causa.

En la procuración de justicia es complicado. Por ejemplo, una señora la detuvimos porque llegó muy prepotente y dijo que su esposo nos había dado dinero para que atendiéramos rápido el caso. Entonces, a un comisario no le gustó, de por sí nos traen que porque nosotras recibimos dinero ahí en la Policía Comunitaria. Entonces le dijimos: "¿sabes qué? Tú trae pruebas que tú nos acusas", porque hay una acusación que ella está haciendo: difamación. Nosotros no recibimos ni un solo centavo. Queríamos que viniera su esposo para que hiciéramos el careo y cerráramos el caso, pero ella no quiso, se fue al Ministerio Público. Ya no seguimos el caso, lo atendió el Ministerio Público.

Para mí, estar en la Policía Comunitaria ha sido una experiencia tan bonita y a la vez tan complicada, porque son más responsabilidades, porque cualquier rato nos pueden hostigar o perseguir o girar orden de aprensión. Ahí todos los comisionados que están saliendo, todos tienen orden de aprehensión, porque para el gobierno estamos fuera de la ley, porque no estamos conforme a reglamento, a todos los códigos. Para nosotras estamos tocando el Convenio 169 de la OIT, el artículo 9 y también la Constitución, el artículo 39. Entonces, no

estamos fuera de la ley, el pueblo se ha amparado. En esos ámbitos hay muchos elementos para trabajar y la asamblea, que son los comisarios que avalan todo este tipo de artículos, son comisarios profesionales. Ese es el aval, por eso nosotras nada más estamos un año, nada más, porque solamente un año pueden durar los comisarios.

Para mí, la Coordinadora Guerrerense [CGMI] y la Coordinadora Nacional [Conami] son los ámbitos que me han enseñado a fortalecerme y empoderarme a mí misma y decidir, estar segura de lo que hago y lo que digo, todas las acciones que yo haga. Me siento ya con más. Y más con ese valor y ánimo de seguir adelante con este proceso. Tal vez si me hubieran agarrado desde allá de lo local, iba a ser más difícil para mí, porque hay argumentos, elementos que no los conocemos. Por ejemplo, la chica con la que yo estoy en la Policía Comunitaria, ella conoce, ella será muy buena, pero en otro ámbito ella no lo conoce. Entonces, en lo que me han ayudado la Coordinadora Nacional y la Coordinadora Guerrerense es en conocer otro ámbito, ver otras condiciones que viven las mujeres indígenas. Para mí es un gran avance que tenemos nosotros como México y más la articulación que tenemos como Coordinadora, pero hay avances, porque hay compañeras que están en muchos cargos políticos con los gobiernos. Entonces, para nosotras es un gran avance, es una escuela de formación que ha sido la Coordinadora Nacional. Para mí en eso me ha enseñado, para mí fue una escuela, pero también me ha fortalecido a mí como mujer y como persona y con mi familia también.

Para mí, el logro más importante de la Coordinadora Guerrerense ha sido, por ahora, el que yo esté en la Policía Comunitaria, porque yo soy parte de la Coordinadora Guerrerense. Como Coordinadora Guerrerense también hemos enfocado, por ejemplo, Libni con su beca y con la experiencia que tiene está contribuyendo allá en San Luis Acatlán. Ella está trabajando con San Luis Acatlán y Chilapa

que era de contento, da talleres de capacitación sobre liderazgo y empoderamiento de las mujeres en las comunidades y va a hacer otro taller, va a ir a esas tierras, a las comunidades.

Entonces, nosotras siempre nos presentamos como Coordinadora Guerrerense, hablamos con la Policía Comunitaria, decimos que queremos hacer reunión con las compañeras, igual lo hicimos con la comisión de seguimiento, hablamos como Coordinadora Guerrerense. Entonces, para ese momento por ejemplo, si yo le digo a Martha Sánchez: “necesito una auditoría, así está el asunto”. Ella me apoya en esos ámbitos. “Oye, necesito 500 pesos, 300 pesos”. Igual, porque somos de la Coordinadora Guerrerense y estamos contribuyendo, pues ninguna otra organización nos los va a poder dar. Esta es la trayectoria. La historia de las compañeras, la que va a criar, la que ha juntado, esto es y va a ser la Coordinadora Guerrerense, porque de todas maneras vamos a seguir en este proceso, aunque estamos en la distancia, aunque no hagamos lo mismo, las mujeres de la Coordinadora Guerrerense nos damos apoyo.

Muchas de las veces andamos muy dispersas. Ese es el problema que hemos analizado todas, nos hemos sentado a platicar. Como no tenemos nuevos cuadros, andamos en todo, pero muchas de las veces no podemos asumir tantas responsabilidades. Igual está pasando ahora con la Coordinadora Nacional: si tuviéramos cuadros, entonces mi relevo entraría de inmediato, tal vez. Yo tengo un compromiso real de terminar en diciembre, pero se necesita que alguien esté retomando las reuniones, las instrucciones con los movimientos feministas, con otras ONG, con las Naciones Unidas, Unicef, Unifem, lo que usted quiera, pero que esté dando un seguimiento. Eso no está pasando, así se rompe totalmente la relación. Entonces, eso es difícil para nosotras, hemos hecho esa evaluación, por eso la apuración de la Coordinadora [CGMI] por formar nuevos cuadros y fortalecer estos procesos comunitarios.

Hay compañeras muy buenas pero, ¿cómo las sacas de las comunidades? Porque tú las tienes que convencer. Por ejemplo, la señora Apolonia, ella no quiere salir porque vende comida a los maestros. También la pareja se va adaptando y sabe que nada más trabaja, nada más está atendida a que tú estés trabajando para los gastos de la casa. Entonces, es difícil, de verdad. Nosotras nos dimos cuenta de que trabajar con las compañeras casadas es difícil. Yo estaba valorando hace rato: esta generación se ha hecho de compañeras que se han formado, por ejemplo, Hermelinda, Fabiola, tienen hijos ahora. Y ya no es lo mismo, ya no es lo mismo tener un hijo, porque asumes toda la responsabilidad, porque es una responsabilidad que tienen con la comunidad, aparte la responsabilidad con los hijos, es muy complicado la verdad, es muy difícil. Por ejemplo, si yo estuviera embarazada, yo tuviera hijos, yo no voy a asumir la comisión de la Policía Comunitaria, tal vez iba a aguantar los ocho meses con la panzota ahí, pero más tiempo no voy a poder aguantar y eso es lo que está terminando con la responsabilidad que tienen con la comunidad. Entonces, yo creo que en todas las organizaciones tenemos el problema de no tener mujeres que se incorporen al trabajo permanente. Hay compañeras que son muy participativas, pero en Buenavista, que está a pie de carretera, no hay. Entonces, las que tú piensas que más van a participar porque en Buenavista hay más habitantes, son los que no participan. Es difícil: llegas a una comunidad, vienen miles, hablan, participan, pero para que las saques fuera... Muchas van a viajar a San Luis Acatlán, a Acapulco, hasta ahí, pero queremos que vengan a México. Que puedan ir a otro país. No se van. Ahí en esos ámbitos sí que conocen, hay mucha sabiduría, porque ellas tienen mucha experiencia comunitaria. En la región, por ejemplo, nosotras queremos veinte delegadas, vamos a aumentar las veinte delegadas comunitarias con capacitación y todo lo que tú quieras,

van a prepararlas, ahí sí. Pero para que salga doña Catalina que es una señora muy buena en esos ámbitos... Ella no habla el español, ella tlapaneco, pero sí entiende bien clarito el español. Si tú le dices: “te invito a un evento allá en México”. “Yo no voy”.

Para muchas de las compañeras es difícil romper una barrera regional y nacional, porque cómo las van a moler. Entonces, en esos ámbitos es complicado, porque tú también tienes que romper esa visión, esa barrera que tú tienes. Por ejemplo Martha, ella rompió las visiones, ella sabe todos los tratados y sabe todo lo nacional y hasta lo internacional, porque como Coordinadora Nacional [Conami] es parte del Enlace Continental de Mujeres Indígenas.

Con el trabajo en la Coordinadora, ¡ay Dios mío! ¡se abre el mundo! Pero se abre mucha responsabilidad y obligaciones al mismo tiempo, son dos cosas. Se abre el mundo, pero también asumes la responsabilidad tanto en derechos y obligaciones y las tienes que cumplir. Entonces, te llenas de compromisos, pero muchas de las veces no lo puedes asumir: yo soy coordinadora de la Conami y soy parte del Enlace Continental, porque México forma parte de una región, la región la coordina la Conami. Entonces, no puedo. Que los viajes, no sé dónde tú tendrás que irte, no vas a dejar porque no puedes ir, porque las reuniones del Consejo Colegiado del Enlace Regional yo soy parte, yo soy Consejo Colegiado, me tienen que consultar para que sea como Enlace Regional. Entonces, son doble responsabilidad que tú tienes. Pero si me releva otra que ni sabe qué es Enlace (claro que cada reunión me informaba qué era el Enlace, pero muchas veces no ponía una atención), entonces, cuando llega la evaluación de Enlace, México tuvo una evaluación, la realidad es que las mujeres indígenas no conocían lo que era el Enlace y cuál era el beneficio que recibíamos. México fue el único país que dijo la verdad, los otros países, todos, le pusieron crema y queso y salieron bien en su evaluación. Era la discusión que teníamos con

las demás compañeras: que la única compañera joven que es parte de Enlace, es de México.

Entonces yo dije: “en diciembre me cambio. Hasta el 2007 que ya se concluye el Quinto Encuentro Continental, ahí termina mi responsabilidad”. Yo voy a hacer las negociaciones para conseguir los boletos, trabajar los temas dando los talleres. Claro que vamos a jugar un papel importante, no vamos a ir a dormirnos allá en el Quinto Encuentro. Hay que preparar a las compañeras, pero yo, de verdad en diciembre ni por más que me hagan, aunque me rueguen, ya no me quedo. Claro, voy a cumplir otra función, pero ya no va ser mucha la mía, que me tenga que reunir con ustedes y reunirme con tanta gente, ya no. Cuando termine mi responsabilidad en la Conami voy a regresar a la región, porque yo voy a seguir trabajando Guerrero. De por sí mi sueño para la Coordinadora Nacional y para la Coordinadora Guerrerense era poner una consultoría, un despacho para la defensa de las mujeres indígenas.

¿Cuántos tratados ha firmado nuestro gobierno?, ¿cuánto ha ratificado?, ¿cuánto no ratificó?, por ejemplo, el tratado de género de los pueblos indígenas. ¿Acaso lo notificó? No. Yo le pregunto a la gente y no lo conoce el tratado de género, porque el gobierno no lo ratifica, porque sabe que nosotras de todos modos, de todas maneras los indios no lo ocupan ni lo usan como instrumento ni nada. Entonces yo soñaba de que hiciéramos un bufete con todos los abogados y gente de toda la República Mexicana: un maya, un tzotzil, porque ahora que tuvimos en el evento del devenir de los pueblos indígenas de aquí de la UNAM, había varios jóvenes indígenas. Cómo juntas tú a esos que están en diferentes ramas, pero cómo tú también los orientas que tienen que regresar a las regiones a ayudar a los pueblos. Ésa es la base. Entonces, este era mi sueño mío, pero es imposible. Se necesitan muchos recursos y te desgasta mucho, porque yo de muy joven le entré y estoy cansada también,

porque se cansa uno en esos ámbitos. Tal vez si no lo logro aquí con la Coordinadora Nacional, pero tal vez con la Coordinadora Guerrerense, pero a nivel estatal, ya no a nivel nacional.

Yo creo que los obstáculos que hemos tenido... si por ejemplo, la señora es casada, la pareja no ayuda, no apoya a la esposa en esta responsabilidad que es tan importante, no va a resultar. Y si la suegra critica, quién le va a dar de comer a los hijos, peor. Porque abandonan a sus hijos, a su esposo también lo abandona mucho, si toma el papel. Entonces, la mujer como no está empoderada, ella hace lo que dice la suegra o el suegro. Por ejemplo, en el caso mío: mis papás me apoyan, cuando yo no tengo dinero, mis papás me dan dinero, porque ellos son productores de café, entonces que me dan mil quinientos pesos. Yo le digo: "papá préstame". Yo no les pido: "regálame". Si no, tengo unos amigos que me hagan un préstamo, ya cuando a mí me llega un apoyo que me dan, entonces yo ya regreso. Si mis papás no me apoyaran yo tampoco estaría en este espacio, porque necesitas un apoyo de tu familia. Aparte, si tienes pareja o esposo, amante o novio, como se llame, también eso es muy importante para una. Si tú no tienes apoyo, tampoco hay un avance importante.

La autoridad de tu comunidad, no, tampoco apoyan, no fortalecen, no convocan las reuniones comunitarias que tienen que ver con las mujeres, no lo hacen, menos si es una mujer: que ella es una loca, es una cualquiera, te va a quitar el marido. Bueno, ellas inventan miles de cosas de nosotras. Entonces, aquí está el problema, porque muchas de las compañeras no están empoderadas en este proceso comunitario que tenemos que crear nosotras mismas. Ese valor de defender nuestro derecho, como tal, nos corresponde, pero muchas de las mujeres no lo hacen; algunas sí lo entienden, pero otras no lo entendemos.

Esta etapa es muy difícil y compleja. Yo le preguntaba a una compañera que ha desempeñado un papel internacional muy importante, donde todas son separadas o divorciadas, todas tienen familias así: “¿para qué voy a tener un hijo si de todas maneras, tarde o temprano, el papá se va a separar de él?”. Todas las compañeras tienen hijos: uno, dos o tres. Unas de las que se casaron jóvenes se rebelaron, se empoderaron, entonces pidieron su separación y se quedaron con sus hijos. Ajá, por ejemplo, yo me voy a un país: le traigo un juguete a mi hijo, el que encuentre, éso no recompensa el cariño que yo no le voy a dar, o tal vez ya se me enfermó, porque el niño quiere estar con la mamá, tal vez no quiere estar con la nana, con la hermana, con la sobrina o con quien lo vayas a dejar. A una compañera así le pasó. Entonces, tú dices: “¿por qué tanto le entrego mi vida al movimiento?”. Al final de cuentas, contribuiste, ayudaste de todas maneras, pero también tú hiciste mal al final de cuentas. Ya cuando te mueras, entonces sí, ahora sí, ella fue buena, sí luchó por la mujer, pero ya para qué.

Yo quiero que me reconozcan ahora que estoy viva, le digo a una compañera: “¿por qué no reconocernos ahora que estamos vivas? Muertas, ¿para qué? Ni lo voy a sentir. Tal vez una mujer se va a sentir halagada que nos van a reconocer, pero ya muerta, ya no. Ya no voy a estar para ese momento”.

Yo creo que algunas compañeras que entienden este movimiento ayudan, pero en sus hogares no lo aplican como debe de ser, muchas veces están tomando, igual es con los dirigentes. Entonces, caemos en esos errores y estamos dando doble discurso. El discurso que damos a las comunidades es una cosa, pero en nuestra casa es otro discurso, en esos ámbitos sí es muy complejo de entender.

Algo que me motiva a seguir en este proceso, en este movimiento, es cuando salimos a los viajes internacionales. Yo por ejemplo, yo nunca soñé viajar a nivel internacional, aunque yo tuviera los dineros



del mundo. Muchas de las veces, si eres rico, igual no tienes tiempo, no puedes dejar tu negocio y no sé qué y tienes miedo a que te asalten, a que te roben, a que te secuestren. El pobre vive. Por ejemplo, yo soy pobre, pero estoy tranquila. No tengo miedo de que me vayan a asaltar, tengo miedo que me mate el gobierno, de que me vaya a dar un tiro de gracia, ahí, hasta ahí, ese es mi temor. Porque siempre el gobierno ha sido así, ha hostigado, ha perseguido a los compañeros y a las compañeras también, en ese ámbito sí tengo miedo, por lo demás estoy tranquila, si tengo dinero o no tengo dinero, no tengo quién me persiga.

El que nosotras viajemos nos abre la oportunidad. Muchas de las mujeres jamás van a conocer otros países, jamás van a sentir lo que es volar en un avión. Yo siempre miraba los aviones en mi casa, los helicópteros que pasaban por los cerros, me gustaba mirar, pero nunca pensé que en algún momento yo iba andar dentro de esos. Nunca pensé que yo iba a volar. Entonces, tú también adquieres otras experiencias, tú también aprendes muchas cosas que no conoces. Que no están en tu país. Tú lo llegas a aprender en diferentes ámbitos y vamos con todos los gastos pagados. Entonces, es lo bonito que tenemos como organización.

En cuestión a las mujeres feministas, yo creo que somos diversidades, hay la diversidad de conocimiento. También reconocemos que las mujeres feministas han luchado para que las mujeres tengamos derechos, voz y voto. Han luchado con las leyes. Tal vez muchas de las mujeres que han luchado en este proceso no lo han disfrutado, pero lo van a disfrutar sus nietos, sus bisnietos. Igual lo que estamos haciendo nosotras, las mujeres indígenas, la lucha que estamos haciendo ahorita, la van a disfrutar las otras nuevas generaciones. No queremos que vivan las mismas que vivieron nuestras mamás, nuestras abuelas, nuestras tatarabuelas. Entonces, yo creo que nosotras con las mujeres feministas, con las

diputadas, con diferentes partidos, entonces, nosotras tratamos de hacer esa alianza con ellas. Por ejemplo, tenemos el séptimo evento de mujeres de Juárez, va a ser en México en el 2007. Nosotras, como Coordinadora Nacional e integrantes del Enlace, vamos a esa comisión de seguimiento. Entonces, no estamos peleadas. Yo sí creo que hay mujeres indígenas que son feministas, también hay que reconocerse en esos ámbitos.

## Liberarse del miedo

*Hermelinda Tiburcio Cayetano\**

**M**i nombre es Hermelinda Tiburcio Cayetano. Voy a cumplir 30 años. La comunidad donde yo nací se llama Yoloxóchitl, municipio de Tlacoachistlahuaca, en el estado de Guerrero. Hablo mixteco al cien por ciento, lo escribo, me identifico como mujer indígena. Estudié licenciatura en psicología y terminé la maestría en psicoterapia humanista.

Yo fui maestra bilingüe, estuve cubriendo un interinato desde los 19 años. Mi vida había sido de maestra bilingüe. Cuando tenía 22 años, un día mi papá vino a hablar conmigo. En aquel entonces, se luchaba por la creación del municipio Rancho Nuevo de la Democracia, ahí cerquita de Yoloxóchitl, en la zona mixteca. Mi papá

\* Hermelinda Tiburcio Cayetano es mixteca de la Costa Chica, tenía 30 años al momento de la entrevista. Está casada y tiene un hijo. Habla mixteco y español, es maestra bilingüe de primaria y estudió una maestría en psicoterapia humanista. Participó en el movimiento de Rancho Nuevo de la Democracia, en el Consejo Guerrerense 500 Años, en la ANIPA (donde fue coordinadora estatal) y en la Conami. Ha recibido varios reconocimientos: Premio Nacional de la Juventud 2000, Premio Internacional “Navarra” a la Solidaridad, candidata a presidenta municipal de Tlacoachistlahuaca por el PRD, becaria de la Fundación MacArthur. Actualmente preside Kinal Antzetik Guerrero. Entrevista realizada por Rosalba Díaz, Margarita Nemecio, Karina Ochoa y Gisela Espinosa, el 27 de abril de 2006. Edición de la entrevista: Gisela Espinosa.

dijo que la gente del movimiento quería hablar conmigo. Entonces, fui a una asamblea y todos me pidieron que me quedara para apoyar a la lucha. Que porque soy de ahí y que toda la gente que sale del pueblo a estudiar ya no regresa. Y entonces dije: “bueno”. Y dejé de ser maestra y me fui a meter al movimiento.

La gente me recibió bien, porque querían alguien que tradujera y escribiera, hiciera papeles, actas, solicitudes. Ellos estaban contentos con mi participación. No había apoyo económico, yo hacía el trabajo y comía con mi familia, pero llegó el momento de que, bueno, mis hermanas también participaban, tengo cinco hermanas y un hermano. Mi mamá falleció, ya tiene como diez o quince años. Mi familia estaba muy contenta de que yo participara. Ya cuando vieron que la cosa estaba dura, querían que me saliera, pidieron que yo regresara de maestra y me fuera otra vez a las comunidades. Ya no era posible, ya no quería regresar, ya estaba de este lado.

Comencé mi lucha en Rancho Nuevo. Participé en el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia y de ahí sigo participando en ANIPA. Soy parte de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas y he estado en la creación y formación de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.

Llegué apoyando la creación del municipio, haciendo gestión. Había mucha violencia contra ese municipio, había mucho asesinato de compañeros. En aquel entonces, la gente del PRI estaba muy duro contra los compañeros perredistas. No llegué como partido, llegué como persona. Y en 1998 entró el ejército en Barrio Nuevo de San José que es municipio de Tlacoachis, donde fueron violadas dos mujeres y asesinados dos compañeros indígenas. Entonces, ahí comienza mi lucha: defender el derecho de los pueblos indios y de las mujeres indígenas.

Denunciamos la violación de estas mujeres y en 99 ya fui perseguida por el ejército y por el gobierno del estado. Entonces, me dio

miedo y quise salir del movimiento, pero sentí que había escarbado un poco y que entre más me movía más hondo me hundía. Ya no pude salir, porque había mucha amenaza y si salía era un peligro y si me quedaba también, era un peligro. Y decidí quedarme. Supuestamente ganamos el caso. Lo llevamos a la ONU, lo llevamos a los Derechos Humanos, pero fue una situación muy difícil. Llegó el momento de que sentía que me estaba acorralando todo el problema, pero me decidí a quedar.

Me animó a seguir la cuestión de mujeres. Había mucha violencia del gobierno hacia la gente, pero también había mucha violencia de pareja. Me quedé por esa parte. Me quise salir por el peligro que corría mi vida también. En el 98 estaba el movimiento zapatista y había un grupo armado en Guerrero. Entonces, decían que yo era la que llevaba y traía información, me acusaban que estaba en un grupo guerrillero. Yo fui perseguida, tuve orden de aprehensión y dije: "bueno, no vale la pena seguir aquí porque tengo familia". Mi papá y mis hermanos querían que me saliera porque era muy peligroso, hasta ellos recibían amenazas. Pero llegó el momento en que yo dije: "bueno, algún día tengo que morirme, a lo mejor resbalando en una cocina. Si algo pasa aquí, pues, ni modo". Decidí quedarme. Era un poco difícil, una cuestión muy difícil.

Muchas veces me decían que yo tenía que estar teniendo al hijo y en la cocina y no andar en esta lucha. Yo era la única mujer que andaba ahí. El 11 de marzo de 1999 me pusieron una parada en el camino. Yo iba en una camioneta y echaron bala. Me tiraron, pero no me tocó. Me fui al monte y estuvieron esperando a que saliera, pero llegó otra gente a auxiliar. En Guerrero tuve orden de aprehensión, fui perseguida por el gobierno del estado y el ejército, por la Sedena [Secretaría de la Defensa Nacional]. Decían que yo estaba en otra lucha que no era social, pero, poco a poco, fui demostrando que sí estaba en la lucha social.

Siempre hay riesgos por estar dentro de una organización y, a la mejor, ser hombre o ser mujer, encabezar a un determinado grupo. En junio del 99 llegó un hombre vestido civil, pero sí era corte militar, era del ejército. Yo siento que creyó que yo era una señora grande de edad y cuando me vio no creyó que yo era, porque me preguntó como en dos ocasiones que si yo era Hermelinda Tiburcio Cayetano y le dije que sí. Que si era de tal comunidad y le dije que sí. Que si yo conocía esto y aquello. Y sí. Sacó la pistola, pero cuando lo jaló se puso tan nervioso que no sé qué pasó, pero se salió corriendo de donde yo estaba. Estuvo así enfrente de mí, junto a mí, pero cuando quiso dispararme no pudo. Su arma no pudo dispararme, la pistola no disparó o no era mi destino.

Los que andamos en la lucha social también necesitamos comer. Y en las comunidades tenemos muchas necesidades como escuela, agua potable, energía eléctrica. Decidimos crear la organización y a partir de ahí se fue creando un fondo regional. Era una lucha, más bien, en sentido social. En el Consejo Guerrerense 500 Años se luchaba también por obras y por derechos humanos, pero regional. Más bien, era por necesidades inmediatas: las mujeres se morían por parto en la comunidad, no había médico y había mujeres que no podían salir porque no había carro.

Yo ya estaba en la lucha social y defendiendo el bosque y todo lo de Rancho Nuevo, pero no había una organización estatal que nos respaldara. En una ocasión fui a un encuentro de pueblos indígenas. Ahí me invitó Martha Sánchez al Consejo Guerrerense 500 Años. Me integré. Era un cobijo político para mí y para la gente de Rancho.

En aquel entonces, estaba la lucha zapatista. Era así como una lucha nacional. En Guerrero, el Consejo [500 años] era quien encabezaba la lucha indígena. Entonces, la marcha cuando el recorrido zapatista y vino Marcos a México. Nosotras fuimos, recibimos a los delegados zapatistas cuando vinieron a Guerrero. Entonces, fue así como una

lucha histórica. Las reuniones, las marchas, las concentraciones, los encuentros.

Con Martha empecé a ir a algunos eventos de mujeres. Yo trabajaba con hombres, o sea, yo vengo de un proceso de organización de hombres, pues. No nací haciendo una lucha de mujer. Mi trabajo comenzó en la lucha de la creación de un nuevo municipio donde había muchos comisarios, donde había líderes hombres. En el camino fui rescatando y conociendo la cuestión de la mujer, pero yo vengo de una lucha más bien mixta.

En la lucha había mujeres, pero sólo en la cocina, no en toma de decisiones. Así era, había mujeres, pero había que hacer comida, todo lo que era cuestiones domésticas. En una lucha siempre está la mujer ahí; aunque no se vea enfrente, siempre está atrás. Cuando yo llegué no entré así, yo era la que podía hablar con los funcionarios, hablaba el español y la gente no. Entonces, era la traducción, era hacer los papeles. Fui ganando un liderazgo por ese nivel, porque si no, también hubiera llegado a la cocina.

Dentro del Consejo hubo hombres líderes que han sido diputados, regidores, comisarios, gente así, presidentes municipales. Había un liderazgo de hombre así muy fuerte, muy machista. Así que para mí era: "¡Gánate el espacio!". Había grupos dentro del Consejo, uno me respaldaba, otro grupo que no. Fui aprendiendo a convivir con ellos. Uno va formando carácter ahí. Encuentras gente con mucho carácter y también uno tiene que irse formando con ellos para poder estar en el nivel. Porque sí había, pues, pleitos duros dentro del Consejo, una situación muy difícil. Pero yo creo que comencé a ganar a ellos y ganarlos por medio del trabajo, porque el trabajo que hacía un líder que ya fue diputado, nosotras también lo hacíamos, ya sea en la comunidad, en la marcha, en la lucha. No me dieron el lugar, sino que lo fui ganando.

Cuando yo llegué ya estaban Martha Sánchez y otras compañeras. Hice equipo con Martha. Hacíamos algunos eventos. No tenía mucha idea sobre género, pero me fui formando en los talleres. Martha promovía los eventos, era difícil, pero los hacíamos. Me acuerdo que se hizo el Primer Encuentro de Mujeres Indígenas, llegamos pocas aquí, a Chilpancingo. Fue como en el 99. De ahí comenzamos a recorrer algunos municipios con Martha, haciendo algunos encuentros de mujeres. Después hicimos el Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas aquí en Guerrero, donde marcamos muy claro el camino a seguir. La idea era crear una Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas, pero tardó un buen rato de ir buscando información, consensando con las compañeras.

El objetivo era agrupar más mujeres, tener un espacio propio, dar capacitación a las compañeras, defender los derechos que se estaban violando en Guerrero. Hemos estado muchas, pero pocas se han quedado. Entre líderes o mujeres que nos hemos formado dentro de organizaciones fuertes es muy difícil consolidar una organización, porque es tener, como las abejas, una reina dentro de la organización. Es muy difícil, entonces. Yo lo he sentido así.

Había mujeres organizadas en algunos lugares, pero no había y, hasta hoy, no hay organización que agrupe a todas las mujeres indígenas de Guerrero. Igual “500 Años”, así era. Muchas mujeres venían a los eventos, pero sólo venían al evento y se iban. Había un eje de trabajo con mujeres dentro del Consejo Guerrerense, pero los hombres no querían meterse en este rollo. Nos lo dejaban a nosotras. Hacíamos un doble trabajo: el social y el de mujeres. Como que no nos alcanzaba el tiempo. Entonces, fuimos así como un poco buscando la manera de agrupar mujeres.

El *empoderamiento* de la mujer indígena era importante, pero trae mucho obstáculo para poderlo hacer. Por ejemplo, si comenzamos desde la comunidad es necesario organizar a las mujeres para que



tengan un proyecto, para poder sustentar económicamente su comida, sostener para su pasaje y poder salir. Eso en primer lugar: darle a la mujer el poder, pero no sólo el poder en sí, sino el poder acompañado de dinero, del proyecto que pueda sacar a su familia adelante. ¿Cómo hacerlo? Pues capacitarla, porque la mujer puede tener dinero, pero si no tiene conocimiento no puede liberarse del miedo al marido, a la comunidad. Nosotras, lo que un poco decíamos era buscar que las mujeres pueda vender su artesanía, pueda comercializar lo que ella hace, para tener su recurso y así poder asistir a los talleres. Dar empoderamiento a la mujer, pero capacitándola, liberándola del miedo al marido, a la comunidad. Bueno, a la mujer indígena es muy difícil sacarla de su comunidad, por ser mujer: “porque no fui a la escuela, porque no sé leer, me vaya a perder, mi marido no me deja y mis hijos”. Son muchos obstáculos.

La comunidad vive la violencia. Las mujeres son maltratadas, se mueren porque no acude a tratarse enfermedad. Vive, pero no de una manera a lo mejor feliz, ¡tantos hijos! Las mujeres golpeadas, mujeres que, de alguna manera, viven por vivir, pero no hay una libertad de ser ella misma. Nosotras, lo que pensábamos y decíamos era que íbamos a hacer un recorrido en la región para buscar líderes, capacitarlas y buscar, de diferentes maneras, trabajar con ellas. Hacer pequeños grupos por ejemplo, en salud, educación, capacitación, cultura. Rescatar lo que es la cultura, promover lo que son derechos. Que ellas se puedan defender, dónde acudir cuando hay violencia, muerte materna. Son muchos temas, fuimos de muchas áreas. No se ha podido tener un eje. Estamos buscándole muchos lados.

En el 97, Kinal comenzó a apoyar la creación de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas. En el 99, me incorporo a recibir talleres cada mes en México. Íbamos cada mes y el compromiso era regresar y hacer talleres en las comunidades. Yo creo que eso fue el eje principal para darnos la palabra, el conocimiento de

género, porque en el Consejo nunca nos lo dieron. El Consejo eran marchas, plantones, concentraciones, toma de carreteras. Era más la movilización, todo eso. Pero la parte práctica, la capacitación y concientizar fue Kinal y la Coordinadora Nacional, con la idea de que regresáramos a las comunidades para hacer talleres y dar a conocer lo que nosotras estábamos aprendiendo.

Me acuerdo que el primer taller que yo di en Rancho Nuevo, reuní mujeres y cuando estaba enfrente, no sabía qué decirles. Nelly nos acompañaba a algunas comunidades para dar el taller. Nos decía: “¿y cómo les fue ahora?, ¿cómo les fue con los talleres?”. Entonces, teníamos que hacer talleres para regresar y decir: “bueno, así nos fue”. Era una escuela de cuadro, una escuela de mujeres, una escuela de compartir experiencia, una escuela de poder convivir y compartir con mujeres, era un espacio de mujeres. Ahí me fui formando, porque yo creo que ni yo misma tenía el poder –el empoderamiento que ahora llamamos– ni conocimiento de género, porque yo venía trabajando con hombres. En muchas veces decía: “es que con mujeres no avanzo, yo avanzo más con los hombres”. Martha lo recuerda muy bien. Le decía yo: “siento que es tiempo perdido, porque yo voy, hago asamblea, hago reuniones, hablo con las mujeres, pero otra vez se van”. Sentía que no me entendían. ¡Yo era la que no me entendía y no podía hacerles entender a las otras! Yo sentía que la lucha mixta era más fácil. Que lograbas más, porque la gente, varios hombres tiene una formación y las mujeres, pues, es difícil. Hoy estoy comprometida con la lucha de mujeres.

Cuando la mujer se da cuenta que tiene derechos, que tiene derechos sobre su cuerpo, sobre su salud, la libertad, entonces, como que le dicen al marido: “dame *chance* de salir”. Al hombre no le parece eso y comienza a decir que la capacitación destruye el hogar y hay pleitos, porque antes era una mujer sumisa. Cuando una mujer empieza a participar en un movimiento, en una reunión, como que ya no es

lo mismo. Ya no es que “dame agua”, y la mujer corre por el agua, o “sírname”, y la mujer corre y le sirve. Dejamos de ser criada del hombre. Entonces, como que hay una rebelión de la mujer, pero es un proceso natural que se tiene que dar. Los hombres no ven eso como un proceso de libertad, siempre han querido tener a la mujer como una esclava, sumisa, que les sirva todo. La liberación es esto. El empoderamiento es esto. Sí, los hombres del Consejo nos tomaban como que andábamos haciendo destrucción del hogar. A la mejor hubo mucho pleito, pero casi todas las mujeres de este movimiento éramos solteras. Entonces, no era así que porque fui al taller ya llegué y me divorcié.

En las comunidades uno ve que la mujer que va a un taller regresa y, a la mejor, tiene un cambio dentro del hogar. Ya no es lo mismo. Yo siento que las mujeres indígenas tenemos ese trabajo. Nosotras, lo que decimos es que no queremos convertir al hombre esclavo ni tampoco sumiso, pero sí una pareja que nos pueda comprender.

Nosotras no veníamos solas como mujeres, sino que también veníamos acompañando la lucha social de “500 Años”. Si aparece una organización de mujeres, a la mejor es más débil, pero aquel entonces, veníamos de “500 Años”; aunque los hombres no nos respaldaban, pero por lo menos, delante de los funcionarios no nos decían nada. Si gestionábamos algo, por lo menos se quedaban callados. Eso también nos facilitaba.

Como la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas venía desde el 97, nosotras, las mujeres de “500 Años”, invitábamos a otras mujeres que no eran del Consejo cuando hacíamos algún evento en Chilpancingo. Siempre hemos buscado nuestro propio espacio. De ahí nace la idea de crear la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas, porque en espacio mixto no se permite mucho desarrollar esa actividad de mujeres. Me acuerdo de una ocasión: nos concentramos en mi casa, bueno, en donde yo vivo y en el relajo

decíamos: “bueno, hay que crear la Coordinadora y hay que ponerle nombre”. Estábamos sentadas en mi cama y dijimos: “sale, vamos a ponerle nombre y vamos a hacer esto y lo otro”. Y nos organizamos. Pero no fue así en un evento masivo, no, no. O sea, un día nos reunimos y dijimos: “¡adelante!”. Entonces, nos comisionamos, hubo comisión para que cada quien pudiera hacer alguna actividad. Comenzaron a hacer el estatuto de la Coordinadora Guerrerense, de ahí, la Coordinadora inició un proyecto de prevención de muerte materna en Chilapa, en Tlapa y nosotras en la parte de la costa. Era un trabajo en diferentes lados, pero no como Coordinadora en sí. Siempre eran eventos con otras organizaciones y la gente reconocía más fácil a las otras organizaciones.

Casi todas participamos en organizaciones regionales de Guerrero. Si preguntas a una mujer de Chilapa: “¿usted pertenece a la Coordinadora?”, le va a decir: “no, yo pertenezco a la organización tal o cual”. Si llega a Rancho Nuevo y pregunta a una mujer que recibió un taller: “¿usted es parte de la Coordinadora Guerrerense?”, le va a decir: “no, yo fui a un taller con Hermelinda”. La Coordinadora apenas comienza a agarrar raíz, no ha crecido ni ha dado todos los frutos que esperamos tener.

Yo percibo a la Coordinadora como un espacio propio de mujeres libres que se pueden sentar y discutir, pero no como una organización de base. Es una organización estatal que reúne mujeres libres. Que puede discutir. Que puede analizar. Que puede proponer. Se puede tener una historia de cada mujer, pero no hay así como una base sólida para hacer un trabajo de base.

Nosotras, el 8 de marzo del año pasado [2005], nos organizamos en Ometepec como Coordinadora Guerrerense y tomamos la Comisión Federal de Electricidad para decir que la tarifa baje, porque sí perjudica más a la mujer. Nosotras, como organización regional de la Costa Chica, nos agrupamos. Yo convoqué, hice

boletines y todo y nos concentramos como seiscientas, setecientas gentes. Mujeres, hombres también llegaron. Hombres a apoyarnos y tomamos la Comisión Federal de Electricidad para que bajaran las tarifas, porque llegan recibos de mil, de mil 500, dos mil. Las mujeres, no precisamente el hombre, son las que están en el hogar. Entonces, tomamos la Comisión y eso nos facilitó bajar la tarifa en algunos municipios de la costa.

Mi participación en la Coordinadora me ha permitido agruparme, pero también ha habido discusión, hay diferencia, participamos en diferente nivel. Alguna de la Coordinadora no participa en los partidos políticos, alguna, en mi caso, sí. Yo fui candidata a una presidencia municipal. La condición de vida de cada una también hace diferencia. Algunas son solteras, otras somos casadas. Cada quien vive una vida diferente, lo cual, a lo mejor, repercute dentro de la Coordinadora. Algunas, a lo mejor, tenemos más información, hay diferencia. Entonces, como mujeres queremos ser siempre igual, pero no siempre es así. Depende la condición y la formación que uno tiene. También hay diferencia en la popularidad: si llegamos todas juntas a dar una conferencia de prensa, seguramente alguien, el periodista se acerca más a una, a dos o a tres a preguntar y las otras se quedan sin dar su opinión. Entonces, también hay celos. Y si alguien convoca a un evento y todos los periodistas acuden y alguien convoca a otro evento y no van, como que hay diferentes niveles. A lo mejor no ha habido la capacidad de reconocer la fortaleza y la debilidad de cada una y apoyarnos mutuamente.

En lo personal, he tenido la posibilidad de otro nivel de participación. Yo fui premio nacional de juventud indígena, fui premio estatal de mérito civil por trabajo social, fui reconocida por la Secretaría de la Mujer por mi trabajo con mujeres, fui reconocida por la Cámara de Diputados por mi trabajo con mujeres. Entonces, he

tenido así varios reconocimientos, eso también ha permitido llegar a alguna dependencia, me conocen y me facilita la gestión.

Últimamente fui candidata a la presidencia de un municipio, cosa que muy difícilmente sucede en nuestras regiones, porque hay muchos hombres con liderazgo y recursos económicos. Yo tuve la oportunidad de competir con varios de mis compañeros en el municipio. Entonces, en el caso personal, yo me siento muy satisfecha de esta organización, porque he recibido mucha cosecha de trabajo de mujeres y de trabajo mixto.

Me casé hace tres años, mi vida ha sido igual a la de otras compañeras, aunque algunas me han dicho que no. Yo siento que mi vida ha sido normal. He salido a las comunidades, he hecho talleres, tengo libertad de salir, no tengo por qué pedir permiso. He tenido la libertad de hacer mi actividad. No es común en mi comunidad, porque casarse es como convertirte en un esclavo de alguien y hacer todo el trabajo en la casa. Mi vida no ha sido así. Ha sido diferente. Ahora tengo un niño, tengo un bebé. Mi vida me cambió emocionalmente, pero no me ha impedido salir. Mi nene tenía un mes y salíamos a reuniones. Ahora tiene tres meses, salgo, lo llevo. Entonces, siento que depende de cómo está tu estado de ánimo, tu autoestima.

Mi marido es indígena, tiene preparación. También él conoce la lucha social, eso a mí me ha facilitado. Cuando yo fui perseguida era mi novio y en una ocasión me dijo: “pues vamos a vivir fuera del estado, vamos a otro lado a hacer nuestra vida”. Y dije: “bueno, me conociste dentro del movimiento, déjame hacer lo que quiero, si me muero, pues, me morí aquí, pero no me voy a ir”. Entonces, me dijo: “bueno, te voy a respetar”. Yo me casé, a nadie le dije que me iba a casar. Un día se me ocurrió y le dije: “vamos a casarnos”, y dijo: “sale”. Nos casamos y ya. Él siempre me ha respetado, mi vida de pareja no ha sido problema, yo salgo y decido lo que tengo

qué hacer. Lo que pasa es que yo gané un liderazgo de soltera y ya casada, como que los hombres me han respetado, la comunidad, la familia me ha respetado.

Cuando yo fui candidata mi esposo me decía: “corres muchos riesgos pero si tú quieres, pues, ve”. Durante mi campaña me embaracé, manejé, monté caballo, hice campaña. Mi vida fue normal y yo creo que eso también le permitió a las mujeres decir que sí se puede. Me decían: “¿está embarazada?”. Yo decía: “sí, pero eso no es limitante”. Estar embarazada no es estar enferma, sino que es un estado normal. Hay quienes dicen: “es que soy mujer, no puedo hacer esto”. Y yo siento que ser mujer se acomoda y puedes hacer muchas cosas. Así soy.

Estoy con mi nene y no me cambió la vida, sigo como el primer día que entré al movimiento: con mucho ánimo, con mucho interés, con mucha fuerza de seguir adelante. Igual la vida de pareja, me ha ido bien. Yo creo que depende también lo que tú haces, lo que tú sientas. No es un discurso hueco, porque no puedo dar una conferencia de mujer, de libertad, empoderamiento y no violencia y que yo la viva en la casa. Yo creo que tengo que superarlo en la casa y poder decirlo, convencer, porque si no, sería un discurso hueco.

Cuando voy a dar talleres, a veces mi esposo me acompaña. Me acerca la comida, me acerca el agua. Como que ha sido así: lo que digo, hago. Él me ha facilitado mucho hacer este trabajo. Ha habido hombre de mi comunidad que ha llegado a la casa y encuentra a mi esposo lavando, lo encuentra lavando los trastes o haciendo comida y también participa con él. Entonces, siento que es formar una nueva cultura.

Algunos le han dicho mandilón y él dice: “bueno y qué. Si te da lástima, defiéndeme”. Le hacen relajo, pues: “qué ¿te traen?”. “Sí, les dice, me traen y defiéndeme”. Entonces, el otro ya no dice nada.

Él lo ha superado de esa manera. Sí, me ha ayudado en mis eventos; cuando no trabaja está con mi nene, yo salgo.

Si voy a mi comunidad, casi nunca tengo espacio para la familia, porque cuando llego, llega alguien que tiene problema en diferente lado, quieren que lo apoye. Me ven así, como que puede apoyarle. En mi comunidad no tengo espacio para familia, tengo visita a las tres de la mañana, duermo noche. Como que tengo así, respeto dentro de la comunidad. Cuando estoy ahí, la gente sabe que llegué. Van a preguntarme, van a pedirme algún consejo, van a solicitar apoyo, alguna gestión. Entonces, es otra manera de convivir con la gente.

Yo creo que una gana liderazgo. Cuando creamos la organización regional, yo recorrí todos los pueblos, hice un recorrido para proponer una organización. El presidente de la organización es un hombre, yo soy representante legal. Cuando hay un problema, se reúne a las autoridades y discutimos el tema, pero también hay celos, es como todo, también hay celos de algunos compañeros hombres. Ahora que participé como candidata, la organización me respaldó en su totalidad. No hubo así celo de decir: “no”. Ellos fueron quienes me impulsaron. Se vio que dentro de los compañeros sí ha habido madurez de apoyar una mujer. Recibí apoyo de gente que no esperaba recibir. Si hubiera ganado, no sé que hubiera pasado, pero perdí.

Creo que las feministas marcaron un camino a seguir. Las mujeres indígenas llegamos después. Ellas fueron quienes abrieron camino. Mi opinión sobre ellas es que son las que, de alguna manera, nos fortalecen para seguir adelante como mujeres indígenas. Porque muchas veces existen dos mundos: de mujeres indígenas y de mujeres feministas. Es muy diferente, otra forma de pensar, otra forma de vivir, de hacer política. Siento que no estamos peleadas con ellas, sino que, más bien, es la fortaleza que necesitamos las mujeres indígenas para salir adelante. Tenemos diferencias. A lo mejor,



diferente forma de pensar, por diferente vivir. Pero así como ellas, seguramente habrá algunas diferencias con nosotras las mujeres indígenas, pero yo siento que la idea no está peleada sino que hay que saber respetar lo que ella piensa y lo que nosotras pensamos.

En el trabajo de mujeres de la Coordinadora, creo que el fruto todavía no está. Es como un árbol que hay que irlo regando para que sea fuerte y pueda dar fruto. El árbol es como todo, queriendo secar y luego revive y así vamos. No ha sido una maravilla. Creo que hay que ser más realista y no decir que todo es una maravilla. Que ahora la Coordinadora ya está y que las mujeres ya no sufren violencia. Que ya no se mueren. Que la ley ya está. Yo creo que ni siquiera hemos dicho cómo queremos las leyes. No hemos frenado muchas cosas. Es una semilla que la vamos regando, pero no ha dado todo el fruto. Sería muy temprano decir: "sí, ya dio fruto, las mujeres ya viven mejor". Las condiciones no han cambiado mucho: las mujeres indígenas de Guerrero siguen casi igual. Hay muchos temas por trabajar, faltan muchas cosas que hacer.



## Esto no se acaba aquí

*Enemesia Morales Pablo\**

Me llamo Enemesia Morales Pablo, tengo 44 años, vengo de la comunidad de Huixtepec, municipio de Ometepec. Soy casada, en total mis hijos fueron catorce, pero vivos tengo nueve. Mi organización es local, pero también pertenezco a la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. A nivel comunitario, yo empecé con un grupo de mujeres como en el 95. Nosotras éramos artesanas, no teníamos el recurso económico para poder trabajar, entonces, pues, por ahí me corrieron la voz de que había proyectos, pero hay que entender que en aquel tiempo, en las comunidades muy chicas, a las mujeres les negaban los proyectos. Entonces, tenía un compañero que era del PRD que, como dijera aquél, era dirigente político. Yo estaba con el grupo del PRD, entonces, este compañero me corrió la voz de que yo podía entrar a formar un grupo de mujeres para

\* Enemesia Morales Pablo es amuzga de la Costa Chica, tenía 44 años al momento de la entrevista; está casada y tiene nueve hijos/as. Cursó su primaria incompleta, habla amuzgo y español. Ha sido activista del PRD, participó en el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia y en ANIPA. Fue responsable de la Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas” y actualmente es integrante de Kinal Antzetik Guerrero. Entrevista realizada por Rosalba Díaz Vázquez el 30 de abril de 2006; edición: Gisela Espinosa Damián.

solicitar un proyecto para mujeres: “sí, preséntalo. Vamos a ver qué sale”.

Entonces, yo empecé a formar un grupo como de cuarenta mujeres, empecé a meter sus nombres y empecé a buscar la manera de buscar una persona que nos apoyara para ganar el proyecto, pues yo no fui a la escuela, bueno sí fui, pero no terminé ni siquiera la primaria. Entonces, empecé a elaborar el proyecto, fui con un maestro y le pedí que me apoyara para que pudiera hacer yo el proyecto. Hice el proyecto de cuarenta mujeres, empecé a participar en las reuniones, pues ahí nos invitaron y nos empezaron a dar orientación de cómo podíamos llevar a cabo ese proyecto. Y sí, al final, como a los ocho o nueve meses, me gané ese proyecto para que las señoras trabajaran.

Las mujeres que habían conformado el grupo estaban muy contentas, porque el proyecto era de artesanías, para hacer blusas, huipiles, manteles, servilletas, carpetas. Así entonces, ya empecé a trabajar ese dinero que me dieron, que eran 144 mil pesos y eran tres mil y tantos para cada mujer. Después, empecé a formar otros grupos de mujeres, fue como en el 95. Entonces, me invitaron a ser parte de la organización de “500 Años”, porque tenía yo un compadre en San José Buenavista, municipio de Iguala y él me decía: “oiga, usted ya tiene un grupo de mujeres trabajando, ¿por qué no busca integrarse al Consejo Guerrerense?, yo veo que usted podría, usted participar ahí”. Le digo: “¿pero cómo le hago para entrar?”. Y me dice: “allá en Iguala, hay unos compañeros que están participando en esa organización. Vaya usted, pídale a ellos que la integren a ese grupo”. Entonces fui a un grupo como de cincuenta hombres y como de unas setenta mujeres, ya hicimos una solicitud pidiendo la integración de nosotros adentro de esa organización estatal. Entramos como Municipio de Iguala. Así empecé a participar.

Claro, me nombraron a mí como la presidenta de la organización comunitaria y empecé a participar adentro de “500 años”.

Cuando yo participaba ahí en “500 Años”, me tomaron como secretaria del grupo y así fue como empecé. Me fui integrando, ahí conocí a Hermelinda, a Martha, a Felícitas y ya, por medio de ellas, después, cuando termina lo de “500 Años”, me integré a la agrupación de la ANIPA y ahí era yo tesorera. El coordinador general era Carlos de Jesús Alejandro, en el 2000.

¿Por qué fue que me animé? Es que realmente nosotras, como mujeres de la comunidad, no contamos con mucho recurso económico y yo veía esa necesidad muy fuerte con las mujeres, veía que cosían sus manteles y sus servilletas y los malbarataban. Era mucho tiempo lo que llevábamos para coserlo. Logramos ese proyecto y fue como un paso para que las mujeres se fueran más allá, a Ometepec, a Cruz Grande, a Marquelia, porque había algo de facilidades para que ellas pudieran elaborar más y salir a otras comunidades. De los que más me ayudaron fue un dirigente que participaba dentro del PRD, es un compañero que se llamaba Alfredo Moreno. Él me apoyó mucho, porque realmente él le dio seguimiento a nuestro proyecto, nos dio acompañamiento y nos favoreció. Él decía: “si no puedes hacer el papel, yo te lo hago, o no puedes rellenar un formato para solicitar, yo te apoyo en ese sentido”. Sí. El obstáculo que tuvimos para ese proyecto, es que las mujeres nos grillaron muy feo, nos decían: “no saben nada, no la sigan a ella, ella quién sabe dónde va a conseguir ese dinero y después ustedes se van a endeudar”, y no sé qué tanto. Les metieron mucho temor a las demás mujeres y ellas me decían: “oye, sabes que la señora fulana de tal nos dijo que tú estás vendiendo votación de nosotros y por eso te dieron dinero para que nosotras trabajáramos”. Le digo: “es mentira, si ustedes quieren, mujeres, vamos para que vean. Además ustedes sabían bien que cuando se repartió este dinero yo no lo repartí, vino una

representante de la oficina de Fonaes y ella se los entregó. Entonces, eso no es cierto, porque si yo estuviera consiguiendo dinero, yo vendría personalmente a entregarlo, pero las cosas no fueron así. Vino una representante y ella es la que nos va a asesorar en lo tocante a eso, entonces, ustedes no piensen eso". Realmente ese proyecto para mí fracasó, porque nos grillaron tan feo, tan feo que realmente algunas mujeres pagaron y varias mujeres ya no quisieron pagar, pero las que se quedaron ahí empezaron a trabajar bien. O sea, las que traté de sensibilizar y hablar bien con ellas, sí trabajaron bien, porque ellas lograron recuperar el dinero. De hecho, nos lo habían prestado a dos años para trabajar, sin ningún interés, pero teníamos que devolverlo.

Mi trabajo, ya propiamente con las mujeres, empezó en el 2000. Ese año hice mi trabajo propio, porque en 1999 a mí me invitan a ser parte de la Coordinadora Nacional [Conami] y entonces, le tomé mucha seriedad al grupo de mujeres. Fue en el 2000. Ahí me animé porque me empezaron a invitar, porque ya se corría la voz de una investigación. Que se iban a llevar a cabo unos foros y, por medio de eso, una investigación [el diagnóstico de mortalidad materna]. Dije: "a ver qué, pues, qué se logra". Como allá en las comunidades vemos mucho lo de la discriminación hacia las mujeres en lo tocante a la salud, yo dije: "voy a participar", pues cuando yo iba al Centro de Salud veía el trato que le daban a las mujeres y siempre ahí estaba yo defendiendo, como decimos allá en la comunidad: "es que era yo muy metiche". Siempre iba yo de paso a meter la boca por las mujeres, entonces, yo vi que eso era algo muy importante. Entonces, decía yo que si llegaran a dar las casas de salud, pues esto va a tomar otro rumbo ¿no? Y lo que más me impulsó a mí, es que ellas expresaban sus demandas y las decían ahí. Entonces, dije: "esta es la oportunidad que yo debo de aprovechar, aquí puedo traer todo, todo lo que está pasando en la comunidad". Por eso fue

que realmente me quedé y empecé a participar en todos los talleres y foros que hubo. Un tiempo que hubo un foro de la Coordinadora Nacional con Católicas [Católicas por el Derecho a Decidir], a mí me invitaron como cuatro veces y participé en todos los talleres.

La primera vez que me invitaron fue a través de Martha Sánchez. Ella me decía: “es muy importante que participes, es muy importante tu participación”. Hasta ahorita, el tiempo que yo tengo, desde el 94, 95 que yo conocí a Martha, hasta ahorita no hemos tenido ningún problema ni con Martha ni con Feli ni con Libni. Siempre nos hemos llevado bien.

Porque cuando nosotras, como mujeres, participábamos en el Consejo Guerrerense, allí los hombres nos grillaban mucho. Yo vi como que Martha era una persona más madura ahí dentro, dentro del movimiento, pues yo veía que el grupo de hombres la atacaba mucho y ella defendía el punto de la participación de las mujeres, por eso vi que sí. Que los hombres no consentían que nosotras, como mujeres, estuviéramos ahí, pero la que yo vi que le entraba más duro ahí, fue Martha.

Mi esposo me apoyó, porque me invitaban a las reuniones y él se venía conmigo. Hubo momentos en que realmente fue muy difícil para mí, porque a veces las reuniones terminaban muy tarde y nosotros teníamos que irnos caminando a la comunidad –de Ometepepec a Huixtepec–, entrada la noche. Una vez, nos espantaron los maleantes, porque a medio camino nos fueron siguiendo. Eran como las ocho o nueve de la noche, se nos hizo bien tarde y el agua estaba cayendo recio y a nuestros hijos ya los habíamos dejado solos y pensé: “pues, van a dejar la puerta abierta y puede entrar alguien a hacerle travesuras a mis hijos”. Nos fuimos y sí. De hecho, cuando llegamos a la casa mis hijas estaban dormidas y la puerta estaba abierta.

Yo realmente no crecí con mi mamá. A la edad de ocho años, mi mamá me regaló con una tía, así que como a la edad de unos quince años yo me rebelé con mi tía, porque me golpeaba muy feo. Yo me salí y anduve en la Ciudad de México. Ahí tuve mi primera vez y tuve mi primer hijo. Tuve la fortuna de no haber tenido suegra, porque el muchacho era solo también, pero no me pude entender con el joven y nos separamos.

Los avances que yo he aprendido aquí me han ayudado mucho, tanto en lo personal como en la comunidad. En lo personal, en un inicio fue muy difícil, porque cuando empecé a salir, cuando el proyecto de las artesanías, sólo salía de la comunidad al municipio, pero cuando ya empecé a participar a nivel nacional fue muy difícil. Tuve muchos problemas en mi casa, bastantes con mi esposo, porque decía mi esposo: “a ver, ¿a qué vas?, ¿qué es lo que buscas? Si aquí tienes la tortilla, hay chile para comer. ¿Qué es lo que buscas?, ¿no te llenas?, ¿vas a buscar hombre?”. Mi esposo es ya mayor de edad. Yo me casé con él a los 19 años y él era un señor como de cincuenta años, así que ahorita podría decir que es como mi abuelito, aja. Entonces, él me decía: “¡no!, ¿a qué vas?, ¿por qué tienes que andar siguiendo a esas mujeres?”. Le decía yo: “es que Martha me invitó y tengo que ir. Es que a mí me interesa por lo que yo voy a aprender”. Pero realmente estaba huyendo de un problema de mi casa, estaba huyendo, porque con mi esposo no nos podíamos entender, sería por la edad de él y mi edad. Entonces, siempre me estaba molestando, porque me decía: “oyes, ¿por qué te arreglas? Se me hace que andas con los hombres, por eso te arreglas”. A mí siempre me había gustado arreglarme y eso era lo que él me quitaba. Andaba así, toda fodonga allá. Entonces, yo quería buscar realmente la manera de cómo salir de esa violencia, porque yo vivía en la violencia, mi marido me maltrataba. Mi esposo no se empeñaba mucho para trabajar, para ayudarme con mis hijos. Lo que yo buscaba era incrementar mi



sentido, mi aprendizaje, porque yo quería aprender más, quizá, para ayudar a otras mujeres que vivían en la misma manera que yo vivía.

Un día mi esposo me llegó hasta violar, porque decía: “tú te vas a buscar hombres, pero aquí tengo lo que tú quieres. Tú sales a eso, por eso cuando vienes ya no quieres nada conmigo, porque allá quién sabe con cuántos te revolcaste”. Yo a veces le decía: “¿sabes qué? Yo vengo tan contenta de allá por todo lo que aprendí, por todo lo que yo traigo en la mente para compartirlo contigo y para decírtelo a ti y que tú lo entiendas”. Vi que no me quería entender, pero sí llegó el momento en que dio un giro nuestra vida, porque ahí, en la iglesia católica, lo invitaron a un retiro de esposos. Que le llaman. Mi primo, porque él participa ahí en la iglesia, me dice: “oyes prima, ¿por qué no le das un *chance* a tu marido de ir a un taller que va a haber en Huajintepec?”. Es una comunidad más arriba de nuestra comunidad. Le digo: “sí”. Yo esperaba que de ese taller surgiera algo bueno, quizá no igual a los talleres en que yo estaba participando, pero algo bueno. No teníamos dinero y entonces, yo voy rápido y consigo dinero prestado y le dije a él: “oye, ¿sabes que yo quiero que vayas a un taller? Aquí traigo la invitación que me dieron por parte de la iglesia, quiero que tú vayas”. Él me dijo: “pero tú sabes que no tenemos dinero”, y le digo: “mira, aquí te conseguí 50 pesos. ¡Quiero que vayas! Aquí están los 50 pesos para que te compres un agua o algo que se te antoje. Vete, porque es muy importante, el sacerdote te está invitando”. Y sí, fue mi esposo. Cuando él se va a ese taller, yo me salí y me fui a un taller al municipio. Era un taller que dio Derechos Humanos, en lo tocante al programa de Procede. Entonces él se va y yo salgo también. A mi regreso, cuando yo llego a la casa, él ya estaba en la calle esperándome y en el momento en que él ve que yo bajo de la camioneta, se echa a mis brazos a llorar y me dice: “¿sabes? Te agradezco mucho que me hayas dejado ir

a ese taller, porque me sirvió de mucho. Quizá hay muchas cosas que yo no he entendido. Que yo no he comprendido y realmente creo que ya estoy muy viejo, pero ya estoy abriendo el ojo, como el perro”. Así me dijo y siguió: “fíjate que en ese taller hubieron muchas personas que hablaron cosas muy bonitas que, quizás yo, hasta ahorita, no había entendido. Y creo que sí te he tratado mal y creo que tú eres más que mi madre, porque tú eres mi pareja, tú eres la que me cuida, tú eres la persona que me lava, tú eres la persona que me das de comer y, a lo mejor, pues, yo no te había entendido, no te había valorado, pero ahora estoy entendiendo. Todo lo que me cuentas, todo lo que me dices de lo que has aprendido en los talleres que has ido, creo que sí es muy importante. Vamos a pedirle a Dios que, de hoy en adelante, todo cambie entre nosotros”.

Después de ese taller, como que da un giro nuestra vida y me dice: “¿sabes qué? Cuanto tú vayas a salir a un lugar y que estén participando los hombres, invítame a ir contigo. Invítame, porque realmente ese taller me gustó mucho, porque fíjate que, como yo soy viudo, antes, a la otra esposa le pegaba bien feo y, pues, ahora entiendo de que no era así. Entonces, por eso mis hijos no me quieren, pero ahora contigo voy a tratar de cambiar”. Con su primera esposa tiene 10 hijos.

Hoy me doy el privilegio de decirle cuándo salgo y él me dice: “¿sabes qué mamacita? Cuídate mucho, ten mucho cuidado ¿eh? No te subas en cualquier carro, porque ya ves que hay mucho maleante. Siempre cuídate de entrar en un carro que la gente te respete y siempre procura no salir mucho de noche”. Ya no es como antes, cuando me decía: “oyes, ¡ahora con cuántos te acostaste!”.

Dentro de la comunidad también fue difícil. Cuando estaba en el Consejo Guerrerense, muchas mujeres y hombres decían: “a ella le gusta andar de loca, por eso es que anda ella de acá para allá y pobre señor ahí se queda, lo tiene de su pendejo”. Otros: “ella se va

a lo que quiere, porque ella está joven y el señor ya está grande, así que ella lo hace como ella quiere”.

Pero hoy, avanzado el tiempo, desde el 95 al 2000 que participamos en la marcha del EZ, invité como a quince personas de la comunidad para que vinieran conmigo a la marcha-caravana que se llevó a cabo. El presidente seccional del PRI decía: “son bien tontos. Ella, quién sabe dónde está yendo y ustedes van con ella. Ella ya se unió con los armados, gente maleante. Después va a venir esa gente, va a llegar, van hacer destrozos”. Algunas promotoras, líderes que son más fuertes allá, decían: “no. Si aquí entra el Ejército Zapatista, a la primera que le vamos trozar el cuello va a ser a ella”. Hubo dos señoras que me avisaron, familiares que me avisaron: “oyes, es que fulano dice que te cuides, te van a trozar el cuello, porque tú sacaste a esa gente de la comunidad y fuiste a esa marcha”. Y les digo: “Están muy equivocados, yo no busco nada malo para la gente, al contrario, busco algo bueno para que la gente conozca. Que la gente sepa. Ya no hay que estar aquí esperando a ver qué información nos llega o qué es lo que la gente nos da. Hay que salir y buscar, preguntarle a la gente: “¿cómo fueron?, ¿cómo los trataron?, ¿cómo los atendieron allá?”. Y sí, fíjese que ese grupo que fue a la marcha realmente, poco a poquito, fue entendiendo a qué habíamos ido, porque cuando nosotros regresamos ellos dijeron: “el diálogo se llevó así. Marcos habló esto. Marcos dijo esto. Ella anda buscando algo bueno para la gente”. Así que la gente ya me empezó a respetar, pero otra gente decía: “no, ella es la mujer de Marcos”, pero yo no lo tomaba a mal, nada más me daba risa.

Después, se da lo de la Casa de Salud. Realmente, pues, empecé a invitar a un grupo de mujeres parteras. De Ometepepec invité a parteras y promotoras de ocho comunidades. Las personas que vinieron y participaron en esos talleres de la Casa de Salud, bajaron información y empezaron a platicar con la gente sobre qué era lo

que se estaba haciendo. Ahorita tengo ya dos años dentro de la Casa de Salud. Creo que he logrado ganarme el respeto de la gente, porque hasta yo me sorprendo a veces, porque hasta el niño más chiquito que me encuentro en la calle me saluda y realmente, yo siento que sí he logrado, pues, ganarme el respeto de la comunidad, hasta los líderes de aquél lado hoy me respetan y me preguntan. Hay un maestro que es supervisor de la zona y me dice: “oiga doña Enemecia, ¿cómo fue que usted se metió con ese grupo? Allá en Chilpancingo yo veo que usted sale mucho y nunca había tenido la curiosidad de preguntarle. Y ahora yo la veo que usted está allá en el INI. Que está trabajando en la Casa de Salud”. Le digo: “mire maestro, soy muy independiente al INI, yo no recibo un salario. Los que trabajan con el INI reciben un salario, pero yo estoy acá de este lado, muy independiente. Yo soy de la Casa de Salud”. Me pregunta: “¿cómo es que está usted allí?”, y le digo: “pues hago mi servicio social con las comunidades, pues ahorita, para nosotras, es muy difícil. Según la CDI dijo que iba a financiar la Casa de Salud, pero hasta ahorita, nosotras ya vamos a tener un año y desde mayo que no recibimos ni un peso. Aun así, nosotras ahí estamos”.

Dentro de la Coordinadora Guerrerense [CGMI] soy el enlace, el contacto con la Coordinadora Guerrerense. También ahorita soy representante de la Casa de Salud, estoy ubicada allá en Ometepec, en la Casa de Salud. Aunque ha sido difícil la comunicación para buscar la casa, porque realmente la cantidad que nos dieron en la CDI, como que no alcanzaba para comprar la casa. Entonces, se me hizo tan difícil la comunicación con la Coordinadora, pero me apoyó en el sentido de que Libni me aconseja qué es lo más ideal para nosotras.

Los logros que hemos tenido han sido en materia de derechos humanos, o sea, que por medio de la Casa estamos trabajando lo de violencia. Entonces, los logros, pues nos han favorecido. Como

ahora, en la oficina de delitos sexuales, allá con la licenciada Xóchitl (Gálvez, entonces cabeza de la CDI). Un día fuimos a hablar con ella y planteándole de que nosotras estábamos trabajando, tratando de apoyar, pues, a las mujeres en ese sentido de la violencia. Yo fui y le pregunté a ella, pues, que cuando hubiera un tipo de esa situación, ¿con quién podía yo dirigirme ahí en su oficina? Establecimos una coordinación directa. Hemos trabajado con la Jurisdicción 06 [de la Secretaría de Salud], porque ahí sentimos mucha confianza con el doctor Antonio Herrera, que es coordinador de Arranque Parejo en la Vida, porque nos ha dado esa facilidad. Él nos dice: “cuando necesiten algún medicamento, porque la persona que no cuente con recursos económicos para comprar medicamento, tú tráeme la receta y yo aquí te doy el medicamento, para que no tengan ustedes que estarse quebrando la cabeza. Tango un cartón especial para ustedes”. Creo hemos logrado que en el hospital sí nos vaya bien, bueno, al menos yo en lo personal, no he tenido problemas con la trabajadora social, porque ella me ha dicho: “¿sabes qué Enemesia? Cuando me traigas a tu paciente, preséntanosla”. No todas las veces están de ese humor. Hay momentos en que las encuentro como que se les acabó la paciencia y siempre nos dicen: “ustedes nos están siempre pide y pide. Aquí el hospital tiene muchas necesidades, ustedes nomás piden, pero ¿a cambio de qué?, ¿qué es lo que ustedes nos dan a nosotros?”. Entonces, yo le digo a ella: “y, ¿qué cosa es lo que ustedes quieren que nosotras les demos? Nosotras pagamos nuestros impuestos y a ustedes les están pagando”. Y dice: “no. Es que el hospital tiene necesidades, aquí nos hace falta el medicamento, aquí nosotros pagamos agua. A veces, al personal que atiende allá adentro en el quirófano, nosotros le pagamos y, cuando no contamos con el medio, buscamos de afuera y aquí lo venimos a poner y le estamos pagando”. Así nos dice.

Pero ya nos movemos en otras instituciones. Antes, en la Presidencia de Ometepepec estaba Francisco Espinoza Hilario. Él nos estaba tratando, pues, muy bien, porque nosotros fuimos a presentarles el proyecto de la Casa de Salud. También a la presidenta del DIF. De hecho, ella sabía que nosotras no contábamos con el recurso económico para nosotras. Entonces, nos estaba dando despensa, decía ella: “¿saben qué? Ustedes están colaborando, pues yo mensualmente les voy a pasar una despensa, por lo menos así ustedes llegan a su casa con algo para que sus hijitos coman: un kilo de azúcar o un kilo de arroz, de frijol. Se los llevan a sus hijos”. Entonces, ella nos estaba apoyando. Ahora, con el cambio que hay, es como que volvemos otra vez a empezar, porque de hecho, el que entra no tiene conocimiento del proyecto que estamos trabajando.

La Casa de Salud de Ometepepec está en las instalaciones del INI, en un comodato que tenemos y realmente, desde un inicio, nos han favorecido mucho en el INI. Entramos con muchos problemas, porque no nos dejaban limpiar, no nos dejaban cortar un palito de espino si está ahí en la puerta y estorba para salir. El director se molestaba. A mí, como que me inquieta que como ellos no nos ven muy bien, pero cuando alguien del *De Efe* va allá, entonces, los del INI dicen que están a nuestra disposición. Ya nos conocen.

Hemos mantenido el contacto con la organización de Kinal, que a veces nos invita a sus talleres. También hemos participado en esos talleres. También tenemos la comunicación con el Consejo de la Nación Amuzga de Xochistlahuaca.

Las dificultades que veo es eso de andar consiguiendo los proyectos, porque la Coordinadora Guerrerense es un enlace para nosotras, pero a las coordinadoras de la Coordinadora se los niegan, porque también ellas nos dice a nosotras que no se puede, pero, pues ni modo, vamos a seguir luchando. Yo digo que son dificultades para la Coordinadora, porque nosotras también las invitamos a nuestra

región y para ellas es muy difícil, porque tampoco cuentan con el recurso económico para poder moverse de un lugar a otro. Allá, en la Casa de Salud, hemos estado sin el recurso económico y, aun así, no la dejamos, porque nos gusta el movimiento, nos gusta todo lo que hemos aprendido adentro y yo creo que es difícil, porque es ya como una adicción hacia eso y yo creo que sí vamos avanzar. Yo digo que sí.

Se están incorporando gentes nuevas, mujeres más jóvenes con otras ideas. Estamos buscando la manera de integrar más y más personas, jovencitas que se vayan integrando y que tengan conocimiento del trabajo que estamos haciendo. A mí me interesa mucho de que conozcan a la Coordinadora Guerrerense, porque, de hecho, hoy que ya tenemos una imagen, a mí me interesa que vayamos integrando más mujeres jóvenes.

En mi comunidad sigo haciendo trabajo, pero no quiero salir de la Casa de Salud. Yo le voy a dar seguimiento, porque yo inicié con la Casa de Salud, yo estuve desde el primer inicio, desde el primer arranque, el primer paso que se dio y, pues, los avances y logros que tenemos, a pesar de que es muy corto el recurso, tratamos de cuidarlo. Logramos hacer la Casa, ahorita hacen falta detallitos todavía, pero digo yo: “ya la tenemos, el esfuerzo ha sido de todas las compañeras, de luchar y lograr que realmente sí hubiera ese recurso”. Y logramos echar la loza, porque decían las compañeras: “aunque sea lámina, ponle”. Pero yo logré hacerlo tan largo el proyecto que sí logramos echarle la loza y la Casa ya está. Compramos el terreno y empezamos a trabajar la Casa y ya la tenemos.

En mi comunidad he estado participando en el Centro de Salud, porque tenemos una doctora que es un poquito impaciente, está en mi comunidad, a mí me duele mucho porque tiene muy malos modales para atender a la gente. Entonces, cuando yo estoy en la comunidad, trato un poquito de estar ahí en el Centro de Salud,

porque quiero que atienda bien a mi gente. Quiero participar por lo menos un año en mi comunidad y, a parte de eso, porque me están invitando a formar parte del gobierno local, ya que queremos meter una comisaria mujer y me están invitando a que sea yo la suplente. Entonces, pues, como que me quiero ir a la comunidad para apoyar en el Centro de Salud y a la comunidad, porque soy promotora de nutrición del Programa “Oportunidades” y esto me abre un paso para estar ahí en el Centro de Salud.

También estoy tratando un poquito de sensibilizar a la doctora que está en la clínica para que no me trate mal a las embarazadas, porque a mí me cuesta mucho trabajo invitarlas para que ellas vayan, porque hay varias que no van a su control, a su chequeo prenatal. Entonces, pues, yo a veces las estoy invitando, me cuesta mucho trabajo sacarlas de su casa y que vayan al Centro de Salud a su revisión, para que luego ellas lleguen aquí y las traten mal. No. Entonces, cuando la doctora está atendiendo a las embarazadas, trato de estar ahí para que, por lo menos, les dé buen trato. En ese sentido, yo quiero colaborar en mi comunidad y traigo en mente otros proyectos. A ver si llego a ser la suplente de la comisaria.

Haciendo un balance, yo pongo una palomita, porque esto me ha favorecido mucho en lo personal. Tengo muy buen resultado de esto, porque tengo dos hijas casadas y mis hijas han vivido también la violencia. Entonces, he tratado de sensibilizar a mis yernos con mis hijas y, pues, con esto he logrado que uno de mis yernos que era alcohólico, ahora ya participa en el grupo de Alcohólicos Anónimos. Ahora él trata bien a mi hija y ha tratado de entenderla, porque no dejamos ni un puntito sin quitar la mano del renglón. A veces, las suegras se involucran mucho en la vida de los hijos. Ahorita, le doy gracias a Dios de que mi yerno ha levantado la cabeza y ha mejorado mucho. Cuando fueron hacer la evaluación de la Casa de Salud, ella estuvo en una reunión, porque yo la invité. Estuvo allá



en la reunión y dijo ella: “yo agradezco a la Casa de Salud, porque me ayudó mucho para que mi vida, pues, girara de otra manera, porque yo vivía así, así, así. Mi esposo era así y así y por un cassette que la señora Enemecia aquí nos prestó. Lo escuchamos entre los dos y creo que de ahí surgió un cambio. Ahora mi esposo ya no es alcohólico, ya me ha apoyado más, creo que me ha entendido más”. Entonces, pues, yo digo que he logrado mucho, he logrado mucho, porque adentro de mi casa ha ido mejorando todo.

También era yo una madre muy violenta. Soy madre de nueve hijos. Fui madre muy violentada y quizá, a lo mejor, por el mismo trato que a mí me daban, entonces, pues, como que yo trataba de sacar mi violencia con mis hijos. Todo esto da un giro por lo que yo he aprendido en los talleres y ahora, como en la Casa de Salud que soy, yo creo que muchas cosas han cambiado en mi vida personal y he tratado de valorarme un poquito más como mujer. Yo creo que no me va a alcanzar la vida para hacer todo lo que yo quiero, pero hoy pienso irme a la comunidad, pienso formar un grupo de mujeres. No sé qué nombre le voy a poner, pero voy a formar un grupo de mujeres y voy a empezar hacer pláticas comunitarias con ellas que me lo han pedido a gritos. Porque hay muchas mujeres que, a veces, nomás nos ponemos a platicar donde damos las pláticas de “Oportunidades” y, a veces, ahí me pongo a platicar con ellas y muchas mujeres me dicen: “oyes, oyes. ¿Por qué no formamos como un grupo y nos das pláticas? Nos gusta mucho cómo platicas”. Y, pues, definitivamente voy a seguir ahí.

Ahorita no he salido al extranjero, tengo mucho ese temor de salir. Apenas me invitaron que fuera yo a Tijuana, pero como recientemente me operaron de un embarazo de alto riesgo que yo tuve, estaba muy reciente operada y no pude ir, pero espero de que, quizá, la otra invitación no la voy a desaprovechar.

Todos estos logros a mí me han gustado y también todas las compañeras que he conocido, porque a mi paso me he topado con compañeras que son gente que viene con otras ideas. Que son parte de otro grupo de mujeres y realmente, pues que yo digo que es muy bonito, porque esto no se acaba aquí, sino al contrario, va creciendo más y más y yo espero que conozca a otras mujeres más.

De cada taller va quedando una experiencia y un aprendizaje, nos enseñan. A lo mejor, el tiempo como que no alcanza para ir aprendiendo todo. La vida no nos alcanza para aprender todo lo que queremos.

Nos dicen las compañeras: “ustedes siguen aquí, pues qué bueno. Cuando hagan un taller invítenme”. Las promotoras y las parteras quieren aprender más: “oye ¿ya no han hecho nada en la Casa de Salud?”. Y les digo: “pues no, ya no, no hemos hecho nada porque no contamos con el recurso”. Y nos dicen: “¿cómo es que ustedes están aquí y no cuentan con el recurso?”. Les digo: “porque a nosotras nos gusta estar aquí”.

## Hablamos de derechos

*Delfina Benito Lucrecio\**  
*Enemesia Morales Pablo*

**D**ELFINA: enviudé como a los 25 años. Tenía seis niños. La vida era muy triste porque mis chamacos estaban pequeños, pues. Yo enviudé por causa de que mi esposo tenía una hermana que tenía una hija. Fue un señor a pedirla a la muchacha para que se casara con su hijo cuando el muchacho se fue a Lázaro Cárdenas –antes se iban mucho a Lázaro Cárdenas a trabajar, como ahorita se van a Estados Unidos, anteriormente se iban para acá en Michoacán. La gente, nada más va a pedir a las muchachas con el papá o la mamá sin que los novios se conozcan, o sea, sin que ellos platiquen, así nada más, porque dice el suegro: “a mí me gusta la muchacha, la quiero para que sea mi nuera”. Es gusto de los papás, los señores grandes tienen otras ideas. Mi cuñada le dijo que no sabía, porque

\* Delfina Benito Lucrecio es mixteca de la Costa Chica, tenía 45 años al momento de la entrevista; es viuda y tiene seis hijos, habla mixteco y español. Cursó su primaria incompleta. Participó en la ANIPA, fue regidora por el PRD en el municipio de Igualapa y fue responsable de la Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas”. La entrevista que aquí se presenta se inició con Delfina Benito. Enemesia Morales llegó al lugar de la entrevista y se incorporó a la plática, dando lugar a un diálogo sobre diversos temas. La semblanza de Enemesia aparece en su testimonio individual. La entrevista a Delfina y Enemesia fue realizada por Gisela Espinosa Damián el 30 de abril de 2006; edición: Gisela Espinosa.

su hija está chiquita –tenía trece años de edad. Decía el señor que no, que ella ya estaba mediana. Y viene mi cuñada y le dice a mi esposo: “oye hermano, ¿cómo haríamos? Dice mi compadre Herminio que le dé a mi hija, pero su hijo no está, se fue a trabajar. Él no sabe”. Y mi esposo le dice: “ah, pues, tú sabes. Es tu hija, pues”. Pues ella se arregló con el señor, pero ya cuando el muchacho llegó de trabajar a la comunidad, el señor le dice: “ya te busqué a la mujer y ya te vas a casar”. “¿Y con quién?”, preguntó el muchacho. “Con fulana”. Y dice: “ah, pero es que yo no pienso casarme. No quiero, pues”. Y su papá le alega: “pero te vas a casar, porque yo ya la pedí”.

El muchacho obedeció, porque su padre se lo manda ¿no? Y ya se casaron. Ya la muchacha hacía el quehacercito con la suegra, ella le barría, le lavaba los trapos y todo. El marido se iba al monte y ya cuando el marido llegaba ella sentía feo, ya no quería estar ahí, quería irse para otro lado. No lo quería ver a él, pues. Entonces, el muchacho le empezó a pegar que porque ella no quería dormir con él. Entonces, la muchacha se va donde una tía de ella que es hermana de su mamá, mi esposo tenía dos hermanas. Así que fue el papá del muchacho a dar una golpiza a la señora porque consentía a la sobrina. A la señora la dejó muy golpeada, mal. Así que le dice a mi esposo: “mira, tu compadre me golpeó porque Nelly –la chamaca se llama Nelly– se vino, porque el muchacho le pega. Ahora dice el señor que yo soy alcahueta de ella, que ya está casada, que por qué ando consintiendo que esté aquí en mi casa. Me pegó con el machete, mira como está mi lomo”.

Entonces, le dijo mi esposo: “está queriendo problemas, pero tú también tienes la culpa, porque la que se casa pues ya vive allá con su suegra, con su marido. Tú la hubieras mandado, por eso ellos están bravos”. Así que se fue la muchacha, se la llevaron de las trenzas. A lo poco, vuelta que le pegan y ella se viene para acá. Dijo: “fue mucho esto”.

Después, dice el señor: “no, ya se salió la segunda vez, ya agarró mala idea, toda la culpable es la tía. Ya la tía se ganó la chinga y ahora sí la voy a matar”. La señora dice que cuando llegó el señor, por la puerta que está así en la calle, porque está otra puerta en el patio, ya era noche. Y que llega el señor con el machete. Como la señora tenía tiendecita donde vendía cigarros, chicles, él dice: “oiga quiero cigarro, ¿me abre?”. Como ya le había pegado una vez, que se va pues donde su hermano, que era mi esposo y le dice: “ve, háblale”. Como nosotros lo conocemos y nunca nos habíamos peleado, nunca hemos tenido problemas con él, mi esposo dice: “sí, le voy a hablar. No creo que haga eso mi compadre, porque yo sé que es una persona buena”.

Ya el señor se había subido con el machete al techo, un techo así de lámina negra. Se tiró abajo con el machete y le dio dos machetazos a mi esposo: uno le dio en el pescuezo y otro le dio en la frente. Y lo mató. Se fue a Acapulco, estuvo como cinco años. Lo agarraron después de que volvió a los cinco años a la comunidad. Entonces, mataron a otro tío de él y él iba a buscar al individuo que había matado a su tío. Yo le dije al comandante: “el señor fulano ya regresó a la comunidad. Entonces, ya llegaron con el comisario a la casa del señor, y ya que estuvo preso se lo llevaron. Nadie me apoyaba. Decían: “¿por qué se van a echar broncas?”. Pues con mi miedo también dije: “si deajo esto así, mis chamacos van a crecer y ya va ser otra cosa, se van a enojar y van a decir, ¿por qué lo dejaste? Ahorita ya está preso, creo que de hecho va a salir, no se va a morir en la cárcel y entonces me fui con mis chamaquitos, al más grande me lo llevé.

Yo participo en la Casa de Salud, ahí llegan mujeres por casos de violencia. Tiene como dos semanas que a una de mis vecinas que vive cerca de mi mamá, le pegó el esposo. Se había ido al “Norte”, pero como ya llegó, como es chocante, le pegó, le tiró con un marro

que salió bien mal la señora y a la hija la agarró de la trenza, la azotó en la pared. Y ya la señora agarró el marro y salió por él, nada más alcanzó a darle un chingadazo. Es que él ya la había cortado una vez anterior. Ahorita, allá en el municipio trabajamos con ellas. Le digo al síndico: “ese señor le iba a dar con el marro, hasta ha intentado matarla”. Y los marros son grandes pues, si le da en la cara la mata. Ella dice: “Como ya agarró para el “Norte” ya llegó mal y me iba a dar con el marro”. Le digo: “sí, la ha golpeado, mira cómo le cortó la primera vez”. Él le dice: “si te vuelve a golpear, le llamo la atención”. Que le llama la atención el síndico, le mandó el citatorio al señor. El día que fuimos le digo: “oye, aquí puso la demanda tu esposa que la ibas a matar. Ya no es el tiempo de que la mujer sufra esos maltratos, éso ya cambió. Ella ya te pidió que te va a dejar y por los chamacos ella no lo hace. Déjala si ya no la quieres, pero tú le vas a dar dinero. No le vas a dar para ella, le vas a dar para tus hijos. Para eso ya está la Ley de que la mujer no debe de ser golpeada”. Dice: “no. Sí, la regué. Estaba yo tomado, ¿te acuerdas?”. Se le dijo: “se te va a levantar un acta de que tú no lo vas a volver hacer. ¿Estás de acuerdo? Le vuelves a pegar a la señora y vamos a mandar los policías por ti”. Así que dijo el señor que ya no la va a tocar pues, que lo perdonara. “Ya nunca voy a pegarle”, dijo.

ENEMESIA: algo muy importante que traía yo en mente es que hay un obstáculo también muy grande para nosotras que estamos trabajando en este proyecto de violencia, es que a veces se nos viene la bronca a las que platicamos con las mujeres sobre lo tocante a sus derechos. Cuando se deciden a poner una demanda, el hombre la amenaza: “yo veo que ya te juntaste con fulano, te estás metiendo en líos, si te vas, te voy hacer esto y lo otro”. Ha habido casos en que se nos pasa la mano, porque hay mujeres que no están listas para poner una demanda. Necesitan salirse de la comunidad, de sus casas. Lo

más importante es que en el municipio nosotras no contamos con un recurso para las mujeres que sufren de violencia. No contamos con un lugar seguro para vivir, se necesita que tengamos confianza. Dice la mujer: “es que va a venir él y me va a sacar y después ¿quién sabe qué vaya a pasar?”. Yo digo que hay que prevenir, hacer talleres, dijera aquél. Pues haríamos primero unos talleres con los hombres y después entraríamos con las señoras, no con las mujeres que ya nos conocemos, sino con la suegra, porque a veces también la suegra se mete en la vida personal de los hijos. Porque la suegra, si a ella, en aquel tiempo, el esposo la trató mal o la violó, entonces, ella más adelante quiere que el hijo haga lo mismo con la esposa. Entonces, yo creo que sí hay que hacer un taller con los hombres y después hacer un taller con las mujeres. Y hay que involucrar también a las suegras, porque realmente yo lo que veo es un problema muy fuerte.

Una muchacha que fue a verme me dice: “no, es que mi suegra, ella mal aconseja al hijo y por eso viene el hijo y me pega”. Y realmente yo digo que sí, porque a Lucía que es mi hija, a ella le pasaba eso. Su marido no la ha llegado a golpear porque ella no se deja, él tomaba mucho, llegaba muy ebrio y quebraba todos los trastes, quizá porque no le podía pegar a ella. Le dije al muchacho: “¿sabes? Yo no venía a tu casa porque por ahí escuché un comentario sobre mí que decía tu mamá: la ‘señora muchacha’. Yo sé por qué dicen ‘la señora muchacha’: es la forma vulgar de decir ‘la señora señorita’, porque me arreglo”. Me critican porque yo me arreglo. De veras, en la comunidad hasta eso juzgan. Me dice el esposo de mi hija: “fíjese, qué bueno que la encuentro aquí, yo quería platicar con usted y decirle todos los secretos que yo tengo”.

Y mi hija me hacía así de señas, porque ya eran las ocho de la noche. Como dijera aquél, me di ese espacio de tiempo para sentarme. Yo le di el tiempo y la oportunidad de que él va a sacar todo lo que él siente ¿no? Entonces, le dije a mi hija: “¿sabes qué?

habla a mi casa y dile a tu hermano que baje por mí, porque voy a llegar noche, fíjate que ahora me estoy dando chance de que él platique". Y que dice: "sí, de todo el mal que yo le causé a tu hija, hasta ahora me estoy dando cuenta de todo lo mal que he hecho. Fíjese suegra que cuando yo me emborrachaba yo hacía esto y fíjate suegra que una vez yo le pegué a tu hija, le dejé un moretón en la pierna y yo nunca lo supe, pero ahora veo realmente: pobre de mi mujer y de mis hijos".

Poquito faltó para que él llorara cuando me empezó a decir: "fíjate suegra que yo no sé trabajar porque mi papá nunca me enseñó. Y a mí me gusta. Yo veo cómo tu marido se va al monte y se lleva al niño y veo que mi cuñado es trabajador a pesar de que está chamaco. Yo no, nunca hice eso, por eso yo estoy de peón. Yo le estiraba la mano a mi mamá, porque mi papá nunca me enseñó cuando me daba mi machete y tiraba el carrito y me jalaba. Cuando él llegaba al monte, suegra, fíjese que él limpiaba, mi papá extendía hoja y ahí yo me acostaba a dormir. Nunca me enseñó a trabajar y realmente yo, si yo llegara a tener un hijo varón, desde chico le voy a enseñar a trabajar para que él sepa ganar dinero, que a él guste ganar. Así, realmente le digo, cuando yo estaba chico todo lo hacía yo mal, yo nunca supe hacer nada. Y si él me hubiera corregido, a lo mejor yo nunca hubiera sido borracho".

Le dije yo a él: "tú te das cuenta ¿por qué?, ¿por qué cambiaste?, ¿te das cuenta por qué fuiste a alcohólicos anónimos?". Y me dijo él: "Hasta ahorita no, no me he dado cuenta por doble A, sino porque su hija me dijo que si yo no cambiaba, ella se iba a ir para siempre". Y le digo: "¿sabes por qué te lo dijo?, porque yo le dije: 'hija, realmente dale la última oportunidad, dile que si no se integra al grupo van a seguir peleando, yo no quiero ver que ese cuate te pegue. Y si sigue así, déjalo. Tú te sabes mantener con dos hijos, no creas que aquí se acabó todo". A veces las mujeres tenemos muchas, muchas formas



de tener trabajo. Entonces, ella habló con él y él se metió al grupo de alcohólicos, le fue bien. O sea, que una no está equivocada.

Así que esa muchacha que fue a verme, porque la suegra mal aconseja al hijo dice: “no, pues yo agradezco a la Casa de Salud y le agradezco a la señora Enemesia, porque con todo lo que ella ha platicado conmigo, pues, eso me ayudó mucho para que yo perdiera el miedo y hablara con mi marido. Eso me permitió decirle a él: ‘¿sabes qué? Hasta aquí me aguanté contigo y si no cambias, me voy a ir’”. Antes lloraba amargamente y ahora ya no, ahora se defiende. Ante la suegra por igual, ahora se defiende. Antes le decía la suegra: “oye tú, viniste de allá de la barranca. Son criadas de la barranca”. Y ella ahora se defiende, le dice ella: “no porque seamos de la barranca me van a humillar. No apruebo eso”. Y ahora le dice la señora: “ustedes son criadas en la barranca, pero ustedes saben hablar y saben defenderse”. Y hasta su marido la ve diferente, porque le dice: “¿sabes qué mamá? A mi mujer no le vas a decir de cosas, porque si mi mujer está aquí es por mí. Y si algo le vas a decir, dímelo a mí y no a mi mujer”.

**DELFINA:** la violencia es muy terrible: cuando una mujer muere, los hijos quedan destruidos, abandonados por falta de quien los cuide, de quien los proteja; ya no van a la escuela, ya los niños andan en la calle. Es una tristeza muy dolorosa, porque la mamá toda la vida es pues para los hijos. El padre ya no es igual, quizá porque él se consigue otra mujer y ahí se va. Por ejemplo, un señor tiene otros hijos y ya su hijo que dejó tiene diez años, pues ya anda tomando, anda borracho en la calle. Son siete niños que están en su casa, porque el hombre se fue con la mujer. Los abuelos no los cuidan, nadie. Los abuelos son gente pobre, para los nietos no alcanza. Ahí los tiene abandonados. Así yo empecé a participar en reuniones de prevención de la muerte materna. Como me gustaba participar, en

el 2003 me mandaron a un taller de derechos humanos a México y empecé a participar, pues, ya más.

He ido a bastantes talleres que hablan de los derechos de la mujer, porque en los pueblos indígenas nosotras, como mujeres, no tenemos derechos. No tenemos derecho a la tierra, no tenemos derecho a una herencia de nuestros padres, no tenemos derecho a decidir, no tenemos derecho a ser autoridad, ¿por qué? Porque los hombres no nos hacen espacio pues. Esos talleres me gustaron bastante y por eso andamos ahorita en esto. Ya después dimos unos talleres a la comunidad y hablamos de derechos. Me fui a la comunidad a dar ese taller como a setenta y una mujeres. Nos reunimos en la comisaría. Le hablamos al comisario y le digo: “oiga, vamos a dar un taller de derechos”. A él no le gustaba muy bien y decía: “oiga, ¿de qué derechos?”. “De la mujer, porque nosotras tenemos derechos”, le dije. No nos habían dado a conocer los derechos y sí, teníamos derechos, pero no los conocíamos. El comisario dice: “andan buscando que el hombre ya no mande, ¿ya quieren mandar, entonces?”. “No –le digo–, tampoco mandar, no es que sea así, abusar ¿verdad?”.

No porque tengamos derechos nos vamos a saltar la barda. Nosotras queremos respetarlos a ellos y que también nos respeten a nosotras. Queremos que no nos golpeen. Que seamos libres. Porque anteriormente la mujer no iba a votar, decían que no tenía derechos. El hombre decía si la mujer iba o no iba, decían que la mujer no tenía que ir donde iban los hombres, decían que las mujeres que no tienen marido no tienen derecho a participar. Por eso iba el esposo a la reunión y opinaba y la mujer no podía opinar.

Ya cuando le hablé al Comisario, dice él: “está bien”. Nosotras compramos los materiales para explicarles sus derechos a las mujeres. Las mujeres están ahorita muy emocionadas. Cuando íbamos al taller a México nos decían: “¡qué bueno!”. Fueron seis

meses, pero nada más íbamos una semana al final de mes. Íbamos el lunes y nos veníamos el sábado.

En el 2003 ya empecé a dar un taller de derecho en la comunidad y después me decían en otras comunidades: “oye, es que tú hablas bien bonito”. Les digo: “no. Es que salgo de la comunidad y allá aprendo muchas cosas que uno no sabe”. Entonces, les decimos, ya cuando empezamos con el taller: “¿cuáles son sus derechos de ustedes?”. O sea, les pregunto yo, para eso es el taller: “¿Ustedes saben que tienen derechos?”. Me dicen: “no, no, pues, nosotras no sabemos. ¿A poco nosotras tenemos derechos?”. “Sí –les digo–, sí. Nosotras tenemos derechos como mujeres, nada más que no los conocemos. Nosotras tenemos derechos, pero nos discriminan. Y ¿saben desde cuándo nos están discriminando? Desde que nacemos nos discriminan, ¿por qué?, porque cuando nace un hombre luego dice la partera: ‘fue hombre’, si es hombre hasta gana la partera, si nace una niña le pagan 150 y si nace un niño son 200 pesos”.

Desde siempre le dan la importancia al hombre, desde que nacimos ya estamos discriminadas de que somos mujer, por ser mujer. Entonces, les digo: “nosotras las mujeres no tenemos derechos como mujer, no tenemos derecho a decidir. Por ejemplo, si yo te digo: ‘vamos a una reunión’, no vas. ¿Por qué? Porque siempre tenemos que pedirle permiso al esposo, no tienes derecho a decidir que tú vayas sola, pues. No tienes derecho a que te den una tierra. No tienes derecho a la educación”.

Las niñas no van a la escuela porque son mujer, porque dicen las mamás: “luego se van a casar y se van a ir con el hombre, y si se van, quién sabe con quién. Mejor no”. La mujer no puede estudiar. El único que puede estudiar es el hombre. Él sí es libre y uno, como mujer, no. Pero sí, sí podemos mientras queramos, nada más hay que decidirnos. No es que no queramos, pues, porque nosotras sí podemos estudiar. Cuántas no hemos visto, hay mujer licenciada,

maestra, ¿por qué?, porque se saben valorar, saben decir que sí valen y han seguido su estudio. Y aquí, les digo: “A veces por nuestros padres, nosotras ya no vamos a estudiar y hasta ahí quedamos y hasta ahí paramos. Luego lo que nos pasa, ya vienen los hijos y ahí están las consecuencias. Por ejemplo, yo en mi caso, allá en la comunidad todos me conocen, saben que se murió mi esposo, conocen muy bien lo que sufrí con mis hijos. En la comunidad me dicen: “sí, te admiramos por lo que tú has hecho, porque a tus hijos los has hecho crecer”. Lo que he hecho por mis hijos lo han valorado. Nosotras hay que pensar, hay que saber decidir. Y si yo hice esto, vamos a hacer entre todas. Por ejemplo, aquí en la comunidad: “¿quién de ustedes va a heredar una tierra?”. Dicen: “no, nadie”. Solamente le dan a los varones, porque ellos son los de los derechos, nosotras no tenemos derechos de tierra y a otros derechos por ejemplo, a la salud.

Muchas no van al Centro de Salud por no tener dinero o porque los maridos son celosos y ellas escogen que ellos decidan sobre ellas. Ellos dicen: “no vas al Centro de Salud”, y no van pues. No tienen derecho a la salud, no tienen derecho a opinar en una asamblea, no tienen derecho de ser autoridad pública. No tienen derecho a decidir cuántos hijos tener, ¿no? Para que no se nos complique tanto la vida. No tienen derecho a decidir con quien casarse. Este es otro problemón. Yo les comencé a decir: “miren chamacas, ahorita estudien y decidan con quien casarse, analicen las cosas, que nadie les imponga, que no llegue el papá y les diga: ‘yo quiero a este fulano porque éste me gusta a mí’. Las que van a vivir con él son ustedes, no él. Tienen que ver las cosas: ¿tú lo quieres y él te quiere? Adelante. Y si no, tú dices ‘no’, pues no”.

Apenas hace un año, un hermano que tengo se quería casar, le dijo a mi mamá y ella me dice: “ya el papá se la va a dar”. Y le digo: “no mamá, no. Eso está mal. Que hable él con ella y si ella dice que sí, adelante. Y si le dice no, no, porque el derecho a decidir lo tiene

ella, no su papá, porque el señor está viendo que mi hermano tiene y como él trabaja, dirá: ‘a mi hija le va a ir bien’, pero la que tiene que decidir es la muchacha”.

“No –me dijo mi mamá–, ¿por qué tú dices eso?”. Y dice mi hermano: “es que mi hermana anda en esas reuniones –así dijo mi hermano–, es que ella está loca, porque anda en esas reuniones”. Le digo: “no, no estoy loca, sino que quiero una vida, ora si que efectiva para mi hermano, ¿por qué? Porque usted lo casa con la muchacha, porque el papá así dice y ahorita está chamaca la muchacha pues, pero a la hora que ella despierte se va. Y a ver a dónde quedan”. “No –dice–, aquí el que manda es su papá, no manda ella”. “No mamá –le digo–, ya ese tiempo se acabó. Yo me arreglo con el señor, yo voy hablar. No porque sea mi hermano vamos a tapar las cosas. Vamos a decir las cosas como están”. Entonces, hablé con el señor y le dije: “oiga don, mi hermano dice que quiere a su hija y dice que usted se la va a dar”. Dice: “ah, sí”. Le digo: “por eso vine a platicar. ¿Qué usted ya le preguntó a su hija si ella dice que sí?”. “Pues no sé lo que usted piense, ya hablé con ella” –dijo. “Oiga, me gustaría que yo escuchara la voz de ella y de usted, pero que ella lo decida primero”.

Y entonces fue mi hermano, ahí vamos. Les digo: “yo quiero la palabra de ella”. Llegó la chamaca y le digo: “mi hermano se quiere casar contigo, no sé si tú estás en la disposición de que tú lo quieras a él. Yo quiero que tú digas francamente, sin pena pues, si tú quieres ser su mujer. Tú di, si te casas, adelante y si dices que no, también de acuerdo”.

Y dice el señor: “no, no, yo ya hable con ella y ella se va a casar, porque yo soy su padre y yo mando”. Y le digo yo: “está mal entonces, ¿por qué? Porque la que va a decir es ella, porque hoy se casa, pero mañana, pasado, ella despierta y se va y no es justo. Usted vio lo que me pasó, lo que le pasó a mi esposo por culpa de la

sobrino que no se quiso quedar con el marido. Y ya vio hasta dónde llegamos. Mis hijos no tenían por qué sufrir todas las consecuencias. Que otras personas sufran por culpa de alguien, pues no". Y dice: "así fue, de veras". Le digo: "ahora yo hago las cosas amplias, yo le voy a decir lo que es. No porque sea mi hermano voy a decir: 'sí, que se case'. Yo le doy la palabra a ella, la que va a decir es ella, si ella dice que sí, adelante y si ella dice que no, ni modo". Y le digo: "¿oye, vas a casarte con mi hermano?". Y la chamaca que se agarra los pelos, se tapa la cara y que se agacha y ya no habla la chamaca. Y le digo: "¿ya ve?". Entonces, si somos promotoras de derechos hay que ver que dice ella. No hay que obligarla.

Después dice el señor: "está bien pues, más allá se decide. Que lo piense primero". Le digo: "de acuerdo señor, sí, que lo piense. Por eso no nos vamos a enojar". Entonces, que me dice mi hermano: "ya me la iba a dar, pero tenías que decir eso por los líos en que andas". Mi hermano se molestó. Le digo: "no hermano, esos tiempos ya acabaron: ella tiene estudios, tiene secundaria, se agacha, pero ella tiene estudios, no está muy perdida, ella sabe lo que hace. Puede responder, pero no se quiere expresar. Y no es bueno obligar a la gente a fuerza. Algún día que tú le digas algo, ella te va a decir: 'Era lo que tú querías'. Y te va a salir respingando. Hay que conocerse, platicuen, llévense, háganse novios, uno, dos, tres años, por lo menos, y ya después que se conozcan bien, se casan y no hay problema".

Dice: "tú dices eso porque andas ahí en las reuniones, te vas y te tontean y no sé qué. Le voy a decir a mi hermano". Porque tenemos un hermano que está estudiando en Chilpancingo. Y llega mi hermano y ¿saben qué me dijo?: "que por tu culpa no se va a casar, porque tu le dijiste a fulana que tiene derechos". Le digo: "sí, sí le dije, se lo dije y te lo voy a decir también a ti, para que no digas que ando por otro lado". Fue así y así. Y el dice: "está bien, no está mal".

Y le dice a mi hermano: “ella tiene mucha razón, lo dijo porque ella sufrió en carne propia. Eso está bien, es la realidad”, dice.

Nosotras andamos en este rollo de decidir, de votar, de participar, de heredar. A veces los padres son negativos pero, poco a poco, los hemos enseñado, platicando. Donde hay un *chancito* hablamos de eso. Cuando las mujeres defienden sus derechos, a veces, el hombre no está muy de acuerdo. Es lo que hemos detectado ahorita, ¿por qué? Porque ya la gente se va dando cuenta que la mujer no va estar bajo del dominio del hombre. Ella ya va defendiéndose. Ya no van aceptar ellas que las golpeen o las lastimen.

ENEMESIA: también tenemos derecho a las relaciones sexuales. Yo he tenido pláticas con varias compañeras que dicen: “A veces yo me siento mal de mi cuerpo y mi esposo me obliga a tener relaciones”. He platicado con algunas mujeres lo tocante a eso. En el tramo 2004, nosotras sacamos un taller de derechos humanos en coordinación con Derechos Humanos y también involucrando lo del IFE. Bajamos a la licenciada a la comunidad, hicimos un recorrido y la llevamos para que hablara de los derechos de las mujeres en la comunidad. Muchos hombres nos grillaron. No falta un hombre que diga: “señora Enemesia, ¿dónde fue a aprender eso del derecho? Ahorita ya nos trae a la licenciada, ahora Enemesia ya quiere que las mujeres nos manden, igual como ella manda a su esposo, porque ella va para acá y para allá como yegua sin mecate. Ahora que las mujeres nos van a mandar, nos van a mandar a moler”. Entonces, una de las mujeres que participaron ahí, dice: “no, tampoco es que se vayan a moler, pero por lo menos que sepan que también nosotras somos seres humanos y también nos duele nuestro cuerpo”.

A los señores les ha costado mucho trabajo, por lo mismo, en 2004 sacamos un taller con derechos humanos a las comunidades, hicimos los recorridos regionales. En el transcurso de eso, como

que vendimos la idea de ir involucrando también a los varones en unos talleres de masculinidad. Y se hizo. Se hicieron tres talleres de masculinidad en la Casa de Salud, involucramos a las autoridades, a los médicos de los centros de salud.

Hubo señores que estuvieron conscientes. Un señor de la comunidad de Huajintepec que es esposo de una de las parteras de la Casa de Salud, se acercó a los ponentes y dijo él: “yo le agradezco a usted que hayan venido a hablarnos, a orientarnos, porque de veras que hay cosas que nosotros a veces no entendemos. Todo eso que ustedes dijeron aquí, así es. Nosotros tratamos así a las mujeres y yo creo que como que no checa, no está bien. Sigán haciendo esos talleres, invítennos y voy a tratar de convencer a otros hombres que vengan a otros talleres”.

Yo estuve muy atenta de lo que dijo el señor, porque la señora partera ya nos había dicho antes: “mire doña Enemesia, si haces un taller de masculinidad inviten a mi esposo, porque es bien machista”. Así que yo mandé una invitación por medio de un papel para hacerlo más fuerte. Y viene el señor e invita a otro señor. Como que le da mucho miedo al hombre que las mujeres vamos a mandar. Digo que es bueno primero hacer un taller con hombres solos, pero solos, porque yo digo que estando la pareja ahí junto, como que la mujer no se va a atrever a decir ¿no? Una, porque las mujeres somos más débiles, el hombre siempre dice y se adelanta, pero la mujer no.

**DELFINA:** en lo tocante de las relaciones sexuales, las mujeres buscan más en el sentido de decir no. En ese sentido de la relación sexual de que las mujeres le digan a su marido: “oye a mí me gusta tal...”. Da pena verdad, se quedan calladas muchas, pues. Y muchos.

**ENEMESIA:** en lo personal, yo voy hablar en el sentido de mi persona. Yo voy hablar en ese sentido porque, dijera aquél, a lo mejor es



penoso decirlo, pero a mí me gusta sacar, no dejarme atorado lo que realmente es en mi vida cotidiana. Mi esposo ya es un señor de edad muy avanzada, entonces, dijera aquél, a veces yo digo: “no”. ¿Sabe por qué a veces yo digo no? Porque ya ahorita conozco mi derecho y antes no lo conocía. Aunque no quisiera, él decía: “Órale”. Y sí, es lo que pasa en la relación. Como que no encontramos esa comunicación de ser iguales, en el sentido de que a lo mejor yo apenas me estoy calentado o apenas tengo la necesidad de tener mi relación, cuando mi esposo ya terminó. Apenas anoche estábamos hablando de eso, de la necesidad de que en la relación también cuenta lo que sentimos, porque no es cosa de que él se desahogue, de que él quede contento sin que pregunte: “¿oyes qué sentiste?, ¿te sentiste bien?, ¿te sentiste mal?”.

Mi esposo es un señor ya mayor de edad y, como dijera aquél, como que yo no siento eso así con él, como que no. Él dice: “es que tú te vas mucho tiempo y quién sabe con cuántos te has de acostar”. Le digo: “me acuesto con el que se me atraviesa”, porque yo tengo claro que no es así. No porque es hombre que venga Juan del Diablo y que venga todo lo que quiera. No, tampoco es así. Tengo que ir yo y decidir la persona indicada que me gusta, que me atrae. Eso también es un derecho, porque nosotras tenemos un sentir, dijera aquél, no porque nos gusta mucho. Toda mujer debería de decir, no, deberíamos de pensar. Y principalmente las mujeres que tienen mucho hijo. Yo tengo catorce, no porque me guste. El cuerpo se cansa.

Todo lo que he aprendido me ha dado mucho. Me ha dado el espacio de confianza, porque yo al menos a mi esposo a veces le platico. Y llega un momento en que sí podemos platicar de todo, de todo. Yo le digo a él: “¿sabes qué?, como que ya no me siento bien contigo”. Y él me dice: “¿sabes qué?, tú eres libre de tu vida, nomás que lo único que no quiero es verte paseando por ahí con él. Yo sé

que ya no soy la persona que tú quieres, la misma que era. Haz lo que tú quieras, tú eres dueña de tu vida, pero tu decisión, también, fíjate bien”.

En la Casa de Salud hay muchas señoras parteras que ya son grandes, como que ellas ya no coinciden con las ideas de nosotras. “Cómo van a hablar de eso, de esas cochinas”, dicen ellas. Son un poquito más tradicionales y como que ellas se molestan ¿no? De hecho, en el taller de los métodos anticonceptivos, cuando el doctor todavía ni saca el garrotito, ellas dicen: “no. ¡Ay, que feo!, ¡cómo van a hacer eso!”. Y que viene el doctor y le pone condón y todo eso, como que a ellas no les gusta la idea, o sea, como que son cosas muy íntimas, muy personales. No les gusta eso.

Hay muchas mujeres que no les gusta compartir la sexualidad ni hablar de eso. Son un poquito más reservadas. Por eso es que yo, a veces, en el Centro de Salud, cuando platico con las mujeres, me dicen que soy muy pelada. Allá en Xochis, en una plática con las mujeres, una me dijo: “tú hablas muy claro”, porque yo decía que la prueba del papanicolaou, de los anticonceptivos. Hay muchas que no se hacen la exploración de la mama, entonces, yo saco mi *test* y les digo: “eso se hace así”. Y dicen: “¡ay!”. Las señoras se quedaron así. Es que yo soy muy descarada y la vergüenza ya la perdí. Eso va favoreciendo para que ellas vayan entendiendo más, realmente. Decían las señoras: “ven más seguido, ven a platicar con nosotras”.

DELFINA: no contamos con recursos económicos. Queremos echar a andar los talleres. La CDI ya nos abandonó, ya no nos da recursos, tenemos el material para darle a todo eso, o sea, de los métodos anticonceptivos. Queremos que la comunidad vaya. Ahí está la Casa de Salud ya va a ser un año y ahí estamos sin recursos. Vamos a la casa, traemos artesanías para vender, para comer nada más. Ahora

sí pues, nos estamos quedando con cinco municipios y ya están enterados que allá, la Casa de Salud, está apoyando.

ENEMESIA: teníamos todo el material ahí para ver todo eso de los métodos anticonceptivos y de salud reproductiva. A mi hija le sirvieron mucho los materiales que tengo: tenía una exposición, una tarea que le habían dejado en la escuela sobre el tema y me decía: “mamá, ayúdame”.

DELFINA: en la Casa de Salud damos acompañamiento a las mujeres al hospital, trasladamos los casos más graves, también ayudamos para el respeto de sus derechos humanos, damos talleres a las mujeres. Estamos trabajando el proyecto de violencia familiar. Anteriormente se daba consulta, porque teníamos a una persona médica, teníamos una administradora, chofer, teníamos una unidad móvil para movernos por todos lados. La unidad se pasó a San Luis Acatlán, porque era difícil tener los dineros para su mantenimiento. Entonces, lo que hacemos es darles pláticas en la Casa de Salud, asesorarlas pues, y orientarlas un poquito, nosotras en lo personal. Anteriormente los talleres que se llevaron a cabo, los llevó por primera vez Kinal y con las compañeras de la Coordinadora Nacional, pero ahorita somos nosotras. Solamente atendemos a las mujeres que vienen de las comunidades a la Casa de Salud. Antes nosotras hicimos talleres regionales, de hecho, cuando se abre la Casa de Salud también se dio una campaña en los cinco municipios. Entonces, las mujeres llegan ahí.

Yo en mi comunidad sí hago pláticas a mujeres embarazadas, porque de hecho, la doctora que está en la Casa de Salud me invita cuando reúne a las embarazadas, me invita a hacer pláticas con ellas, porque es muy difícil. A veces bajan las mujeres embarazadas a los controles prenatales. Precisamente, la semana pasada estaba por pasarme una

lista para que pasara a las casas a invitarlas a que vayan a su control prenatal, porque hay muchas mujeres que no van.

ENEMESIA: hemos logrado bastante con la Casa de Salud, dijera aquél, aunque no con mucha confianza se nos dice que nos van a financiar el proyecto. Es muy difícil, es muy difícil. Lo que hemos logrado ha sido con la limitante, con la limitación de que no hemos podido hacer todo lo que hemos querido. Antes, cuando teníamos al asesor, nosotras teníamos un cuadro de actividades de lo que íbamos a hacer para trabajar y realmente eso no se llevó a cabo. El recurso económico es lo que nos limita.

DELFINA: la Coordinadora [CNMI] también nos ha apoyado, pero no tiene recursos, o sea, ella tiene deseos de trabajar, pero no tiene recursos. El gobierno nos ha negado por ese lado, pues el recurso no lo ha liberado para que la Casa funcione mejor. O sea, que no hay avance pues, estamos igual. Nos falta el recurso para movernos.

ENEMESIA: es difícil para nosotras, ¿cómo atender la Casa de Salud y seguir nuestra vida diaria? Ella se va a su comunidad y trae el chilito, el frijolito ¿no? Yo me voy a mi casa y que traigo el maíz que el nixtamal para hacer unas tortillas y que traigo el chilito. Sólo así podemos mantenernos en la Casa. Ahorita estamos de voluntarias, entramos en julio del 2004, nos dieron un apoyo como cinco meses nada más y se terminó. En el 2005, otra vez nos dan un apoyo que duró cuatro o cinco meses y ya se terminó, el último apoyo que nos dieron fue el 5 de mayo del año pasado.

En lo personal, me enfoqué más a la salud, porque realmente veo que por lo mismo de la pobreza que hay en los pueblos marginados, a veces no se cuenta con un recurso económico. En el tramo del 2002, como el 20 o el 25 de septiembre, mi hija se vio muy mala de

un parto y no contaba mi yerno con el recurso económico, porque no hay trabajo ni cómo. Fuimos al Centro de Salud, la llevamos y en el tramo de tiempo que el médico la detuvo ahí dijo que sí se iba aliviar ahí. Al final el médico no nos dijo que el bebé venía en mala posición y no nació el bebé. Nomás porque sí la detuvo ahí y ni nos dejaba pasar a la hora que la iba a checar. No tenía ni siquiera para un guante, en el Centro de Salud no había. Así que como las tres o cuatro de la madrugada, mi yerno andaba tocando las puertas de las farmacias para poder conseguir un par de guantes y que el doctor la pudiera checar. Cuando mi yerno llegó con el guante, el médico le dice: “no, ya no lo necesito, porque el bebé ya se murió”. En ese momento, me dice el médico: “señora llévase a su hija, váyase a Ometepec, porque aquí ni van a poder hacer nada”. Y yo así con llanto: “¿por qué no me dijo usted desde un principio que no la podía atender aquí? Yo me la hubiera llevado a Ometepec”. ¡No sé por qué la detuvo!

Me la traje al municipio y ya cuando llegó, así rápido hablé con la trabajadora social y me dice: “pásele rápido”. Y sale el médico: “vamos a hacer por ella, pero en realidad no hay nada que hacer”. Entonces, yo me enfoqué a esto porque realmente sí esta muy fuerte la necesidad económica; no contamos con el recurso económico y no hay fuentes de trabajo para el hombre y eso es muy difícil. Entonces, yo me enfoqué más porque de por sí había una fuerte necesidad y hoy vemos que sí, sí sucede la muerte infantil por falta de recurso y de atención.

DELFINA: ahora por ejemplo, lo de violencia, enfocamos más a lo de violencia porque por ejemplo, en mi comunidad hace un año a una señora la golpeó su esposo, la golpeó, pues, en todo el cuerpo y estaba bien embarazada. Le fue a dejar las tortillas, como es costumbre ir a dejar la comida, y que le dice: “venga a comer ya están

las tortillas". ¡Ah! Que viene el señor y que agarra un palo de los más gruesos, porque estaba cortando y que le da a la señora, que le da. Cuando la vi, le digo: "¿qué te pasó?". "No me pasó nada –dijo. Mi esposo me pegó. Nomás yo llegué con las tortillas y nomás por eso me pegó". "Está mal –le digo. Y tú, ¿cómo piensas?, ¿tú quieres seguir así con él como te trata?, ¿tú quieres seguir con esa situación como está?". Y dice: "es que yo tengo ocho hijos y ya después no sé adónde voy. ¿Qué voy hacer?". "Está mal –le dije. Oye, él te golpea y en esa condición que estás no queda de otra, vamos a Igualapa, vamos a poner una demanda".

La gente de por ahí tenía temor de sacarla a ella de la comunidad, entonces, llega un carro de volteo que llevaba un poco de grava y oyamel. Fuimos a la Judicatura. Nos citaron para el otro día con el juez. Entonces, él dijo que ella iba a golpearlo a él y no sé qué. "No" –digo–, "tú di por qué te trata él así, tú di el motivo". "Él me está corriendo, no me quiere y me golpea, o sea, me está corriendo, me golpea para que ya me vaya", dijo la señora. Entonces, dice el cínico: "No, es que yo le pego porque ella no me lava, ella no sabe hacer las cosas. Ella está inventando esas cosas".

Y le digo al juez: "no señor, él le pega por está situación. Aunque él diga otra cosa, la realidad es que le pega, quizá, porque él quiere que ella se vaya. Si él quiere dejarla que se dejen, pero que no la golpe así. Mire cómo viene". El juez le dice: "¿por qué la está golpeando? Está mal, ya no la debe de golpear ni a sus hijos ¿por qué la tratas así? Ya no debes volver hacer eso, no. Mira, ya no le pegues, porque mira en qué condiciones está ella y ¿por qué la andas golpeado?". Y quién sabe qué tanto más le dijo. Y como la autoridad también es hombre, le dice a ella: "tú debes darle de comer, lávale y todo". Porque ella es la culpable. Siempre la mujer es la culpable. Así que la bañó en sangre y la autoridad nomás le dijo que ya no le pegara,

pues. Por eso enfocamos a la violencia de las mujeres que sufren como trapo, pues.

ENEMESIA: tiene como tres meses que llegó a la Casa de Salud una hermana de mi cuñada que la había golpeado el muchacho, le dio un golpe en el ojo, y ese golpe le dio a madurar por dentro y le bajaba mucha pus, mucha pus. Y apenas el día jueves que fuimos a la reunión, la señora ahí cayó y ahí la levantamos. Yo con otra señora la levantamos como pudimos. La cargamos, estaba bien pesada y la llevamos al Centro de Salud. Ella decía: “¡ay! El dolor me va a matar”. Y se agarraba aquí [la sien]. Rápidamente le hablo a la doctora y le digo: “doctora, por favor atiéndamela”. “Sí, cómo no –dijo la doctora–, acuéstemela en la cama”. Y que la acuesto y entonces que agarra la doctora y empieza a checarla y le dice: “doña María, ¿desde cuándo le dije que tenía que ir con el médico y usted no ha ido?”. Y ahora le viene el dolor a ella a causa de que el esposo le pega muy fuerte. El señor no está ahí con ella, se viene a trabajar a Acapulco, trae a otra mujer, llega y le deja trescientos, cuatrocientos pesos para la semana. Entonces, el dinero no le alcanza a ella para cuatro o cinco chiquillos y ella se va a lavar ropa ajena. Dice que ese día se fue a lavar dos cobertores bien grandes y así, ya en la noche, le agarra ese dolor. Apenas habíamos llegado todas las mujeres a la reunión cuando ella empieza, pues, a gritar y le agarra su dolor. Le dice la doctora: “¿desde cuándo le dije a usted que tenía que ir al doctor?, pero usted no me hace caso, si no hace caso, el ojo no se le compone”. “Ni se le ha compuesto el páncreas –le dije yo–, se le va bajando la matriz por el golpe que el muchacho le dio. Ahora le va a traer otras consecuencias”. Ella se levanta y le dice a la doctora: “ya se me va a quitar, ya doctora, ya se me va a quitar”. Y le dice la doctora: “doña María, ¿cuándo va usted a poner de su parte?”.

Y dice doña María: “¿sabe qué? Es que a mí me da mucho miedo, mucho, bastante”.

En un taller que hubo allá en Chilpancingo sobre lo tocante a derechos humanos, aplicamos un cuestionario por edades y preguntamos de la vida cotidiana y a mí me tocó entrevistarla a ella. Y sí, cuando la señora hizo el cuestionario de cómo vive uno en su casa yo tuve muchos problemas, porque la suegra se molestó, su suegra se molestó bastante, decía que por causa mía su hijo iba a ir a parar a la cárcel, ajá. Una de sus cuñadas que llega al Centro de Salud y entra y le dice: “ya viste lo que te pasa, éso te pasa por ir a lavar ropa ajena”. Y le dije yo a ella, porque ella no le contestó nada: “¿y a poco fue así por lavar dos cobertores que le duele ahora?, ¿y tú le das el dinero que ella necesita? Si tú le das el dinero que ella necesita, tienes el derecho a hablar, pero si tú no se lo das, entonces no tienes derecho a hablar. Si ella fue a lavar los cobertores es porque necesita dinero”. Agarra la cuñada y se sale, pero cuando se sale me iba echando madres. Y entonces, agarra y viene la doctora y la levanta a la señora y la sienta y le dice: “¿sabes qué? Desde cuándo te dije que fueras a poner tu demanda. A ver tu ojo, se te bajó la matriz y vayas a sufrir otra enfermedad. Y estoy segura de que cuando él llega y, aun estando tú así, él hace la relación contigo. Ya no permitas más eso”. Ella estaba hecha un mar de llanto. Desde cuándo, le dije a la doctora, yo desde cuándo le dije a ella que nosotros le íbamos a dar acompañamiento, pero siempre que ella quiera. “Pero es que no puedo –dijo María–, es que me da mucho miedo, qué va a decir mi suegra”. “Aja, le digo, pero cuenta tu vida y no la de tu suegra”. Y no ha querido, la señora no ha querido.

DELFINA: por ejemplo, el problema que hubo en San José Buenavista, de la mujer que llegó a la Casa de Salud pidiéndonos apoyo, porque el hombre la iba a machetear. Él también tenía otra mujer, por eso



la iba a machetear el esposo y tenían cuatro hijos y se salieron del domicilio porque la iba a matar. Fui con ellos y pasamos al Ministerio Público. Ella fue a pedir nuestro apoyo con nosotras y nos preguntó cómo podía hacer. Y nosotras le decimos que si ella ya está convencida de poner su demanda. Dice: “pero es que mi esposo va a matar hasta a mis hijos”. Le digo: “mira, si tú estás decidida a poner tu demanda, lo primero que debes hacer es sacar a tus hijos y luego pon tu demanda”.

Entonces, ella así lo hizo: sacó a sus hijos, los fue a recoger con su tío y después llega a la Casa de Salud para que se le diera ayuda. En ese caso, fuimos al Ministerio Público con ella y llegamos y planteamos el problema. No estamos trabajando en derechos humanos, pero quisimos darle el acompañamiento a ella. El Ministerio Público dijo: “vamos a darle el citatorio para que se presente”. Y sí se presentó, le llamaron y ahí se hizo un acta donde ya no la va a golpear pues, y si la golpea, entonces van a traerlo con la judicial pues, a la fuerza.

ENEMESIA: a veces no es tanto meterlo a la cárcel. Muchas mujeres, a veces, tienen el temor de que lo van a llevar a la cárcel al esposo. Yo tengo una hermana que mucho, mucho su marido le pegaba, porque su marido era adicto a la droga, es alcohólico, así que tomaba mucho. A mediados del 2002, mi hermana estaba embarazada y él le pegaba y yo creo que por eso se le adelantó el parto a mi hermana. El bebé nació malo. Como a los dos meses el bebé se murió. Después, cuando vino el próximo bebé, otra vez lo mismo y lo mismo. Entonces, él viene y le pega, luego ella viene y se sale y entonces, ella viene y me busca y me dice: “sabes qué, mira hermana, yo quiero que tú me apoyes”. Le digo: “mira, sabes, yo te voy apoyar, pero importa lo que tú dirás, no lo que voy a decir yo. Sí, te voy a dar acompañamiento, pero la que va a hablar eres tú, porque la que sufre la situación eres

tú. Tú vas a decir cómo te ha tratado, cómo pasó con el bebé que se te murió, por cuál motivo se te murió. Tú debes de hablar”.

Así que vamos con ella. Fuimos a Derechos Humanos para que le dieran asesoría de cómo iban a ser las cosas; entonces, ya nos fuimos con Delitos Sexuales y le dijo la licenciada: “mira, llévate este papel. Ya aquí tengo todo, todo lo que tú me dijiste y si él llega y te vuelve, otra vez a poner la mano o alguna cosa, ¿tú te saliste de la casa?”. “Sí, yo me salí de la casa y me fui con mi mamá”, dijo mi hermana. “Ah, bueno, entonces vete y si ves que él va a tu casa a molestarte, rápidamente nos hechas un telefonazo”.

A los tres o cuatro días, como ese individuo se da cuenta de que nosotras fuimos a poner la demanda, lo que hace es que regresa y me manda a decir con otro señor que me cuide mucho de él, porque me iba a machetear. Le digo: “yo no le tengo miedo. Que me hable de frente. Que no me vaya a agarrar por la espalda. Que dé la cara para verlo que es él que me va a pegar”. Yo no le tengo miedo. Y primeramente, le digo: “yo no nací para hacerme piedra, yo nací para morir. Dígale que yo no le tengo miedo”. Así que después, yo no sé de qué manera, él va y platica con mi mamá y otra vez la convence de que le dé a mi hermana, se la lleva, se la da mi mamá. Como a los tres o cuatro meses, la visité y le dije: “ahora, ¿cómo vives?”. “Ah, fíjate que ahora ya cambió”, me dijo.

A los pocos días de la demanda aquella, fuimos a hablar con Derechos Humanos y sacamos un taller comunitario. Fue la licenciada de Derechos Humanos y habló de los derechos de las mujeres, fue involucrando todo: los derechos de los niños, de los ciudadanos, de todo, todo. Había una señora que golpeaba mucho a su niña –vive más arribita de la casa de mi hermana. Entonces, la líder del PRD pone conocimiento de cómo trataba la señora a la niña, viene la licenciada y se lleva dos policías a la casa de la señora. Fue a hablar con la señora, pasaron por ahí, por la puerta de mi hermana y dice

su esposo: “¿a dónde va la licenciada?”. A la casa de fulano que tratan bien mal a la niña, ahorita la policía judicial se va a llevar a la señora, ahora eso no está permitido en la ley –dijo mi hermana. Como que con eso se hace más fuerte lo tocante al derecho de las mujeres ¿no? Y el derecho de los niños. Ahora, él le dijo: “ah no, ¿sabes qué?, vamos a tratar de vivir mejor, no quiero acabar mis días en la cárcel”. Con eso como que han surgido, van tomando un cambio: antes tenía a mi hermana viviendo en un bajareque que era un goterón y ya ahora, ya le hizo su casita y como que va mejorando más. Por una parte está bien que los hombres no deben de maltratar a las mujeres ni las mujeres maltratar a los hijos. Que como padres ya estamos perdiendo todo eso de maltratar a los hijos.

DELFINA: en Xochistlahuaca se presentó un caso de violencia, un delito de que el papá golpeó y violó a la hija, así que ella fue a pedir apoyo. No era su gusto de ella que su papá le hubiera hecho eso, así que fuimos a Delitos Sexuales con la licenciada y le digo: “oiga, venimos de la Casa de Salud con un caso de violencia, venimos a darle acompañamiento, por eso venimos aquí”. Y dice: “Ah sí, está bueno”. Le planteamos el problema que el papá violó a la hija y que la hija no estaba de acuerdo. “Así que venimos a poner una demanda pues”. Y sí agarraron al papá, ahorita está preso.

Casos como de planificación familiar hay más poquitos, o sea, el trabajo de la Casa de Salud está más enfocado a la violencia. En un mes no va mucha gente, pero en los que se presentan los casos, dijéramos que se nos presentan diez casos en un mes, sí, sí llegan casos.

ENEMESIA: en Chilacachapa, a una señora grande la violaron. Ya grande la señora, la violaron. Tiene a su esposo y, en su caso, una noche la violan porque ya está grande el señor, por eso el joven

no le tuvo respeto, entró adentro y violó. La señora está acostada y deja abierta la puerta y ya cuando siente la señora que le baja su chamarra. Ni había luz, le pega y ella no quiere. Al otro día nos enseñó su espalda y tiene las marcas, le pegó el violador. Ella dijo: “vengo a la Casa de Salud para ver cómo me apoyan, si yo ya estoy grande, si yo ya ni duermo con mi esposo”. También fuimos con Delitos Sexuales y se hizo un acta. Entonces, le sacaron un acta y le dijeron que si la volvía a molestar...

Es muy poco, pero sí hemos avanzado. Como digo, es por falta de recursos. No podemos echar andar las comunidades, dar pláticas, acompañar, no nos alcanza el tiempo, el recurso, la vida.

## Nunca es tarde cuando una quiere

*Epifania Villegas Maximiliano\**

Me llamo Epifania Villegas Maximiliano. Soy de la comunidad de Pascala del Oro, del municipio de San Luis Acatlán. Tuve once hijos, nueve mujeres y dos hombres, una niña se me murió. Fui casada de las dos leyes, apenas me divorcié y ya rompí la esclavitud en la que vivía antes. Estuve casada como 38 años, no me acuerdo muy bien.

No recuerdo qué edad tenía cuando empecé a participar. Fue cuando un muchacho nos dice que hay un proyecto y que van a empezar a trabajar las mujeres, ahí fue cuando yo me acerqué a las reuniones. Yo no pensaba que me iban agarrar como dirigente. Me gusta opinar y participar y decir. De ahí me echaron ojo para presidenta de la “Organización Colectiva de Mujeres Indígenas Tlapanecas”.

\* Epifania Villegas Maximiliano es de la región Costa Chica, habla tlapaneco y español. Tenía 55 años al momento de la entrevista, está separada de su marido y tuvo diez hijos. No tiene ningún grado de educación formal, pero sí ha participado en procesos de capacitación sobre múltiples temas. Participó en el movimiento que dio lugar a la policía comunitaria, ha sido activista en el PRD y promotora de las actividades de la Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas”. Entrevista realizada por Karina Ochoa Muñoz el 25 de marzo de 2007. Edición de la entrevista: Juan Manuel Aurrecoechea y Gisela Espinosa.

Cuando empecé a participar todos mis hijos ya estaban crecidos, mi última hija ya tenía como cuatro años, ahora tiene 16. Así que hace como doce años empecé como organización y hacer solicitud para el proyecto. De ahí nos salió bien una tienda de abasto, trabajamos bien. Después las señoras se cansaron y dijeron: “vamos a traspasar, mejor hay que hacer otro proyecto”, no sé, no nos gustó. Con el dinero que sobró, pagamos todo lo que se debía al Fondo Regional. No fue dinero donado para nosotras, pues todavía estábamos muy cerradas, así que devolvimos el dinero al fondo, nada más la ganancia se nos quedó y la repartimos y así fue.

Siempre fui muy inquieta y dije: “voy a hacer otro proyecto” y empezamos a trabajar en lo que venía un doctor que nos atendiera. De ahí empezamos juntas con el doctor a aprender el masaje, como picar y así estábamos curando a la gente ahí. Ya era yo partera desde antes.

Yo no quería enseñarme, pero la gente que era mi conocida la iba yo ayudando de partera. Bueno, aprendí de niña por mí misma, mi mamá también fue partera. Yo aprendí de ver cómo le hacía mi mamá. Cuando empecé a embarazarme, solita tuve todos mis hijos. Yo no tenía dinero, éramos tan pobres que yo no tenía ni un peso, fue que la necesidad me obligó a atenderme yo misma y así fue que yo aprendía. Había muchas cosas que hacer, me juntaba con las señoras para tomar el curso. Hubo a unas que sí les gustó y otras que no, no le dieron seguimiento. Yo y otra compañera le dimos seguimiento y estamos trabajando hasta ahorita.

El mismo muchacho que nos ayudó se juntó con el señor encargado de la Conasupo que conocía mucha gente y esa gente empezó a dar cursos de mujeres. Nos decía: “ya abran los ojos, ustedes tienen derecho que ya no les peguen, defiéndanse de sus maridos y de todos. Defiéndanse y participen”. Ahí fue cuando empezamos pues a participar y fuimos perdiendo el miedo y todo

el temor que nosotras teníamos. Creíamos que no teníamos derecho a decir. Que no teníamos derecho a participar.

Ahí empezamos a trabajar. Empecé a abrir los ojos y ya participaba en las reuniones. De ahí fue cuando me agregué a la policía comunitaria, pues había muchos asaltos. Fue un sacerdote el que inició, pues la comunidad de Pascala sufrió muchos asaltos. Empezó cuando la gente iba a la ciudad de Ayutla y ahí salieron los asaltantes y robaron la camioneta y se robaron tres chamacas que estaban estudiando en Ayutla y que las fueron a violar a medio camino y a la gente la dejaron ahí.

Ahí fue cuando la gente empezó a ver cómo le vamos hacer. Como yo tengo hijas y ni Dios lo quiera que le vaya a pasar a mis hijas. Entonces, me metí duro con las demás compañeras. Dijimos: “hay que estimar lo que dice ese sacerdote, hay que iniciar la policía comunitaria”. El sacerdote nos habla sobre eso, pero yo no entiendo nada, nosotras nada más decimos que sí. Que haiga la policía comunitaria. Estábamos reforzando nada más. Así fue lo de la policía comunitaria.

El gobierno estaba en contra de la policía comunitaria. La primera reunión fue en Pascala, me acuerdo que fue un 11 de octubre, pero no recuerdo en qué año. La segunda reunión fue en Santa Cruz Rincón. Nosotras íbamos nada más por nuestro propio gusto a reforzar, pero los demás nos fueron dejando, ya no le dieron seguimiento, sólo yo y otra compañera, pero después me enfermé y ahí lo dejé. Las compañeras ya no me dijeron de la policía comunitaria.

Hay la gente que sí quiere, pero también gente que no quiere. Entró un comisario que ya no quería y ya no siguió con las reuniones, entonces, quedaron los del Rincón y ahorita la historia quedó que en Santa Cruz Rincón inició la Policía Comunitaria, pero no es cierto. Fue la idea de un sacerdote en la comunidad de Pascala del Oro.

La historia de mi vida personal es tan triste, porque cuando iba a participar regresaba y mi marido me pegaba, se ponía bien celoso conmigo. Como nos juntamos hombres y mujeres y platicábamos, ahí no me decía nada, pero llegando a la casa me maltrataba, me decía que soy una cualquiera, que soy una cínica, porque me gusta platicar con los hombres y con las mujeres. Porque hablo mucho me reclamaba: “¿por qué tienes que platicar?”. Porque una cosa que sientes la tienes que decir, no sientes la pena. Siempre en mi casa hago reuniones y siempre era así. Desde que me junté con él, nunca vivíamos bien.

Me casé muy chica, tenía 15 años, pero no fue mi propio gusto, él me pidió de ojo nomás y como yo no tengo papá, mi mamá y mis hermanos son los que tomaron el acuerdo, pues una hermana mía fracasó [fue madre soltera] y pensaban que yo voy hacer lo mismo, así que me dijeron: “ahorita te vas a casar con este hombre que te está pidiendo”.

Pero yo estaba muy chica y no sabía ni qué decir. Mi mamá me pegó bien feo porque yo me quería salir. Así fue que decidieron casarme, pero como yo no quería más golpes me casé, pero tampoco eso fue bueno porque el hombre salió lo mismo: me pega y me deja toda moreteada. Estaba bien arrepentida de por qué me casé, por qué no corrí.

“¿Qué voy hacer?, decíamos entre las compañeras. No podemos correr por los hijos”. Decíamos: “ya no voy a tener más”, pero viene otro y otro hijo. Nos preguntábamos: “¿por qué tener más si no quieres?, ¿por qué no se nos vino la idea en ese tiempo? Me hubiera yo ido, pero no lo hice por mis hijos, yo nunca quise eso para ellos, pero ‘el hubiera’ ya no existe”.

Terminé de tener a mis hijos y él seguía con sus celos. Por ejemplo, si regresando a la casa me recibe con una regañada, si me pongo lista y me defiende con algo, no me pega, pero si llego sin darle cuenta,



me chinga. Siempre pensaba: “¿qué voy hacer?”. Entonces, decían mis hijas: “ya déjalo, ¿cómo soportas sus celos? Ya es mucho mamá”. Pero, “¿cómo voy hacer para dejarlo? Ni modo que yo voy a salirme de mi casa, yo no quiero dejar mi casa, ya aguanté todos los golpes, ¿por qué voy a dejar mi casa?, ¿por qué voy a dejar mis cosas? Lo gané con mi propio esfuerzo, porque yo he trabajado mucho, mucho. Pararme de 3 a 4 de la mañana para hacer el piloncillo y ganarme un peso para jabón, pañal de mis hijos. Ya lo tengo todo listo en mi casa y se la voy a dejar. Sólo que salga él. ¿Cuándo lo voy hacer? No sé ni cómo. Ya estoy muy cansada”. Y me preguntaba: “¿Hasta cuándo voy a descansar con este hombre que tanto cela?”. Él me decía: “te voy hacer en mil pedazos, pobre de ti, te voy a matar, tú y tu amante el día que yo te encuentre”. Le digo: “vamos para que me encuentres con él, qué amante, qué guapo está”. He salido a muchos lugares. Y él se iba conmigo, de todos modos regresando me decía lo mismo.

Fui a varios lugares, a Veracruz, acá a Pinotepa. Cuando iba yo a México a una reunión, iba con él y, de todos modos, regresando salía lo mismo. Yo le decía: “no voy a dejar mi organización nada más por tu culpa, yo voy a seguir participando, yo mi trabajo lo voy a seguir”. Mis hijos me ayudaban cuando yo no tenía dinero, ellos me daban a escondidas doscientos, trescientos pesos, ya que me daban el puro pasaje. Así, cuando menos llevo mi dinero.

Recuerdo que Felicitas me invitó a una reunión que hubo en Chilpancingo, entonces, fui con otra compañera, fuimos dos y fue un taller para las parteras, los doctores o promotores de salud. Y ahí nosotras, las parteras, tomamos cursos de lunes a viernes, toda la semana. De ahí regresé a mi casa y nos dijeron que fuéramos a hablar con el doctor que está en la comunidad para que nos ayude a buscar un maletín para atender a las señoras. Llegando ahí, resulta que el doctor nos amenaza otra vez y nos dice que no: “tengan

cuidado si quieren meter mano, para eso hay un Centro de Salud. Si algo llega a pasar, se muere un bebé, una señora, yo mero las voy a refundir en la cárcel”. Y ese fue mi miedo y de la otra compañera que ya no le pedimos más.

Ya después, me invita otra vez la compañera: “fíjese que en Ometepec va a haber una Casa de Salud para las mujeres indígenas”. Y me dije: “no por una persona voy a dejarlo”. Me vi con ella desde que empezó en el 2002 y me agregó. Hasta ahora no podemos dejar de participar.

Nos siguieron dando cursos y nos capacitaron de parteras, ya después vino la enfermera Alma y vuelve la participación en la comunidad y se agregan otra vez dos mujeres. Así que ya somos cuatro mujeres capacitadas hasta este momento, aunque hubo bajas con el doctor Antonino y la enfermera Alma. Ya después, nos hicieron examen para tener certificado, aunque hasta ahorita todavía no ha llegado y nos han dado pura constancia.

Recuerdo que en el momento en que ese muchacho nos organizó, empecé a ir a Chilpancingo a la oficina del PRD. Cada vez que hay marcha, hay aniversario, siempre iba. Caminando salía de la comunidad Pascala hasta el paraje Montero, caminando todo el cerro para llegar a Chilpancingo. Así empezamos con el PRD.

Me imagino que si yo no hubiera entrado a la lucha, ahorita sería una mujer que tengo vendados mis ojos, mi boca, todo y sería la misma mujer golpeada. Así me imagino si yo no hubiera entrado en esta lucha, pero, gracias a Dios que a través de esta lucha fui abriendo los ojos y ahorita ya vivo bien, me siento tranquila, me siento bien contenta.

Llegó un tiempo en que me separé de mi esposo, va tener un año, fue el 16 de junio. No se salió de la casa, vivimos en la misma casa, pero separados de cuarto: él está en uno y yo en otro. Esto sucedió así, porque me dice mi hija: “mamá, vente, porque ya voy

a terminar de estudiar, te vienes con mi papá". El dijo: "yo no voy, vete tú sola". Y me admiro porque se porta tan bueno y me dijo: "yo no voy porque soy tesorero y me tengo que quedar". Así que se quedó y confié mucho de él.

Cuando regresé, vi cerrada mi casa, vi cerrada mi azotea, empecé a empujar la puerta y estaba bien atrancada, bien cerrada. Mi otra hija y yo empezamos a empujar y, cuando se abre la puerta, encontramos a una mujer y a mi esposo completamente desnudos en mi cama, en mi cuarto. Entonces, le dije: "tú dices que soy una mujer a la que vas hacer en mil pedazos, que te vas a deshacer de mí, mas yo no puedo deshacerte en mil pedazos, yo tengo cabeza y sé lo que está mal, así que desde este momento por favor te sales de mi casa y nunca entras, no te quiero aquí. A partir de este momento ya no somos marido y mujer, ya no tienes ningún derecho de reclamarme, ya no quiero verte aquí".

"Yo no me voy, dice, una vez nos casamos, ¿quién eres tú para decirme esas palabras, eres sacerdote o eres del registro?". Le dije: "no soy sacerdote ni del registro, en ese momento tomaste tu decisión, ando enferma, ya soy muy vieja, ya no valgo para ti y esa mujer, porque está muchacha todavía, piensas que sí te va a servir. Eres libre, yo no te voy a decir nada ni te voy a celar; si te quieres juntar con ella, júntate, si te quieres casar con ella a mí no me importa tu vida, desde este momento ya no me interesas nada, ya no soy nada tuyo, ya no somos marido y mujer. Gracias a Dios que tengo mis hijos, deja en paz mi casa, mis hijos, vete".

Mis hijos están muy molestos con su papá, ellos vivieron todo este sufrimiento, pues delante de ellos me encierra y me pega. El muchacho mayor fue el que sufrió mucho, quedó traumatado en ese tiempo, porque delante de él que tenía como 8 o 10 años, me jalaba y, aunque me escapara, me pegaba. Al ver eso, él abría la puerta y corre y se va y les dice a los vecinos. Ahora me dice que es mucho

mi sufrimiento y que ya no puedo aguantar más: “mamá, córralo, ya no lo tenga ahí, porque le va hacer lo mismo”. Le digo: “sí mi hijo, pero él no quiere salir y ya no me puede hacer nada, porque ya hay un gran motivo. Él se puede salir a la hora que quiera, pero ya no cuenta conmigo, así que déjalo”.

Él decía que en junio se va a cambiar: “saliendo me voy, porque ya no me quieres”. “No soy yo la que no te quiero. Te he aguantado todo durante todo este tiempo que estamos viviendo –mi hijo ahorita tiene 37 años y son como 39 años de casados–, durante todo este tiempo aguanté todos los golpes –le digo–, nunca te demandé ni en la comisaría ni con nadie. Sola yo me aguantaba con mi corazón y tampoco ahora te voy a demandar nada. Solamente quiero que te salgas”.

Tampoco nunca se casó con la muchacha. Ella es madre soltera, tiene hijos, aunque ella decía que era la primera vez. A los tres meses de que sucedió, la mujer pone la demanda al abuelo, le dijo: “dame gasto porque estoy embarazada de él y él dice que no va dar gasto”. Y puso la demanda la mujer. Después, anduvo regalando al niño: “el día que nazca se lo regalo al que lo quiera”.

Mi hijo va a la casa de una de las novias y ella le dice: “¿no quieres saber a quién va a regalar el niño si tu papá no responde?”. Después de eso, me dice mi hijo, el mayor: “mira mamá, yo sí te exijo mucho y te pido mucho, voy hacer hincapié por ti. Mira mamá, por favor, si es niño recójalo”. “Ah –le dije–, ¿yo recoger niños? No. Ya he sufrido mucho, ¿y todavía le voy a recoger hijo ajeno? Yo no, yo tuve un montón de hijos. De niños, no quiero ver nada”. “Mira mamá, nada más para que lo vea. Así, si llevas al niño mi papá corre de ahí, porque él dice ‘no quiero que me molesten cuidando niños, yo plancho mi ropa, coso mi ropa, lavo mi ropa, yo no quiero saber de niños’”. Yo le dije a mi hijo: “además, ¿de dónde va a agarrar dinero

él si ya no ha vuelto a trabajar? Saben bien ustedes que soy yo la que se mata aquí en la casa, yo trabajo”.

Mis hijos se cooperaron para poner una tienda para que ya no salga, me decían: “mamá ya no salgas a la lucha”, pero yo les contestaba: “lo siento mi hijo, ya no puedo dejarlo, es un vicio que tengo, ya me gustó salir, ya me gustó participar”. Preocupados, me decían: “mamá, anda enferma, anda mal de los riñones”. “Mira hijo, yo voy a ir hasta que yo me muera, que yo esté dos metros bajo tierra y se apague la historia de Epifania. Mientras que yo estoy, no puedo dejarlo”.

Cuando nació el niño, mi hija no fue a la escuela para recibir su ficha. Me dijo cuando le avisaron: “voy a ir a ver, si vemos que tiene la sangre de nosotros lo recojo, si no, no”. Ya después, me dice: “mamá yo lo recojo, porque tiene la sangre de nosotros”. “¿Y cómo ves que tiene la sangre de nosotros?”, le digo. “Se parece a mi hermano Álvaro”, dijo. Le digo: “no hija, yo no voy a soportar al niño, pobrecito inocente, él no tiene la culpa, pero a mí me duele. Tu papá me ha hecho mucho daño, con esto me acuerdo de que me acaba de hacer las cosas”. “No mamá, te prometo que yo lo voy a cuidar durante todo el tiempo que esté chiquito. Cuando el niño ya pueda agarrar sólo su mamila te lo voy a dejar, porque ya voy a entrar a la escuela en agosto, voy a sacar ficha de la escuela, pero el niño ya está grandecito”.

En la comunidad me dicen: “ay Epifania, eres una persona que tienes un corazón y un cuerpo tan lastimado y que habla la razón, ¿por qué lo aceptaste?”. Les digo: “¿de qué sirve hablar bien si no lo aplicó? Hay un punto: quien tiene que pagar es el que debe. El niño no tiene por qué pagar lo que hicieron ellos, él no pidió venir. Ellos lo quisieron tener, Dios lo mandó. Yo no tengo por qué tratarlo mal. Por lo mismo, doy gracias a Dios que sé y conozco cuáles son los derechos de las mujeres, derecho del hombre, de los niños. Y

si decimos ‘todos los niños tienen derecho’ y nosotras mismas lo estamos haciendo mal, le digo, no”. Me dicen: “qué corazón tienes, porque en primer lugar, yo buscaría un veneno para el niño y enveneno a mi marido”. “No tienes por qué envenenarlo tú, Dios dirá cuándo, por eso hay justicia, nosotros no tenemos que meter la mano”.

Mis hijas me dijeron que me van ayudar, y para que no haya problemas después con la mujer, hablaron con el comisario para que la mujer firme un papel donde ella voluntariamente entrega a su hijo. Ella le dijo que sí, pues se le está ayudando con los gastos, pero el comisario le dice a la mujer que por qué entrega al niño. Que las demás no lo entregan sólo porque el hombre no da gasto, ¿por qué ella sí lo quiere entregar? Le dice: “pobre de ti mujer, nada más porque eres muy pobre quieres regalar a tu hijo. Te voy a castigar, a los dos los voy a echar a la cárcel. Nada más porque la señora es tan buena que no pone demanda en contra de ustedes, por eso se van a salvar. Así que cuidado, si mañana o pasado mañana se andan metiendo, sépanlo muy bien lo que les va a pasar”. Así que la mujer firmó los papeles y voluntariamente entregó su hijo.

Ya con el niño, mis hijos me dijeron: “nosotros te vamos a mandar dinero mamá”. Entonces, es hijo adoptado. Ahorita está chiquito, nació en diciembre, apenas tiene tres meses y lo está cuidando mi hija, ya después lo va dejar crecido cuando entre a la escuela. Así están las cosas que estoy viviendo. Una sufre mucho, porque una misma no le pone la decisión. Yo primero no sabía ni cómo hacer: si me salía y le dejaba la casa al hombre. Tenía miedo de que me levantaran un acta de abandono o que hice esto o el otro. No lo quise nunca, pero, gracias a Dios que él lo buscó. Ahorita me siento bien, contenta, tranquila.

Le puse decisión después de tantos años, ahora tengo cincuenta y cinco años. Demasiado tarde reacciona una, pero tampoco nunca es

tarde cuando una quiere. Ahorita es más fácil: cual más te orienta, cual más te da la idea. En mi tiempo, nadie me aventó. Yo entré en esta lucha, tanto tiempo que yo he llevado este camino. La lucha no la dejo, tengo que seguir por mis hijos, por mis nietos, por ellos. Hasta que yo esté bajo dos metros de la tierra, entonces sí, se va acabar la historia, porque yo he vivido mucha historia atrás.

Yo pienso que se necesita más capacitación en las comunidades con hombres y mujeres para que los hombres también vayan viendo, porque hay hombres que pegan mucho todavía. Se necesita que vayan a dar orientación y capaciten a las mujeres conjuntamente con el hombre, pues casi siempre nada más llegan las mujeres, existe mucho machismo todavía, por eso las mujeres sufren mucho. Todavía hay mujeres que no pueden participar porque sus maridos les dicen: “¿por qué vas ir a la reunión? Yo soy hombre, ¿acaso tú vales más allá?”. Y no van por la cerrazón de los hombres. No están capacitadas. Las mujeres que sí se acercan a las reuniones, son las mujeres que más o menos ya se están quitando la venda.

Pero cada vez hay más mujeres que se acercan, que nos reunimos en mi casa. Yo les digo que las cosas no se hacen de la noche a la mañana y que llega en su momento: “ustedes ya conocen su derecho, no se pasen de listas. Si sus maridos son buenos, no le pongan el cuerno ni ellos a ustedes. Respétense como gentes”. Yo con mucho orgullo digo: “nunca he traicionado a mi marido y yo viví un infierno, sufrí mucho, pero no se me vino la idea mala. También ustedes, si conocen sus derechos, déjense respetar ustedes mismas, porque son mujeres. Esa es mi idea, pero sí quieren háganlo, pero ya saben que tiene una consecuencia. Ustedes traten de mejorar su vida y no hacer daño en su casa. Trabajen para la comunidad, para que uno tenga derecho de participar, en cuanto la comisaría, en cualquier cosa”.

Todavía no ha habido comisarios mujeres. Hace dos años se levantaron tres hombres y dijeron: “¿Por qué nadie nombra a la compañera Epifania que sea la comisaria?”. “Está bien”, dijeron. Y a mí, como que me echaron agua caliente: “¿cómo voy a ser comisaria? Sí hablo mucho, pero no sé leer ni escribir”.

Hasta ahorita, yo sigo orientando a las señoras que sí quieren, pero se necesita que vaya una persona a la comunidad a capacitar hombres y mujeres para que entiendan que sí vale el derecho de la mujer y la mujer vea que está en su realidad. Al principio pensé: “yo también tengo derecho de participar”.

Antes sufrimos mucho, pues los maestros nos decían que las mujeres sólo veníamos a calentar la butaca: “que vayan a tender su cama”. Siempre nos dicen: “cállate, esa señora habla mucho”. Ahorita ya no, los maestros te dicen que las mujeres también tenemos derecho, que ya encontraron una nueva ley que dice que las mujeres tienen derecho, porque antes no tenían derecho y ahora sí tienen.

Unos maestros de mi comunidad siempre atacan a las mujeres cuando hablan. Yo le decía: “no insulten, porque a ti también te parió una vieja. No te creas que porque eres maestro caíste vivo del cielo. Tú tienes madre. Que me insultes a mí, también insultas a tu madre”.

Esto fue tan duro para ellos que hasta me odian, mucho tiempo me odiaron. Ya no me querían ver, hasta se ponían contentos cuando tenía que ir a una reunión. Cuando yo llegó, es un veneno para ellos. Así es la lucha.



¡Cómo que no soy nada!

*Juana Martínez Marín\**

**M**i nombre es Juana Martínez Marín. Soy de la comunidad de Chacalapa del municipio de Igualapa y nací del año de 1969. Fui casada porque mis padres me obligaron para casarme, tenía 18 años. Yo todavía no pensaba de casarme, pero mis padres discutieron y me casé a la fuerza. No pude vivir y fracasé con mi esposo. Tengo un hijo de 19 años, no está aquí, está fuera del pueblo. Por no tener dinero se fue a trabajar a México.

Ahora estoy en la Casa de Salud, pues me invitaron las compañeras de la Coordinadora Guerrerense [CGMI] y me gustó mucho desde un principio, por eso que estoy aquí en esta fecha y en este año.

Los primeros años que me invitaron fue en el 2002. Me incluí en la Casa con las compañeras de diferentes municipios de las comunidades. Para mí es un orgullo muy bonito, porque estoy

\* Mixteca de la Costa Chica, tenía 38 años al momento de la entrevista; está separada de su pareja, tiene tres hijos/as. Habla mixteco y español, cursó la primaria incompleta. Fue integrante de la ANIPA y regidora en el municipio de Igualapa por el PRD; es promotora de la Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas”. Entrevista realizada por Karina Ochoa Muñoz, el 24 de marzo de 2007. Edición: Juan Manuel Aurrecochea Hernández y Gisela Espinosa Damián.

participando en diferentes lenguas, como la lengua mixteca. Hemos algunas que no sabemos hablar bien el español, yo ya sé traducir al español a las compañeras. Las compañeras no entienden lo que el doctor les dice cuando ellas van a una consulta sobre el embarazo. Por ese lado, nos integramos a la Casa de Salud, porque yo soy promotora y tengo 37 años y así que me incluí y me gusta bastante el movimiento.

Yo me empecé a involucrar cuando fui regidora de educación, cultura, recreación, espectáculos y juventud en el 2002 y salí en el 2005. Ese fue mi cargo del ayuntamiento del partido del PRD. Sigo yendo a la Casa de Salud y apoyamos a las compañeras de bajos recursos y me gusta mucho, y más porque varias compañeras, la compañera Martha, Francisca de la Cruz que son de Xochistlahuaca, Libni Iracema Dircio y Martha Sánchez Néstor, siempre nos llaman y apoyan.

Nosotras estamos apoyando a las mujeres. En ese tiempo, en el 2002, empezamos a ayudarles a las compañeras de Rancho Viejo. Como por allá no pueden hablar bien el español, nosotras estamos para traducir. Les preguntamos que cómo se llaman, de dónde vienen y, pues ellas nos dicen y las recibimos bien, ahí no hay colores, no hay partido. Ahí el trabajo es plural, ahí no distinguimos las personas, no discriminamos a nadie.

Estamos atendiendo las compañeras, pues. Más antes fallecían muchas compañeras del parto. Ahora, gracias a Dios, se empezó la organización de la Casa de Salud, a través de la Coordinadora Guerrerense con la compañera Francisca de la Cruz Victoria, de Xochistlahuaca. Ella está como coordinadora de todo esto y queremos que salga bien. Que no nos olvidemos y vamos a seguir trabajando, apoyando a las compañeras de las comunidades.

Hace mucho tiempo, cuando estaba yo soltera, me incluí al partido [PRD] en el año de 1982, estudiaba tercer grado de primaria. Ya de ahí

empezamos a crecer y tomar nuestra propia decisión. Ni mi papá ni mi mamá me obligaron, ellos me dijeron: “no hija, tú toma la decisión a dónde te quieres ir”. Ellos iban con el PRI, pero les dije: “sabemos muy bien que los priístas nos han vendido, nos quemaron casas, los guajolotes, gallinas que estaban echadas y tenían mucho huevo para tener pollitos”. Le echaron lumbre. Teníamos mucha hierba, frijolitos, mazorca por allá. Fue en el año de 1982. Por ese motivo mis padres, yo también y mis familiares, todos nos fuimos al PRD. Por ese lado vieron los compañeros y me eligieron. Yo trabajaba así con ellos sin que yo tuviera un sueldo y, gracias a ello, es que me dieron esa oportunidad como candidata a la regiduría.

Estuvimos trabajando bien. Estuve como regidora y, como fui de educación, desde ahí apoyé a las escuelas. Ahora ya no tengo nada de trabajo, por eso me vine a la Casa de Salud. Aquí no nos dan pago, es un apoyo que nosotras estamos prestando para bien de la salud de las compañeras. A lo que más importancia le ponemos es a las señoras que están embarazadas, pues queremos que no se mueran y por eso estamos aquí en la Casa de Salud de las mujeres indígenas, para apoyar a las compañeras.

Yo ya sabía de la Casa de Salud, así que me incluí. Empecé a gestionar presupuesto para comprar gas, alimento, pues en la casa no contábamos con ningún apoyo. Nosotras hacíamos el esfuerzo para hacer la solicitud para tener apoyo con el presidente municipal. Yo lo gestioné y me dio cuatro mil pesos. Como regidora, le dije: “Mire, nosotras estamos en una Casa de Salud de mujeres indígenas, estamos trabajando con toda la gente, somos de diferentes lenguas y yo soy de la lengua mixteca”. Y me dijo: “usted, regidora, me da mucho gusto que ha participado en otra organización”. Le dije que a mí me gusta defender a las compañeras embarazadas y nada más atendemos a puras embarazadas, otras enfermedades, no. El presidente hasta me felicitó y me dijo: “queremos que usted,

compañera, siga más adelante y no deje olvidar la Casa". Y lo invité para que vea que no soy mentirosa.

Yo traigo mi credencial que fui regidora municipal, mi hijo me dijo: "a donde salgas, llévalo para que tú lo muestres". "Eso vale mucho", me dijo también el presidente, por eso sigo participando y voy a seguir participando para que salgamos adelante, no queremos que se nos mueran las compañeras, porque es un dolor muy grande para las familias.

Nosotras apoyamos a las compañeras sobre el parto y si viene mal el parto, si viene que está sangrando. Que vienen graves. Que tienen mucha calentura y le hacen cesárea, porque ahorita si desde la Casa de Salud llevamos a una compañera para el hospital, el parto o cesárea que se da fuera de la Casa, entonces, no les cobran. Por ese medio nosotras estamos apoyándolas, pero si ellas se van al hospital, ahí les están cobrando siete mil pesos de cesárea.

En la comunidad les hablamos a las mujeres y las mandamos a la Casa de Salud. Yo aquí trabajo con las parteras, soy promotora. A nosotras nos capacitan y nos dan pláticas. Yo, por ese lado, estoy ahí con ellas y, aunque a mí me invitaron, les dije que no puedo dejar a las personas así, porque yo soy de un municipio y otras son de otros municipios y ellas no pueden ir para allá, por eso es que estamos coordinadas con la Casa de Salud y, como yo hablo mixteco, sé traducir lo que el médico dice. Yo les hablo en mixteco a las señoras y ahí las señoras dicen: "está bien".

De la compra del medicamento se encarga el esposo o los familiares de la paciente. A mí me da mucho gusto que tengamos muchas señoras, tenemos unos documentos en donde ponemos a las pacientes que hemos atendido y bien recibido. Nadie se nos ha muerto, gracias a Dios. Así que yo voy a seguir adelante y le voy a echar ganas, mientras Dios diga.

La Coordinadora [CGMI] nos ha apoyado en la capacitación. Yo he estado en Chilpancingo, en México. Ahí hemos estado dos semanas aprendiendo en cómo tratar a las pacientes, cómo recibirlas. Nos dan ahí un curso de taller de mujeres. Éramos cuatro compañeras que ya nos han estado olvidando, pero yo las voy a ir a visitar y van a volver a la Casa. Ahora estoy viendo a muchas compañeras nuevas y creo que, poco a poco, estamos avanzando. Las que estuvieron ya se enfadaron y no volvieron. Yo nunca me voy a enfadar, yo voy a seguir más adelante. Yo sigo yendo y para mí es un gusto, es una alegría que ni mi papá ni mi mamá me lo van a quitar. Yo les digo que sé a lo que voy: “no van a pensar o a interpretar que voy hacer otras cosas, quítense eso de la mente”. Mi papá me dice: “qué bien mi hija”.

Tengo un niño de 12 años que ya va a terminar el sexto grado y el otro niño de diez que se me enfermó y por eso está en tercer grado. Fueron como dos años que no estudió. Con mi hijo el más grande que se me fue a México y los dos más chicos que están conmigo y uno que se me murió de tres meses, tuve en total cuatro hijos. Apenas en este año de 2006, en el mes de septiembre, falleció mi niño de tres meses. Él nació en coordinación de la Casa. Busqué a las compañeras y no pagué el parto ni la operación para ya no tener hijos.

Decidí que ya no quiero tener más hijos. Fue mi propia decisión, porque ahorita ya está muy difícil para mantenerlos y, como me quedé sola, pues ya no tengo más. Le dije a mi mamá y a mi papá que me voy a operar de una vez y ellos no querían, pero me dicen: “está bien, decide tú”. Y ahora ya me operé.

Yo, como promotora, acudí a la Casa y el doctor me atendió muy bien, pero me dijo: “¿por qué se va operar si está muy joven y puede tener otros dos más?”. Le dije: “decidí mi decisión propia y ya no quiero, porque está muy difícil y tengo a mis hijos grandecitos y yo quiero trabajar para darle el estudio a ellos y con este niño, ya es

suficiente”. Más yo no sabía que él se me iba a morir, chiquito mi niño y aún así no me arrepiento ni nada.

Desde que empezamos de la Coordinadora Guerrerense con Hermelinda Tiburcio, ella nos invitaba a la capacitación y nos íbamos a Chilpancingo y a México. La vinculación con la comunidad, con la Casa de Salud, con la Coordinadora Guerrerense me dio mucho conocimiento, mucha experiencia que me ha abierto la cabeza. Yo, más antes, estaba bien cerrada de la mente. Yo les decía a las compañeras: “poco a poco vamos a conocer”. Algunas compañeras llegaron sin conocer a Martha Sánchez y como ella llegó a la comunidad invitando, yo luego, luego me paré. En ese momento yo estaba haciendo mis servilletas bordadas. Fue en el año de 2001 cuando llegaron las compañeras.

Nos invitaron a esa reunión para coordinar a las compañeras de diferentes lenguas. Yo les dije: “pero cómo le voy hacer si mi niño está muy chiquito”, pero finalmente fui. Ahí nos comentaron que nosotras estábamos muy jóvenes para entrar, pero para mañana pasado, nosotras tenemos una Casa de Salud de mujeres indígenas.

Y sí, poco a poquito, ya estamos hasta acá. Las compañeras como coordinadoras de la Casa de Salud y yo como promotora, porque las otras son parteras. Yo les hablé y, gracias a Dios que ellos nos han apoyado y así nosotras hemos apoyado a muchas compañeras que están muy agradecidas. Dicen que está muy buena la participación de las compañeras que vienen de México. Mañana se cumple un año que se terminó la Casa de Salud que está ubicada frente del Hospital Regional.

Yo estaba embarazada y también agarré la pala, porque los peones que dijeron que nos iban ayudar, no lo hicieron. Para gestionar sufrimos hambre y sueño, para dejarla tirar aquí. Con la compañera

que es de Huixtepec, aquí estamos; ahora me da mucho gusto y no voy a dejar, voy a seguir más.

Hemos recibido mucho conocimiento y tenemos más experiencia, sobre todo del parto de las mujeres. Que nos atiendan bien como mujeres que somos, no que los otros doctores nos decían: “espérense. Ahorita”. Ahora nosotras estamos exigiendo: “doctor, venga para acá, porque la paciente se nos puede morir”. Que nos atienda antes del dolor. Si nos dice que no, que falta, estamos al pendiente de las compañeras y no dejamos que se mueran. Nadie se nos ha muerto desde que empezamos del 2002 y eso es lo que me da gusto.

Un caso que a mí me pasó: la mujer que no se podía aliviar y era primeriza: “¡ay doña Juana, yo la conozco, ya no aguanto, el dolor me está atacando bien feo!”. Le dije: “acuéstate, te voy a ver”. Y le empecé a mover la panza y ya estaba al nacer. Rápido que paro un taxi y me dice que me cobra cien pesos y le digo: “no importa”. Yo también estaba embarazada y tenía mucho asco, muchas náuseas y así me fui, hasta el vómito se me olvidó. Llegando, luego, luego, la doctora la atendió, la pasé de urgencia y ahí estuve.

Hemos ido a Chilpo y ahora ya no tenemos nada de pena. Más antes, sentía mucha pena. Decía que me van a regañar y no me gustaba hablar. Pensaba: “se van a burlar de mí, pero no le hace, no importa”. Me quedé en la regiduría y ahí empecé a estudiar de noche, me fui certificando más, escribiendo, pasaba las letras así en la libreta y decía: “voy a aprender a escribir de nuevo”. Ahora ya sé leer y escribir todo, no tengo miedo. Llegué a quinto grado, nada más, de primaria.

Martha, Libni y Hermelinda, como parte de la Coordinadora Guerrerense se hacen cargo. La coordinadora es la encargada de la Casa de Salud, la que lleva el control de los documentos. Ellas llevan todos los gastos, todo el control. Son las que firman y sellan los documentos, pues yo, como promotora, no puede ir mi firma.

Las coordinadoras de la Casa de Salud son las que llevan el control de pacientes que hemos atendido. Nosotras, nada más apoyamos, atendemos y recibimos a las compañeras. Ellas hacen directamente unos documentos, rellenan unos papeles y ya nosotros, con eso, nos presentamos. Yo voy directamente por la coordinadora y me dicen: “usted no es”. Es cierto, soy una promotora, pero también tengo derecho. Una vez, una enfermera me dice: “usted no es nada”, y le digo: “¡cómo que no soy nada! Somos iguales. La coordinadora me mandó para acá con la paciente y yo quiero que me la atiendan, por favor”. Así estamos, por eso es la Coordinadora Guerrerense la que apoya a la Casa de Salud para que lleven el control de los papeles.

Las compañeras como Martha que empezaron a capacitarse, empezaron a impulsar reuniones en las regiones para que haya Casa de Salud en las comunidades y que las mujeres indígenas del estado se organicen para exigir sus derechos. Ya estamos viendo todo eso, estamos invitando en general a todas las compañeras, aquí no distinguimos. A todas las personas invitamos. Hemos salido a recorrer a las comunidades, así que estamos trabajando con la Casa de Salud de mujeres indígenas y ellas, las compañeras, son las que llevan el control.

Yo pienso que mañana va seguir siendo igual. Que nosotras ya nos enfadamos, pero que vamos a seguir invitando a otras compañeras. Por ejemplo, yo ya me enfadé, pero voy a buscar otra compañera para que ella se quede, para que la Casa no se eche a perder. Aquí tenemos que seguir más, además de las compañeras, como ahora que me traje a dos parteras. Ellas vinieron y me entendieron y dicen que es muy bonito. Que como parteras que somos, queremos capacitación para tener más conocimiento de esto. Están bien agradecidas, porque se les invitó, dicen: “estamos viendo todo lo bueno que es para nosotras como parteras que somos, ahora ya agarramos lo que no teníamos en la mente, ya recibimos lo más importante”.



En mi comunidad, para capacitar a las mujeres jóvenes, las parteras más grandes que tienen ya sus 70 u 80 años les hablan, les están platicando. Como yo con mi mamá y mi abuelita que decían: “nosotras nos vamos a morir y tú aprende, esto se hace así y así, tú vas a ser partera”.

Ser partera es lo que yo pienso y lo voy hacer, porque no me quiero quedar con las dudas. Mi mamá me dice: “pero mi hija, tú ya sabes”. Yo me alivié solita de mi tercer niño. Yo tengo mi alcohol también y le corté el ombligo y nada más me quedé con la placenta un rato y que me meto la mano en la boca para asquear y luego para sacar lo demás, luego me fajé. Ya del cuarto, me vine para acá, me preocupaba lo de la placenta porque mi niño tenía diez años cuando nació el otro, por ese miedo me vine para acá. Gracias a Dios que todos ellos me apoyaron. Yo quiero ser partera y lo voy hacer.

Me estoy capacitando con las demás parteras de mi comunidad para seguir la tradición. Estoy aprendiendo con un enfermero técnico que es mi primo hermano. Él también me ha invitado: “acércate hermana, ven para acá, intégrate aquí, tú me puedes ayudar mucho y vas aprendiendo”. No sé si muchas personas piensen mal, pero él es mi primo hermano y me ha invitado. Cuando hay pacientes, nosotros le detenemos las rodillas para que no se vengán para atrás.

Apenas nos tocó un parto que se alivió una comadre mía. Ella llegó a mi casa, no me decía si ya tenía el dolor, pero yo la veía fuerte y me dijo: “comadre, yo el valor y la fuerza la tengo con usted”. Me pidió: “vamos al doctor”, y yo le aconsejé: “usted no se debe de poner contra el doctor, con calma, ellos saben lo que hacen”. Me dice: “¿para qué me ponen un aparato así en la panza?”. Le dije: “es que ellos están oyendo el parto, si está vivo el niño o si no. Él te va a decir”. Pero ella se le puso al doctor. Ya después, me dice: “comadre, háblele, porque ya vine y él no me hizo caso”. Le digo: “ah, pues,

usted se le puso". Sí, la llevé y, como soy mujer, me dijo mi primo: "atiéndela, ve a capear el niño". Cuando salió completo el niño, me llama y me dice que no quería que la atendiera el doctor, yo le dije a mi primo que no hay problema y así me la empiezo a mover, para que se afloje el niño y ahora viene. Cuando uno empieza a sudar es porque ya va a dar a luz y, pues ella está bien agradecida: "qué bueno que me atendiste, eres más doctora tú que las doctoras".

Estuvo bien todo, nomás que yo no me quiero aventar luego luego. Quiero ser promotora y hasta que yo vea que a las señoras no las quieren atender, entonces sí me meto, no las dejo solas, estoy ahí al pendiente.

Para recibir a un niño, cuando las señoras no quieren hacer el esfuerzo por sí mismas, entonces, nosotras les hablamos con cariño, con estimación. Les digo: "no te agüites, no tengas miedo, tú vas estar bien, el niño va salir bien". Hay otras que se acobardan. Les digo: "no te acobardes, tú sabes que tengo muchos hijos". Ellas me dicen: "cómo eres valienta". Les digo: "no".

Aquí en el hospital una señora estaba llorando y ella ya iba para tres niños. Le digo: "no llores, yo también tengo dolor y no lloro". Yo también estaba con el dolor, pero yo le daba valor a la otra compañera y ella estaba más grandota que yo.

Le decía: "no tengas miedo, yo también así estoy, ya va a nacer mi niño". Luego, nada más llegué y me acosté. Ni cuenta me di y nació mi niño, lo recogió la doctora. Nada más un empujón y ya nació mi niño, rapidito.

Las doctoras de aquí del Hospital Regional que están coordinadas allá con la Casa nos atienden bien ahora, nos reciben bien. Más antes, se negaban. No nos querían atender, nos decían: "vayan a otro hospital". Fuimos con el sector salud y con la jurisdicción para que el doctor fuera con nosotras y por eso, es que nos atienden

bien ahora. Y es que desde un principio nosotras nos quedábamos apenadas, pero ahora ya, gracias a Dios que nos atienden bien, nos reciben bien. Con el respeto que merecemos: “atiéndeme bien doctor, porque yo no quiero que me trate mal, porque nosotras somos las señoras que estamos pidiendo el apoyo con ustedes. Que nos traten bien, no nos dejen solas”.

Ahora ellos sí están al pendiente. Hemos logrado bastante, así que están bien agradecidas todas las compañeras. Me dicen: “ahora todo ya cambió, más antes sufríamos, nos regañaban las auxiliares, nos decían ‘váyanse a otro hospital’, pero ya tenemos un convenio con la jurisdicción y por eso, aquí venimos”. Nosotras presentamos los papeles y ya no nos cobran nada.

Lo que hemos logrado, gracias a la Casa de Salud, es que nadie se nos ha muerto. Estamos gestionando más, para que se arregle el patio de la Casa de Salud. Luego la rehabilitación que sólo está en obra negra, no está terminada muy bien. Si terminamos la Casa de Salud, ahí es donde vamos estar más cerca del hospital, no vamos a dejar solas a las compañeras. Es el caso mío y otras compañeras también, así que vamos a tener más, vamos a gestionar más de lo que no tenemos, los materiales. Vamos a seguir más.

Otra cosa de lo que quiero, es que a las compañeras las atiendan bien. Que les den hospedaje. Ya les hemos dado hospedaje [en la Casa de Salud], ahí las tenemos, pero mientras las pacientes quieran. Nosotras queremos tenerlas una semana, para cuando se sientan bien se puedan ir, pero ellas no quieren, porque dejan solos a sus niñitos pequeñitos. Ellas se van para el tercer día. Ahora en delante, de lo que quiero para el bien de las mujeres, vamos a solicitar más camas y pedir más material para construir más, pues ahí alcanza para construir otra casa, para ampliarla.

Lo que nosotras queremos es ver adónde se van a quedar los familiares de la paciente, porque es puro suelo, es pura tierra y

ahí no se pueden quedar, porque por ahí puede salir un animal y les puede pasar algo a los niños, a los señores que van. Y eso es lo que quiero seguir más adelante para gestionar. Que no esté como está, sino que vaya avanzando más para que esté más bien la Casa. Actualmente en la Casa de Salud no hay atención directa, pura gestión y capacitación.

## Mi primer logro: saberme defender

*Estela Pineda Navarrete\**

**M**e llamo Estela Pineda Navarrete. Soy originaria de Xochistlahuaca, tengo 42 años cumplidos, nací en 1964. Terminé mi primaria antes de casarme. Tengo cinco hijos, puros varones y un nieto y una nieta.

La primera vez que participé fue en el año 2000, cuando se levantó la gente para desalojar a esa mujer, Chade Acedeth Rocha Ramírez. Fue la primera vez que entré como ciudadana y como mujer, entonces empecé asistir a talleres. Mi primer taller fue en Santa Fe, a un lado de Chilpancingo. De ahí empecé y me gustó. Iba a las marchas, estuve como cualquier persona, estuvimos en plantón aquí en Xochis. En Chilpancingo estuvimos durante todo el tiempo que se llevó a cabo el plantón.

\* Pertenece al pueblo amuzgo y habita en la región Costa Chica; tenía 42 años al momento de la entrevista. Está casada y tuvo cinco hijos, estudió la primaria completa, habla amuzgo y español. Ha participado en el Consejo de la Nación Amuzga Ñe' Cwii ñ'oom, es promotora de la Casa de Salud de la Mujer Indígena "Manos Unidas", e integrante de la Cooperativa de Artesanas "Flor de la Tierra Amuzga". En 2008 obtuvo el premio al Mejor Producto de los Oficios del Textil que le otorgó Islas Canarias. Entrevista realizada por Karina Ochoa Muñoz el 5 de febrero de 2007. Edición: Juan Manuel Aurrecochea y Gisela Espinosa Damián.

Aquí se quedaron todos mis hijos. Yo y mis hermanas nos fuimos todos. En aquel entonces, todavía vivía mi mamá, que en paz descansa. La que más me echó la mano en ese momento fue mi suegra, ella se hizo cargo de mis hijos, les hacía de comer, porque ella sabía el motivo. Ni a ella le pareció lo que estaba pasando y por eso se comprometió a cuidar a mis hijos.

Después, poco a poco, me fui involucrando en marchas, en los talleres de la Coordinadora Nacional [Conami] allá en México. Me vinculé por medio de talleres que me invitaba mi comadre Martha Sánchez. Estuve participando en los talleres, más que nada por conocer mis derechos.

Antes yo le tenía miedo a los policías. Yo los veía y después, en esos talleres, nos explicaban que no debíamos tener miedo a los policías. Que no era quererse enfrentar con ellos, más bien, era dialogar con ellos el motivo del porqué te hacen algo y defenderse y participar en reuniones, en donde te dicen que tú debes tener derechos como mujer, como ciudadana. No por ser hombre te deben de hacer a un lado, no por ser mujer no tenemos ni voz ni voto.

Cuando regresábamos de los talleres, veníamos con la idea de organizar acá a las mujeres. Hemos tenido reuniones aquí con las mujeres, pero nunca he organizado aquí talleres. Tú sabes que es muy difícil convencer a las compañeras a citarlas y decirles: “mira vamos a hacer esto o lo otro”.

Al menos yo sí, cuando nos reunimos a algunas les he dicho: “pues ya no es el momento de que nos estén pisoteando o golpeando los maridos”, pues aquí una de las cosas que se ven que los papás te llevan al médico, no quieres, porque a algunas nos da vergüenza o te discriminan. No vamos lejos, yo lo he vivido, todos estos problemas los he padecido.

Fíjate que ya no es una presión, pues ahora, por medio de los talleres, ya no me da miedo decir a las enfermeras que atiendan a

las pacientes si es que van muy mal o, por lo menos, ya me atrevo a decir si la van atender o no.

Antes, cuando yo iba tener a mi primer hijo, tuve problemas: me dejaron ahí en la cama y, como era primeriza, el médico que me atendía me decía: “es que le falta, le falta todavía”. Sí, ya tenía pasada la hora que iba a parir y una no sabe cómo decirle, pues es el doctor, ¿cómo vas atreverte a decirle algo?, piensas tú que ya no te va a atender.

¿Hasta cuándo me di cuenta que uno debe hablar? Hasta estas alturas que ya no es el momento, por eso es muy importante y me da gusto, no sé quién haya organizado este taller, pero que no sean escogidas las mujeres. Que se lleven a cabo esos talleres, pero que inviten a todas las mujeres que no sea oculto, que sea general. Qué bueno que se empezó ayer de llevar estos talleres. Que no sean nada más mujeres del municipio. Que sean mujeres de las comunidades. Que se les invite. Que sepan cuáles son sus derechos y sepan cómo defenderse ellas.

Muchas de las veces vas al Centro de Salud y no te atienden, las ven greñudas, sucias o que te ven con miedo. Yo lo he vivido. Hay más discriminación con las mujeres de las comunidades que con las de la cabecera. Será porque las mujeres de las comunidades, muchas de ellas, no saben hablar bien el español. Ya hay compañeras que trabajan en el hospital. Me gustaría que si alguien realmente quiere apoyar a su comunidad... Que esté una de planta o que haya turnos en la mañana, en el día y en la noche, pues hay gente que llega... Yo lo he vivido. Si no sabes hablar en español y llegas en la noche, el médico no te va atender.

En una ocasión, hace año y medio o dos años, fuimos a consulta. Llevé a una muchacha que era de Guadalupe Victoria y como su mamá sí sabe hablar en español, pero no muy bien, el doctor no le entendió que no le habían atacado los dolores, pero que ya tenía

los nueve meses, según ella que ya tenía los nueve meses. La mamá decía que ya se le había pasado la hora del parto y la llevó para que la checara el médico, pero el médico no la checó. Le recetó algunas inyecciones para apresurar el parto, eso veo que está mal.

Por lo que he vivido con mi nuera, con la primera nieta, yo no veía la hora en que naciera, yo la llevaba y me preocupaba: “¡hasta cuándo va a parir esta mujer!”. Y no se llegaba la hora. No tienes hora ni día ni lugar cuando vas a parir. A mí me ha tocado con esta mujer, cuando dice que va a parir es que va a parir, pero a la voz de ya. Y veo ahorita con los talleres de mortalidad materna que he tenido en México, tuve la dicha de participar en ese taller. Fue el último en el que participé y estuvo dando el taller una doctora que dijo que es muy malísima la inyección para apresurar el parto.

¿Te imaginas? Que para apresurar el parto es capaz de sacarte las tripas y es malísimo eso. A mí ninguna de esas inyecciones me aplicaron, el último parto que tuve fue muy complicado y estuve a punto de morirme. Mi suegra vivía atrás de la casa y cayó mi hijo, pero no me aplicaron. Se me rompió la fuente, pero se me quitó el dolor y ya no podía parir, me agarró diarrea y ya no tenía fuerza para parir. Le dijo mi esposo a mi suegra: “ve a comprar algo para que apresure el parto”, pero yo ya no aguantaba de que me agarró diarrea y me deshidraté luego, pero cuando ella llegó apenas había caído mi hijo, ya no me aplicaron. Ahora digo qué bueno, porque muchas de las veces, uno no sabe qué tipo de medicamento es bueno y cuál es malo y te perjudica y ahora ya sé. A veces, por no entender bien el español, te hacen lo que ellos quieran o te dan medicamentos no indicados, pueden hacerte daño.

Mi primer logro fue de saber mis derechos y saberme defender. Fue muy difícil de participar en el taller, pues uno como mujer y no tengo quién me ayude y es mucho trabajo. Pues negociaba con mi esposo, le decía: “Mira, déjame ir, me gusta”. De hecho, a veces



se molesta, pues tiene razón, porque no tengo quién me ayude en mi casa, pero al menos he aprendido lo poquito que yo sé por ejemplo, cuando se alivió mi nuera el médico me decía: “no la puedo atender porque no trae el carnet”. Tuvo amenaza de aborto y no me la querían atender. Me molesté con la enfermera: “me la van atender o no, para que yo sepa. Sépanlo bien: que yo los voy a reportar con el médico de la Jurisdicción”. En eso que llega una doctora y le dije: “doctora puedo saber si me van atender a la muchacha o no, para que yo sepa y mejor la lleve a Ometepec”. “No, no, ahorita. ¿Quién estaba cuando usted llegó?”, me contestó. “Pues estaba el médico fulano”, no sé cómo se llama pero le dije cómo era. Se molestó mucho, pero yo pienso: “por qué no la atienden, ya llevaba dolores, tenía amenaza de aborto, le dolía mucho la barriga y tenía diarrea”.

Un poco molesta ahí esperé. Tampoco voy a llegar exigiendo las cosas o que me atiendan, por lo menos debe esperar uno, pero ya esperé un poquito y esa mujer tenía mucho dolor. En ese momento, le volví a decir al doctor: “quiero saber si me la iban atender, si no para irme a Ometepec”. “Sí señora, ahorita”, dice el doctor. “Si no me la pueden atender aquí, quiero un pase a Ometepec, para el Hospital Regional”. Me dicen que sí. Que no hay problema, pero que ahorita no hay ambulancia. La verdad me llevé a la muchacha.

En otra ocasión, cuando se alivió mi nuera, el médico no se apuraba atenderla y dijo que le falta, pero yo mera le tenté la mollera a mi nuera y vi que esa mujer ya quiere parir y el médico me decía que le falta. Le dije: “médico ¡chéquela por favor, no le falta, yo sé lo que digo!”. Y me molesté, le dije: “médico, chéquela por favor, esta mujer ya se va aliviar”. Y el médico insistía que todavía le faltaba. En eso, sale la enfermera, le dije: “señorita, mi nuera ya se quiere aliviar. Médico, dígame claro sí la va atender o no”. “Bueno. Que se la lleve la enfermera allá a donde se atienden los partos”. Y el médico, con perdón de la palabra, se andaba haciendo pendejo. Y

la enfermera que la acuesta en el lugar donde nacen y él buscando con su sonsera la bata, el cubre boca, los guantes y la enfermera la acostó. Y yo parada en la puerta. Ni le dio tiempo de ponerle el suero, se estaba quejando y yo le había tentado que ya era hora. Ya venía el bebé, ya se le asomaba la cabecita del niño y que grita la enfermera: “¡médico!, ¿dónde está? ¡La muchacha ya se va a aliviar!”. En ese momento, cuando vi la cabecita de mi nieto... Y yo cargaba las cobijas en donde iba envuelta esa mujer y nada más que las pongo: “Dios mío, se va a caer el bebé”. Y que salgo de adentro otra vez. Sin su permiso de nadie, yo me metí y que deja la enfermera el suero y que lo tira: “¡médico!, ¿dónde estás? ¡La muchacha ya se va aliviar!”. ¿Que tal si la muchacha hubiera pujado? Me lo hubiera tumbado el bebé desde ahí. Entonces, me molesté mucho: “mire médico, si le pasa algo a mi nieto lo responsabilizo, lo voy a denunciar”. Me molesté mucho porque creo la mujer jaló aire pa’rrriba y se volvió a meter el niño. Te juro que así pasó, por eso creo que mi nieto tiene problemas. Apenas tiene cuatro meses.

Ese día iba a salir a México y perdí el boleto, mi esposo me dijo: “ya ves qué desgracia hubiera pasado si te hubieras ido a México. Si hubiera ido yo con Hugo no hubiera entrado, me hubiera quedado parado en la puerta. Tú, porque eres mujer, te quedaste ahí en la puerta”. Le dije al médico: “hacen muy mal, creo que no tiene la capacidad de atender bien su trabajo. Si hubiera pasado algo, médico, yo lo iba denunciar a usted, porque ya estaba en sus manos la muchacha, porque ella jaló el aire para arriba, por eso no cayó”. Entonces, él se me quedó viendo bien molesto y seguí: “que lo voy a reportar a usted. No ejerce su trabajo como médico. ¿Acaso no sabe dónde estaba acostada la muchacha? Usted hubiera estado listo ahí, cargara o no cargara guante, usted debe estar ahí. Usted allá haciendo sus sonseras, usando sus guantes. Yo le dije a usted que mi nuera ya se iba aliviar”. Y me molesté y le dije sus cosas.

Si no me hubiera capacitado yo no hubiera tenido el valor de decirlo. La verdad, no quise insultarlo ni faltarle al respeto, porque sí hizo mal y eso topó conmigo. ¿Qué tal si hubiera tocado con otra muchacha, otra señora? Ese es el valor y le dije: “no porque fuera mi nieto”. Así hubiera sido cualquiera bebé, si iba a morir al caerse o iba tener alguna lesión, porque no está así como las sillas, está más alto las esas cosas en donde se acuestan las mujeres para parir. Y yo ahí nada más tuve mi primer hijo, hasta ahí le eché las cruces a los hospitales. En aquel entonces, no había hospitales, era un Centro de Salud.

Las cosas negativas que vive uno en la organización y en todos estos procesos me han afectado, muchas cosas de las compañeras, todo lo que he vivido. Las envidias cuando estuve en la cooperativa de artesanos, ese es el motivo que afectó a la organización, los malos comentarios, las envidias.

Yo al menos no quiero ser, porque todas te aseguro que todas las mujeres que hemos estado en la organización quisieran llevar la delantera, nadie se quiere quedar atrás. Al menos yo no porque quiera llevar la delantera, estoy llevando este proyecto de rescate, de recuperación de Xochistlahuaca y no fue que alguien me lo dijera o que me lo hubieran dicho por ahí, sino que discutimos de cara a cara.

El problema, como mujeres, es que cada quien se rasca como puede. Que ya no somos unidas. ¿Cuál fue el problema que nos apartamos todas? Es pura envidia. Por ejemplo, teníamos muy bien. Y me sentí muy mal, hasta lloré cuando me sacaron de la cooperativa. Bien o mal, cuando se inauguró la cooperativa yo no le entré, fue después, fui la tercera que entré. Se hizo un evento en el auditorio y fue entonces, cuando se inauguró la cooperativa, fue en el aniversario del Consejo de la Nación Amuzga y fue ahí que surgió la cooperativa. Todas dijeron: “tú inaugura la cooperativa”,

y les dije: “¿por qué yo?, si somos todas. Hay que hacerlo todas”. Me dijeron: “tú tienes que ser”. En ese momento me ocuparon para ser, pues. Desde ahí empezó todo, por eso veo que a veces es bueno y a veces malo.

He escuchado que no nada más en la organización de nosotras, en casi todas. Es bueno, porque si no haces la organización, si no te unes como organización, no haces nada. Es bueno y es malo.

La cooperativa se inició para ver que el Consejo de la Nación Amuzga tuviera una organización de mujeres. Yo en todo momento, siempre en donde yo vaya, me he presentado como Consejo de Nación Amuzga y yo he participado en marchas. Hasta problemas he tenido con mi familia por irme, pero a pesar de eso, decía: “¿cuándo vamos hacer algo como mujeres?, ¿cuándo vamos hacer algo como organización?”. Yo siempre pensé en eso, pero veo que no es la solución.

En plena reunión, cuando teníamos problemas en la cooperativa, mi comadre Martha que venía, me decía: “yo no le voy a dar preferencia a usted ni usted a mí. No porque seamos comadres. Hay que ser parejo”. Y así debe de ser, así era mi comadre. Nos trataba parejo, de igual manera a todas nosotras, no me daba preferencia a mí. Eso pasó hasta que llegó un momento... Empezamos a tener dificultades que porque llegaba yo tarde. Todo empezó. Se fijaban mucho en mí, porque yo llegaba tarde y sí, es cierto, no lo voy a negar. Entraron dos y yo fui la tercera, después entraron otras compañeras, fue en el 2001.

Primero gestionamos recursos en los Fondos Regionales y después se armó la cooperativa. Y después hubo un proceso muy largo, ya hasta mi esposo estaba enfadado de mí, porque yo casi no estaba. Que sábados y domingos: reuniones. Tuve un montón de problemas, ya casi estaba que me golpeaba. Nos agarrábamos, pero yo supe defenderme también. Fueron momentos muy difíciles, pero ya vi

que no tiene caso, no vamos hacer nada. Ahorita, definitivamente ya nos separamos todas de la cooperativa.

Cuando gestionamos en Fondos Regionales, éramos muy unidas, éramos como hermanas, casi comíamos del mismo plato, me sentía muy bien, me sentía a gusto. Hasta que por fin vamos a caminar juntas, hasta que por fin se va ver un grupo de mujeres, no ya grande, pero al menos de la tercera edad, no de los ochenta pa'bajo. Por lo menos ya éramos un grupo, pero de ahí, cada quien me decía que cómo era posible que yo tenía cosas y yo vendía más sus cosas. Que yo era la mala de la cooperativa. Hasta que me sacaron. Ya mi comadre, tampoco supo qué hacer con nosotras.

No recuerdo cuándo se creó la Casa de Salud en Ometepec, cuándo empezaron los talleres de la Casa de Salud. Creo que fue hace tres años. Yo estaba en el instante que iba a casarse mi hijo y en ese momento se instaló la Casa de Salud en Ometepec. Yo pude participar, fui una vez en el último taller, pero una vez. Ya después fui a hacer guardias, estuve apoyando la Casa. Después fui la única que hice guardias, las demás ya no. En el Hospital Regional estuve participando haciendo las traducciones. En dos ocasiones fui a cuidar a mujeres. A una que ya se le había muerto al bebé dentro del vientre, me fui con ella y me escapé y me fui.

Como en todos lados, como organización tuvimos amigos y contrarios. Nuestros amigos fueron las mismas organizaciones de aquí, los maestros, el partido. Bueno, el Consejo de la Nación Amuzga eran puros del PRD, también nosotras. Digamos que el PRD fue aliado de la cooperativa y del Consejo de la Nación Amuzga en el plantón, en todo. En ese momento, los que eran contrarios eran otras organizaciones, otros partidos, el PRI, el PAN, Chade. Después del Frente Cívico, en noviembre del 2002, se crea el municipio autónomo. Acá yo ya no participaba, pero en el 2003 se llevó a cabo un evento acá y participamos como Consejo de Nación Amuzga.

Los vínculos entre la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas con el Consejo y con la cooperativa ya casi no existen. La Coordinadora Guerrerense hace poco me empezó a gustar. Yo, más bien, participaba en la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas. A la Coordinadora Guerrerense hace poco que me integré, porque ya no hay comunicación. Hasta hace poco nos vimos. Fue en un taller que se llevó a cabo en Marquelia. Fue entonces que me invitó la Coordinadora, en diciembre de 2005. Fue una reunión de la Coordinadora, en Chilpancingo o Acapulco, no recuerdo. Se habló de quiénes iban apoyar a los candidatos que estaban en búsqueda como Zeferino [Torreblanca] Chavarría, qué organizaciones iban apoyar al candidato. En aquel entonces fui yo y otra compañera de la Casa de Salud.

A la Coordinadora Guerrerense fui una vez. Ahorita cada quien anda por su lado, Martha por su lado, Libni por su lado, Felícitas por el suyo. Bueno, cada quien jala por su lado, hasta acá en Xochis también, porque yo les pregunto a ellas. En la Coordinadora Nacional [Conami] en la que estaba Felícitas para representarnos, ya no está más. La vi en Marquelia, en diciembre y antes en junio. Hasta le dije yo a ella: “creo que ya no sigo, porque ya no hay comunicación”.

Yo creo que el reto, para que sigamos, es juntarnos otra vez. Tenemos la invitación, la información, es necesario unirnos, aunque yo de mi parte ya no tengo muchas ganas de grilla barata. Digamos que todo el trabajo que has hecho, al menos cuando gestionaba yo, mi comadre, las compañeras. Hay gente como la señora Florentina, de la Cooperativa la Flor de la Tierra Amuzga, con la que hemos tenido problemas muy fuertes, hasta un odio a muerte. No nada más con ella, con su sobrina. Eso fue desde que gestionamos juntas. Ellas dicen que porque conservo la Nación Amuzga me iba a llevar más dinero que ellas, porque en el Consejo de la Nación Amuzga eran más comunidades –representaba a 13 comunidades–, sin embargo,

ellas nada más eran mujeres de aquí del municipio. Por eso, desde aquel entonces, sacaron un periódico que yo, mi comadre Martha y la otra compañera nos estábamos beneficiando. La cooperativa nuestra se llama “Flor de la Tierra Amuzga”, pero ya la tienes ahí, ahorita ya está muerta. Es Aída, su hermana y creo que Chica otra vez, aunque no hay reuniones.

Hace poco, tres o cuatro meses, cuando tuvimos la reunión de los Fondos Regionales, tú viste: cuando me invitan voy. Ayer, definitivamente no fui porque no encontraba un dinero que me hacía falta y andaba muy preocupada.





## Cuando volví no era la misma

*Felipa Riqueño Sánchez\**

**M**i nombre es Felipa Riqueño Sánchez. Tengo cuarenta y seis años, nací el primero de mayo de 1960 en la comunidad de Cuauhtenango y, actualmente, estoy viviendo en esta comunidad que es el Limón, perteneciente al municipio de Chilapa, en la zona nahua. Estuve casada, por ahora estoy separada, tengo dos hijas y un hijo adoptivo. Empecé a participar en la organización que ahora es la Zanzekan Tinemi, fuimos invitadas a participar por las artesanías de palma que hacíamos y de ahí conocí a la señora Brígida Chautla Ramos, que ella era la coordinadora del Área de la Mujer Campesina. Entonces, nosotras aquí empezamos a participar, elaboramos la trenza que la conocemos por la cinta, de ahí fue como empezamos. Alguien nos dijo que el Área de la Mujer Campesina estaba apoyando a mujeres. Entonces, la idea de aquí era la construcción de un puente, porque íbamos al molino de la comunidad Cuadrilla Nueva y,

\* Vive en la zona nahua de la región Centro, sólo habla español; tenía 46 años al momento de la entrevista. Está separada, tiene tres hijos; cursó su secundaria incompleta. Participó en la SSS Zanzekan Tinemi, en la Noche Sihuame Zan Ze Tajome y en la AMMOR. Entrevista realizada por Rosalba Díaz Vázquez el 1 de octubre de 2006. Edición: Juan Manuel Aurrecochea y Gisela Espinosa.

cuando crecía el río, era muy difícil pasar. Entonces, nosotras pensamos que debíamos tener un puente, pero luego compañeras de otra organización nos dijeron que mejor tratáramos de gestionar un molino de nixtamal. Eso me motivó: tener un molino en la comunidad, pues yo tenía una niña y tenía que cargarla para ir al molino o, en todo caso, dejarla. Un día me fui, la dejé y, cuando regresé, ella ya se había despertado y prendió la estufa y el gas se estaba saliendo, yo me asusté muchísimo y dije: “me voy a meter de lleno”. Yo desconocía mucho, pero empezamos a ir a reuniones para estar pendientes de nuestra solicitud.

El comisario no nos quiso apoyar y nosotras tuvimos que hacer gestión y esto se llevó como dos años, más o menos, para que este proyecto fuera financiado. La señora Brígida participaba en una organización nacional, era la Red de Mujeres de Unorca, porque sí pertenecían a la Unorca. Entonces, por medio de ella, se gestionó el molino y fue financiado por Reforma Agraria Nacional. Recibimos ocho mil pesos y esos ocho mil pesos los teníamos que pagar nosotras en dos años. Entonces, había un grupo de señores que también empezaron a agruparse y dijeron que iban a comprar su molino, pero que ellos, como eran hombres, no iban andar pidiendo dinero regalado y nosotras, como mujeres, pues quién sabe si no los daban. Entonces, este señor de la Zanzekan que es Rogelio Alquisiras, tenía trabajando un proyecto de ajo, entonces, le dice a la señora Brígida: “antes que salga el recurso yo voy a puentear ese dinero para que compren su molino y, cuando salga, recuperamos el dinero”. Entonces, compramos el molino y lo tuvimos ahí guardado como dos meses, mientras se hacía la solicitud de la instalación de la luz y no teníamos casa a dónde instalarlo. Hasta que nos prestaron una casa. Para entonces, estos señores ya no compraron su molino, nos dejaron a nosotras y ya estuvimos ahí trabajando. Después de un tiempo que estuvimos en la Zanzekan, cuando era Área de Mujer

Campesina y después, debido a la necesidad de constituirse en una sociedad, porque donde se hacía gestión ya no nos querían apoyar, porque decían que la Zanzekan había recibido apoyos y entonces, se constituye la Titekititoke Tajome Sihuame. Después de ahí, cuando se constituyó, yo formé parte del comité directivo. Primero se constituyó, pero se perdió el registro, no logramos tenerlo. Después de un año se vuelve a elegir el comité, porque la señora que había quedado como presidenta, definitivamente dijo que ella no podía, entonces, yo llego a ocupar el cargo de tesorera.

Bueno, pero yo hago mis primeras salidas, empezaba a integrarme ahí y desconocía mucho y aprendía poco a poco el cargo. Entonces, duró dos años. Después de esos dos años se cambia al comité directivo y me vuelven a elegir. Llego a ocupar el cargo de secretaria, pero de ahí se vinieron los problemas y se desintegró la Titeki.

Para entonces, ya estábamos manejando nosotras el proyecto de puercos; estuvimos entregando puercos logrados en gestión con el gobierno del estado que estaba entregando paquetes de Alianza para el Campo y tuvimos lo del ahorro y préstamo en los grupos y eso, hasta que se desintegra la Titekititoke. Pero se vuelve a constituir otra organización que ahora es la Noche Sihuame Zan Ze Tajome. Entonces, hubo grupos que vuelven a integrarse y a mí me invitaron, pero el primer año que se constituye la Noche Sihuame yo tampoco quise asumir el cargo, porque sí hubo compañeras que me propusieron, pero como la Titekititoke tuvo problemas, entonces, yo fui la que me quedé con otra compañera y sentí pena de asumir un cargo, porque nosotras habíamos dejado perder todo el trabajo que ya se tenía, pero bueno, yo estuve un año.

Me alejé de la organización, pero después me empezaron a buscar y me vuelvo a integrar. Entonces, ahora estoy ahí y sigo siendo de la Zanzekan. Por que soy socia, me invitan y el año pasado fue cambio de directiva de la Zanzekan, me invitaron a ocupar un cargo, ahora

sí un cargo en el comité directivo, pero yo no acepté porque me di cuenta que sí. Que yo tengo un poco de trabajo en la organización, no conozco mucho, pero yo me di cuenta que me invitaban, como para cumplir el requisito, para que hubiera más mujeres, pero yo como mujer no iba a poder desenvolverme más que hasta donde había llegado. Entonces, no acepté.

Después, en la Noche Sihame, pues hay compañeras que me propusieron para ocupar el cargo, presidenta de la Noche Sihame. Pues aquí en mi comunidad yo estaba como encargada de la tienda y, pues, yo no quería aceptar porque estaba en la tienda, pero hubo personas que me decían que si me importaba la organización o no me importaba y, bueno, pues, para mí digo que sí, le debo mucho a la organización, porque me ha capacitado. Si yo no me hubiera integrado, pues yo creo que no pasaría más de estar en la casa, pues, lavar la ropa, hacer la comida y nada más, pero no fue así, tuve la oportunidad de que me hubieran invitado y, gracias a eso, yo siento que he aprendido muchas cosas en la organización.

Me motivó tener un molino en la comunidad. Yo tenía que cargar a mi niña para ir al molino de otra comunidad o, en todo caso, dejarla. Pero hubo un día en que la dejé, pero cuando yo llegué ella ya había despertado y abrió los botones de la estufa, el gas se estaba saliendo. Ella había metido un poco de basura y le estaba metiendo lumbre. Yo me asusté muchísimo y dije: “me voy a meter de lleno”. Junto con otra señora, empezamos a hacer reuniones, el requisito era participar para estar pendientes de nuestra solicitud. Al inicio no fue tanto problema para mí, porque mi esposo siempre trabajaba fuera; después empecé a tener problemas, porque otros señores de la comunidad nos empezaron a meter cizaña. Decían que sólo éramos mujeres. Que en las reuniones “¡pues, quién sabe qué harán! A lo mejor hasta se acuestan con el señor” [con el coordinador de la SSS Zanzekan Tinemi]. Entonces, mi esposo empezó a decir: “ya no vas

a ir". Yo le decía: "está bien, no voy a ir, pero cuando tú no estés yo tengo que irme, además yo no tengo que pedir permiso a nadie y no tengo por qué detenerme". Cuando ya estaban a punto de darnos el molino, a él lo nombran suplente de comisario y no nos apoyó para nada. Me dijo que no iba a apoyar a esas señoras. En ese momento me dio mucho coraje y le dije: "si tú no nos apoyas, no nos apoyes. Yo estoy con ellas, más que contigo".

Así es que nos fuimos a Chilapa a decirle al presidente que aquí no nos quieren apoyar y le dije a mi esposo: "sí voy a ir, aunque te enojas. Sí voy a ir". Entonces, las señoras me decían: "tú nada más andas aquí con nosotras para llevarle todo a ellos. A tu marido y al otro para que se den cuenta". Y yo: "no, no es así, yo sí quiero seguir con ustedes y voy a luchar, voy a seguir con ustedes". Al presidente le dijimos que aquí no nos apoyaban para autorizarnos nuestra solicitud. Él nos apoyó, le habló a su secretario particular: "estas señoras vienen de la comunidad del Limón, cualquier solicitud que traigan, cualquier cosa que soliciten ellas que se les autorice". Pues sí, un tiempo después nos iban a entregar puercos y dijo mi marido: "¿sabes qué? No recibas esos puercos, porque tú ya no vas a ir". Pero yo allá andaba y, finalmente, dijo: "no puedo contigo, recíbelos, te voy hacer tu chiquero".

Para mí eso fue como que yo me fui ganando el espacio, hasta que llegó el momento en que mi esposo dejó de decir "no salgas". Para salir a los cursos de capacitación que se tenían fuera, yo tenía que pedir permiso y él me decía: "sí, te vas a ir, pero llévate a la niña, tienes que cargar con la niña. Si no, no vas". Llegó un tiempo en que le dije: "¿sabes? Yo ya no voy a salir, porque yo ya no quiero cargar con la niña". Entonces, me dice: "deja a la niña y dile a tú mamá que se venga aquí cuando tú no estés y que te cuide a la niña". "O key", dije yo. Llegó un momento en el que le dije: "¿sabes? Voy a un curso, me voy tal día y llego tal día". Y me dice: "está bien, vete".

Yo vi que la organización dejó muchos cambios, no nada más para mí, sino para todos, porque llegó el momento en que mi esposo me decía: “¿sabes qué? Si te vas a ir, pues yo te ayudo. Tú haz esto, yo hago lo otro y no te preocupes, si tú te vas, yo lavo mi ropa”. El niño, pues, estaba acostumbrado, porque yo tenía que servirles, yo tenía que darles todo, pero el niño fue cambiando, empezó a prepararse de comer, a calentarse sus tortillas y a lavar su ropa, barrer y todo, a lavar los platos él aprendió. Yo me dije: “si no hubiera salido, no hubiera logrado esto”. No es el bien para mí, sino para el niño, porque él esté viendo las cosas diferentes.

Quien me apoyó mucho fue mi suegro. Cuando yo salía él luego me decía: “si vas a ir a la reunión, ve. No te preocupes, de todos modos yo me quedo aquí, yo me encargo de los animales. Vete”. A mí me ayudó mucho, él me apoyó mucho y, aunque al inicio mi marido fue el que se opuso, finalmente tuve el apoyo de los dos. Ahora soy encargada de la tienda y el molino, es un trabajo más que tengo, pero cada fin de año nos repartimos la poca utilidad que se tiene. Entonces, para mí es como un orgullo que soy parte de una organización, tengo mi grupo aquí y en la comunidad. Hemos tenido problemas, pero los hemos superado.

Si una quiere salir, se sale, pero el grupo ahí está. Al inicio éramos dieciséis, después quedamos diez, ahora ya nada más somos ocho, aunque las que se salieron querían que se desintegrara todo, pero las demás dijeron: “no, es que nosotras queremos seguir”. Y ahí estamos. Yo he apoyado mucho, lo poco que he aprendido lo he estado aplicando en el grupo. Si yo no estoy, no entregan el dinero que sale en la semana, entonces, yo llego. Si son dos o tres semanas que no entregan el dinero, yo llego, sumo lo que salió diario, cuánto es a la semana y se lo entregamos a la señora.

Ellas me han tenido confianza, me han consultado y además, aquí en la comunidad, se han acercado señoras con mucha confianza, por

cualquier cosa: “¿sabes qué? Esto nos pasa” o “dime qué hago” o “¿qué puedo hacer?”. Un tiempo los señores hablaron mal del grupo de mujeres, pero reconozco mucho que me han respetado, porque, pues, ahora sí en la organización, cuando hay trabajo, yo tengo que irme temprano y llego noche. Vivo separada, llevo cuatro años que estoy separada, pero, pues nadie me ha faltado al respeto. Yo llego a la hora que llegue. Si me encuentro a alguien lo saludo o no lo saludo, no puedo decir que me han faltado al respeto los señores.

Lo que ahorita me ha interesado es sobre los derechos de la mujer, sobre derechos sexuales y reproductivos. Entonces, cuando hay un curso y nos invitan, pues si hay oportunidad yo no me lo pierdo, porque aunque sea lo más mínimo que sea, pues, yo digo que he aprendido. Lo que sí tenemos más es el ahorro y préstamo con las mujeres, aunque puedo decir que, como grupo de ahorro, andamos un poquito mal, pero lo que es el molino y la tienda, pues sí tenemos un poco de fondo revolvente. Lo del molino es muy aparte, es muy poco lo que sale, pero manejamos como por ahí unos 50 mil pesos, más aparte lo que es de la tienda. Entonces, yo me he interesado más en lo que es la administración del recurso del molino y lo de la caja de ahorro que tenemos en las diferentes comunidades. Ahorita nada más Isabel y yo somos las que le estamos dando seguimiento, le estamos dando vida a la organización, la hacemos de todo, pues ahí nos hemos capacitado para poder nosotras también dar los cursos a las demás mujeres, pero en sí, a mí me interesa más lo de derechos humanos de las mujeres.

Cuando a mí me invitan a la Noche Sihame, automáticamente paso a participar en la Coordinadora Guerrerense [CGMI]. Empiezo a participar con ellas y después, cuando les aprueban el proyecto que fue de salud materna, las apoyé. Entonces, empezamos a participar en cursos. Yo ahí entro como promotora de la comunidad y nos dijeron que nos iban a dar una credencial donde nos acreditaran

que nosotras estuvimos participando en ese curso, para que en los hospitales pudiéramos trasladar a nuestras pacientes y se nos reconociera y, también para que a las personas no les cobraran la atención que se les diera, pero quedó inconclusa la meta que se tenía, porque la Secretaría de Salud debía aprobar esto y debía haber un mecanismo, como lo hay en la Casa de Salud de la Costa Chica. Ahora seguimos participando y trabajando con las compañeras. Libni hizo una propuesta con una organización que se llama Semillas y se hicieron unas encuestas en las diferentes comunidades de los tres municipios donde tiene influencia la Noche Sihame, como es Ahuacuotzingo, Zitlala y Chilapa. Hicimos encuestas sobre violencia y, entonces, igual seguimos beneficiando a las mujeres de nuestra organización y bueno, por esa razón seguimos siendo parte de la Coordinadora Guerrerense y también de la organización AMMOR y, por otro lado, formamos parte de la Coordinadora Nacional [Conami] y, pues, ahora sí, los cursos de capacitación que ellos dan también nos benefician.

Uno de los problemas que enfrentamos es lo económico. Es el principal obstáculo que tenemos todas las organizaciones. Trabajo hay muchísimo, el problema es que si no tenemos dinero, tampoco podemos hacer gran cosa. Por ejemplo, cuando ellas [las dirigentes de la CGMI] logran algún recurso para hacer algún taller es cuando nos invitan, porque nos apoyan con nuestros pasajes, hospedaje y todo. Y si ellas no tienen recurso, nosotras no tenemos para pagar esos gastos y, como organización, nosotras no tenemos salario. Otro ejemplo: en el proyecto hay una beca y nosotras tenemos que hacer el trabajo para podernos quedar con la beca, no podemos contratar personal, porque no tenemos recursos.

Hasta ahora, quien ha estado apoyándonos en el proyecto, es la CDI. Primero estuvimos trabajando tres años lo de los derechos humanos que nos apoyó y aunque, bueno, es bien estricta con las



comprobaciones, por medio de esos proyectos, pues, hemos podido tener más acercamiento con nuestras mujeres, no las hemos abandonado y las hemos podido visitar por medio del proyecto y de ahí nada más, porque hasta ahora nosotras no hemos recibido ayuda de ninguna institución.

Con otras organizaciones de mujeres tenemos poco contacto, son pocas, pero hemos coincidido en todo, porque como mujeres nosotras vemos ahora sí las necesidades como mujeres, pero no es así con las organizaciones mixtas. Ahí la relación es muy diferente. Hemos tenido relación con organizaciones de aquí del estado, pero de otras regiones. No es así con las de nuestra región: Altépetl Nahua, a veces, nos invita a sus cursos, pero la Zanzekan ni por equivocación.

Con la familia he tenido mucho apoyo de mis hijas, mis hermanos o sobrinos, pues sí me entienden bien, pero lo principal son mis hijas. Ellas saben en qué ando, cuál es el trabajo de la organización. Lo que diga la demás gente, pues, a mí me tiene sin cuidado. Puedo decir que he logrado tener contacto con otras mujeres. Experiencias que son buenas para nuestra organización y para nuestro grupo las hemos retomado y también nosotras les hemos compartido nuestra experiencia.

Personalmente, al inicio, no participaba, pues desconocía muchas cosas y llegó el momento en que yo decía: “es la última vez que vengo, yo no voy a participar”, pero ahora participo más, me voy metiendo, va uno adquiriendo más responsabilidades y, bueno, a mí me ha ayudado mucho la participación en la organización, me ha ayudado a salir de mi problema de separación. Ahora veo las cosas diferentes. Yo creo que si no estuviera en una organización para mí serían las cosas más difíciles. He logrado yo salir fuera. Y ahora digo: “bueno, yo estoy dentro de la organización y no me da miedo trabajar”, aunque esté sola con mi hija puedo salir, me siento segura,

con mucha confianza hacia mí y sé que lo que me proponga lo voy a lograr, estoy segura de mí misma.

Anteriormente, yo no asistía a las reuniones en la comunidad y ahora hay reuniones. Yo voy, participo y si hay algo en que no esté de acuerdo yo doy mis opiniones y sí, me han tomado en cuenta. Por esa razón, digo que sí he logrado aprender a pedir la palabra y no arrebatarla. Entonces, pido la palabra y siempre hay quien me la dé y opino. Hay señoras que sí han participado, pero sólo dicen sí o dicen no. Después de la reunión, otro día o el mismo día, saliendo, dicen: “esto no me convino”. Yo siempre las invito a que participen en algo, pues afuera ya no logramos nada. Hay cosas en las que yo no estoy de acuerdo y, pues, me he defendido. Por ejemplo, si se trata de dar cooperaciones. Por ejemplo, ahora que se festeja la fiesta de San Lucas, a mí me piden cooperaciones y tengo que darlas, pero no así los días de trabajo y digo: “yo no tengo, yo no voy a pagar”. Las que no está su marido, pero anda trabajando bueno, pero yo, discúlpeme. “Cuando lo vean cóbrenle todos los trabajos. Las cooperaciones las he dado, pero días de trabajo, cuando lo vean cóbrenselos”. Y digo: “pues en eso yo he logrado defenderme y opinar”.

Los partidos políticos me han buscado por ejemplo, cuando fue elección de presidente, pero yo en lo personal soy de un partido y gane o pierda, yo ahí siempre estoy. La organización es plural y no hemos tomado acuerdos de participar en estos procesos, entonces ahora, el 2 de julio que fueron elecciones para presidente nos invitaron. Vinieron unos de Nueva Alianza y yo fui clara. Les dije: “en el grupo que tenemos aquí unas son, pues, del PT, otras son de Convergencia y otras son del PRD y, pues yo las he invitado a que voten, yo hice la invitación y les dije: ‘si ahora estoy promoviendo el voto para López Obrador, yo no puedo llegar al rato y decirles vamos apoyar al de Nueva Alianza’. Así es que yo puedo invitar a las

mujeres y háganles la invitación ustedes y allá ellas, pero yo, en sí, no puedo decirles que apoyen a este partido porque les he hablado por López Obrador". Y bueno sí, se reunieron las señoras, les hicieron la invitación, escucharon y todo, pero sí tuvimos la mayoría que estábamos a favor de López Obrador. Yo sé que nos van a buscar, porque saben que somos un grupo de mujeres ya importante.

Con respecto a los derechos humanos, las mujeres se han apropiado de sus derechos y hasta los señores dicen: "si alguien nos hubiera hablado antes de esto, que era un delito pegarle a la señora, no lo hubiéramos hecho, pero bueno, nunca es tarde. Hay jóvenes que sí lo pueden entender, nosotros ya lo hicimos, ya pasó, aunque cambiemos, pero lo que hicimos jamás se les olvida a ustedes" –me dicen algunos señores. Y bueno, las señoras también, pues que antes nos dejamos que nos insultaran, pero ahora ya no. Entonces, ya hay señoras que dicen: "conocemos nuestros derechos". No nada mas aquí en la comunidad, en las diferentes comunidades dicen ellas: "yo le digo a mi esposo que con que me hayas dado un apretón y me quedó la mano marcada, con eso basta para que te lleven preso, pero agradece que no lo voy hacer". Dicen las señoras que los señores... Que lo han entendido: "entiendo, discúlpame". Es un logro.

Sobre la gestión, pues sí hay señoras que dicen: "nosotras gestionamos, nos íbamos a Chilpancingo y buscamos tener la telesecundaria en nuestra comunidad, aunque llegaba mi marido aquí enojado, pero lo logramos". Entonces, es algo que ellas van dando, ellas van avanzando, han logrado, pues, ora sí, avances.

Pues yo digo que sí, la voz de las mujeres se va escuchando, porque entre más mujeres seamos, pues yo creo que tenemos mas fuerza. Si somos varias organizaciones que la conformamos, pues yo digo que podemos lograr más, porque no nada más somos una, sino somos varias y por ejemplo, se me pasaba que como Noche Sihuame, igual hemos tratado de apoyar a las personas que nos han

pedido apoyo. Hay una compañera que por calumnias la detuvieron y la señora sin saber, pues, nada más la encuentran y se la llevan. La tuvieron presa creo una noche, pero como organización logramos que el comisario le extendiera una constancia, como organización se le extendió otra constancia. La muchacha es de aquí, pero se casó en otra comunidad. En su propia comunidad no le quisieron extender ninguna constancia, entonces hablamos con el licenciado que le estaba llevando su caso y nos dijo: “qué bueno que existe una organización que se encargue de apoyar a las mujeres”. Hubo otra persona que nos dijo: “qué bueno que ustedes orienten a las mujeres, porque hay mujeres profesionistas, maestras, enfermeras y, bueno, han sufrido violencia y no, no ponen su denuncia quién sabe por qué, pero que por lo menos las personas de una comunidad sin estudio sí entiendan y logren denunciar esos casos”. Por esa parte, pues sí, a lo mejor, pues hay personas que sí reconocen lo que estamos haciendo.

Pues ahorita, el gran reto para la Coordinadora [CGMI] es que tome posesión el nuevo gobierno estatal, pues ora sí, ojalá destine más recursos para las organizaciones y por ejemplo, para la Coordinadora Guerrerense porque, pues no se trata nada más de una organización, es una organización que abarca a las demás organizaciones. Eso sería, ora sí, un reto. Para mí, lo fundamental de la Coordinadora Guerrerense son sus bases, yo siempre digo: “de nada sirve que allá estuviera sin tener el respaldo de las compañeras de las comunidades”.

Nosotras, como Noche Sihame, ahí está el grupo, ahí está su base en las comunidades; si todas las organizaciones tuvieran igual un trabajo, no tienen porqué desaparecer, porque ahí está quien lo respalde, entonces, mientras no haya una organización que forme parte de la Coordinadora y no tengan un trabajo, pues puede que sí se vaya a desintegrar, pero mientras haya ese cimiento bien fundamentado, yo digo que no.

En cuanto a la relación con otras instituciones, hemos estado participando también con estas mujeres que son de Católicas [CDD], también nos han invitado a participar. Y antes, hace como tres años que nos invitaron a participar en un curso y para mí fue de mucha importancia, porque fueron tres días, hubo una participación de ciento cincuenta mujeres: tres salones con cincuenta mujeres cada salón. Y me di cuenta que no nada más yo tenía problemas, la mayoría hemos tenido problemas. Los cursos que he recibido me han servido de mucho, porque en esos tres días, cuando yo regresé ya no era la misma persona, ya venía con otra forma de ver la vida y, bueno, me parece que también aquí en Chilpancingo hay un grupo o una organización o algo así, pero estas mujeres, las Católicas, sí nos habían invitado a esos cursos. Hubo uno en Chiapas y la Noche Sihuame mandó a tres compañeras a ese curso, entonces, por esa parte sí tenemos relación, pero por medio de la Coordinadora Guerrerense.

Actualmente, soy parte de un comité directivo. Soy parte, también, de la Coordinadora de la Unorca estatal. Soy parte de la Coordinadora Guerrerense, estoy como presidenta de la Noche Sihuame. Soy de la Coordinadora de la Unorca nacional, por parte de la AMMOR. Entonces, entre más participa uno, entonces, al rato ya no sabe uno ni qué, pero tenemos que andar ahí. He estado participando también en el Movimiento Indígena Nacional. En el espacio internacional todavía no, pero si hay oportunidad de participar yo creo que ahorita no tengo ningún problema. Cuando a mí me toca moler, pues las señoras me cubren los días que yo no estoy. Yo creo que para mí no hay ningún problema.

En mayo ya cambiamos de directiva y voy a ver. Yo consigo trabajo y voy a trabajar, pues hasta ahorita nosotras, como grupo, no hemos gestionado directamente, siempre hemos gestionado como Noche Sihuame, aunque yo sí tengo en mente de constituirnos como una

organización. Como el grupo de acá del Limón, pero se me hace difícil, porque bueno, las señoras sí son muy buenas para el trabajo, pero nada más aquí, pero para salir no. Ahora ya se van metiendo y hace dos años estuvimos gestionando otro molino de nixtamal con los de Alianza para el Campo y yo tenía que irme a México. Entonces, yo les dije a las señoras: “yo me voy a México y ustedes se quedan y tienen que ir a la reunión y nada más es cosa que las vean. Que están presentes como comunidad”. Y sí, ya han ido las señoras, pero nada más digamos a Chilapa, más lejos, no. Entonces, pienso que sería más trabajo para mí y yo sé que para podernos constituir, pues sí habría de dónde echar mano, pero quien cargaría con toda la responsabilidad, sería yo. Entonces, mejor la dejé así, ellas están conformes con el molino y la tienda, ya no quieren más trabajo.

## Lo que me estuve perdiendo

*Ángela Domitila Rosendo Hidalgo\**

Soy Ángela Domitila Rosendo Hidalgo. Voy a cumplir ya mis 44 años. Estudios tengo hasta la secundaria, nada más. Soy de San Miguel Xochimilco, Municipio de Atlixac. Ahí hablan náhuatl, pero yo no lo aprendí, porque mi papá y mi mamá no lo permitieron. Ya llevo mis 26 años radicando en Copanatoyac. Anteriormente, tenían otra idea de que quien habla alguna lengua materna era discriminado, entonces, teníamos que aprender el español, ya como dicen por ahí, una mezcla. Mi abuelo es el nahuatlaco, hablaba náhuatl. Mi papá, lógico que tenía que hablar el náhuatl, así, medio medio, porque mi abuela no lo hablaba bien, pero siempre son las mamás las que enseñan a los hijos. Ahorita ya domino el náhuatl. En realidad, me hubiera gustado que me hubieran enseñado desde pequeña.

\* Es nahua de la región Montaña, tenía 44 años al momento de la entrevista; es viuda y tuvo ocho hijos/as, habla náhuatl y español. Concluyó sus estudios de secundaria y ha participado en diversas organizaciones indígenas, productivas y de mujeres indígenas: el Consejo Guerrerense 500 años de Resistencia, la ANIPA y la Conami; ha presidido la SSS Axale y actualmente es delegada de la Secretaría de la Mujer del gobierno del estado de Guerrero en la región Montaña. Entrevista realizada por Margarita Nemecio Nemesio el 8 de mayo de 2006. Edición: Margarita Nemecio y Gisela Espinosa.

Soy viuda, tuve once hijos, tres abortos y me viven ocho. De esos ocho, el grande es Gil Rosendo, que es ahorita agrónomo y anda en sus 25 años, el otro es Óscar tiene 24 años, luego sigue Rubí que es la que está estudiando medicina, luego Yamil Crecencia que está en el magisterio, sigue la otra niña que se llama Lucero que estudia derecho, son tres mujercitas y tres varones que son: Mijail, Ranferi y el Xocoyotzin. Son ocho los que me viven.

Desde chica tenía esa visión de apoyar a la gente. Yo veía que era necesario hacer ver lo que es la realidad, qué es lo que viene hacia el futuro y no siempre estar atadas a un solo lugar, o sea, al machismo. ¡Híjole! Tremendo. Eso me motivó para salir adelante, ayudar a la gente, pero bueno, yo no sabía, no podía aterrizar qué era. Me metí en el magisterio pensando que ahí encontraría la respuesta. Cuando estuve en el magisterio vi que no era ahí, que estaba yo equivocada y me salgo del magisterio. Entonces, ¿qué hay que hacer? Fue cuando me puse a criar muchachitos, o sea, los niños y de ahí ya que se viene eso, una necesidad tremenda de hacer otra cosa.

Desde que inicié en la lucha, fue para coordinar con mujeres y eso me nace cuando mi esposo Fructuoso militaba en el PRD. En el 96 lo eligieron como candidato al partido del PRD. Me voy con él en la campaña y es donde me di cuenta que la gente tenía varias necesidades. Por eso, decidí formar una organización. No sabía ni qué iba a hacer, pero bueno, al fin de cuentas, me motivó al salir y ver cómo vivían.

La relación con mi esposo, ¡híjole! Pues al inicio fue difícil, realmente yo peleé, discutí mucho para que él me permitiera estar en la organización. De tanto exigir, fue cuando ya me dice: “¡órale! ¿Quieres una organización? ¡Sale! Te voy a ayudar”. Me ayudó en eso, no tanto porque quería, sino por la presión que sentía de la plaza del magisterio, pero de ahí ya no me pudo decir nada, porque la señora ya estaba más para allá.



En 1998, pues, me sentía bien, porque, supuestamente, voy adelante. Porque, según yo, me estaba liberando de ser mamá, o sea, ya no nada más era madre, sino que me ocupaba en otras actividades. Ese era mi sueño y me sentía bien, aunque mi esposo no se sentía bien, pero quien lo disfrutaba era yo, porque yo ya podía decidir, ir. Ya tenía como esa libertad de aprender lo que me estuve perdiendo durante años, desde 1979 hasta 1998. Es mucho ¿no?

Yo no fui pobre, la verdad. La pobreza la viví aquí en Copa [Copanatoyac], aquí vine a vivir la pobreza. Y dije: “pues sí, es necesario salir”. Por eso me metí en buscar esas alternativas. Para apoyar a la gente necesito, a lo mejor, relacionarme con otras personas, más capacitaciones. Yo tenía otra mentalidad, como para quererles ayudar, pero no sabía cómo. Después, me dijeron que había que conformarse en una organización, que era mejor una triple ese. En aquel entonces, estaban las triples eses, y ahí nos vamos.

La conformamos con 120 socias, era mayoría de mujeres, fueron cuatro hombres nada más y en esos estaba mi esposo. Convocamos a las 120 mujeres a partir de una reunión de compañeros perredistas. Fue abierto, dijimos que no había que cerrarnos y ser nada más de un color. Se hizo una invitación general y asistieron varias compañeras. Hubo de todos los colores dentro de esa triple ese. Se conformó el 14 de noviembre de 1997, pero en 1999 es cuando empiezan a llegar los recursos.

Nuestros objetivos eran el de obtener recursos para proyectos productivos. Nuestra visión era para autoconsumo. Sabíamos que era difícil, pero fuimos nosotras las que empezamos con la conformación de la triple ese. Hicimos gestiones, donde mi asesor fue mi esposo y también el profesor Joaquín Flores y la maestra Bety Canabal. Eran nuestros asesores. Obtuvimos logros, un año nada más y varias compañeras se desilusionaron y se salieron. Ellas querían ver a la voz de ya. No tenían confianza las compañeras,

porque, supuestamente, se estaba quedando el dinero conmigo, entonces, dijeron que se iban.

Nos quedamos como 64, casi la mitad y es cuando empezaron a llegar los recursos de todas las solicitudes. El primer proyecto fue del Instituto Maya. Logramos un crédito para sembrar la cebolla, pero fracasamos porque no teníamos capacitación; conocíamos la cebolla, pero la sembraban otras personas, nosotras no, ni como mujeres, mucho menos como organización. Fracasamos.

Como era un crédito, había que pagarlo. Una parte la invertimos y la otra la dejé en el banco y ese recurso fue para pagarlo. Tuve que devolver ese dinero, pagué al 100 por ciento. Aun así, las compañeras dijeron que me había gastado ese dinero, yo di mis informes, ellas se enteraron y ya no dijeron nada, aunque no me creyeron.

Logramos otros créditos. Nos llegaron lo de los pollos de la Secretaría de la Mujer, también lo del Fondo Regional Itacua y me dan el puesto de secretaria de ese fondo. Yo no quería ser secretaria, quería ser parte del grupo nada más y me dieron una cartera, ya no como secretaria y me quedé dentro del comité. Luego de la caja de recuperaciones, nos dieron 80 mil pesos que los invertimos en el taller de costura. En ese tiempo éramos 24 mujeres de Copanatomyac las que estuvimos en ese proyecto. Se compraron cinco máquinas, más la cortadora. Una cortadora que hasta ahorita la tenemos nuevita, nadie la usó, ahí la dejamos. Fue un crédito que había que pagarlo nuevamente y me dejaron sola. Así es que tuve que pagar una parte y la otra se quedó así. Por eso las máquinas ahí están, no se mueven. Las compañeras me han estado comentando: “¿qué está pasando con las máquinas de coser?”, pero ellas ya perdieron el derecho desde que se salieron, porque no avisaron y nadie las corrió, se fueron solas, lo siento mucho, es mío. Pues ¡sí! Es mío. Ahí está otro de los créditos que también se tuvo. De ahí hubo varios similares, pero no funcionaron.

Hay que aportar. Eso es un sacrificio que debemos de hacer, unas lo aguantaron y otras no. Ni mis cuñadas aguantaron, se separaron y me dejaron correr a mi suerte, aunque ahorita dicen que si la Domi anda donde anda y está donde está, es gracias a ellas. Quizás sí les debo eso, sí se los agradezco, pero todo lo demás es mío, porque yo he puesto todo, ellas se fueron.

Ya en el 2000, decían que mi red era la mejor. A lo mejor la experiencia que yo tenía motivaba a las compañeras, pues, las representantes de los grupos. Me manda René Juárez una invitación y voy concursando por un premio para proyectos productivos de mujeres, que se entregó el 8 de marzo. Concurse con varias de aquí, de La Montaña y me voy sacando el primer lugar y me van dando mi diploma, pues, un reconocimiento estatal. No me lo esperaba. ¡Qué bonito! Esa emoción la viví con mi esposo, mi niño el chiquito y mi mamá, una emoción así, fuerte. Lo sentí como un crecimiento más. Desde ahí me decían: “no te conformes con esto. Esto no es nada. Tienes que seguir adelante”. En esos momentos no me lo creo.

Actualmente, siguen las compañeras, pero ya como grupo comunitario, eso es para todos los demás y, al interior de nosotras, es como triple ese, pero nada más están 20 mujeres de Copanatoyac y otras 40 de Patlicha. Cuando salen a una reunión, se presentan como triple ese. Por eso yo les he dicho que se junten las de Copanatoyac y Patlicha; el trabajo tiene que ser en grupo, pero bueno, yo mejor las dejo así, una triple ese número uno y otra, el dos.

Tienen una panadería en Copanatoyac y están trabajando, precisamente, para los albergues de Tlaxtelcalapa y en Potoichan. Están por visitar el albergue de Oxtocingo para ya estar trabajando duro. Estas mujeres se están fortaleciendo, ya les está cayendo el veinte de que no siempre va a ser Domitila, siempre van a tener que aprender. Entonces, ellas ya se están motivando. Tuve una reunión recientemente con ellas y me dio mucho gusto ver que se ponían

un ultimátum, sus reglas de trabajo. Ya van despertando, ya no es como antes.

Aunque, políticamente, ellas casi no entran. Son más un grupo comunitario y les vale lo que esté pasando para allá o lo que deje de pasar, no se meten más al trabajo interno. En cambio, las de Patlicha son más grillas, esas son todas del PRD y están trabajando políticamente, dando orientación con la elección del voto y cuáles son las propuestas de los candidatos. Yo digo que es un poquito difícil de entender, porque ellas hablan náhuatl, pero te entienden mejor en lugar de que vayas a hablarles en español.

¿Si tuve problemas como triple ese? ¡No! Porque hay estatutos en nuestra organización, por eso mismo no tuve problemas, digamos porque no me metí con los pueblos, o sea, era la organización. Posteriormente, vienen los problemas porque, pues ya llega el fulanito aquel, uno de aquí de la Región de La Montaña, que es Gaudencio Mejía.

Cuando llega él viene a hacer todo un despapaye, porque supuestamente nosotras estábamos por los pueblos, no por una organización y jamás quisieron reconocerlo. Hasta que llega Gaudencio es cuando se hace el alboroto. A la gente la reúne y la mal informa. Van y querían despojarnos de ahí de la casa y entonces, yo le dije que me comprobara, que si tenía ese gran valor, pues que trajera las pruebas, que me lo mostrará y yo, con gusto, me salgo. Hubo un problema con una camioneta que no era mía. Eso fue sorteado para el servicio de la organización, es lo único como propiedad que se tenía de la organización. Se las entregamos y no hubo más problemas. No dijeron nada, porque yo tenía todo en orden y mis comprobaciones, o sea, iba todo en orden.

Esos son los problemas más duros, porque anteriormente todo estaba bien tranquilo. Las compañeras sabían que hay acuerdos internos, hay estatutos, que claro que, después que empezaron los

problemas, es como si revivieran todo, entonces, ya empieza: “¡oye!, que lo del proyecto de la costura, ¿qué pasó?”.

Y problemas internos entre las mujeres, pues sí, o sea, de las que ya se habían salido, las que se fueron de la organización que ya no quisieron seguirle. Esas se unen con los que vinieron de “500 Años” y esos son los que nos atacan, pero ya de ahí, todos los que estamos ahorita, ya no hay ningún problema.

Así empecé con lo de la triple ese. Luego me fui al Consejo Directivo del Consejo Regional de La Montaña, representando lo del Fondo Regional Itacua, pero en 1999 me fui a una marcha zapatista y conocí a Martha Sánchez, en Cuernavaca, Morelos. En ese recorrido fue donde nos conocimos y me hizo la invitación. No sé ni cómo fuimos a dar, ni supe por dónde le entré, pero el chiste es que llegamos allá. Nos quedamos a dormir en un cuartito y Martha me preguntó que si era de Copanatoyac y le digo que sí. Me dijo que estaba trabajando con la mujeres y me invitó a un taller, pero que luego me mandaba avisar. Luego nos volvimos a ver en Chilpancingo y fue donde nos presentamos y ella me contactaba por teléfono cuando había que estar en México. Y así empezamos en la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas.

En 1999 ya tenía cinco cargos: en la triple ese, el Consejo Regional de La Montaña, el Fondo Regional y la Coordinadora de Mujeres. Aparte, estaba la Red Texóchilt y me nombraron representante regional. Eran cinco cargos. ¡Pesadísimo!

Para el año 2000, me quedé en “500 Años”. Entré como responsable. En el Consejo Guerrerense 500 Años sólo habíamos dos mujeres: Martha Sánchez y yo. O sea, en el Consejo Directivo era puro hombre, de mujeres, pues Martha era la única y, bueno, yo como suplente, pues, no tenía todavía voz. El siguiente año, quedo yo con esa representación de la organización. Ahora sí formo parte del Consejo Directivo, pero fue al año. Ya tenía voz y voto y todo,

también tenía decisión. ¡Claro que era difícil para nosotras dos!, porque los compañeros se burlaban de nosotras. Como una es mujer, que las mujeres nada más sirven para... o sea, de tantas palabras que hay, son palabras discriminatorias y eso es donde decía Martha: “a estos nadie los para, pero vamos a ser más, no sólo nosotras dos”.

Posteriormente llega Hermelinda, y entonces ya éramos tres. De Hermelinda llega Felicitas, o sea, fuimos incrementando. De ahí ya empieza, pero eso sí, para las marchas las mujeres éramos las que íbamos adelante ¿no? No pensábamos ir en las marchas, pero bueno, cuando nos vamos a “500 Años”, de ahí es donde tuvimos que entrarle.

Pues, realmente las mujeres, nosotras y las otras compañeras, somos decididas y queríamos luchar por una causa justa, decíamos nosotras, decimos todavía ahora. Unas se iban con sus maridos y otras se iban solas pero, bueno, a lo mejor nomás nos motiva el movimiento y al término de ese movimiento, pues, ya se van a sus lugares, a los pueblos, hasta ahí, ¿por qué? Pues, los que están como miembros directivos son hombres y también nosotras decimos que estamos como mujeres, las compañeras ya sabían lo que decíamos, lo que hacían. Por ejemplo, Martha y sus compañeras que estaban participando, pues, ya tenían decisión propia, aunque tampoco sabemos qué problemas tuvieron y con las mías, de igual manera. Las mías sí sabían lo que querían, sabían que estábamos dentro de una triple ese, precisamente, porque deseábamos tener más proyectos productivos.

De la triple ese realmente no me retiré. Seguía asesorando a las compañeras, apoyando y organizando talleres. En el Fondo Regional me cambian, porque falleció mi papá y me fui a Michoacán un mes, además de que yo quería claridad del trabajo en el Fondo Regional, por eso los compañeros sentían esa presión, entonces, yo los iba a descubrir despuesito. Cuando regresé, ya no tenía las dos carteras:

Fondo Regional y Consejo Regional. Me cambiaron. Dije: “ay qué suave, mejor para mí”. Pero a nivel nacional, estábamos coordinando supuestamente con Martha, la líder supuestamente era Martha. Yo no me consideraba líder.

Supuestamente Martha me denominaba líder. Esto en “500 Años” y en la Coordinadora Nacional [Conami]. En “500 Años” es en el 2002, es cuando asumo el cargo, porque anteriormente era todo para mi esposo. Él queda como mi suplente, así es que era menos problema conmigo que con él. En la Conami íbamos de vez en cuando y me llevaba a otras compañeras.

Con la Red estuvimos hasta el 2001 y definitivamente me retiré, porque, pues, es político. Yo siempre he sido del amarillo, del PRD. Y los que estaban ahí, pues, son tricolor, del PRI, entonces, era lógico que a mí no me dieran tanta información. No me veían ni ven con buenos ojos, hasta ahorita. Al inicio me aplaudieron, porque no había otras mujeres que se arriesgaran, que estuvieran en esas reuniones, pero después, cuando empezaron a verme quien era yo, entonces, dijeron: “ésta no nos conviene, porque nos está descubriendo todo”. Y resulta que ahora, donde me los he topado, no soy bien recibida.

En la Coordinadora de Mujeres [CNMI] empecé a pensar que se puede tener un proyecto como mujer, como familia o como grupo; me di cuenta que la marginación es falta de atención a las comunidades. Antes yo pensaba en la pobreza extrema y en que a las mujeres indígenas, pues, nomás no nos hacían caso, ¿por qué? Porque somos indígenas. Entonces, yo no veía que era discriminación. Entonces, para más o menos estar cerca con ellas y apoyarlas, ya llevaba esa motivación y cuando Martha me invita, pues me voy a la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas. Tuvimos cursos de capacitación y ahí me motivé más.

Lo que ahora es la Coordinadora de Mujeres Guerrerenses, nace de una idea de las mujeres de la Costa Chica, a mí nada más me informaron. Eran Martha Sánchez, Hermelinda, Felícitas. Las tres son inquietas y se les metió la idea de que había que hacer algo. Nos reunimos en Chilpancingo y es cuando me dicen que si ya evaluamos, que tenemos que trabajar de esta manera, pues, hay que seguirle y hay que iniciar.

Desde ahí nace, nos vamos involucrando, pero mi trabajo era regional. No es que quiera andar de este lado de La Montaña, pero tengo más chamacos. Yo nos les decía, pero sí pensaba que ellas eran más jóvenes, solteras y en cambio yo... Creo que para mí hubiera sido diferente siendo soltera. Posteriormente ellas hacen una solicitud en México, les financiaron un recurso para iniciar los cursos de capacitación a parteras tradicionales en Tlacoapa, Temalacatcingo y Tlapa.

Hasta ahorita ahí andamos, como queriendo respirar. Yo creo que sí vamos a levantarnos. Quizás no somos muchas y no porque seamos egoístas o de que no queramos ampliar este conocimiento, sino que las compañeras no quieren. Las únicas que le están entrando ahorita son las de la Costa Chica. Hay más decisión y motivación, pero de este lado, en La Montaña de Guerrero, está un poquito apagado. ¡No! Yo diría que quizás mucho. No hay nadie más que le dé seguimiento, están las de Tlacoapa que representan a la Coordinadora Guerrerense.

Ellas están decididas, pero lo difícil es la comunicación. No podemos estar como constantemente informando de lo que está pasando y lo otro es que está muy retirado y el gasto que hace uno, nadie más te lo devuelve. Eso es un poquito del riesgo. Es ahí donde yo la veo y se lo comenté a Martha Sánchez. Además de lo que vamos a hacer, pero hasta ahorita no me ha dado respuesta. Creo que vamos a volver a retomar esto o llevar a cabo una reunión informativa acerca de los



principios de la Coordinadora Guerrerense y todo lo que se persigue. Estoy muy fuera de comunicación con las de la Coordinadora, porque el trabajo tal parece que se está llevando mucho más en la Costa Chica, es lógico, porque ahí hay más mujeres.

¡Híjole! Pues si me voy a evaluar, yo creo que no he aportado nada ahorita. Sí me están llegando correos, sí estoy informada de lo que está pasando, pero no puedo hacer nada. No puedo hacer nada, digo, porque estoy amarrada, estoy en el gobierno que es muy distinto. Entonces, yo le decía a Martha: “oye Martha, creo que no sé si lo que hice estuvo bien o está mal, porque realmente a los míos los estoy abandonando”. ¡Sí! Porque sí sienten. Es un cambio tremendo, tú no puedes y tú quisieras apoyar de este lado, pero no puedes.

Aquí entre nos, los logros que han habido para la Región Montaña: lo de la capacitación, el aprendizaje de las compañeras y el interés también de las compañeras, porque forman parte de la Coordinadora Guerrerense. Y, como cuestión mía, si es que me voy a evaluar, pues yo no he hecho nada. La gente me dice: “¡joyes! Mira, queremos esto. Se nos prometió... Tú eres de esta Región. Tú prometiste y ahora nos cumples”. Por una parte, está bien para que también ya vayamos nosotras prometiendo cosas que sí vamos a poder, que no podemos decir algo y que no lo vamos a lograr.

Los hombres dicen que somos mujeres que no saben hacer nada y que todas andamos buscando para nuestro propio molino y, o sea, no nos ven con buenos ojos, los hombres principalmente. Los mismos compañeros de la ANIPA, los mismos compañeros que fueron de “500 Años”. La compañera Herme, también dijo: “la Coordinadora Guerrerense [CNMI] no va dar para más, o sea, se va igual que ‘500 años’. Se va a destruir”. Libni, Feli, Martha y yo dijimos: “¡no! No nos vamos a ir, al contrario, vamos a fortalecer”. Sabemos que no somos muchas, que los que pesan más son la gente. Nosotras somos las que

estamos como dirigiendo, pero si no compartimos conocimiento no va a haber logros.

Entonces, supuestamente, sobre eso vimos, pues, que íbamos a iniciar otra vez. Ya no podíamos, porque, pues, todas andamos sin dinero. Como que quedó un poquito aislado, ya no queríamos saber de la Coordinadora [CNMI]. Ahorita, como que ya viene otra vez con esa fuerza, por Martha que acaba de llegar en Guerrero, porque yo ya no podía, pues yo estoy amarrada. Martha estaba en la misma, Libni, pues ella le buscaba para sobrevivir y luego, pues, que también tiene hermanos estudiando y todo esto, entonces no hay, pues.

Parece nada, pero jala mucho por ese lado y, como uno no tiene un trabajo fijo, contratada acá, contratada allá, de aquí a que te contraten, yo *pior*, porque no tenía nada. Ahora me vengo a meter aquí, en la Secretaría de la Mujer que, de plano, me absorbió. Yo decía que no podía, porque yo era la patrona y todo, yo decidía cuándo me voy y cuándo trabajo. Pero ahora no, aquí trabajas porque trabajas, de lunes a viernes, sábados y domingos y si tienes alguna actividad, tienes que ir, así es que no hay horario ni día, así es.

De críticas, sí hubo bastantes y no sé ahorita, me supongo que sí, porque ahorita estoy fuera de la organización. Los mismos compañeros se han de estar burlando de nosotras: “estas viejas locas”, porque eso decían y otros compañeros decían: “a ver cuándo formamos nuestra coordinadora de hombres”. Eran palabras muy burlonas que para ellos eran pesadas, pero nosotras, como si nada. Se nos hizo un poco difícil por la legalización de nuestra organización, no sé hasta ahorita si está o no, andábamos bailando por ese lado: se hizo el acta constitutiva y se llevó al notario.

Según yo, todavía no me ha caído el veinte. ¿Dónde estoy ahorita? Actualmente estoy en la Secretaría de la Mujer. Es difícil, pues yo creo que no termino todavía de entender lo que realmente me propuse al inicio, pero creo que mi mundo está en la organización. ¿Y dentro

del gobierno? Pues no sé, no estoy bien, pero estoy aprendiendo. Tampoco me voy a quejar, estoy aprendiendo mucho, porque el ser gobierno tienes otro comportamiento y ser pueblo es distinto.

Las compañeras con las que estuve trabajando creían en mí como gestora, pero ahora como gobierno me están olvidando, porque no soy yo la que decide. Pero también hay otra cosa, es la forma en cómo yo les dé respuesta. Al principio pensé cómo entrarle. Como siempre, a mi otro yo le pregunto. Supongamos, yo soy la “Doña” aquella y la actual Domi está en el gobierno. Bueno, llega la “Doña” y pide y dice: “la actual Domi cómo me va a contestar, qué me va a decir”. Ahora eres gobierno. ¡Hay tantas solicitudes! ¿Cómo das respuesta? ¿Puede haber favoritismos? Sí, puede haber, sí, pero ¿en dónde estás? Entonces, por ejemplo, eres amiga de la “Doña”, la Domi que está en el pueblo, pero, ¿qué vas hacer con el paquetote de solicitudes de 19 municipios? La Domi del pueblo es la última que llegó. ¡Ajá! Pero como es tu amiga, ¿la vas ha pasar? ¡Órale! Pásala. ¿Qué vas a hacer? La Domi del gobierno dice: no. Sí, lo puedes hacer pero, ¿a qué te estás exponiendo?, ¿vas a dejar que las otras se vayan rezagando? ¡No! Entonces, está duro.

Las compañeras de la Coordinadora [CNMI] ya me lo dijeron: “no eres la misma. ¿Por qué ahorita que estás en la Secretaría de la Mujer no nos atiendes?”. ¿Por qué? Porque hay un reglamento a seguir, por eso. Si por mí fuera, ahorita te extiende un cheque, ahorita. Quizás, por ahí me la saco, pero no está en mí. Sé lo que es ser gestora, pero tengo otra función. Es una “migaja” del gobierno; soy parte, pero no decido ¿qué hay que hacer? Esperar por si sale la solicitud de ustedes y si no pude, ¡lo siento, espérenme! O sea, hay que ir disculpándose y aclarando, pues. No la disculpa nada más, sino ir aclarando las cosas. Hacerles ver que no es fácil. Me voy a ganar tantas amistades como enemistades. Quizás no me lo van a decir de frente, pero van

a decir: “mira, esa que va allá, la conocimos, era bien activa, pero cuando llegó allá le cortaron las alas”. Así es, eso yo lo sé.

Lo positivo. Yo tenía una seguridad de lo que estaba haciendo y lo que quería para la gente. Claro que no es mucho, es poco lo que yo avancé. Otra cosa es darme el tiempo de ir creciendo en esta capacitación. Yo sola no iba a poder, tenía que relacionarme con equis personas para crecer, para alcanzar el objetivo que me estaba proponiendo. Lo negativo: las críticas. Les tomé menos importancia, que si la Domi, que si no era Domi. Yo siempre le decía a Fructuoso, mi esposo: “no lo tomes en serio, no somos esas personas”. Claro, siempre va combinado lo negativo con lo positivo.

Como Coordinadora [CNMI], pues, como que no me he identificado a nivel regional, porque formo parte de la organización, o sea, no más con eso, ya me están halagando. Me dicen: “tú formas parte de la organización”. Por ejemplo, ahorita varias personas me han dicho: “si es que te quisieran sustituir en el cargo que estás, no hay otra persona quien asuma tu lugar”. Eso ya me lo dijeron varios hombres y varias mujeres de esta región: “tú eres la única” y eso es un crédito que me están dando en la región.

Realmente, yo siempre he estado con ganas de trabajar, pero también soy realista del trabajo que uno hace. Tal vez no he cambiado nada, pero estoy todavía con esas mismas ideas. Puede decirse que ahora estoy en otra línea de trabajo: ya no soy pueblo, soy parte del gobierno, entonces, me es difícil. Cuando estás fuera eres otra persona y al estar adentro ya no. Te van amarrando y te tienes que limitar y ya no avanzas como quieres. No sé si hice bien, a lo mejor no, pero, pues, ahí estamos.

En la comunidad como que hay respeto para conmigo, la gente me habla bien, me saluda, o sea, como siempre. Así es que no hay ningún problema, el único es el chamuco ¡jajaja! Así soy, persona que me da respeto también le doy respeto, así es.

Además tengo mis hijos. Son lo mejor que he tenido en mi vida y los quiero mucho, están en mi mente y estoy pensando en ellos, pero muy distinto, porque sé que mis hijos están donde están, los que están estudiando bueno, allá están. Pidiéndole a Dios nada más que les vaya bien, que amanezcan bien y que duerman bien.



## Queremos participar y queremos el reconocimiento

*Ubali Guerrero González\**

**Y**o soy indígena, soy nahua, soy maestra de educación indígena. Tengo ya cumplidos cuarenta años. Estoy juntada, tengo esposo, compañero. Tengo dos hijas y un hijo varón. Mi hija tiene 21 años, la tuve un poco joven, bueno no tan joven. La otra tiene 16 y el niño tiene 13.

Nuestra organización se llama Mujeres Indígenas en Lucha (MIL), Asociación Civil. Estamos en la Zona Norte del estado de Guerrero, en los municipios de Copalillo, Atenango del Río y Huitzucó.

Los indígenas siempre luchamos para que no nos exterminen. Sobreviviendo. Nuestras luchas, como pueblos, han sido para no ser desaparecidos. No físicamente, sino nuestra cultura que es lo que el gobierno siempre ha pretendido. Esa ha sido nuestra lucha desde siempre.

\* Es nahua de la región Norte, tenía 40 años al momento de la entrevista. Vive en unión libre y tiene tres hijos/as. Habla náhuatl y español y es maestra de educación indígena. Es promotora y dirigente de las MIL, integrante de la Conami, de Unorca y del PRT. Ha recibido el Premio Estatal al Mérito Civil (en Guerrero) y ha sido becaria de la Fundación MacArthur. Entrevista realizada por Gisela Espinosa Damián el 28 de noviembre de 2003. Edición de la entrevista: Juan Manuel Aurrecochea Hernández y Gisela Espinosa.

La lucha del 92, contra la construcción de la presa de San Juan Tetelcingo, fue una lucha muy fuerte. Se unieron alrededor de veintidós pueblos. Nosotros ahí ya participábamos, no como dirigentes al frente, sino nada más como parte de nuestros pueblos. Fue hasta 1997 cuando, analizando y viendo nuestras propias necesidades de mujeres, sobre crédito para nuestras artesanías y la violación a nuestros derechos humanos que decidimos constituirnos ya legalmente como organización de mujeres, por nuestros proyectos ya más específicos, porque a veces veíamos que la lucha no satisfacía nuestras necesidades como mujeres. Era tener un espacio propio para discutir, porque casi siempre las reuniones solamente eran de los señores. Y también nosotras, como grupo participando, también ya queríamos tener un espacio propio. Veíamos que muchas compañeras en otros estados estaban organizándose.

Aquí Kinal y especialmente Nellys, desempeñó un papel importante. Yo la conocía desde hace muchos años. Ella se identificaba con el Partido Revolucionario de los Trabajadores, su esposo era miembro del partido y ahí nos conocimos. Ella supo de nuestras inquietudes: que queríamos organizarnos. A varias nos invitó a talleres, así estuvimos como un año. Venían compañeras, íbamos a formarnos a México sobre el Convenio 169, sobre derechos humanos y otros asuntos en general. Ella fue un gran apoyo para clarificar cuál era nuestro propósito, qué era lo que queríamos. Ella nos dio como el camino que teníamos que seguir, aunque ya estábamos un poco organizadas, ya con los grupos. Entonces, ya nomás era cuestión de los trámites que se tienen que hacer para una constitución legal. Y bueno, nos constituimos con grupos de ocho comunidades de los tres municipios. Ahora, ya están participando alrededor de veintidós comunidades, en algunas hay hasta cuatro grupos, como en Copalillo. Ahorita no nos hemos contado, pero en una ocasión hicimos ese



ensayo: éramos como ochocientos veinte, entre las que participaban y la gente que nomás venía de invitada, nahuas todas.

En 1997 fue nuestro inicio ya como más específico, con nuestras demandas ya propias de mujeres. Algunas compañeras, como las del comité, empezamos a capacitarnos con apoyos de la Secretaría de la Mujer. Nos mandaban a cursos, a eventos que ellos tenían. También el INI. El INI tiene muchos problemas, pero el delegado que estaba entonces, el contador Figueroa, como que dio mucho impulso, vio con buenos ojos que nos organizáramos, creyó en nosotras.

Mucha gente se burlaba, hasta las mismas mujeres y, bueno, los hombres siempre nos decían que si ellos no conseguían las cosas como hombres, nosotras menos íbamos a conseguir. Sí, fue un tiempo difícil. No estábamos tan formadas como queríamos, pero fuimos aprendiendo muchas cosas buenas en el camino y la prueba es que estamos aquí.

Al principio era pura capacitación en temas como derechos humanos. Derechos humanos abarca mucho, es un tema muy amplio. Nosotras, lo que vimos fue sobre la violación. Bueno, al principio nosotras lo veíamos como algo natural, porque se daba mucho: se robaban a las muchachas y casándose con el robador, terminaba ese robo. Ahí se arreglaba todo el problema, pero nosotras empezamos a ver y a discutir que no era la solución. Y eso, en el mejor de los casos, porque en el peor el violador pagaba, a veces cinco mil o 700 pesos, dependiendo de lo grave y, de acuerdo a la costumbre, con eso quedaba saldada la cuenta. Se pagaba y ahí quedaba. El violador ya no tenía que casarse, nomás era el pago, el pago a la mujer, a la familia para cubrir el gasto, para saldar el daño. Temas como ese, comenzamos a ver que no eran normales.

Aparte de la violencia, violencia que existe mucho en las comunidades, nos capacitábamos en el tema éste tan discutido de los “usos y costumbres”. No ha sido tan fácil, porque ni nosotras mismas

como mujeres... ¿Cómo explicaría? Decía una compañera maestra que es de la organización: que ni nosotras como maestras, sabíamos que teníamos derechos. No ha sido fácil. Incluso hasta hoy, por lo menos con algunas compañeras, hemos ido creando conciencia, han ido asimilando.

No queríamos ser discriminadas, queríamos participar en las asambleas de las comisarías. A la mejor nuestra opinión podía ayudar para aportar en los problemas de las comunidades. La mujer ha tenido un papel muy importante en las asambleas, pero no con ese reconocimiento, con ese valor que le dan a los hombres. Nosotras nada más como para ir a cubrirlos, nos veíamos nomás como relleno en las asambleas. En algunos lugares, en donde las mujeres ya votan, todavía es sin decisión propia, es por donde el esposo dice, ni siquiera tienen ese derecho de decidir por dónde se vota.

Por ejemplo yo, en Copalillo –ahí viví muchos años, mi esposo de ahí era–, nosotras nomás íbamos cuando tomaban los ayuntamientos. Cuando se dio una lucha muy fuerte por el poder, para derrocar al PRI, a lo mejor de mil manifestantes, ochocientos éramos mujeres y doscientos hombres. Con esas cosas, nosotras empezamos a ver que la mujer tenía que tener ese reconocimiento. No nomás la participación, sino el reconocimiento. Nos ha costado mucho, pero sí quisiera decir que un poquito hemos logrado, ya por lo menos la organización y las compañeras tienen un reconocimiento en sus comunidades, ya se les consulta. En las cuestiones de salud y educación, por lo menos, se están ganando ese reconocimiento en la misma comunidad.

Los más resistentes a dar ese reconocimiento a las mujeres, primero fueron los grupos, los partidos políticos, los grupos de caciques, porque lo veían como una competencia por el poder. Creían que nos estábamos organizando para andar ahí de revoltosas, pero como vieron que éramos más mujeres, pensaron que había

un serio problema de arrebatarles el poder político. Ese fue un cuestionamiento muy fuerte.

Aquí en la región hay muchos caciques ricos. A nosotras nos ven como a cualquier cosa: pobres, como sin poder opinar, como somos mujeres indígenas y pobres, como que nuestra participación no cuenta, como que lo que vamos a decir no es importante. Entonces, la toma de decisiones es de ellos, es como un régimen de todas las comunidades; aunque sean diferentes problemas que se van enfrentando, no es en una sola comunidad. Eso sí nos costó mucho. También se resistían a dar el reconocimiento a las mujeres los grupos políticos y los hombres, hasta los mismos esposos, los hermanos.

Bueno, en algunas comunidades no había tanto problema, porque ya de por sí la mujer iba a la asamblea, la mujer asumía. Aunque eso no era reconocido, ya la mujer tenía esa libertad de ir a la asamblea. Como que los hombres decían: “nomás para que se entretenga”, ¿no? En algunas comunidades, pues sí, había y sigue habiendo mucha resistencia. Muchas compañeras se van saliendo de la organización precisamente por eso, porque hay problemas con los esposos, con los padres. O sea, que no lo ven bien. Yo pienso que no quieren que la mujer se capacite y que participe, porque el hombre quiere seguir teniendo el poder. Decía una compañera de una comunidad: “todavía nos quieren tener debajo del huarache”.

No todas, pero algunas mujeres ya pueden participar en las asambleas, ya son reconocidas. Para nosotras es un cambio muy importante. Algunas mujeres ya tienen más clara su visión. Han logrado negociar, negociar en el sentido de que los hombres han entendido o por lo menos han intentado entender que bueno, a las mujeres les tienen que dar ese derecho, pero en algunos casos ha habido rompimiento: hay mujeres que se separan de su marido a raíz de su participación, no en mayor número, pero sí se ha llegado a ese extremo. En algunas comunidades, los mismos grupos les

dan reconocimiento a las mujeres, pero siempre hay gente que no lo ve bien. Ellas sufren burlas. No hemos llegado a golpes, porque se tendría que ir a otro nivel, se tendría que resolver en otra forma. No hemos llegado a eso.

Cuando ya teníamos nuestra organización, estábamos más emocionadas: ya podíamos ir a la asamblea. A veces nos cooperábamos, porque no teníamos financiamiento externo. Cuando ya estaban todos los grupos organizados, gestionamos un Fondo Regional para las mujeres. Ahora tenemos un Fondo Regional que financia proyectos nada más a mujeres y, bueno, este es otro logro, porque tenemos el dinero ahí cerca y porque las mismas mujeres lo administran y lo dirigen.

Ya últimamente, con el proyecto se estuvo atendiendo lo de salud sexual y reproductiva. Vamos a México a tomar talleres con Católicas [Católicas por el Derecho a Decidir] y los reproducimos en las comunidades. Kinal organizó seis talleres en un año y los reproducimos. Actualmente, una compañera que está becada por la Fundación MacArthur, una joven, está trabajando este tema con las jóvenes de la organización. Como todo, en un principio hubo mucha resistencia con lo de salud sexual y reproductiva, mucha vergüenza de hablar de esos temas, como que no se debía. Que eran asuntos muy personales, pero, poco a poco, con tanta capacitación, fueron entendiendo. Una que otra se atreve a expresar sobre toda la cuestión sexual, a decir si son violentadas, como debe ser ese tema. Hay compañeras que dicen que eso no se debe tratar con las jóvenes ni con los niños. Hay esas, pero también hay muchas compañeras que han creado conciencia. Conciencia de que primero tenemos que cuidarnos nosotras, nuestro cuerpo. Que nosotras tenemos que decidir cuántos hijos queremos y no el hombre, porque es nuestro cuerpo. Que tenemos el derecho.

Y es que en todo, al último somos las mujeres. Primero el esposo, los hijos y hasta el último nosotras. En toda la cuestión de comida, de la salud, como que decimos: “¡ay!, pues luego, primero mi hijo, primero el hombre, porque él trabaja”. Pero vamos creando la reflexión: si queremos a nuestros hijos, con mayor razón tenemos que atendernos nosotras para que los cuidemos mejor. También tenemos derecho a disfrutar de una relación sexual plena, no nomás a ser utilizadas. Algunas sí se van convenciendo. Como en todo, va a ser muy difícil. Algunas se abren y dicen: “bueno, yo sí quisiera...”. A lo mejor antes no teníamos ese espacio, esa confianza ¿no?, con nuestras mamás o con nuestro esposo de platicar cómo queremos. Y, a veces, en la organización o en los talleres encontramos esa confianza que se da entre nosotras mismas, por lo menos de preguntarnos qué es normal, qué no está bien, qué nos está pasando, de decir lo que nosotras creemos.

Otro asunto es la salud sexual. En las clínicas dan pláticas de salud sexual, pero está más enfocado a métodos anticonceptivos. Y la salud sexual no es hablar nada más de métodos anticonceptivos. Además, de que ni siquiera se da bien la información. Nada más les aplican a la mujer ahí lo que hay. No hay todo lo que la mujer pudiera querer.

Yo digo que se debe trabajar más, más constante. Me decían unas compañeras en un taller: “Ubali, queremos que sean constantes. Nos dan un taller y hasta dentro de cinco años nos van a dar otro”. Yo creo que duro y duro, como con los niños en la escuela: hasta que se nos quede bien, bien claro. Eso lo manifestaron ellas: la capacitación debe ser constante.

En esta parte de salud sexual y reproductiva hay mucho problema todavía. A la mejor es muy mínimo lo que hemos logrado, porque tanto tiempo hemos estado desinformadas para que en unos cuantos talleres ya podamos decidir libremente. Por lo menos la información

la tenemos. A veces decían las mujeres que el marido se resiste a aceptar que la mujer decida los hijos que va a tener. Pero nosotras lo vemos más como invertirlo, en el sentido que hay compañeras jóvenes que todavía pueden cambiar, pueden hacer cosas mejores. Y las que no estamos tan jóvenes, pues lo podemos hacer con nuestras hijas, por lo menos informarles más a ellas.

Esto, como quiera, a más a largo plazo va a ir. Va a tener sus frutos, aunque así de momento, ahorita no lo podemos medir, pero no es en balde, no se echa toda esa capacitación en saco roto. Todavía hay más generaciones que vienen ¿no? Jóvenes que todavía pueden cambiar su vida. Que pueden tener menos familia. Que por lo menos ellas puedan decidir, puedan decir “no” a otro hijo.

Con la Coordinadora [CNMI] vemos que, si estamos organizadas y tenemos claro lo que queremos, va a ser más fácil convencer. Convencer a las instituciones sobre lo que nosotras queremos como mujeres. Si estamos solas, no van a causar tanto impacto nuestros esfuerzos, nuestra participación. Yo creo que sí ha tenido su repercusión la Coordinadora. Al estar organizadas, convergen varios apoyos: algunas han trabajado lo de vivienda, algunas sobre sus proyectos de capacitación, otras para gestionar proyectos. En la cuestión política, es un espacio que, poco a poco, se ha ido ganando el reconocimiento. No ha sido de gratis, porque es desde el 97 que hemos estado coordinándonos. La Coordinadora es un espacio plural, incluyente, más político que de gestión de recursos. Ha sido bueno, también, como espacio de consulta. Se han conseguido becas para las jóvenes. Y bueno, se ganan espacios más grandes: la ONU, el Foro Permanente, donde se discuten las propuestas de las mujeres, donde se hacen denuncias, más que nada, de derechos humanos. Y bueno, también están los encuentros, los enlaces: el Encuentro Continental y la Cumbre. En estos espacios es donde la Coordinadora ha tenido un papel muy importante. Hemos logrado

también tener ese reconocimiento internacional. No nada más nos hemos quedado acá, también hemos tenido otros alcances a lo mejor, poco a poquito, pero los pasos están bien dados. No es que caminamos rápido y nos equivocamos y nos regresamos, aunque sea muy despacio, lo estamos construyendo bien.

Tenemos poco de estar en la Unorca. No les ha sido tan fácil, lo que se dice, reconocer el movimiento indígena. Y los indígenas somos los que estamos en el campo, somos los campesinos. Eso, lo han tenido que reconocer. Ahora, por la misma situación que se ha presentado en el país, también va cambiando. Ahora Unorca ya es más plural. Muchas organizaciones importantes de Guerrero, fuertemente reconocidas, participan ahí. Hemos logrado esa coordinación de estar juntos. Cada quien lucha por su trabajo más específico, pero hemos logrado el respeto y la tolerancia.

Como que vemos muy importante esa cuestión de los proyectos para que nosotras nos vayamos, como un poco ¿no? liberando, porque no se trata. A la mejor nosotras nos espantamos. Igual cuando se constituyó el Fondo, pues también tuvo muchas críticas y cuestionamientos, como que querían bloquear nuestro trabajo, pero nos mantuvimos firmes y, ahora, es una fuente de recursos que tenemos ahí. Las mismas mujeres deciden cuánto para artesanías, cuánto para sus hamacas, cuánto para alfarería, para los puercos, para los borregos. Aunque sí, sabemos que es otro trabajo más, pero solamente trabajando podemos tener otro ingreso. Eso es algo muy importante para nosotras. Ahora ellas dicen: “vamos a la asamblea” y van. Antes, a veces decían: “ya tenemos el permiso, pero no tenemos el recurso”. Ahora, como tienen su dinero ya no es tan así que dependan de la decisión del marido, porque ellas pueden pagarse, aunque sea los veinte pesos del pasaje.

Creo que la mayoría de las mujeres estamos en la misma, por lo menos en la región, en la misma situación: no tenemos dinero,

no tenemos tierra, tenemos que consultar todo, todo lo tenemos que consultar. Vimos que el dinero iba a ir, no sé, empoderando. Trabajamos también mucho el tema de autoestima: que nos revaloremos primero nosotras mismas. Que no esperemos que el marido diga: “ay, qué trabajadora eres”, sino que nosotras mismas reconozcamos que tenemos potencial muy grande y que, cuando nosotras digamos: “esto no se debe de hacer porque es injusto”, como que nuestra palabra va a pesar mucho, pero cuando lo digamos de verdad, ya muy convencidas.

El reto de las mujeres indígenas es que tenemos que seguir organizándonos. No se puede decir: “ya estamos y nos vamos a sentar a ver los logros”. Tenemos que seguir incorporando a más compañeras para que algún día modifiquemos el mismo pensamiento. Cuando todas abanderemos la misma lucha, entonces, todo va a ser más fácil. Va a ser más fácil que todos nuestros sueños de un principio, podamos verlos realizados.



## Háblame en castilla

*Brígida Chautla Ramos\**

**M**e llamó Brígida Chautla Ramos y tengo 51 años. Nací en una comunidad que se llama Tlanipatla, Municipio de Chilapa, Guerrero. Mi lengua materna es el náhuatl, estudié el bachillerato y después hice la Universidad Pedagógica en la Normal Superior de la UAG. Me casé a los 21 años y tengo once hijos. Mi bebé, bueno, así le digo yo, tiene 10 años y la más grande tiene 29.

Actualmente, pues, soy de la Asociación Mexicana de Mujeres Organizadas en Red [AMMOR]. Es una organización nacional y la estoy presidiendo ahorita, pero mi organización de base es la Noche Sihame Zan Ze Tajome, Sociedad de Solidaridad Social, de Chilapa. También soy integrante de la Comisión Ejecutiva de la Unión de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas, Unorca.

\* Es nahua de la región Centro, tenía 51 años al momento de la entrevista; está casada y tiene once hijos. Es maestra de educación primaria, habla náhuatl y español. Ha participado en diversas organizaciones productivas, indígenas y de mujeres indígenas y campesinas: la SSS Zanzekan Tinemi, la Unorca, Vía Campesina; ha presidido la Noche Sihame Zan Ze Tajome y la AMMOR, y fue becaria de la Fundación MacArthur. Entrevista realizada por Gisela Espinosa Damían y Karina Ochoa Muñoz, el 14 de junio de 2006. Edición de la entrevista: Gisela Espinosa.

Yo realmente estudié ya grande, porque de mi comunidad salí como a los diez u once años. Me vine a la ciudad con una maestra que daba clases en el pueblo. Yo quería trabajar a esa edad porque, bueno, no tuve *chance*. Por azares del destino, mi papá murió y entonces, mi mamá se volvió a casar cuando yo tenía dos años o a la mejor cuatro. Y me quedé con mis abuelitos, pero como que no estaba yo tan contenta, como que necesitaba hacer algo y le decía a la maestra que me consiguiera trabajo.

Entonces, como a los diez, once años, me vine a la ciudad de Chilapa, pero con la idea de seguir, según yo, de seguir estudiando. A la maestra le decía que me consiguiera trabajo, al último me vine con ella, le cuidaba a una niñita y yo iba a la escuela. Me vine a Chilapa con la maestra que estaba en la comunidad y, cuando fue necesario, pues me inscribió en la escuela. Yo le ayudaba con la niñita y a mí me apoyaba para ir a la escuela.

Así acabé la primaria y algo de la secundaria, pero después pasaron cosas que ya no me gustaron y decidí salirme. Ya tenía 17 o 18 años, pero terminé la secundaria. Y después, me vine a la Ciudad de México, porque, claro, era una opción para continuar estudiando y trabajar. Era un problema, porque yo no contaba con ningún apoyo entonces, pero me interesaba aprender, pues, a costa de lo que hay que pasar. Hay que cambiar toda una forma de vida, la ciudad es totalmente diferente. Pero bueno, terminando la secundaria igual yo seguí trabajando y estudiando.

Una compañera, una amiga me dijo: “mira, yo me voy a México, allá hay posibilidades de estudio”. Y que me vengo con ella, me vine con ella a México. En verdad, no pude hacer mucho, porque trabajar y estudiar y luego... Bueno, pues, no fue posible entonces. Hasta me casé y, después, me regresé a Guerrero. Yo quería trabajar, porque había oportunidad de trabajar como maestra bilingüe, en ese entonces. Te estoy hablando de los ochenta, pero mi esposo dice:

“no, ¿cómo es que te vas a ir y dónde? Y ahora van a decir que no te puedo mantener”. El clásico hombre mexicano machista. Esas cosas y como que seis años estuve quietecita. Después dije: “no es posible”. Todo lo que tenía que trabajar, lo que cobraba y que al final del mes no me alcanzaba. La verdad que no.

Pensé: “y entonces, mis hijos van a crecer y, ¿cómo les voy a ayudar? Y si este hombre un día se va con otra mujer, ¿yo qué voy hacer? O en el último de los casos, ¿que tal si se muere, yo qué voy hacer? Con puro amor no voy a criar a mis hijos”. Y entonces, le digo: “mira, yo quiero trabajar”. Y él: “no, pues, es que mira...”. Y como que me quedaba quieta. No estaba yo contenta y al último le dije: “no quieres que yo trabaje, ¡pues voy a entrar a la prepa!”. Y que me dice: “de que trabajes a que estudies, prefiero que estudies, porque eso te ha de servir más”.

No me lo dijo dos veces. O sea, no esperé a que reaccionara y me dijera que siempre no. Me inscribí a un taller, porque él pensaba que nos regresábamos de nuevo al De Efe, pero yo estaba embarazada y me dijo la doctora que no podía viajar. Ya tenía tres hijos y al cuarto fue cuando entré a la prepa y terminé. Ya que entré a la escuela mi marido me dijo: “oye no”. Y yo: “pero ya me inscribí”. Incluso no quiso que estudiara en una prepa incorporada a la Universidad Autónoma de Guerrero, sino en una por cooperación, por aquello de que, este, los muchachos.

Lo que yo quería era estudiar y terminé la prepa y después, le dije: “mira, yo quiero irme a Chilpancingo”. Y me dice: “mira, si tú quieres irte a Chilpancingo, pues estás encarrerada. Tú continúa, tú sígueme. ¿El trabajo? Ya veré cómo le hago”.

Por casualidad o por coincidencia, los dos somos huérfanos de padre, tenemos mamá, pero papá no. Él, pues, no pudo lograr más estudios. Yo digo que es inteligente, pero bueno, todo depende del trato de la familia y luego porque estuvo con la mamá nada más,

yo creo. Así fue que logré hacer mi nivelación en Chilpancingo, lo hice y después dije: “voy hacer mi especialidad”, pero ya no tuve tanta suerte, porque justo el año que iba entrar quitaron lo de la especialidad.

Mis compañeras me decían qué cómo podía estudiar. No crean, había momentos en que quería dejar la escuela: tenía cuatro hijos y cuando fui a la escuela en la tarde, al salir de la casa: “¡mamá!”. Luego el llanto. Yo decía: “pobrecitos de mis hijos. ¡Ay, mejor ya no voy a la escuela!”, pero al mismo tiempo decía: “si no estudio ahorita, después ya no voy a tener oportunidad”, porque el tiempo se pasa y luego ya no iba a ser igual, ya no iba a poder, pues, porque quiero mucho a mis hijos. Pero, ¿cómo le hago? O sea, yo pensando en que después podía ofrecerles algo más o que les asesorara en la escuela o les ayudara. Todo lo contrario de lo que se da, porque se da de manera general que las mujeres siempre al último.

Ya no sé si fue malo o bueno no tener a mi papá, porque a lo mejor mi papá no me hubiera dejado. Caso contrario mi abuelito. Fue él quien más me impulsó. Como él sabía leer y escribir entonces, las primeras letras, pues, él me las enseñó y mi abuelita me criaba, no quedaba más. Cuando tenía 14 o 15 años y estaba en Chilapa, insistía mi abuelita: “vámonos a la casa, porque me da no se qué que al rato te vaya a pasar algo”. Temía que al rato saliera embarazada, porque a esa edad, en el pueblo, pues ya las están pidiendo o ya las están casando y a mí no. Y yo le decía: “abuelita, pues es que yo quiero estudiar”. Y cuando iba al pueblo, porque sí iba, me entraba mucho la nostalgia. Es que aquí es mi pueblo. Yo regresaba y, pues, es bonito, pero yo quería aprender.

Yo empecé a participar por necesidad a partir del 83, en Chilapa, en mi colonia, Los Pinos, donde vivimos actualmente; empecé como integrante del comité para la regularización de la tenencia de la tierra. Y bueno, en ese entonces, era un partido. Digo era, porque

ya desapareció, era el PST, Partido Socialista de los Trabajadores. Era reciente ese partido. Y, por la necesidad de vivienda, había que asumir una responsabilidad. Los señores sabían que yo podía hacer escritos, algún oficio. Entonces, así como que me echaron la bolita y empecé a involucrarme en las gestiones. Primero la regularización, después en otras demandas y porque, los que éramos del comité, teníamos la responsabilidad también de atender en las comunidades. Meramente el comité de esa colonia tenía que atender el resto del distrito, digamos, era una gran responsabilidad. Ahorita ya se ha reducido en la colonia, pero antes, como parte de PST, tenía la responsabilidad de atender las demandas jurídicas, sociales, etcétera.

Yo digo que tuve, no sé si fue oportunidad, para mí era necesidad y tuve que ir, tuve que disciplinarme, pero también le adjudico de que, como mi esposo siempre está fuera y ahí era riguroso participar todos o no tener derecho a la vivienda, hombres o mujeres, en mi caso, como mi esposo no estaba, yo tenía que ir a las reuniones. Mi esposo siempre ha trabajado fuera. Entonces, él se la pasaba en el México De Efe trabajando, porque es albañil mi esposo. Entonces, pues, sale más empleo en el De Efe que en Chilapa. Y yo, como quiera, pues en mi casa, más en la casa con mis hijos, cuando estaban chicos.

El otro asunto es que yo podía elaborar oficios, porque estaba, entonces, terminando mi prepa. Yo estudié ya de grande, estaba terminando mi prepa y tomaba más en serio todo, era más responsable y, pues, me empecé a involucrar en todo, en las gestiones, en salir al Distrito Federal, ir a Acapulco, a Chilpancingo, donde se requería, porque era darle seguimiento a la gestión.

Estuve en el PST del 83 hasta como el 86, 87. Entonces hubo problemas internos en el partido: se dividió y la parte donde yo me quedé se fusionó en ese entonces. Y entré al Partido Mexicano

Socialista, PMS. En el 88, se forma el Frente [Frente Democrático Nacional] para postular la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la Presidencia y entonces, el PMS decide también participar ahí, por ende, nos involucramos y entonces, yo que me meto ahí, pues. Me tuvieron como consejera estatal del partido. Igual como PMS, seguí siendo consejera estatal del partido, después se fusiona y se forma lo que ahora es el Partido de la Revolución Democrática, el PRD.

Para ese entonces, en el 88, yo era presidenta del PMS ahí en Chilapa. O sea, me fui involucrando y al rato me fueron delegando y cuando, incluso el ingeniero Cuauhtémoc estaba en campaña, me tocó a mí organizar todo eso y estar ahí. Del 87 al 88 andaba yo metida. Empezaba a abrir unas relaciones con los diputados, con las legislaciones, con los compañeros de partido. Obviamente, unos se hicieron diputados, unos se hicieron regidores y empezamos a ver diversas cosas que sucedían.

No le gustaba a mi esposo, al principio; después lo jalé y se involucró. Tuve su apoyo, aunque sea a fuerza. Entonces, en un buen día, a él se le ocurre: “¿por qué si das apoyo aquí, por qué no ayudas a la gente artesana?”. Y empiezo a investigar. Constituimos una cooperativa, en aquel entonces, la cooperativa de Los Pinos de Chilapa, de artesanos. Bueno, yo sé bordar, porque también cuando yo trabajaba y estudiaba, en mis ratos libres, bordaba para tener una entrada de ingresos. Entonces, yo aprendí a bordar bolsas y cintas, a hacer cosas que me generaran ingresos, lavar ajeno, en fin. Y me dice mi esposo: “mira, habrías de ver”. Entonces, había unos compañeros que eran diputados y sí, mira, me orientaron. Constituí una cooperativa y justo fui presidenta de esa cooperativa para comercializar y producir la palma. Después comencé a ver cómo podíamos apoyar más a los artesanos. Entonces, empecé a involucrarme y, como iba al partido, conocí a otros compás y les dije: “pues, hacemos esto y hacemos lo otro”.

Para entonces estaba Diconsa, la Conasupo, todavía. Recién en 90 se constituyó la Zanzekan Tinemi, pero antes los compañeros estaban trabajando como Consejo Comunitario de Abasto de Diconsa y estaban como definiendo áreas de trabajo, así, dándole forma, porque todavía no tenía forma, sólo eran los comités rurales de abasto. Y me dijeron: “puedes acudir ahí, te pueden apoyar”. Entonces, fui a hacer gestiones para que los artesanos movieran sus productos a Chilapa. Que no les costara mucho, sino que los carros de Diconsa llevaran sus mercancías y los artesanos les pagaran nada más la gasolina.

Y bueno, ya de ahí al rato se fue desprendiendo. De plano, después me invitaron los de la Zanzekan a entrar como supervisora de Diconsa, porque desde allí, desde el abasto, estaban trabajando en las comunidades. Ellos querían, por decir algo, impulsar a las mujeres por la lógica de la organización. Que fuera atractivo, por eso me invitaron a mí. Me dijeron: “sólo hay dos vacantes para supervisores de transporte”. Y dije: “pues sí, sí voy”.

Para no dar preferencia, dijeron: “mejor rifamos los lugares, quien salga se queda y si no, pues ya ni modo. Que nos disculpen”. Y justo me va tocando el papelito que decía que iba a transporte. “Ah, pues te vas a quedar”, me dijeron. No sé si para bien o para mal. Me quedé asustada: “¿yo qué voy hacer?”. “El lunes te presentas”.

Para entonces, me dan la tarea de que impulse la organización de las mujeres de la Zanzekan. No había ni una sola mujer, ni una sola mujer. En las comunidades participaban puros hombres, en las tiendas comunitarias puros hombres. La última palabra y la primera era de ellos. Y entonces, me dieron la tarea de supervisora. Era para dar la cobertura que yo tuviera un ingreso. Era doble trabajo: supervisar el transporte y promover la organización de mujeres. Eso fue lo que me delegaron y así fue como participé yo con los de la Zanzekan.

Los compañeros de la Zanzekan sabían que yo era del partido y que había gente que iba y venía conmigo, por eso pensaron que yo promoviera el área de las mujeres. Estuve ahí a lo mejor del 90 al 94. Me estuve metiendo más y más. Y ya en 94, 95 nos constituimos formalmente como área de mujeres. Por cierto, la organización desapareció y se formó la “triple ese” que se llama la Titekitoke.

Los compañeros de la Zanzekan decían: “somos integrales y aquí están las mujeres”, porque las mujeres sí estamos en el discurso. Cuando me di cuenta, pues que ya nos invitaron. Primero era yo, después el área de la mujer campesina. Que si el área de la mujer campesina que esto, que el otro, bla, bla, bla. Trabajamos un buen rato, así como que se desarrolló muy rápido la organización de mujeres.

Las broncas empezaron cuando protestamos por la toma de decisiones. Cuando había un evento nos tocaba hacer la comida: “¡la comida mujeres!”. ¿Y esto? Ah, ya ni buscaban a la mujer campesina. Teníamos que hacer la comida para ochocientas gentes, quinientas gentes o mil gentes. No era fácil el trabajo, así que empezamos a decir: “¿y yo por qué?, ¿por qué? Mejor que se rife y a quien le toque, ni modo”. No nos correspondía.

Esa fue una y la otra: los cargos. Tuvimos que hacer y deshacer, porque me tocó ser presidenta del comité financiero y de vigilancia de la Zanzekan, pero así como que, finalmente, las decisiones eran de dos o tres gentes. O sea, que las mujeres no tenían mucha importancia, pero el problema más fuerte fue por los recursos que llegaban, en específico, para nosotras, para las mujeres. Y al rato nos empezaban a decir que “cuánto”. Aparentemente, éramos una sola organización en la Zanzekan, pero cada quien, cada área sobrevivía como podía y sobre todo nosotras, como mujeres. Había que hacer la planeación de gastos y me decían: “oye, el dinero quiero que lo pasen al área tal, ahí no hay”. Y yo: “no. Es que ya hice cuentas



y nos queda esto. Y esto nos sirve para dos o tres meses y seguir trabajando". "No, me decían, si ya se utilizó en gastos generales". En gastos operativos, digamos que el teléfono, ¿por qué nosotras teníamos que pagar el teléfono de todos? Me cayó el veinte y digo: "¿voy a continuar así?". No, nomás no es posible. Esto no aguanta.

Cuando iban los representantes de una fundación, pues sí, también los recibíamos las mujeres, pero ellos los acaparaban. Si había un evento: "ah mujeres, que vénganse que aquí están las cosas para vender". Ahí sí. Que nosotras vendiéramos, pero que yo intentara platicar con la persona de la fundación: "que mire, estamos haciendo acá, estamos haciendo allá". Eso no. Ellos decían: "tú fulano y tú fulano se vienen aquí. Vamos a hablar con el señor". Y los mandaban traer, los invitaban a comer. Ahí no contaban las mujeres. Por esas cosas dije: "no, nos vamos a salir de acá".

Otra cosa fue que comentaron: "es que Brígida, como presidenta, no va a lograr nada, ¿por qué? Porque nosotros nos vamos de parranda con los funcionarios, por eso nos aprueban nuestros proyectos. Brígida nunca lo va hacer". "Ciertamente, dije, nunca me voy a ir de parranda con los funcionarios, lo que logremos, va ser por un esfuerzo y por nuestro trabajo". Cosas como esas, ¿no? Cosas como esas hicieron que nos desligáramos un poco de la parte económica y de la estructura de la Zanzekan, pero nos seguíamos coordinando en el trabajo y, además, estábamos en el mismo lugar.

Con las compañeras decidimos constituirnos en triple ese, la Titekititoke Tajome Sihuame, pero eso a los señores, obviamente, no les gustó: "¿para qué quieren otra organización si aquí está ésta?", decían.

En la Titeki levantamos el trabajo. Desde entonces, empezamos con los derechos humanos y nos involucramos para gestionar molinos de nixtamal y proyectos de abasto que hasta ahorita están trabajando las compañeras. En el 95, 96 empezamos a trabajar con

lo del ahorro y el préstamo que es un proyecto estratégico. Hasta hoy estamos manteniéndolo, seguimos trabajándolo.

Participábamos en el nivel nacional como mujeres de 1991 a 1997. En ese entonces, lo que hoy es AMMOR era la red de mujeres de Unorca y dependíamos de su dirección, pero analizamos y decidimos mejor constituirnos en asociación. Desde 1997 somos AMMOR.

La AMMOR tiene su propia estructura organizativa, su propia autonomía, su directiva y su espacio, pero como red tiene representación en la comisión ejecutiva de la Unorca.

Las compañeras que tenían un sobrante del proyecto financiado, dijeron: “¿qué vamos hacer? Lo dejamos como un fondo para que nos lo vayamos prestando cuando lo necesitemos y ahí que esté”. No lo manejábamos como ahorro, sino como fondo, fondo revolvente; después ya le cambiamos el nombre, como ahorro y préstamo.

Por algunas otras cosas que se dieron con los compañeros se desintegró la Titeki. Se crearon intereses al interior y al rato yo mejor decidí desligarme. Dije: “si dicen que yo soy la causa del problema, mejor me voy, porque es un trabajo que se está levantando con mucho esfuerzo, con años de trabajo”. Me salgo de la Titeki en 1999 y siguen trabajando un rato, pero la que se quedó al frente empezó a coquetear por aquí y bla, bla. Cayó en la jugada, porque al rato el objetivo era desaparecer la organización. Y desapareció en el 2000. O sea, duró muy poco después de que me fui.

Yo creo que los problemas internos fueron de dirección. Uno que otro grupo se fue, pero otros se mantuvieron. Siguieron las visitas a las compañeras a pesar de los problemas, nomás dejamos un receso de cuatro o seis meses, pero había mucha relación y se siguió visitando. Las compañeras están trabajando en el ahorro y el préstamo, en las tiendas y en los molinos. Se mantienen. Unas, a lo mejor, porque necesitan el servicio; otras, las que iniciaron, las que se

involucraron y que hasta hoy están trabajando, a lo mejor continúan ahí porque cada seis meses, cada año, se reparten utilidades.

En 2000, 2001 yo estuve becada por la Fundación MacArthur. Entonces, esa parte sirvió para fortalecer el trabajo. Estaba muy flojo y como que se empezó a reactivar todo con el recurso de la beca. La invertí, digamos que para levantar el trabajo, para dar seguimiento a los grupos o empezar otros nuevos.

Ahora involucramos a los señores, es una dinámica diferente a la de la Titeki, ahí éramos puras mujeres y a los señores no queríamos verlos. Eran mujeres y sólo mujeres, pero se estaban dando los conflictos. Eso me sirvió como lección a la hora de emprender un nuevo proyecto para involucrar también a los hombres.

Las mujeres conocen sus derechos, pero si los hombres siguen en la misma, entonces, se siguen dando los conflictos. Por eso, ahora involucramos a los señores. ¿Qué cómo los involucro? Voy, hablo con las autoridades comunitarias sobre el proyecto, dos o tres veces. Es la conquista de la autoridad, hay que darle a conocer el proyecto y ella programa una asamblea en la comunidad. Estaría como aliada la autoridad, si no está, no va la gente. Hay que explicarle todo a la comunidad: “el proyecto es éste y yo vengo aquí y voy allá”, etcétera. Ya entonces, hasta entonces, se puede programar un taller para la comunidad.

Entonces, fue un aprendizaje bien interesante, porque el proyecto fue comunitario, municipal y regional. En cada municipio se iba a cuatro comunidades, se hacían los talleres en cada comunidad. Después, con la representación de las tres o cuatro comunidades, hacíamos una reunión en un lugar estratégico. Iban las autoridades. Traía yo como unas seis listas de asistencia y le empezó a parecer bien a las personas. Al principio, como que no dejaban a las mujeres, pues, no. Incluso, a lo mejor de broma, pero llegaron a decir: “esta señora Brígida llega y controla a las mujeres y le van a obedecer

–porque pensaban que uno las va a mal aconsejar– y vamos a hablar mejor con Pablo. Que ya no deje venir a su esposa acá, porque ya las mujeres no nos van a obedecer y van a querer mandar ellas”. Se dieron, pues, esos comentarios a ese grado, a ese nivel.

Los temas de la capacitación eran principalmente los derechos de las mujeres indígenas, los derechos de las mujeres en general, pero para que fuera atractivo también manejé los derechos de los hombres, porque si no, ellos se sienten excluidos. Al hablar por ejemplo, de autoestima y de salud, si decía una cosa mala de los hombres, de inmediato también exponía yo una experiencia o una anécdota de alguna mujer que dejó al esposo y que se fue con otro por ejemplo, para que no sintieran. Como que tenía que balancear para que no se sintieran aludidos. Con mucho cuidadito presentamos los materiales de un diplomado sobre derechos humanos que me tocó tomar en Costa Rica. Entonces, la violación y los maltratos, la violencia hacia las mujeres en concreto. Cuando venían los señores me puse a ver las expresiones, a ver qué les parecía. Y sentían vergüenza, algunos decían que no sabían que no hay que pegarle a la mujer. Para ellos es una cuestión bien natural, como que el hombre es el que manda, es el que mantiene y tiene derecho a golpear. Eso les inculcaron, a las mujeres les dicen: “es tu marido, es tu padre. ¡Aguántate!”. No, no puede ser. Entonces, cuando se meten en esos temas dicen: “ah no, pues sí, sí es cierto”. Eso fue ayudando.

Este fue el proyecto que desarrollé con la beca y fui propiciando hasta que en el 2001 constituimos otra organización, la triple ese, Noche Sihume Zan Ze Tajome (Todas las mujeres como una sola). Ahí se siguen trabajando los proyectos. Ahorita estamos en lo de capacitación. Nos hemos involucrado mucho en los derechos de las mujeres, también apoyamos las gestiones. Ahí se continúa el trabajo. Bueno, ya no me involucro, porque ni tiempo tengo, pero mis

compañeras lo han retomado tan bien que lo están ampliando y le están dando mantenimiento.

Posiblemente, me equivoqué mucho. Yo pensaba erróneamente que las que no tenemos autoestima somos nosotras, las que no pasamos por la universidad. Que por eso los atropellos, las violaciones. Que las que fueron a la universidad sí saben todo y se saben defender. Pero veo que no. Que dentro de las organizaciones siempre hay algo, un problema para que avance el trabajo con mujeres, sea quien sea la representante. Como que los señores siguen con la misma idea de que ellos tienen el control, aunque no dependamos de ellos, porque la AMMOR no está bajo la dirección de la Unorca, pero estamos ahí y no tenemos lugar específico. Tenemos un espacio chico desde que éramos red de mujeres, pero hasta ahorita no tenemos un espacio propio, entonces, así como que me dan órdenes. Siempre se da como preferencia a los compañeros, a los compañeros.

En un caso me dice el compa: “mira, me vas a avalar un proyecto”. El asistente me dijo que yo lo avalara como AMMOR para que a ellos los financiaran. “Yo lo tengo que pensar”, le dije, porque eran 500 mil pesos, no eran diez. “Hay que pensar rápido”, se me puso en un plan así el asistente, pero yo dije: “esto tengo que revisarlo primero”. “De inmediato”, me dijo. Y yo pensé: “ah, cómo no guapo, ahorita quieres que te apruebe”.

Yo soy de las personas, a lo mejor, muy malas, porque digo: “yo no tengo porqué andar rindiendo a nadie, yo estoy representando a una organización que me han mandado las mujeres y, mientras ellas no mandaten nada, no tengo por qué obedecer a otra gente. No voy a tratar con quien no corresponde, sólo con mis compañeras”.

Con la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas hemos estado desde antes, cuatro o cinco compañeras le han dado seguimiento. Está Libni, en representación de la Noche Sihame; ahora también está coordinando a la Coordinadora Guerrerense de

Mujeres Indígenas. Si me llaman puntualmente, yo ahí estoy, pero doy por hecho que está Libni, está doña Felipa Riqueño, Isabel Dircio y más compañeras. Ahorita me absorbe este asunto de la AMMOR.

Con Felicitas Martínez, Martha Sánchez, Hermelinda Tiburcio y nosotras, hemos platicado en cuanto a las organizaciones de mujeres, cómo incidir. Buscamos que nos escuchen. Nos hicieron unas entrevistas en la radio, dimos algunas conferencias de prensa. Algunas compañeras de la Coordinadora se metieron de lleno al asunto de salud materna que es la otra parte importante que ha hecho la Coordinadora: hacen referencia a los derechos de las mujeres indígenas, al trato que queremos de las instituciones. Queremos incidir en las políticas públicas.

Que se haya constituido la Coordinadora, ayuda a hacernos visibles, nos hacemos escuchar en otras instancias como la Secretaría de la Mujer, la Secretaría de Asuntos Indígenas. Con quien hemos estado como más de la mano, de quien no nos hemos despegado, ha sido el INI, ahora Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI. No nos han marginado, porque a pesar de muchos requisitos, continuamos trabajando. Yo me he involucrado en talleres, puedo cumplir con un tema, pero también se me ha pedido traducir, porque luego hay compañeras que sólo hablan la lengua materna, no entienden el español. Las hemos traído a los servicios estatales.

En el 2004, también se hizo un evento en el Congreso local de Chilpancingo. Hicimos acto de presencia. Las diputadas no querían y nos plantamos en el patio del Congreso. Mucho hablamos de nuestros derechos, de la soberanía alimentaria, por ejemplo y de que a las mujeres nos interesa y nos preocupa cómo producir nuestros propios alimentos. Pero no sólo eso, sino cómo mantenemos nuestros recursos naturales, haciendo énfasis en lo de las semillas criollas. Ahí estuvimos, denunciando que no estamos de acuerdo con la violencia,

porque sí, es lastimoso, pero es una realidad que vivimos, hemos tenido casos ahí de compañeras que han sido asesinadas.

En una comunidad, a una compañera la mataron. El esposo es migrante, está en los Estados Unidos, ella sufría acoso de otro hombre y no hizo caso, luego la mataron. Otro caso fue en Chilapa, igual mataron a la compañera en su casa, junto con su hija, pero ahí se adjudica, bueno, se piensa –no tenemos la certeza– que fue robo; había gestionado algún recurso, a lo mejor fue robo, pero la mataron. En otro municipio, un señor nos dijo: “no, pues, a fulana la mató el esposo”. Y ya no dice más, no quería hablar, no quería dar datos, no quería dar información, seguramente por temor, no es por otra cosa. Tenemos que estar motivando que se animen a denunciar para dar seguimiento a los casos.

Con nosotros han llegado casos de otro tipo, por ejemplo, llegan los señores: que los detuvieron, que los acusaron de homicidio, que los acusaron de drogas. Antes, con un compañero que ya murió, nos metíamos de defensores: “no, pues que en base en esto y lo otro”. El señor no tenía ni la primaria, pero todos recurrían ahí. El partido da esa cobertura. Ahora han ido conmigo y yo digo: “bueno, mejor se los dejo aquí. Que las compañeras hagan un oficio dirigido a tal persona. Que hay que pedirle apoyo al abogado. A ver, denle seguimiento”.

Antes de ser Coordinadora impulsábamos la organización. Constituirse también fue un requisito para conseguir financiamiento. Lo otro es que la Coordinadora se conforma con compañeras que vienen de distintas regiones de Guerrero: de la Costa Chica viene Martha y Hermelinda, Felicitas. No todas son de ANIPA. Nosotras, de la Noche Sihame, somos de la Región Centro. La inquietud que tenemos, así como indígenas, es una misión muy importante: mejorar el nivel de vida de nuestras compañeras. Nos preocupa que, a lo mejor, las compañeras están produciendo algo, pero tenemos el problema de

la comercialización, tenemos el problema de salud que no es sólo de Chilapa, sino del resto del estado, nos preocupa cómo aterrizar. Y, ¿dónde estamos? Por ejemplo, Domitila Rosendo en Tlapa, las que están en la Costa Chica, las que estamos en el Centro y las que están en el Norte, aunque ahorita no están participando. ¿Cómo hacernos escuchar?, ¿cómo incidir, pues, en la Secretaría de la Mujer, en la de Desarrollo Rural, en la Sedesol?, ¿cómo en la Secretaría de Salud? Ha costado mucho trabajo.

En esos momentos es cuando se hace por ejemplo, el diagnóstico de salud, de mortalidad materna. Ha sido de veras muy fuerte. Si se da algún problema en Chilapa, han recurrido a mí, he abierto las puertas de lo que antes era Centro de Salud y que se elevó a hospital, sin atender como debe de ser. Buscamos a quien dirigirnos cuando hay compañeras que no pueden pagar. Que por eso no se queden sin atención. Lo que despunta el proceso fue el diagnóstico de mortalidad materna. De ahí se originó un modelo de atención, una alternativa de atención a la salud frente a la medicina de patente que llega a los lugares más marginados. Nuestras compañeras mueren, mueren por causas que no deberían morir, porque pueden ser atendidas. Esa es una cuestión. La otra es que estamos juntando ideas y acciones para incidir en las políticas públicas. Hace poco pensaba que no hay una ventanilla específica para mujeres, para nuestras necesidades. Tenemos que competir con las organizaciones mixtas o con los hombres. Nosotras siempre quedamos al último, no hay un techo financiero específico para las mujeres.

La Secretaría de Desarrollo Rural por ejemplo, nos ha financiado, pero a cuenta gotas. En este año, no tuvimos ningún apoyo. Siempre ha sido un problema. Es un asunto fundamental unir todo el esfuerzo para impactar o incidir allá, en las instancias que correspondan. Hasta ahorita parecen pasos muy cortos, pero yo creo que se está haciendo algo. Mis compañeras ahí están más permanentes. Yo no



me he metido tanto, pero voy a las reuniones cuando coinciden con mis viajes a la región, no puedo estar ahí todo el tiempo.

Es preocupación nuestra fortalecer el trabajo y que se vayan sumando otras compañeras. Es un trabajo de hormiga y, como no hay financiamiento, se hace más complicado. No por eso se deja de hacer, seguiremos buscándole, es la tarea que tenemos: cómo hacer que a las instancias les preocupe la salud. También es importante cómo tener un ingreso para mejorar las condiciones de vida, no sólo de las que andamos acá, sino de las familias y de otras compañeras que se puedan ir sumando.

Creo que las compañeras que están involucradas en la Coordinadora tienen que irse especializando, involucrarse cada vez más, de manera que sí se pueda incidir en las políticas públicas, pero, además, también tenemos que promover la incorporación de mujeres en las regiones que no están involucradas. Desde luego, se requiere trabajar, pero también tenemos que ver aliados, porque de no ser así, como que trabajamos y retrocedemos. Es desgastante, alguien se queda en el camino. Los procesos así son. Se trata de sumar. Que crezca la organización desde los municipios, desde las comunidades. Que haya responsables para que fluya la información. Puede haber reuniones periódicas en el estado.

Tenemos que buscar espacios políticos de representación popular para llegar con nuestros problemas a la compañera que esté en la comisión de salud, en la comisión de género, de desarrollo comunitario. Ahí en los ayuntamientos, buscar espacios en el Congreso. Tenemos que buscar a las compañeras que tengan sensibilidad y que no se nos pierdan al llegar a un espacio de esos, porque eso sí, hay que trabajar mucho para llegar ahí, ¿y que al rato se nos pierda? Es ahí donde se vería si estamos más completas, donde nos sentiríamos identificadas para decir qué proponemos a la Regiduría. Que la persona que nos represente en el Congreso retome lo que venimos trabajando

y queremos que desde ahí fortaleciera. A lo mejor, conquistar otros espacios para las mujeres, porque de lo contrario ahí estamos, pero a lo mejor no nos escuchan. Hay que conquistar también con políticas que nosotras queremos. Que vean, pues, las mujeres estamos ahí y las mujeres también debemos estar en la agenda legislativa. Los problemas de las mujeres tienen que retomarse.

A mí me ha caído el veinte con esto de los derechos humanos. AMMOR como que me dio el empuje para seguir involucrándome en los derechos humanos, pero mi fuerte, donde me siento plena, es el asunto de derechos humanos de las mujeres indígenas, porque somos las más desprotegidas, somos las que menos información tenemos. Al conocer estos temas, pienso porqué ando acá, y se me viene a la memoria el asunto de cómo fue mi niñez, de que sólo por el hecho de haber nacido mujer, dijeron que no me tocaba herencia, así, como que fue pecado ¿no? Mi abuela paterna con sus cosas. Yo no la juzgo, porque es la cultura, es la costumbre. Y es que no se veía más allá que las tareas que le han dado a las mujeres. Siendo indígena, mi abuela no sabe, no conoce, creyó estar haciendo bien. Al nacer yo, alguien le dijo: “¿de qué te preocupas? No le tienes que dejar nada”.

Yo soy hija única. Mi papá trabajó bastante, no era rico, pero tenía solvencia, en cambio yo: ¡a tener carencias! Mi mamá tuvo que buscar de otra manera y yo fui a dar con mis abuelos, porque le dijeron: “no, es que es mujer, no le toca. Si hubiera sido hombre sí, pero es mujer”. Eso lo traigo y digo: “bueno, ahora que me doy cuenta, esto no es justo”. Cuando voy conociendo los derechos digo: “Esto no tiene que ser y esto ha pasado así. Como mi caso, no sé cuántos casos: no fue a la escuela, porque es mujer; no le toca la herencia, porque es mujer; no le toca salir, porque es mujer”. Y de ahí, como que me he dado seguimiento y me he involucrado tanto.

En la cuestión indígena, ahí estoy. A mis hijos les digo: “ustedes nunca subestimen o desprecien a gente así, porque yo vengo de

ahí". De tal manera de darles la sensibilidad y la sencillez. Hablar de los indígenas me ha dado como mucha fortaleza. A lo mejor, de mis seis, siete años, a lo mejor hasta los doce o quince, con mi abuelita, pobrecita... Caminábamos de la comunidad hasta Chilapa, porque es donde venía a vender su producto y a hacer sus compras. Al llegar ahí a Chilapa, siempre me decía mi abuelita: "No quiero que me hables en mexicano –porque así decíamos: 'en mexicano'. Háblame en castilla". Y yo eso lo traduzco, veo cómo es que éramos tratados los indígenas.

A mí nunca me pusieron nagua [traje tradicional] y mi abuelita utilizaba la nagua. Me pusieron vestidito, porque según ellos estaban mejorando conmigo, o sea, no querían ver que me maltrataran. Decía mi abuelita: "háblame en castilla, aunque yo no te entienda", porque mi abuelita no hablaba el español, medio entendía, pero no lo hablaba. Y ahora que recuerdo, digo: "ay, pobre de mi abuelita, cómo no iban a ver que soy nahua, si yo vengo descalza y, pues, cómo no se va a distinguir uno". Pobrecita de mi abuelita.

Yo no la culpo, así fue, igual a mi mamá, no la culpo. Un día me dijo: "pues yo te dejé. Es que tu abuelito dijo que te quedaras". Y yo le decía: "¿por qué no me llevaste, por qué no me llevó con usted?". Y ella me dijo: "es que yo te quería llevar, pero tu abuelito me dijo que no. Y yo me casé porque pensé: 'el día que mis papás se mueran ¿yo qué voy hacer?' Si no estás con un hombre, no estás salvada. Si no estás con alguien que te respalde, como que no eres nada". Entonces, tenía que casarse para no estar sola y tener el respaldo de un hombre. Yo nunca la cuestioné, pero de repente decía: "es que hubiera querido a mi mamá, aunque sea para que me hubiera regañado, me hubiera corregido". Me dejó con mis abuelitos que no estuvo mal, pero igual yo la justifico, porque la entiendo. Yo la entiendo a estas alturas y siempre traté de entenderla, pero las mujeres indígenas no tenemos por qué seguir así.



TERCERA PARTE  
Los logros, los retos



## Un balance

*Martha Sánchez Néstor  
Libni Iracema Dircio Chautla*

Hace seis años, en 2004, nadie sabía que un grupo de mujeres indígenas de Guerrero estábamos pensando en formar una coordinadora. No existíamos, aunque el caminar de muchas de nosotras llevara ya varios años. Ni siquiera todas las que más adelantito formamos parte de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas nos reconocíamos en ese nombre.

En 2010, en Guerrero, las organizaciones sociales, las organizaciones indígenas, las organizaciones no gubernamentales, las instituciones que tienen que ver con los pueblos originarios, no pueden ignorarnos. No sólo saben de nuestra existencia en las comunidades y el estado, también nos conocen en otros lugares de México y de América Latina. En seis años, a fuerza de trabajo hemos logrado cierto reconocimiento y eso es importante, porque sin reconocimiento sería más difícil nuestra tarea.

Tener presencia y tener voz como Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas, son conquistas que han significado mucho esfuerzo. Nuestros pasos enfrentan demasiados obstáculos, cada piedra que dejamos atrás es un logro, pero hemos aprendido que no por saltar una piedra ya está parejo el camino. No, nuestra ruta es muy larga, falta mucho para que nuestros pueblos y las mujeres indígenas de Guerrero puedan, podamos vivir como quisiéramos.

Hace varios años definimos nuestros objetivos, todos relacionados con la búsqueda de alternativas ante los problemas que vivimos las mujeres. Hemos avanzado en varios sentidos, pero ningún objetivo se ha alcanzado plenamente. Todos siguen vigentes porque ningún problema se ha resuelto definitivamente.

Destinamos mucho tiempo y recursos a capacitar y formar a las compañeras y a nosotras mismas. No sabíamos muchas cosas; nos hemos dado cuenta de la importancia de conocer nuestros derechos, que la muerte materna no es “natural”, que tenemos derecho a una vida libre de violencia; nos hemos dado cuenta de que nos amparan leyes nacionales e internacionales, que no hay derecho a hacernos a un lado en las decisiones sobre nuestra vida y nuestros cuerpos, sobre la vida en nuestras comunidades, que la autonomía a la que aspiramos es para nuestros pueblos pero también para nuestras personas, que la lucha por los derechos colectivos no está peleada con la lucha por los derechos individuales. Todo eso nos ha dado mucha fuerza. “Saber es poder”, dice el dicho. Sí, no es el poder para andar mandando a los demás, en nuestro caso, es un arma para defender lo que nos corresponde, para que nos respeten, para que cuente nuestra palabra en las cosas que nos competen, para que nos reconozcan como personas y como ciudadanas.

Estamos tocando rezagos y problemas muy dolorosos de los pueblos indígenas y de nosotras como mujeres. En torno a ellos hay procesos organizativos que no existían hace un lustro, como la red de parteras y promotoras de salud que atiende la Casa de Salud de Ometepec y que realiza trabajo de base en derechos humanos, salud materna y violencia, con mujeres, jóvenes y varones en comunidades de la Costa Chica y de la Montaña de Guerrero. Esta red y la Casa son fuerzas vivas que se construyeron gracias al trabajo de la Coordinadora, aunque hoy tengan su estructura organizativa y sus propias coordinadoras. Desde ahí se sabe a ciencia cierta y sin tapujos



qué problemas están viviendo las mujeres en sus cuerpos, con sus parejas y en sus familias, en sus comunidades, en los hospitales, ante las autoridades. Manejar esta información es indispensable para la gestión de proyectos y la defensa de nuestros derechos y de nuestra autonomía frente a las instituciones públicas, pero también frente a las autoridades comunitarias, los esposos, la familia; en uno y en otro espacio, en ocasiones se actúa como si no importara la salud, la vida y la voluntad de las mujeres indígenas.

En el ámbito estatal, hace varios meses venimos tejiendo procesos con varias compañeras: Emma Ceron, Susana Oviedo, Hermelinda Tiburcio, Petra Hermillo, Ascencio Villegas, Brígida Chautla, Avelina Valera, Francisca de la Cruz, Elia Anastacio, David Meléndez y Olga Delia Vivar; con ellas impulsamos, de nueva cuenta, el comité estatal de muerte materna, pues este problema es el último y más dramático eslabón de muchas injusticias sociales y de género. Gracias a nuestra labor en la Costa Chica, en la región Centro y en la Montaña, y luego de muchas reuniones de seguimiento y discusiones, en mayo de 2008, se logró instalar el Comité por una Maternidad Segura y por la Salud de las Mujeres en Guerrero. Ahí se aglutina el esfuerzo de varias instancias: la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias (CRAC), la Red por los Derechos Sexuales y Reproductivos (Ddeser), Red de Mujeres Rurales Trabajando por el Bien Comun, Propietarios de San Diego, Unión de Pueblos de la Región Oriente de Coyuca y Poniente, Noche Sihuame Zan Ze Tajome, Colectivo Nosotras, Comité de Defensa Popular, Red Social de Mujeres de Tlacoapa, Facultad de Medicina de la UAG, Red de Empleadas del Hogar, Unión de Organizaciones Económicas y Mujeres Productoras de Guerrero, Wipi Jubaa' Mariposa de la Montaña de Tapayoltepec Municipio de Malinaltepec, Universidad Campesina del Sur (Unicam-Sur), Red de Mujeres Indígenas en Lucha por sus Derechos de Olinala, Centro de Investigaciones de Enfermedades Tropicales (CIET), las

Mujeres Organizadas del Cerro del carrizo de Acatepec, montaña de Guerrero, el Hospital de la Mujer y el Niño Guerrerense, la Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas”, Kinal Antzetik Guerrero y la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Creemos que este es un paso más en el que se suma el interés y el trabajo de muchos actores en torno a un fin común, muy importante para todas las mujeres indígenas de Guerrero.

La experiencia que las parteras y promotoras de salud han desarrollado en torno a salud materna y prevención de la violencia, ha permitido que se diseñe un “Modelo de atención para mujeres indígenas”, que puede ser replicado en otras regiones. Todo ello es resultado de un enorme esfuerzo colectivo y de una política de alianzas que nos allega recursos, ideas, acompañamiento o trabajo de muchas instituciones y personas que apoyan la labor de la CGMI.

La Coordinadora ha tratado de que las mujeres indígenas guerrerenses conozcan sus derechos y puedan exigirlos, que no sientan que se les hace un favor, sino al revés, que sepan que la irresponsabilidad y discriminación con que se trata a los pueblos y a las mujeres indígenas tiene que ver con incumplimiento de derechos. Apenas se empieza a pensar en una legislación y una procuración de justicia con perspectiva de género. Por ejemplo, en la Policía Comunitaria, algunas de nuestras compañeras están tratando de que la procuración de justicia y los procesos de reeducación no partan de la idea de que las mujeres valen menos o que su papel es obedecer y servir a todos. La reeducación de las mujeres debe partir de un marco de equidad, lo cual también obliga a reeducar a los hombres, a la gente de las comunidades, a los funcionarios del Poder Judicial federal, estatal y comunitario. Este es otro de los puntos a favor de la Coordinadora, hemos sembrado la semilla de una cultura del derecho que va en contra de la cultura y la política clientelar; hemos sembrado una

cultura de equidad que va en contra del dominio sobre las mujeres, venga de quien venga y en el espacio que sea.

En 2007, junto a muchas organizaciones mixtas y de mujeres, comunitarias y regionales, la CGMI impulsó la Convención Estatal Indígena y Afromexicana (CEIA) de Guerrero. Nosotras, mujeres de la CGMI, participamos en asambleas y reuniones de seguimiento, cabildeo político, tejido de consensos, conferencias de prensa, recorridos, reuniones institucionales, diálogos, preparativos y actividades múltiples. Éramos prácticamente las únicas mujeres en un mundo con fuertes liderazgos masculinos de los pueblos amuzgo, tlapaneco, mixteco, nahua y afromexicano. Nuestra presencia fue posible gracias al trabajo acumulado, sin él, las mujeres no habrían tenido voz, voto, participación directa, ni representatividad política.

La CEIA logró un diálogo de altura con la CDI federal durante un tiempo. Con base en el Convenio 169 de la OIT, la CEIA exigió que toda decisión en los ámbitos político, administrativo y de desarrollo en Guerrero, fuera tomada entre los pueblos indígenas y la CDI en un marco de consulta, bajo el consentimiento libre, previo e informado. Así, la CDI y la CEIA acordaron que, el o la delegada estatal de la CDI debía ser indígena de Guerrero, con experiencia en la administración, conocimiento de la realidad actual de los pueblos indígenas de la entidad y con capacidad de liderazgo y diálogo; que el nombramiento debía salir de una terna propuesta por el CEIA a la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

En la Convención Estatal Indígena, celebrada en 2007 con alrededor de 800 asistentes (autoridades comunitarias, delegados y comisarios municipales, presidentes de comités locales, representantes de organizaciones mixtas y de mujeres), por consenso, nuestra compañera Martha Sánchez Néstor fue elegida para la terna, los otros integrantes de ésta eran varones. Martha no llegó al cargo por motivos políticos y de género, por una guerra subterránea

emprendida por funcionarios, diputados federales guerrerenses que estaban en la Comisión de Asuntos Indígenas y algunos líderes indígenas varones, que presionaron para que un hombre ocupara el cargo pese a que no tuviera el mejor perfil para ello. No obstante esta cuestión, la CGMI pugnó por la unidad de la CEIA, más aún cuando se trataba de realizar, conjuntamente, las intensas jornadas regionales de comunicación, la redacción de documentos, la coordinación de reuniones políticas, de planeación y de propuesta para elaborar un *Plan Estatal de Desarrollo de los Pueblos Indígenas de Guerrero* –académicos de la Unisur diseñaron una metodología de consulta para ello– y exigir nuestras demandas a la institución.

Todo el proceso iba caminando bien hasta que en mayo de 2009, la CDI federal destituyó arbitrariamente al entonces delegado indígena, y se paró el proceso de diálogo en torno al *Plan Estatal de Desarrollo de los Pueblos Indígenas de Guerrero*, a la vez que se impuso al delegado estatal actual. Así se rompió el proceso de “nueva” relación de pueblos indígenas y gobierno federal; la CDI federal traicionó su palabra y la firma de acuerdos sostenidos en las innumerables mesas de diálogo que se sostuvieron de Chilpancingo y el Distrito Federal. Por ello, también en mayo de 2009, la CEIA volvió a enarbolar el derecho a la consulta para designar al delegado, con la idea de que se respetaran los criterios y procedimientos definidos en 2007. Hubo muchas manifestaciones y diálogos internos y públicos, una fuerte lucha por reivindicar nuestros derechos colectivos y políticos; pero la CDI federal, de manera central el titular de la Unidad de Coordinación y Enlace de la CDI –hoy titular de la dependencia– Xavier Abreu Sierra, impuso a un originario de Yucatán como delegado, su paisano.

Debido al desgaste de la lucha y a diferentes liderazgos y visiones, en ese trecho se fracturó la CEIA, algunos pedíamos la realización de la consulta y la salvaguarda del proceso del *Plan Estatal de Desarrollo*,

mientras otros compañeros pedían la reinstalación del delegado destituido porque era originario de su región, el Alto Balsas. Pese a los reveses, se lograron dos puntos de acuerdo: uno del Congreso Estatal y otro del Congreso de la Unión y de la Comisión Permanente del Senado de la República, que exhortan a la CDI federal a realizar una consulta cuando haya nombramiento de delegados estatales, a fin de tomar con prioridad las propuestas con perfiles indígenas.

Hoy, reconstruir las redes del movimiento indígena estatal es un reto, no sólo de la CGMI, sino del conjunto de fuerzas indígenas del estado, pues sin organización y alianzas será muy difícil lograr nuestros objetivos y sueños. Nosotras sentimos que la justicia y equidad para las mujeres no sólo implica la organización y lucha de mujeres, sino la transformación positiva de la vida social de los pueblos indígenas.

El proceso fue importante para la CGMI, pues por primera vez en la larga historia del movimiento mixto, las mujeres no desempeñaron el eterno papel silencioso y de apoyo logístico, tuvieron participación activa, presencia y voz propia, liderazgos de mujeres reconocidos no sólo por las mujeres. Esta experiencia indica que poco a poco estamos construyendo nuestro derecho a decidir en el espacio público. No se ha logrado a plenitud, pero las cosas no son como hace un lustro.

En seis años de vida, la CGMI ha creado organización y pertenencia. Hoy, nuestra identidad política colectiva no es la de mujeres indígenas temerosas y dejadas, sino la de mujeres que luchan. Hemos impulsado proyectos muy importantes como el de salud materna y contra la violencia, que muy rápido las mujeres de las comunidades hicieron suyos porque responden a problemas fuertes. Hemos sembrado la semilla de los derechos, de la lucha contra la discriminación racial y por la equidad de género. Prendió la siembra, le falta crecer mucho, pero viene muy bonita la planta. Hemos logrado reconocimiento a la Coordinadora y con ello a las mujeres

indígenas. No éramos nada, no existíamos, hoy somos –como se dice ahora– *sujetas sociales*.

Estamos iniciando un proyecto en las regiones Centro, Montaña y Costa Chica, en torno a tres ejes: educación –en derechos humanos y alfabetización–, salud reproductiva y contra la mortalidad materna –que se reconozca, valore, respete y se pague el papel de las traductoras y de las parteras– y violencia –prevención y erradicación de la violencia, en especial la que va contra las mujeres. Nos llevó más de un año participar en la gestión de este modelo, junto con la Secretaría de la Mujer del gobierno del estado, la Sedesol, Unifem y –al inicio–, el acompañamiento de la Secretaría de Asuntos Indígenas.

Participar en el proyecto es posible porque tenemos trayectoria y reconocimiento. La CGMI ha tenido un papel central en el cabildeo y la coordinación con otras organizaciones guerrerenses que también gestionaron el proyecto: Kinal Antzetik-Guerrero, Kimi Taxa hoy Savi Yoco, la Noche Sihuame Zan Ze Tajome, Unión de Mujeres de Tlapa, la Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas” y la Comisión de Mujeres de la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias de la Policía Comunitaria. Se trata de abarcar 22 comunidades de quince municipios en las regiones Centro, Montaña y Costa Chica. Creemos que este proyecto dará una dimensión territorial al trabajo que venimos haciendo en ciertas comunidades o zonas, además permitirá sumar fuerzas de seis organizaciones que, en lugar de competir, colaboran.

Negociar juntas el proyecto también ha sido un aprendizaje, creamos consensos entre las organizaciones guerrerenses, estamos abriendo surcos no marcando cotos de poder; pero además, gracias a la negociación conjunta, las instituciones públicas han aceptado trabajar con las redes sociales que hemos construido en vez de imponer nuevas figuras organizativas.

Por otra parte, con el fin de fortalecer el trabajo en las zonas Norte, Montaña y Centro de Guerrero, hemos intensificado la gestión de recursos con Semillas y la Fundación Kellog, pues nos propusimos replicar el modelo de la Casa de Salud en otras regiones donde hay problemas semejantes que justifican la creación de estas casas. Ahí seguimos una ruta propia trazada por la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.

Gracias a la gestión con la Fundación Kellog, por primera vez tendremos recursos para “fortalecimiento institucional” y podremos tener nuestra oficina en Chilpancingo. Hasta hoy, nosotras hemos sido sedes ambulantes de la Coordinadora; el trabajo nos obliga a ser andariegas, viajamos mucho y ahí va con nosotras la Coordinadora, nuestros celulares personales y nuestras computadoras son el equipo móvil de una oficina que no existía, rentamos internet en cualquier lugar si es que hay red; usamos transporte colectivo, a veces tomamos taxi –si alcanzan los recursos y urgen las cosas–, para ir a los pueblos viajamos en “pasajeras”,<sup>1</sup> con suerte nos dan un *rait*, un aventón pues. Ocupamos horas y horas en salir o regresar de las comunidades. Hemos pasado tantos años así, desde antes de crear la Coordinadora, que nos cuesta trabajo hacernos a la idea de que podemos operar con menos pobreza, pero lo vamos asimilando, tenemos la expectativa de que el fortalecimiento institucional puede facilitar y dar mayor impacto y rapidez a nuestras tareas.

En un futuro inmediato vamos a fortalecer o crear figuras jurídicas de las organizaciones regionales o locales que participan en la CGMI y que tienen sus agendas particulares. Tendremos nuestra página

<sup>1</sup> Camionetas de tres toneladas con asientos de madera en la parte trasera y una estructura metálica con una lona para proteger de la intemperie a los pasajeros. En general inician su ruta hasta que hay suficientes viajeros, paran en todas las comunidades y en cualquier paraje donde alguien lo requiera. Es el transporte más común en las regiones rurales indígenas de Guerrero.

electrónica y documentales para aumentar la visibilidad de los pasos que damos diariamente, en los trabajos de base, en el cabildeo y la incidencia, nuestras alianzas y nuestra participación política cotidiana en lo local, en Guerrero, en México y el mundo. Seguiremos escribiendo desde nosotras la historia de las mujeres indígenas en los movimientos indígenas, en los pueblos, en la sociedad, en el estado, en el país.

Asumir el reto constante de formación de nuevos liderazgos hace crecer al equipo local y de dirección estatal; invitar a más compañeras a participar o seguir participando en la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, en el Enlace Continental de Mujeres Indígenas, en la Alianza de Mujeres Indígenas de Centroamérica y México, y seguir caminando con el Foro Internacional de Mujeres Indígenas; siempre fortalecerá nuestros liderazgos para tener un mejor papel dentro de los espacios colectivos mixtos indígenas, tanto en Guerrero como a nivel continental; dará mayor posibilidad de interlocución con otros movimientos y redes sociales, desde lo local hasta lo internacional y de nueva cuenta, a lo local. La CGMI está viva, en movimiento y en constante relación con otras fuerzas sociales con las que coincide y se enriquece.

De pronto, al hacer este recuento sentimos que hemos caminado mucho, que hay muchas ganancias, pero si te paras y ves hacia delante te das cuenta de que queda mucho camino por recorrer, que falta caminar más de lo andado, que apenas empezó a despuntar la milpa, que miles de mujeres indígenas de Guerrero –no se diga de México o de América Latina– siguen viviendo pobreza, desigualdad, discriminación, violencia, injusticia, sometimiento, falta de libertades y derechos. Apenas empezamos a tener voz, a defendernos y a imaginar que la vida puede ser de otra manera para todas nosotras y para nuestros pueblos.



Viendo aquí, adelantito, tenemos un reto nuevo: cuando empezamos a formar la Coordinadora estaba yéndose el PRI y llegando el PRD al gobierno del estado; ahora parece que volverá el partido de Estado, pero nosotras ya no somos las mismas. Tenemos que hacer valer lo que hemos aprendido, que se reconozca nuestra fuerza, nuestro trabajo, nuestra razón; que se respete nuestra autonomía. Que de algo sirva el *empoderamiento* que hemos logrado. Así estamos viendo nuestros retos y fortalezas para enfrentar los retos del futuro.



## Siglas, glosario y frases abreviadas

Alianza para el Campo: Programa de desarrollo rural del gobierno federal, que incluye algunos recursos para mujeres.

AMMOR: Asociación Mexicana de Mujeres Organizadas en Red.

ANIPA: Asociación Nacional Indígena Plural por la Autonomía.

APN: Asociación Política Nacional.

Arranque Parejo en la Vida: Programa de salud orientado a atender a mujeres del medio rural y rural-indígena, durante el embarazo, el parto y el puerperio, así como a niños y niñas de dos años o menos.

Casa de Salud: Casa de Salud de la Mujer Indígena “Manos Unidas”, ubicada en Ometepec, Guerrero.

Católicas, CDD: Católicas por el Derecho a Decidir, AC.

CDI: Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, instancia descentralizada de la administración pública federal, creada en 2003 para sustituir al Instituto Nacional Indigenista.

CEIA: Convención Estatal Indígena y Afroamericana.

CFE: Comisión Federal de Electricidad.

500 Años: Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena.

Consejo Guerrerense: Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular.

CGMI: Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas.

Comité Nacional por una Maternidad sin Riesgos: iniciativa de la sociedad civil creada con el objetivo de dar seguimiento a programas oficiales de salud y emprender acciones y estudios que contribuyan a reducir la mortalidad materna en México.

Conaie: Conferderación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador.

Conami: Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas.

Conasupo: Compañía Nacional de Subsistencias Populares, complejo de empresas paraestatales que acopiaba, comercializaba y almacenaba cosechas; regulaba las subsistencias populares mediante permisos de importación y exportación; producía bienes industriales y los distribuía mediante su red de tiendas de abasto popular; tenía programas de distribución de leche y tortilla subsidiada. Conasupo privatizó sus activos y suprimió sus funciones. Sólo quedó en otra estructura institucional, el programa de leche subsidiada y la red de tiendas de abasto popular.

Consejo Comunitario de Abasto: instancia regional de consumidores integrada con representantes de los Comités Rurales de Abasto (de cada pueblo donde había tienda Conasupo), junto con representantes de la empresa Consaupo. En Guerrero, varios Consejos Comunitarios de Abasto se apropiaron de los sistemas oficiales e impulsaron proyectos de abasto y comercialización, aprovechando la infraestructura de Conasupo.

Convenio 169 de la OIT: Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, generado dentro del orden jurídico internacional que establece derechos económicos, políticos, sociales y culturales de los pueblos

indígenas; en él se han apoyado las luchas autonómicas del movimiento indígena desde principios de la década de 1990 hasta hoy.

Coordinadora Guerrerense: Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas

DF o *De Efe*: Distrito Federal.

Derechos Humanos: Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Diconsas: Distribuidora Conasupo, S.A., filial de Conasupo que tenía a su cargo las tiendas y almacenes del sistema oficial de abasto rural.

DIF: Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia.

Empleo Temporal: Programa Emergente de Empleo Temporal, que crea empleos mediante el otorgamiento de recursos financieros para realizar obras y proyectos.

Enlace Continental o Enlace: Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas, constituido en 1995, con la participación de mujeres indígenas de 22 países.

EZ, EZLN o Ejército Zapatista: Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

FDN: Frente Democrático Nacional.

Fonaes: Fondo Nacional de Empresas en Solidaridad.

Fondos Regionales: Fondos Regionales Indígenas, programa de financiamiento de hasta un millón de pesos para proyectos de organizaciones indígenas.

Hacienda: SHCP, Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

IFE: Instituto Federal Electoral.

INI: Insituto Nacional Indigenista, institución que antecede a la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

Jurisdicción 06/ "Costa Chica": Jurisdicción Sanitaria de la Secretaría de Salud que cubre la región de la Costa Chica de Guerrero.

Kinal: Kinal Antzetik, AC.

La Cooperativa: Cooperativa de artesanas amuzgas "La Flor de Xochistlahuaca".

Ley Revolucionaria: Ley Revolucionaria de Mujeres del EZLN.

Mesa de Procuración: Mesa de Procuración de Justicia de la Policía Comunitaria de San Luis Acatlán, Guerrero.

MIL: Mujeres Indígenas en Lucha.

Naciones Unidas: Organización de Naciones Unidas.

"Norte": Estados Unidos.

ONG: Organización/es no gubernamental/es.

ONU: Organización de las Naciones Unidas.

Oportunidades: programa federal de subsidios para promover la educación, la salud y la alimentación de niños/as, mujeres y familias que habitan zonas marginadas rurales y rurales indígenas. Los recursos de Oportunidades se entregan a mujeres.

PAN: Partido Acción Nacional.

PMS: Partido Mexicano de los Trabajadores.

PRD: Partido de la Revolución Democrática.

PRI: Partido Revolucionario Institucional.

Procede: Programa de Certificación de Derechos Ejidales-Comunales.

PRT: Partido Revolucionario de los Trabajadores.

PST: Partido Socialista de los Trabajadores.

Sedena: Secretaría de la Defensa Nacional.

Sedesol: Secretaría de Desarrollo Social.

Semillas: Sociedad Mexicana pro Derechos de la Mujer, Semillas, AC.

Ssa: Secretaría de Salud.

Titeki: Titekititoke Tajome Sihuamej.

Triple ese o SSS: Sociedad de Solidaridad Social.

UAG: Universidad Autónoma de Guerrero.

UNAM: Universidad Nacional Autónoma de México.

Unicef: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.

Unifem: Fondo de las Naciones Unidas para el Desarrollo de las Mujeres.

Unorca: Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas  
Autónomas.

Xochis: Xochistlahuaca, municipio de la Costa Chica donde habita el  
pueblo amuzgo.

Zanzekan: Sociedad de Solidaridad Social Zanzekan Tinemi.







*La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Construyendo la equidad y la ciudadanía*, número 13 de la Colección Teoría y análisis de la DCSH de la UAM-Xochimilco, terminó de imprimirse el 9 de agosto de 2010, la producción estuvo al cuidado de mc editores, Selva 53-204, colonia Insurgentes Cuiculco, 04530, México, Distrito Federal, 5665 7163, mceditores@hotmail.com. La edición consta de 2 000 ejemplares más sobrantes para reposición.





**D**esde hace algunos lustros las mujeres indígenas de Guerrero están haciendo historia. No es que antes estuvieran ausentes en las luchas sociales y políticas de su estado o del país, sino que eran casi invisibles. Ahora alzan la voz y sacan a la luz problemas, propuestas, reivindicaciones y derechos que ni los movimientos indígenas mixtos ni los movimientos feministas reconocían en sus agendas.

La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas se incubó en distintas experiencias, espacios y tiempos, en ese sentido, condensa aspiraciones emancipatorias con profunda historia, pero la conciencia de los mecanismos de subordinación y exclusión que operan contra ellas, por ser mujeres, indígenas y de clases subalternas, modifica y enriquece su visión del presente y su imaginario de futuro. Hoy, no sólo luchan contra la discriminación étnica y de clase, sino contra las injusticias de género. Su camino es sinuoso y lleno de cardos, pero paso a paso construyen equidad y ciudadanía.

Las mujeres indígenas de Guerrero no sólo están haciendo historia sino escribiendo su historia, pues saben que las huellas de su andar son una pista, una señal de luz para otras mujeres. Este libro es resultado de su hacer y de su decisión de dejar atrás el silencio y la invisibilidad.

ISBN 978-607-477-322-4



Publicaciones

